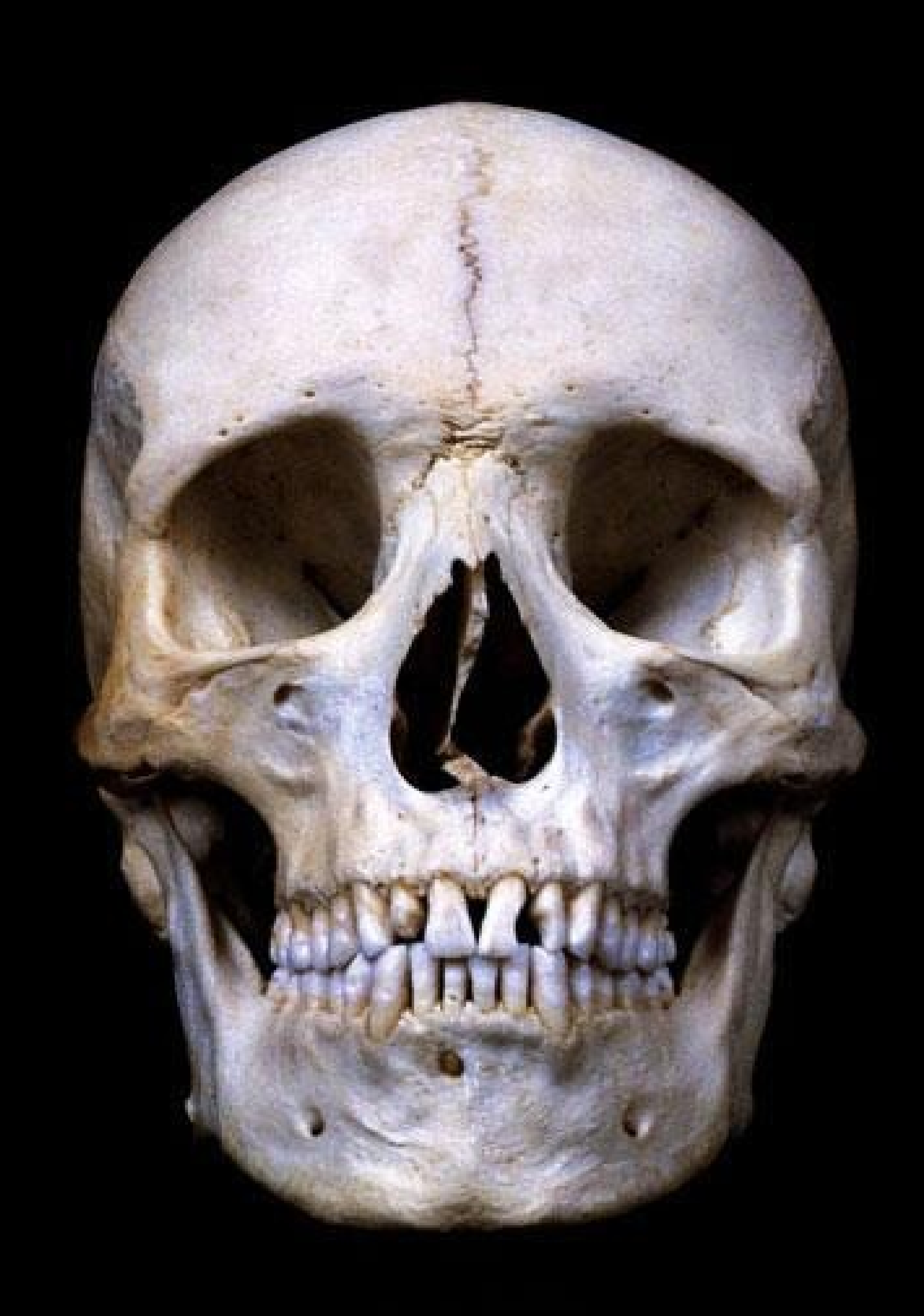
TRAINSPOTTING



IRVINE WELSH

Muy pocas veces alguien se atrevió a recomendar tan fervientemente una novela. «Merece vender más ejemplares que la Biblia», afirmó Rebel Inc., una insolente revista literaria escocesa. De inmediato celebrada por los críticos más estrictos pero leída también por aquellos que raramente se acercan a los libros, *Trainspotting* se convirtió en uno de los acontecimientos literarios y también extraliterarios de la última década. Fue rápidamente adaptada al teatro y luego llevada a la pantalla por Danny Boyle, uno de los jóvenes prodigio del cine inglés. Sus protagonistas son un grupo de jóvenes desesperadamente realistas, ni se les ocurre pensar en el futuro: saben que nada o casi nada va a cambiar, habitantes del otro Edimburgo, el que no aparece en los famosos festivales, capital europea del sida y paraíso de la desocupación, la miseria y la prostitución, embarcados en una peripecia vital cuyo combustible es la droga, «el elixir que les da la vida, y se la quita». Welsh escribe en el áspero, colorido, vigoroso lenguaje de las calles. Y entre pico y pico, entre borracheras y fútbol, sexo y rock and roll, la negra picaresca, la épica astrosa de los que nacieron en el lado duro de la vida, de los que no tienen otra salida que escapar, o amortiguar el dolor de existir con lo primero que caiga en sus manos.

Lectulandia

Irvine Welsh

Trainspotting

ePUB v1.1

GONZALEZ 13.08.12

Corrección de erratas por JackTorrance

Título original: *Trainspotting*
Traducción de Federico Corriente

Para Ana

Gracias a los siguientes: Lesley Bryce, David Crystal, Margaret Fulton-Cook, Janice Galloway, Dave Harrold, Duncan McLean, Kenny McMillan, Sandy Macnair, David Millar, Robin Robertson, Julie Smith, Angela Sullivan, Dave Todd, Hamish Whyte, Kevin Williamson.

Arrancando

Los Chicos del Jaco, Jean-Claude Van Damme y La Madre Superiora

Sick Boy sudaba a chorros; temblaba. Yo estaba allí sentado, concentrado en la tele, intentando pasar del capullo. Me cortaba el rollo. Traté de mantener la atención sobre el vídeo de Jean-Claude Van Damme.

Como sucede en este tipo de películas, empezaba con la típica escena dramática. La siguiente fase consistía en ir acumulando tensión mediante la presentación del villano y hacer que la débil trama mantuviese su cohesión. De todas formas, de un momento a otro el viejo Jean-Claude estaría listo para ponerse manos a la obra y repartir candela en serio.

«Rents, tengo que ver a la Madre Superiora», boqueó Sick Boy, sacudiendo la cabeza.

«Aah», digo yo. Sólo quería que el mamón se fuera a tomar por culo donde no le viera, que se fuese solo, y me dejara a mí con Jean-Claude. Por otra parte, yo no tardaría mucho en ponerme chungo, y si ese cabrón iba y pillaba, me dejaría tirado. Le llaman Sick Boy[1] no porque siempre esté chungo por el síndrome de abstinencia, sino simplemente porque es un cabrón de lo más chungo.

«Vámonos de una puta vez», saltó desesperadamente.

«Espera un segundo.» Quería ver a Jean-Claude destrozar a aquel arrogante hijoputa. Si nos íbamos ahora, no podría verlo. Estaría demasiado follao cuando volviéramos, y en cualquier caso probablemente sería algunos días más tarde. Eso significaba que tendría que pagar un jodido suplemento en la tienda por un vídeo al que ni siquiera le había echado una mirada.

«¡Tengo que salir de aquí, tío!», grita, poniéndose en pie. Se acerca a la ventana y se apoya en ella, respirando con dificultad, con aspecto de animal acosado. En sus ojos sólo había urgencia.

Apagué la caja tonta con el mando. «Un puto desperdicio. Eso es lo que es, un puto desperdicio», le gruñí al cabrón, a aquel jodido bastardo irritante.

Echa la cabeza atrás y eleva la vista hacia el techo. «Te daré el dinero para volver a sacarla. ¿Es eso todo lo que te provoca tanta cara de agobio? ¿Cincuenta míseros peniques para Ritz?»

A este capullo se le da bien hacer que uno se sienta un hijo de puta mezquino y superficial.

«Ésa no es la cuestión», digo, pero sin convicción…

«Ya. ¡La cuestión es que aquí estoy yo sufriendo de verdad, y mi presunto colega arrastra los pies deliberadamente, disfrutando de cada segundo!» Sus ojos parecen dos balones y tienen aspecto hostil, pero al mismo tiempo suplicante, punzantes testigos de mi supuesta traición. Si alguna vez vivo lo bastante como para tener un crío, espero que nunca me mire como lo hace Sick Boy. Cuando se pone así, el capullo es irresistible.

«Yo no quería…», protesté.

«¡Entonces ponte la puta chaqueta ya!»

No había taxis en el Pie de Leith Walk. Aquí sólo se reúnen cuando no les necesitan. Estamos en agosto, pero se me están helando las pelotas. Aún no estoy con el mono, pero ya está en camino, de eso no hay duda.

«Se supone que tiene que haber una parada. Se supone que tiene que haber una jodida parada de taxis. En verano nunca se puede conseguir uno. Están a la caza de gordos y ricos capullos festivaleros, demasiado vagos para caminar cien putos metros de un infecto local eclesiástico a otro para ver un puto espectáculo. Taxistas. Cabrones cicateros…» Sick Boy deliraba, murmurando sin aliento, los ojos desorbitados y los tendones del cuello tensos mientras subía Leith Walk.

Finalmente vino uno. Había un grupo de tíos jóvenes vestidos con chándals de acetato y chaquetas bomber que llevaban allí más tiempo que nosotros. Dudo que Sick Boy les viese siquiera. Salió disparado al medio de la calzada gritando: «¡TAXI!»

«¡Eh! ¿De qué cojones vais?», pregunta un tío con un chándal negro, violeta y azul con el pelo cortado a cepillo.

«Que te follen. Nosotros estábamos antes», dice Sick Boy, abriendo la puerta del taxi. «Ahí viene otro.» Señaló calle arriba hacia un taxi negro que se aproximaba.

«Por suerte para vosotros, listillos.»

«Vete a tomar por culo, pendoncito cara pan. ¡Que te folle un pez!», berreó Sick Boy mientras nos apretujamos en el taxi.

«A Tollcross, colega», le digo al conductor mientras un japo hacía blanco en la ventana lateral.

«¡Uno contra uno, cabrón espabilao! ¡Venga, cagaos hijos de puta!», gritó el acetato. Al taxista no le parecía muy divertido. Tenía aspecto de ser todo un cabrón. Como casi todos. Los autónomos que pagan sus licencias son en verdad la especie más baja de alimaña de la viña del señor.

El taxi giró en U y subió rápido por Leith Walk.

«¿Ves lo que has hecho, bocazas? La próxima vez que uno de nosotros vuelva a casa solo, tendrá problemas con esos mamones.» No estaba nada satisfecho con Sick Boy.

«¿No te darán miedo esos jodidos pringadillos, eh?»

Este capullo realmente empieza a tocarme los huevos. «¡Sí! ¡Sí me lo dan, si voy solo y se me echa encima un puto pelotón de acetatos! ¿Te crees que soy el jodido Jean-Claude Van Damme? Vaya un puto memo estás hecho, Simon.» Le llamaba «Simon» en vez de «Si» o «Sick Boy» para subrayar la seriedad de lo que le decía.

«Quiero ver a la Madre Superiora y me importa un cojón cualquier otro tipo o cualquier otra cosa. ¿Te enteras?» Se mete el dedo entre los labios, con los ojos como platos. «Simon quiere ver a la Madre Superiora. Mírame a los putos labios.» Después se vuelve y se queda mirando la espalda del taxista, como hechizando al cabrón para que se dé prisa mientras palmea nerviosamente un ritmo sobre sus muslos.

«Uno de esos capullos era uno de los McLean. El hermano pequeño de Dandy y Chancey», digo yo.

«Qué coño va a ser», dice, incapaz de suprimir la ansiedad de su voz. «Conozco a los McLean. Chancey es legal.»

«No si quieres quedarte con su hermano», digo yo.

De todas formas, ya no hacía caso. Dejé de agobiarle, sabiendo que no hacía más que desperdiciar mis energías. El silencioso sufrimiento que le causaba la abstinencia parecía ahora tan intenso que no había manera alguna de añadir más miseria a su miseria.

«La Madre Superiora» era Johnny Swan; se le conocía también como el Cisne Blanco, un traficante con base en Tollcross que se encargaba de las barriadas de Sighthill y Wester Hailes. Yo prefería pillarle a Swanney, o a su segundo, Raymie, si podía, antes que a Seeker y la mafia de Muirhouse-Leith. Mejor mercancía, por lo general. Johnny Swan había sido un gran colega mío en los viejos tiempos. Jugamos juntos al fútbol en los Porty Thistle. Ahora era traficante. Recuerdo que una vez me dijo: «No hay amigos en este juego. Sólo conocidos.»

Yo pensé que estaba siendo áspero e impertinente y que trataba de impresionar, hasta que me metí lo bastante en el asunto. Ahora sé exactamente lo que el capullo quería decir.

Johnny era yonqui además de traficante. Había que subir un poco más en el escalafón para dar con un traficante que no se picara. Llamábamos a Johnny «la Madre Superiora» por el tiempo que llevaba con el hábito.

Pronto empecé a sentirme chungo y tal. Mientras subíamos las escaleras hasta el antro de Johnny me empezaron a dar unos calambres tremendos. Goteaba como una esponja saturada, y cada paso provocaba un nuevo chorro de mis poros. Sick Boy probablemente estaba peor aún, pero el capullo empezaba a no existir para mí. Sólo era consciente de que se había detenido en la barandilla delante de mí porque bloqueaba mi camino hasta Johnny y el jaco. Luchaba con la respiración, agarrándose lúgubremente a la barandilla, con pinta de ir a potar por el hueco de la escalera.

«¿Vas bien, Si?», le dije, irritado, mosqueado con el capullo por hacerme esperar.

Me hizo señal de que le dejara en paz, sacudiendo la cabeza y entornando los ojos. Yo no dije más. Cuando te sientes como él se sentía, no quieres ni hablar ni que te hablen. No quieres puto rollo de ninguna clase. Yo tampoco quería. A veces pienso que la gente se hace yonqui sólo porque su subconsciente anhela un poquitín de silencio.

Johnny estaba colgado como un jamón cuando por fin llegamos arriba. Había desplegado un chutódromo.[2]

«¡Mira, un Sick Boy y un Rent Boy con el monazo!», se rió, más volado que una puta cometa. A menudo Johnny esnifaba algo de coca con su pico o mezclaba un preparado de speed-ball a base de jaco y cocaína. Pensaba que le mantenía en alto, y le impedía quedarse tirado mirando las paredes todo el día. Cuando te sientes así, un capullo con el colocón es un puto peñazo enorme, porque está demasiado ocupado disfrutando de su cuelgue para notar, o que le importe una mierda, tu sufrimiento. Mientras que el privoso del pub quiere que todo dios vaya tan pasao como él, al verdadero yonqui (a diferencia del picota ocasional, que quiere un cómplice) le importa una mierda cualquier otra persona.

Raymie y Alison estaban allí. Ali cocinaba. Parecía prometedor.

Johnny se marcó un vals hasta donde estaba Alison y empezó a darle la serenata. «Hey-ey, qué buena pinta tiene esa marmita…» Se volvió hacia Raymie, que montaba guardia fielmente junto a la ventana. Raymie veía en una calle abarrotada al igual que los tiburones pueden percibir unas gotitas de sangre en el océano. «Pon algo, Raymie. Estoy harto del nuevo de Elvis Costello, pero no puedo dejar de poner al cabrón. Puta magia, tío, te lo aseguro.»

«Un jack doble al sur de Waterloo», dice Raymie. Cuando estabas con el mono e intentabas pillarle algo, el capullo te salía con mierda irrelevante y sin sentido, te hacía polvo los sesos. Siempre me sorprendió que Raymie estuviera tan metido en el caballo. Raymie era un poco como mi colega Spud; siempre los había considerado por temperamento clásicos comeajos. Sick Boy sostenía una teoría según la cual Spud y Raymie eran la misma persona, aunque no se parecían en nada, simplemente porque nunca se les veía juntos, a pesar de que se movían en los mismos círculos.

El vulgar capullo rompe la regla dorada del yonqui poniendo «Heroin», la versión que hay en el *Rock ’n’ Roll Animal* de Lou Reed, que cuando estás con el mono es aún más penosa de escuchar que la clásica de *The Velvet Underground and Nico*. Eso sí, al menos esta versión no tiene el pasaje de viola chirriante de John Cale. No podría haber soportado eso.

«¡Ay, vete a la mierda Raymie!», grita Ali.

«Stick in the boot, go wi the flow, shake it down baby, shake it down honey… cook street, spook street, we’re all dead white meat… eat the beat…» Raymie se lanzó a un improvisado rap, meneando el culo y haciendo chiribitas con los ojos.

Entonces se inclinó delante de Sick Boy, que se había colocado estratégicamente al lado de Ali, sin apartar jamás la vista del contenido de la cucharilla que estaba calentando sobre una vela. Raymie se acercó la cara de Sick Boy y le besó con fuerza en los labios. Sick Boy le apartó, temblando.

«¡Vete a la mierda! ¡Capullo descerebrao!»

Johnny y Ali se rieron estrepitosamente. Yo también lo habría hecho si no hubiese sentido que cada hueso de mi cuerpo estaba siendo a la vez aplastado en una mordaza y atacado con una sierra mellada.

Sick Boy le hizo un torniquete por encima del codo a Ali, evidentemente estableciendo así su puesto en la fila, e hizo asomar una vena en su brazo delgado y pálido como la ceniza.

«¿Quieres que lo haga yo?», preguntó.

Ella asintió.

Deja caer una bola de algodón en la cucharilla y sopla sobre ella, antes de absorber unos 5 ml con la aguja hasta la cámara de la jeringuilla. Ha hecho asomar a golpecitos una enorme vena azul, que casi parece estar saliéndose del brazo de Ali. Atraviesa su carne e inyecta lentamente un poquito, antes de bombear sangre hacia el interior de la cámara. Los labios de Ali vibran mientras le contempla suplicante durante uno o dos segundos. La cara de Sick Boy es fea, como de reptil, y mira de soslayo antes de impulsar el cóctel hacia el cerebro de la chica.

Ella echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos y abre la boca, dejando escapar un gemido orgiástico. Los ojos de Sick Boy están ahora llenos de asombro y tienen una expresión inocente, como los de un crío que acaba de descubrir un montón de regalos envueltos bajo el árbol el día de Navidad por la mañana. Ambos resultan extrañamente hermosos y puros a la vacilante luz de la vela.

«Esto es mejor que cualquier inyección de carne… mejor que cualquier puta polla del mundo…», jadea Ali, completamente en serio. Me desconcierta hasta el punto de que palpo mis propios genitales a través del pantalón para ver si aún siguen allí. No obstante, tocarme de esa forma me descompone.

Johnny le pasa sus herramientas a Sick Boy.

«Puedes chutarte, pero sólo si usas estas herramientas. Hoy jugamos a juegos de confianza», sonrió, pero no bromeaba.

Sick Boy sacude la cabeza. «No comparto agujas o jeringuillas. Llevo encima mis propios utensilios.»

«Eso no es muy sociable. ¿Rents? ¿Raymie? ¿Ali? ¿Qué os parece? ¿Tratas de insinuar que el Cisne Blanco, la Madre Superiora, tiene la sangre infectada por el virus de la inmunodeficiencia? Eso me duele en el alma. Lo único que puedo decir es que si no compartís, no os chutáis.» Nos obsequia con una sonrisa forzada, mostrando una hilera de dientes estropeados.

Para mí no era Johnny Swan el que hablaba. Swanney no. De ninguna manera. Algún demonio malicioso había invadido su cuerpo y envenenado su mente. Este personaje estaba a un millón de kilómetros del afable bromista al que una vez conocí bajo el nombre de Johnny Swan. Majo chaval, todo el mundo lo decía; incluyendo a mi propia madre. Johnny Swan, tan metido en el fútbol, tan plácido que siempre le metían el embolado de lavar la elástica después de jugar en Meadowbank y jamás se quejaba.

Yo estaba cagao pensando que allí no iba a conseguir un chute. «Joder, Johnny, escúchate hablar. Ponte las pilas. Tenemos la puta guita encima.» Saqué algunos billetes del bolsillo.

Fuera por sentimiento de culpa, o ante la perspectiva de la pasta, el viejo Johnny Swan reapareció brevemente.

«No os pongáis tan serios conmigo. Sólo bromeaba, chicos. ¿Creéis que el Cisne Blanco dejaría tirados a los colegas? Adelante, amigos. Sois sabios. La higiene es importante», afirmó pensativo. «¿Os acordáis de Goagsie? Ahora tiene el sida.»

«¿Seguro?», pregunté. Siempre había rumores acerca de quién tenía el virus de inmunodeficiencia y quién no. El caso es que había unos cuantos que decían eso de Goagsie.

«Segurísimo. No tiene el sida al completo y tal, pero ha dado positivo en las pruebas. Con todo, le he dicho, Goagsie, no es el fin del mundo. Puedes aprender a vivir con el virus. Mogollón de peña lo hace sin ningún problema. Podrían pasar años hasta que enfermes, le dije. Cualquier primo que no tenga el virus puede ser atropellado mañana. Así es como hay que encararlo. No puedes abandonar la función sin más. El espectáculo debe continuar.»

Es fácil ponerse filosófico cuando es otro primo el que tiene mierda en lugar de sangre.

De todas formas, Johnny ayuda incluso a Sick Boy a prepararse y chutar a puerta. Mirando hacia el cableado grueso, jugoso y azul oscuro de Sick Boy, hace una paráfrasis de la vieja canción de Carly Simon: *«You're so vein, you probably think this hit is about you»*,[3] disfrutando de cada segundo.

Justo cuando Sick Boy estaba a punto de gritar, pinchó la vena, bombeó algo de sangre hacia el interior de la jeringuilla, y apretó el gatillo del elixir que da y quita la vida.

Sick Boy abrazó con fuerza a Swanney, para aflojar la presión de inmediato, manteniendo los brazos a su alrededor. Estaban relajados; como amantes en un abrazo poscoito. Ahora le tocaba a Sick Boy darle la serenata a Johnny. *«Swanney, how ah love ya, how ah love yah, my dear old Swanney…»*[4] Los adversarios de hacía unos pocos minutos eran ahora amigos del alma.

Fui a meterme un chute. Tardé siglos en hallar una vena buena. Mis chicas no

viven tan cerca de la superficie como las de la mayoría de la gente. Cuando me llegó el cuelgue, lo saboreé. Ali tenía razón. Imagina el mejor de tus orgasmos, multiplica por veinte la sensación, y aún estás a mil putos kilómetros. Mis secos y quebradizos huesos se sienten aliviados y humedecidos por las tiernas caricias de mi hermosa heroína. La tierra se movió, y aún se mueve.

Alison me dice que debería ir a ver a Kelly, que aparentemente ha estado deprimida de verdad desde que abortó. Aunque su tono no sea realmente el de un reproche, habla como si yo tuviese algo que ver con el embarazo de Kelly y su consiguiente final.

«¿Cómo que debería ir yo a verla? No tiene nada que ver conmigo», digo a la defensiva.

«Eres amigo suyo, ¿no?»

Estoy tentado de citar a Johnny y decir que ahora somos todos conocidos. En mi cabeza suena bien: «Ahora somos todos conocidos.» Parece ir más allá de mis circunstancias personales de yonqui; una brillante metáfora de nuestro tiempo. Resisto la tentación.

En vez de eso, me conformo con señalar que todos somos amigos de Kelly, y cuestionar por qué he de ser yo el elegido para los deberes de visita.

«Joder, Mark. Sabes que le molas cantidad.»

«¿Kelly? ¡Vete a la mierda!», digo, sorprendido, intrigado y algo más que un pelín avergonzado. Si eso es cierto, soy un gilipollas ciego y estúpido.

«Claro que sí. Me lo ha dicho cientos de veces. Siempre está hablando de ti. Que si Mark esto, que si Mark lo otro.»

Casi nadie me llama Mark. Por lo general me llaman Rents, o peor aún, Rent Boy[5]. Es horroroso que le llamen a uno así. Intento no mostrar que me molesta, porque eso sólo anima más a los capullos que lo hacen. Sick Boy ha estado haciendo oreja. Me vuelvo hacia él. «¿Crees que eso es cierto? ¿Que le molo a Kelly?»

«Todos los capullos bajo el sol saben que la pones cachonda. No es precisamente un secreto bien guardado. Eso sí, yo no la entiendo. Debería hacerse mirar la cabeza.»

«Pues gracias por decírmelo, cabrón.»

«Si eliges pasar todo el día en habitaciones oscuras viendo vídeos, sin darte cuenta de lo que pasa a tu alrededor, no es asunto mío indicártelo.»

«Pues a mí nunca me ha dicho nada», me quejo, desconcertado.

«¿Esperas que se lo ponga en una camiseta? No entiendes mucho de mujeres, ¿verdad, Mark?», dice Alison. Sick Boy sonríe, satisfecho.

Me siento ofendido por ese último comentario, pero estoy decidido a no darle importancia al asunto, por si es una tomadura de pelo, sin duda orquestada por Sick Boy. El malicioso cabrón va por la vida dejando trampas interpersonales para sus colegas por ahí. Qué puto placer saca el mamón de estas actividades es algo que no

alcanzo a comprender.

Le pillo algo de mandanga a Johnny.

«Más pura que la nieve recién caída, esta mierda», me cuenta.

Eso quería decir que no estaba *demasiado* cortada, que no tenía nada *demasiado* tóxico.

Pronto sería hora de marchar. Johnny estaba echándome un montón de mierda en los oídos; cosas que no quería escuchar. Quién le ha dado el palo a quién, historias de patrullas de barrio haciéndole la vida imposible a todo dios con su histeria antidrogas. También rajaba de su propia vida de una forma un tanto sensiblera, y paría fantasías sobre cómo se iba a poner las pilas y pirarse a Thailandia, donde las mujeres saben tratar a un tío, y donde puedes vivir como un rey si tienes la piel blanca y unos cuantos billetes de diez libras nuevos en el bolsillo. De hecho dice cosas mucho peores que eso, mucho más cínicas y canallescas. Me dije a mí mismo: Ése es el espíritu maligno hablando otra vez, no el Cisne Blanco. ¿O no? Quién sabe. A quién cojones le importa.

Alison y Sick Boy intercambiaban frases concisas que sonaban como si estuviesen preparando otro trapicheo. Entonces se levantaron y desfilaron juntos por la puerta. Parecían aburridos y pusilánimes, pero al ver que no volvían, supe que estarían follando en el dormitorio. Parecía, por lo que a las mujeres respecta, que follar era simplemente una cosa que se hacía con Sick Boy, como se hablaba o se tomaba té con otros tipos.

Raymie dibujaba sobre la pared con tizas de colores. Estaba en su mundo, una disposición que le satisfacía a él y a todos los demás.

Pensé en lo que Alison había dicho. Kelly acababa de abortar la semana pasada. Si iba a verla, me daría demasiada grima follármela, suponiendo que ella quisiera que lo hiciera. Sin duda, aún habría algo allí, restos, trozos de la cosa, o incluso cierta irritación. Probablemente me comportaba como un jodido idiota. Alison tenía razón. Realmente no sabía mucho de mujeres. No sabía mucho de nada, en realidad.

Kelly está en el Inch, al que es difícil llegar en bus, y ahora estoy demasiado tieso para un taxi. Quizá se pueda llegar al Inch en bus desde aquí, pero no sé con cuál. La verdad es que estoy un poco demasiado colgado para que me importe y un poco demasiado follao para no hacer más que hablar. Viene un número 10 y me monto en él de vuelta a Leith y a Jean-Claude Van Damme. Durante el viaje espero alegremente el pateo que le va a dar a ese listillo.

Dilemas yonquis n.° 63

Estoy dejándome empapar por fuera, o por dentro… dejándome limpiar por fuera desde el interior.

Este mar interior. El problema es que este hermoso océano lleva montones de

pecio y desechos consigo… ese veneno se disuelve en el mar, pero en cuanto el mar se retira, deja atrás la mierda, dentro de mi cuerpo. Quita lo mismo que da, se lleva mis endorfinas, mis centros de resistencia al dolor; tardan mucho en volver.

El papel de la pared es horripilante en este cagadero de habitación. Me aterra. Algún esquivaataúdes debió instalarlo hace años… muy apropiado, porque eso es lo que soy, un esquivaataúdes, y mis reflejos no van a mejorar… pero está todo aquí al alcance de mi mano sudorosa. Jeringuilla, aguja, cucharilla, vela, mechero, paquete de polvos. Todo está en regla, todo es hermoso; pero temo que este mar interior se apacigüe pronto, dejando tras de sí este naufragio de mierda venenosa dentro de mi cuerpo.

Empiezo a preparar otro chute. Mientras sostengo temblorosamente la cucharilla sobre la vela, esperando que el caballo se disuelva, pienso: a corto plazo, más mar; a largo plazo, más veneno. Este pensamiento, no obstante, no es ni de lejos suficiente para impedir que haga lo que tengo que hacer.

El primer día del Festival de Edimburgo

A la tercera va la vencida. Es lo que Sick Boy me dijo: Tienes que saber lo que es intentar dejarlo antes de poderlo hacer de verdad. Sólo se aprende a través del fracaso, y lo que se aprende es la importancia de la previsión. Puede que tenga razón. De cualquier forma, esta vez me he preparado. Un mes de alquiler por adelantado por esta gran habitación desnuda con vistas a los Links. Demasiados hijoputas conocen mi dirección de Montgomery Street. ¡Dinero en efectivo! Despedirse de esa guita fue la parte más dura; mi último chute, administrado esta mañana en el brazo izquierdo, la más fácil. Necesitaba algo para seguir en marcha durante este período de intensa preparación. A continuación he salido como un cohete para Kirkgate, zumbando con mi lista de la compra.

Diez latas de sopa de tomate Heinz, ocho latas de crema de champiñones (todas para consumir frías), un gran bote de helado de vainilla (que dejaré derretir para bebérmelo), dos botellas de laxante, un frasco de paracetamol, un paquete de pastillas Rinstead para la boca, un frasco de multivitaminas, cinco litros de agua mineral, doce bebidas isotónicas Lucozade y algunas revistas: porno blando, *Viz, Scottish Football Today, The Punter*, etc. El artículo más importante ya me lo procuré durante una visita al hogar familiar; la botella de valium de mi madre, sustraída del armario del cuarto de baño. No me hace sentir mal. Ahora nunca los usa, y si los necesitara, su edad y su sexo dictarían que el memo de su médico se los recete como si fueran gominolas. Tacho amorosamente todos los artículos de mi lista. Va a ser una semana dura.

Mi cuarto está en pelota y sin alfombrar. Hay un colchón en medio del suelo con un saco de dormir encima, un fogón eléctrico y una tele en blanco y negro sobre una pequeña silla de madera. Tengo tres cubos de plástico marrón, medio llenos con una mezcla de desinfectante y agua para mis mierdas, potas y pises. Alineo los botes de sopa, el zumo y las medicinas para tenerlas al alcance de la mano desde la improvisada cama.

Me he dado el último chute para soportar los horrores del viaje de compras. Emplearé la remesa final para ayudarme a dormir, y desengancharme suavemente del jaco. Intentaré tomarla en dosis pequeñas y medidas. Me hace falta un poco ya. El gran bajón comienza a tomar posiciones. Empieza como de costumbre, con una ligera náusea en el fondo del estómago y un ataque de pánico irracional. En cuanto noto que se me apoderan las ganas de vomitar, se desplaza sin esfuerzo alguno de lo incómodo hasta lo insoportable. Un dolor de muelas empieza a extenderse desde los dientes hasta las mandíbulas y las cuencas de los ojos, y atraviesa mis huesos con un palpitar

miserable, implacable y debilitante. Los viejos sudores acuden puntualmente, y no olvidemos los escalofríos, cubriéndome la espalda como una fina capa de escarcha otoñal sobre el techo de un coche. Es el momento de actuar. No hay manera alguna de caer redondo y dar la cara aún. Necesito un entrante suave para un bajón. Lo único para lo que me puedo mover es el caballo. Un pequeño pico para desmadejar estos torcidos miembros y quedarme dormido. Después le diré adiós. Swanney se ha desvanecido, Seeker está en el trullo. Eso nos deja a Raymie. Tengo que llamar a ese capullo desde el teléfono de pago del pasillo.

Soy consciente de que, mientras marco los números, alguien pasa de largo rozándome. Doy un respingo ante el efímero contacto, pero no tengo deseo alguno de mirar a ver quién es. Con un poco de suerte no estaré aquí el tiempo suficiente para necesitar ver de qué van mis nuevos «compañeros de piso». Para mí no existen esos jodidos. Nadie existe para mí. Sólo Raymie. El dinero desaparece. Una voz de chica. «¿Diga?», resuella. ¿Tendrá un resfriado de verano o será el jaco?

«¿Está Raymie? Aquí Mark.» Es evidente que Raymie me ha mencionado alguna vez porque aunque yo a ella no la conozco, ella sí me conoce a mí. Su voz se vuelve glacial. «Raymie no está», dice. «Londres.»

«¿Londres? Joder… ¿cuándo vuelve?»

«No lo sé.»

«¿No dejó nada para mí, eh?» Sería demasiado bueno por su parte, el cabrón.

«Eh, no…»

Cuelgo temblorosamente el auricular. Dos opciones; una: echarle huevos, allá en la habitación, dos: llamar a ese capullo de Forrester e ir a Muirhouse, para que me mamoneen y me pasteleen con una partida de mierda. No hay color. En veinte minutos la cosa queda en un: «¿Cuánto para Muirhouse, colega?» al conductor del autobús 32 y meto temblando mis cuarenta y cinco peniques en la caja. Cualquier puerto vale cuando hay temporal, y aquí detrás de mi cara hay inundación.

Una vieja pelleja me echa el mal de ojo cuando la dejo atrás en el camino hasta el fondo del autobús. Sin duda apesto la hostia y tengo un aspecto desastroso. No me molesta. En mi vida no existe nada excepto yo y Michael Forrester y la repugnante distancia entre ambos: una distancia que este autobús va reduciendo cada vez más.

Me cojo el asiento de atrás, en la parte de abajo. El autobús está casi vacío. Hay una chica sentada enfrente de mí, escuchando su walkman Sony. ¿Es guapa? ¿A quién coño le importa? Aunque se supone que es un estéreo «personal», lo oigo con bastante claridad. Suena un tema de Bowie… «Golden Years.»

Don’t let me you hear you say life’s takin’ you nowhere — Angel…

Look at those skies, life’s begun, nights are warm and the days are yu-hu-hung… [6]

Tengo todos los álbumes de Bowie. Absolutamente todos. Toneladas de piratas y

demás. Me importan una mierda él y su música. Sólo me importa Michael Forrester, un cabrón feo y sin ningún talento que no ha grabado ningún álbum. Cero singles. Pero Mikey es el hombre del momento. Como una vez dijo Sick Boy, parafraseando sin duda a algún otro capullo: no hay nada al margen del momento. (Creo que el primero que lo dijo fue un mamón en un anuncio de chocolates.) Pero ni siquiera puedo secundar estos sentimientos, pues en el mejor de los casos son periféricos al momento. El momento somos yo, enfermo, y Mikey, curandero.

Una vieja capulla —siempre están en los autobuses a estas horas— está pedorreteando al conductor, disparándole una salva de preguntas irrelevantes acerca de los números de los autobuses, las rutas y los horarios. Súbete de una puta vez o bájate y muérete ya, copón, cabrona vieja y rancia. Casi me asfixio de rabia silenciosa por su egoísta mezquindad y la lamentable indulgencia que muestra el conductor hacia la muy cabrona. La gente habla de los jóvenes y el vandalismo, ¿y qué hay del vandalismo psíquico causado por estos viejos hijoputas? Cuando por fin se sube, la vieja cabrona tiene el morro de tener un careto como el culo de un gato.

Se sienta justo frente a mí. Mis ojos hozan hasta llegar a la parte trasera de su cabeza. La sugestiono para que tenga una embolia o un paro cardíaco enorme… No. Me paro a pensar. Si eso ocurriera, sólo me retrasaría más aún. La suya habrá de ser una muerte lenta y atormentada, para hacerle pagar por mi puto sufrimiento. Si muriera rápidamente, eso le daría a la gente tiempo de quejarse. Siempre aprovechan esa oportunidad. Unas células cancerosas le irían como anillo al dedo. Invoco el desarrollo y la multiplicación de un núcleo de células chungas en su cuerpo. Puedo sentirlo suceder… pero es a mi cuerpo al que le sucede. Estoy demasiado cansado para seguir. He perdido todo mi odio por la viejecita. Sólo siento una apatía total. Ahora ella está al margen del momento.

Se me inclina la cabeza. Se eleva con una sacudida tan repentina y violenta, que pienso que va a salir volando de encima de mis hombros para ir a parar al regazo de la malhumorada vieja pelleja que tengo enfrente. La sujeto firmemente con las dos manos, los codos sobre las rodillas. Me voy a pasar de parada. No. Una oleada de energía y me bajo en Pennywell Road, delante del centro comercial. Cruzo el carril y atravieso el centro, dejando atrás los locales cerrados que nunca fueron alquilados y atravesando el parking donde jamás aparcó un coche. Ni una vez desde que lo construyeron. Hace más de veinte años.

El dúplex de Forrester está en un bloque más grande que la mayoría de los de Muirhouse. Casi todos tienen dos plantas, el suyo cinco, y por tanto tiene ascensor, que no funciona. Para conservar energías voy reptando junto a la pared durante mi viaje escaleras arriba.

Además de calambres, dolores, sudores y una desintegración casi completa de mi sistema nervioso central, ahora me empiezan a fallar los intestinos. Percibo

movimientos nauseabundos, siniestros deshielos en mi largo período de estreñimiento. Intento recomponerme ante la puerta de Forrester. Pero él sabrá que estoy sufriendo. Un ex picota siempre sabe cuándo alguien está chungo. Simplemente no quiero que el cabrón sepa lo desesperado que estoy. Aunque para conseguir lo que necesito estoy dispuesto a soportar toda la mierda que me eche, cualquier insulto de Forrester, no veo qué sentido tendría el pregonárselo más allá de lo inevitable.

Evidentemente, Forrester puede ver el reflejo de mi pelo bermejo a través de la puerta de cristal emplomado. Tarda un siglo en contestar. El cabrón ha empezado con los mamoneos incluso antes de que yo haya puesto los pies en su casa. No me saluda con ningún calor en la voz.

«¿Va bien, Rents?»

«No va mal, Mike.» Él me llama «Rents» en vez de «Mark», yo le llamo «Mike» en vez de «Forry». Está claro quién tiene la sartén por el mango. ¿Sería la mejor política intentar congraciarme con este cabrón? Probablemente sea la única en este momento.

«Adelante», dice encogiéndose concisamente de hombros, y yo le sigo fielmente.

Me siento en el sofá, al lado pero a cierta distancia de una zorra gorda con una pierna rota. Su miembro escayolado se apoya en la mesita del café y hay una repulsiva hinchazón de carne blanca entre la escayola sucia y sus pantalones cortos color melocotón. Sus tetas están asentadas sobre una lata gigante de Guinness y su blusa chaleco marrón lucha para retener sus blancas mantecas. Sus grasientos rizos oxigenados tienen dos centímetros de insípidas raíces grises y marrones. No hace ningún intento de reconocer mi presencia sino que deja escapar una horrenda y vergonzosa risa de burra ante algún comentario inane que hace Forrester, que no capto, probablemente acerca de mi aspecto. Forrester se sienta frente a mí en un sillón desvencijado, con su cara carnosa y su cuerpo delgado, casi calvo a los veinticinco. Su pérdida de cabello durante los dos últimos años ha sido espectacular, y me pregunto si habrá cogido el virus. Pero lo dudo. Dicen que sólo los buenos mueren jóvenes. Normalmente haría algún comentario borde, pero en este momento preferiría insultar a mi abuela hablándole de su bolsa de colostomía. Después de todo, Mikey es mi hombre.

En la otra silla junto a Mikey hay un hijoputa de aspecto maligno, cuyos ojos están sobre la guarra hinchada, o más bien sobre el porro poco profesionalmente liado que se está fumando. Ella le da una calada extravagantemente teatral, antes de pasárselo al tipo de aspecto maligno. No tengo nada contra los tíos con ojos de insecto muerto en las profundidades de rostros de roedor. No son todos malos. Es la ropa de este chico la que le delata, destacándole como un vivales de cuidado. Es obvio que ha estado residiendo en uno de los hoteles del grupo Windsor: Saughton, Bar L, Perth, Peterhead, etc.[7], y aparentemente ha estado allí bastante tiempo.

Pantalones de pata de elefante azul oscuros, zapatos negros, un polo color mostaza con bandas azules en el cuello y los puños y una parka verde (¡en este puto tiempo!) colgada detrás de la silla.

No hay presentaciones, pero eso es prerrogativa de mi icono bola de billar, Mike Forrester. Tiene la sartén por el mango, y desde luego lo sabe. El cabrón se lanza a una perorata, hablando sin parar, como un niño que intenta quedarse despierto hasta lo más tarde posible. Mr. Moda, así llamaré al cabrón Johnny Saughton, no dice nada, pero sonríe enigmáticamente y de vez en cuando hace chiribitas con una cara de éxtasis burlón. Si alguna vez han visto un rostro de depredador, era el de Saughton. La Guarra Gorda, Dios, qué grotesca es, rebuzna, y yo me esfuerzo por soltar la carcajada servil de rigor en los intervalos que estimo más o menos apropiados.

Después de escuchar esta mierda durante un rato, el dolor y la náusea me fuerzan a intervenir. Mis señales no verbales han sido ignoradas despectivamente, así que entro a saco.

«Perdona que te interrumpa en ese punto, colega, pero voy a tener que ponerme los patines. ¿Tienes la mandanga a mano?»

La reacción es desmesurada, incluso respecto de los cánones del mierdoso juego al que está jugando Forrester.

«¡Cierra la puta boca! Jodido capullo. Ya te diré yo cuándo tienes que hablar. Tú cierra el pico. Si no te gusta la compañía, puedes irte a tomar por el culo. Y punto.»

«No te ofendas, colega…», por mi parte todo es dócil capitulación. Después de todo, este hombre es para mí un dios. Caminaría a cuatro patas sobre cristales rotos durante mil kilómetros para usar su mierda como pasta dentífrica y ambos lo sabemos. No soy más que un peón en un juego llamado «El Marketing de Michael Forrester Como Tipo Duro». Para todos los que le conocen, se trata de un juego basado en conceptos ridículamente carentes de base. Además, es obvio que todo él está siendo escenificado a beneficio de Johnny Saughton, pero qué cojones, es la película de Mike, y yo pedí a gritos que me sirvieran una mano mierdosa cuando marqué su número.

Me trago algunas humillaciones soeces más durante lo que parece una eternidad. Las capeo sin inmutarme, eso sí. Nada amo (salvo el jaco), nada odio (salvo aquellas fuerzas que me impidan el conseguirlo) y nada temo (salvo no poder pillar).

También sé que un cagao como Forrester jamás me haría pasar por toda esta pantomima si tuviera intención de dejarme tirado.

Me produce cierta satisfacción recordar por qué me odia. Mike estuvo hace tiempo cegado por una mujer que le aborrecía. Una mujer a la que yo a renglón seguido me tiré. No supuso gran cosa ni para mí ni para la mujer en cuestión, pero desde luego a Mike le jodió mogollón. Ahora bien, la mayoría de la gente lo pondría en la cuenta de la experiencia, siempre quieres lo que no puedes tener y las cosas que

en realidad te importan un comino son las que se te presentan en bandeja. Así es la vida, así que ¿por qué iba a ser diferente el sexo de cualquier otra parte de ella? Yo he tenido y superado reveses semejantes en el pasado. Todo quisque lo ha hecho. El problema es que este mierda está empeñado en acumular resentimientos triviales, como la ardilla maligna y dentuda que es. Pero yo aún le quiero. Tengo que hacerlo. Es el chico con la mejor mano.

Mikey acaba aburriéndose de su juego de humillación. Para un sádico, debe de tener tanto interés como clavarle agujas a una muñeca de plástico. Me habría encantado haberle dado mejor juego, pero estoy demasiado follao para reaccionar al mellado ingenio de sus pullas. Así que finalmente dice: «¿Tienes la guita?»

Saco unos billetes arrugados de los bolsillos, y con enternecedor servilismo los aliso sobre la mesa del café. Con aire reverente y con toda la deferencia debida al estatus de Mikey como El Hombre, se los doy en mano. Noto por vez primera que la Guarra Gorda tiene una enorme flecha dibujada en la escayola con gruesos trazos de rotulador negro, apuntando hacia su entrepierna. Las letras que la acompañan dicen en grandes mayúsculas: INSERTAR POLLA AQUÍ. Mis intestinos dan otra rápida voltereta, y el impulso de quitarle la mandanga a Mikey con la máxima violencia e irme a tomar por culo de aquí es casi abrumador. Mikey se embolsa los billetes y, para mi asombro, me muestra dos cápsulas blancas. Eran cosillas duras y con forma de bomba con un acabado ceroso. Un poderoso furor, aparentemente procedente de ningún sitio, se apodera de mí. No, de ningún sitio no. Emociones fuertes de este tipo sólo puede generarlas el jaco o la posibilidad de su ausencia. «¿Qué cojones es esta mierda?»

«Opio. Supositorios de opio», dice Mikey cambiando de tono. Resulta cauteloso, casi exculpatorio. Mi exabrupto ha hecho añicos nuestra simbiosis chunga.

«¿Qué coño quieres que haga con esto?», digo sin pensar, y empezando a sonreír cuando caigo en la cuenta. Eso saca a Mikey del apuro.

«¿De veras quieres que te lo diga?», se mofa, recuperando algo del poder que acababa de ceder, mientras Saughton se ríe y la Guarra Gorda rebuzna. Puede ver que no me hace gracia, sin embargo, así que continúa: «No es un pico lo que necesitas, ¿verdad? Quieres algo lento, que te quite el dolor, que te ayude a desengancharte del jaco, ¿verdad? Pues éstas son perfectas. Diseñadas a medida de tus necesidades. Se derriten pasando a todo el sistema, el flash se acumula y después se desvanece lentamente. Ésas son las pirulas que emplean en los hospitales, joder.»

«¿Entonces crees que valen la pena, tío?»

«Haz caso a la voz de la experiencia», sonríe, pero más hacia Saughton que hacia mí. La Guarra Gorda echa hacia atrás su cabeza grasienta, exhibiendo grandes dientes amarillos.

Así que hago lo recomendado. Hago caso a la voz de la experiencia. Me excuso,

me retiro al retrete y me las inserto con gran diligencia por el culo. Era la primera vez que metía el dedo por mi propio agujero, y me asaltó una sensación vagamente nauseabunda. Me miro en el espejo del cuarto de baño. Pelo rojo, mate pero sudoroso, y un rostro pálido con un puñado de repugnantes granos. Hay dos bellezas en particular: en realidad, a éstas habría que clasificarlas como forúnculos. Uno en la mejilla y uno en la barbilla. La Guarra Gorda y yo haríamos una excelente pareja, y me recreo con una perversa visión de los dos en una góndola por los canales de Venecia. Vuelvo escaleras abajo, todavía chungo pero con el colocón de haber pillado.

«Tarda un rato», hace notar toscamente Forrester, mientras hago mi entrada en el cuarto de estar.

«¡A mí me lo dices! Para el bien que me han hecho hasta ahora, tanto daría que me las hubiera metido por el culo.» Recibo mi primera sonrisa de parte de Johnny Saughton por mis penas. Casi puedo ver la sangre alrededor de su retorcida boca… La Guarra Gorda me mira como si acabase de masacrar ritualmente a su descendencia. Esa expresión dolorida e incomprensible que exhibe hace que tenga ganas de mearme en los gallumbos de risa. Mike pone una cara muy ofendida que dice yo-soy-el-que-hace-los-chistes-aquí, pero matizada por la resignación ante el hecho de que su poder sobre mí ha desaparecido. Terminó con la finalización de la transacción. Ahora él no representaba más para mí que una mierda de perro en el centro comercial. En realidad, bastante menos. Y punto.

«Pues nada, hasta luego, gente», digo dirigiéndome a Saughton y la Guarra Gorda. Un Saughton sonriente me envía un guiño cómplice que parece barrer toda la habitación. Hasta la Guarra Gorda trata de forzar una sonrisa. Tomo sus gestos como pruebas suplementarias de que el equilibrio de poderes entre Mike y yo ha variado en lo fundamental. Como para confirmarlo, me acompaña hasta la salida. «Eh, ya nos veremos, tío. Eh… perdona por toda la mierda que te he echado encima hace un rato. Ese hijoputa de Donnelly… me pone nervioso a tope. Es un majarón de primera. Ya te contaré toda la historia más tarde. ¿No me guardas rencor, eh, Mark?»

«Ya nos veremos, Forry», le respondo, esperando que mi voz arrastre suficiente promesa de amenaza para causarle al cabrón un poco de inquietud, si no verdaderas preocupaciones. Una parte de mí no quiere quemar al capullo para siempre, sin embargo. Es una idea un poco frustrante, pero puede que le necesite de nuevo. Pero ése no es modo de pensar. Si sigo pensando así, todo el puto esfuerzo será inútil.

Cuando llego al final de la escalera ya me he olvidado de mi malestar; bueno, casi. Siento el dolor a través de todo el cuerpo, sólo que en realidad ya no me molesta. Sé que es ridículo tratar de convencerme de que la mandanga ya me está haciendo efecto, pero desde luego está teniendo lugar cierto efecto placebo. Algo que sí percibo es una gran fluidez en las entrañas. Parece como si me estuviera derritiendo

por dentro. Llevo cinco o seis días sin cagar; parece ser que toca ahora. Me pedo e inmediatamente remato, sintiendo húmedos sedimentos en mis calzones junto a una aceleración del pulso. Piso los frenos a tope, apretando los músculos del esfínter todo lo que puedo. El daño está hecho, sin embargo, y va a ser mucho peor si no actúo inmediatamente. Me planteo volver a casa de Forrester, pero de momento no quiero tener nada más que ver con ese mamón. Me acuerdo de que la tienda de apuestas del centro comercial tiene un retrete al fondo.

Entro en la tienda llena de humo y voy de cabeza al cagadero. Vaya una escena; dos tíos de pie junto a la puerta del retrete, simplemente meando hacia el interior, donde hay dos buenos centímetros de orina estancada y lechosa cubriendo el suelo. Es extraño, pero me recuerda las duchas de las piscinas a las que solía ir. Los dos tipos se sacuden las pollas en el pasillo y se las guardan en la bragueta con el mismo cuidado que uno pondría en meterse en el bolsillo un pañuelo sucio. Uno de ellos me mira con suspicacia y me cierra el paso al retrete.

«El cagadero está embozado, colega. No podrás cagar ahí.» Señala en dirección a la taza sin asiento, llena de agua marrón, papel higiénico y grumos de mierda flotante.

Yo le miro con gesto severo. «Tengo que entrar, colega.»

«¿No irás a meterte un chute ahí dentro, eh?»

Lo que faltaba. El Charles Bronson de Muirhouse. Sólo que este cabrón hace que Charles Bronson se parezca a Michael J. Fox. De hecho, se parece un poco a Elvis, a Elvis con su aspecto actual; un ex-Ted gordinflón en descomposición.

«Vete a la mierda.» Mi indignación ha debido de resultar convincente, porque, para mi asombro, el mendrugo se disculpa.

«No te ofendas, colega. Es sólo que algunos jóvenes capullos de esta urbanización han estado intentando convertir esto en su jodido chutódronto. Eso no nos va.»

«Jodidos cabrones espabilaos», añade su colega.

«Llevo un par de días chungo, tío. Me estoy volviendo mono con estas cagarrinas. Necesito cagar. Eso de ahí dentro tiene un aspecto asqueroso, pero o es eso o son mis jodidos gallumbos. No llevo mierda encima. Ya tengo bastantes problemas con la priva como para ocuparme de otras cosas.»

El capullo hace un gesto comprensivo con la cabeza y me deja pasar. Siento cómo los orines me empapan las zapatillas al pasar la puerta. Me paro a reflexionar sobre lo ridículo que es decir que no llevaba mierda encima cuando mis gallumbos están rebosantes de ella. Por suerte, sin embargo, el pestillo de la puerta está intacto. Verdaderamente insólito, si se tiene en cuenta el atroz estado del cagadero.

Me arranco los gallumbos y me siento sobre el frío y húmedo bordillo de porcelana. Vacío mis entrañas, sintiendo como si todo, excrementos, estómago, intestinos, páncreas, hígado, ríñones, corazón, pulmones y putos sesos estuviesen

cayendo por el agujero del culo hasta la taza. Mientras cago, hay moscas aporreándome la cara, dándome escalofríos por todo el cuerpo. Intento agarrar una y, para sorpresa y regocijo míos, la siento zumbando en mi mano. Aprieto lo suficiente para inmovilizarla. Abro el puño y veo una enorme y asquerosa mosca verde, una hija de puta grande y peluda, con aspecto de grosella.

La espachurro contra la pared de enfrente, trazando una «H», después una «I» y después una «B» con el dedo índice, usando sus entrañas, tejidos y sangre como tinta. Empiezo con la «S» pero el suministro va escaseando. No hay problema. Tomo prestado de la «H», que tiene un grueso excedente, y completo la «S»[8]. Me siento todo lo atrás que puedo sin resbalar y caer en el pozo de mierda que tengo debajo, y admiro mi obra de artesanía. La vil mosca verde, que me había causado gran angustia, se ha convertido en una obra de arte que me causa mucho placer contemplar. Pienso especulativamente en ella como metáfora positiva de otras cosas de mi vida, cuando el discernimiento de lo que acabo de hacer me envía una paralizante descarga de temor puro a través del cuerpo. Me quedo helado por un instante. Pero sólo un instante.

Me tiro de la taza, con las rodillas chapoteando en el suelo meado. Mis vaqueros caen hasta el suelo y absorben glotonamente la orina, pero yo apenas me doy cuenta. Me arremango y sólo vacilo brevemente, ojeando mis abscesos cicatrizados y en ocasiones no tan cicatrizados, antes de sumergir las manos y los antebrazos en el agua marrón. Rebusco fastidiosamente y recupero una de mis bombas enseguida. Frotando le quito algo de la mierda que lleva pegada. Un pelín derretida, pero mayormente intacta. La coloco encima de la cisterna. Localizar la otra supone varios largos rastreos a través del mogollón y el tamizar la mierda de un puñado de los buenos habitantes de Muirhouse y Pilton. Me da una arcada, pero consigo hacerme con mi pepita de oro blanco, sorprendentemente aún mejor conservada que la primera. La sensación del agua me repugna aún más que la mierda. Mi brazo manchado de marrón me recuerda el clásico moreno de camiseta. La línea divisoria llega más arriba del codo, pues he tenido que adentrarme en el desagüe.

Pese a la incomodidad que me produce la sensación del agua sobre mi piel, parece apropiado dejar el brazo bajo el chorro del agua fría de la pila. No es que sea, ni mucho menos, el lavado más intensivo o profundo que me he dado, pero es todo lo que puedo soportar. Acto seguido me limpio el culo con la parte limpia de mis calzones y arrojo los gallumbos saturados de mierda a la taza con el resto de los desperdicios.

Oigo cómo llaman a la puerta mientras me pongo mis empapados Levis. Es la sensación de mojado sobre mis piernas, de nuevo, más que el pestazo, lo que me hace sentir un poco mareado. La llamada se convierte en un sonoro aporreamiento.

«¡Venga ya, cabrón, aquí fuera estamos que reventamos!»

«Aguantad la puta mecha.»

Me sentía tentado de tragarme los supositorios, pero rechacé esa posibilidad casi tan pronto como me pasó por la cabeza. Estaban diseñados para el consumo anal, y aún había bastante de esa materia cerúlea sobre ellos como para hacer pensar que indudablemente tendría bastantes problemas para no vomitarlos. Puesto que había sacado todo de mis entrañas, mis chicos probablemente estarían más seguros allí. Pa casa.

Me pusieron algunas caras raras cuando me marchaba de la tienda de apuestas, no tanto la peña de la cola del pis, que pasaron de largo con algunos despectivos «ya iba siendo hora», como uno o dos clientes que calaron mi aspecto demacrado. Hasta hubo un mangui que hizo algunos comentarios vagamente amenazadores, pero la mayoría estaban demasiado ensimismados con los formularios o las carreras en la pantalla.

Pude observar a Elvis/Bronson gesticulando como loco hacia la tele cuando me marché.

En la parada del autobús me di cuenta del día tan bochornoso que hacía. Recuerdo que alguien dijo que era el primer día del Festival. Desde luego, hacía el tiempo apropiado. Me apoyé contra la pared al lado de la parada, dejando que el sol empapara mis húmedos vaqueros. Vi un 32 de camino, pero no me moví de pura apatía. Cuando vino el siguiente, me las arreglé para subir al cabrón y me encaminé al soleado barrio de Leith. Realmente va siendo hora de hacer una buena limpieza, pensé mientras subía las escaleras de mi nuevo piso.

A tope

Quisiera que mi amiguete del recto inseminado, Rent Boy, dejase de babear en mi jodida oreja. Hay un par de MBVs (marcas de bragas visibles) en la chati de enfrente, y se requiere toda mi concentración para garantizar que se lleve a cabo un examen a fondo. ¡Sí! ¡Eso me vendrá muy bien! Estoy a tope, a tope del todo. Es uno de esos días en que las hormonas circulan por mi cuerpo como una bola de acero en una máquina de millón, y todas esas luces mentales y sonidos chisporrotean en mi cabeza.

¿Y qué me propone Rents que hagamos en esta hermosa tarde de tiempo selecto de ligoteo? El capullo tiene la audacia de sugerir que volvamos a su queo, que apesta a alcohol, semen rancio y basura que debería haber sacado hace semanas, para ver vídeos. Corre las cortinas, suprime la luz del sol, suprime tus putas ondas cerebrales, y mírale, con un porro en la mano y soltando risitas como un cretino ante todo lo que salga en la caja tonta. Pues non, non, non, Monsieur Renton, Simone no está hecho para sentarse en habitaciones oscuras con plebeyos de Leith y yonquis hablando mierda toda la tarde.

Cause ah wis made for lovin yon bay-bee, you wir made for lovin me…[9]

…una fea gorda se ha puesto delante de la titi con los MBVs, tapándome la vista de ese trasero subliminal con su obeso culo. Tiene el puto morro de llevar leggings ajustados —¡¡total y completamente ajena a la naturaleza delicada del estómago de Simone!!

«¡Ahí va una chiquita en forma!», comento sarcásticamente.

«Vete a la mierda, capullo machista», dice Rent Boy.

Estoy tentado de ignorar al hijo de puta. Los colegas son una puta pérdida de tiempo. Siempre están dispuestos a arrastrarte hasta su nivel de mediocridad social, sexual e intelectual. Sin embargo, será mejor abucharar al mamón, no vaya a pensar que se ha anotado un tanto.

«El hecho de emplear la palabra "capullo" en la misma frase que "machista" demuestra que en ese tema tienes el mismo pensamiento confuso y hecho polvo que en todos los demás.»

Eso desconcierta al capullo. Dice algo sacado del culo como réplica, en un lamentable intento por salvar la situación. Rent Boy 0, Simone 1. Los dos lo sabemos. *Renton, Renton, cómo está el marcador*…

The Bridges está a tope de hembras. *Ooh, ooh la la, let's go dancin, ooh, ooh la la, Simon dancin*…[10] Hay chochos de todas las razas, colores, credos y nacionalidades presentes. ¡Ahí tú, cabrón! Es hora de moverse. Dos orientales consultando un mapa. Simone express, eso irá muy bien. A Rents que le jodan, es un

bastardo adormilao, EGO total.

«¿Puedo ayudaros? ¿Adónde os dirigís?» pregunto. *Hoshpitalidad eshcoshesha a la vieja ushanza, shí, no hay nada mejor, dice el Joven Sean Connery, el nuevo Bond, porque, chicas, esto es el nuevo servicio a Su Majestad*…

«Estamos buscando la Milla Real», me contesta a la cara una voz pija e inglesa-de-colonias. Menudo empujoncito por las bragas que tiene. *Simple Simon sais, put your hands on your feet*…[11]

Por supuesto, Rent Boy tiene el aspecto de una polla fláccida en un barril lleno de chochos. A veces pienso de verdad que el tipo aún cree que una erección es para mear por encima de una pared alta.

«Seguidnos. ¿Vais a un espectáculo?» Sí, no hay nada como el Festival para hacer salir a las hembras.

«Sí.» Una de las muñecas de porcelana (china) me pasa un trozo de papel que pone *Brecht: El círculo de tiza caucasiano por el Grupo de Teatro de la Universidad de Nottingham*. Sin duda, una colección de gilipollas infestados de granos y con voz de pito escenificando sus miserables pretensiones artísticas antes de licenciarse para trabajar en las centrales nucleares que provocan cáncer en los niños o en agencias de inversiones que cierran fábricas, arrojando a la gente a la pobreza y la desesperación. Aun así, antes saquemos el gusanillo de los escenarios fuera del sistema. Jodidos sacos de escoria, ¿no estás de acuerdo, Sean, mi viejo colega pringao en el reparto de leche? *Shí, Shimon, creo que quishá tengash mucha razón en esho*. El viejo Sean y yo tenemos muchas cosas en común. Ambos hijos de Edina, ambos ex repartidores de leche de la cooperativa. Yo sólo hacía el recorrido de Leith, en tanto que Sean, de creer a cualquier viejo hijoputa, repartió leche en todos los hogares de la ciudad. Las leyes sobre el trabajo infantil serían más laxas entonces, supongo. Un terreno en el que diferimos es el de las pintas. En ese terreno Sean queda completamente batido por Simone.

Ahora Rents está venga a farfullar acerca de *Galileo* y *Madre Coraje* y *Baal* y toda esa mierda. Las zorras parecen bastante impresionadas y todo. ¡Que me follen hasta quedar inconsciente si sé por qué! En realidad este tío tiene su utilidad. Este mundo es asombroso. *Shí, Shimon, cuanto másh veo, menosh me creo*. Losh dosh igual, Sean.

Las periquitas orientales se van al espectáculo, pero han aceptado encontrarse con nosotros después en Deacon's para una copa. Rents no puede venir. Bu-mierda-bu. Lloraré hasta quedarme dormido. Ha quedado con Miss Mogadón, la encantadora Hazel… simplemente tendré que entretener a las dos chiquitas… si decido hacer acto de presencia. Soy un hombre ocupado. Hay que anteponer el deber a todo, ¿eh, Sean? *Preshishamente, Shimon*.

Me zafo de Rents, que vaya y se mate con las drogas. Vaya unos jodidos amigos

que tengo. Spud, Segundo Premio, Begbie, Matty, Tommy: esta peña quiere decir: L-I-M-I-T-A-D-A. Una sociedad extremadamente limitada. Pues bien, estoy hasta más arriba del gorro de perdedores, desesperados, piraos, arrabaleros, yonquis y demás. Soy un joven dinámico, en ascenso, abriéndose paso a empujones, empujones, empujones…

…los socialistas no paran de hablar de tus camaradas, tu clase, tu sindicato y la sociedad. Que jodan a toda esa mierda. Los tories no paran de hablar de tu patrón, tu país, tu familia. A todo eso que lo jodan más aún. Soy yo, yo, el puto YO, Simon David Williamson, EL PUTO NÚMERO UNO, contra el mundo, y es una bulla desigual. *Es tan putamente fácil*… Que los jodan a todos. *Admiro tu deshenfrenado individualishmo, Shimon. Veo paralelishmos conmigo cuando era joven*. Me alegra que digas eso, Sean. Otros han hecho comentarios semejantes.

Ugh… un hijoputa con granos con una bufanda de los Hearts… sí, los capullos juegan hoy en casa. Míralo; el manifiesto antiestilo definitivo. Preferiría ver a mi hermana en un burdel que a mi hermano con una bufanda de los Hearts, es la puta verdad… *sí, huy, otra chica robusta ahí delante… con mochila, buen moreno… mmmm… chupar, follar, chupar, follar*… todos nos caemos…

… adonde ir… romper a sudar en el multigym del club, ahora tienen una sauna y rayos UVA… poner los músculos a tono… los escalofríos del caballo son sólo un desagradable recuerdo ahora. Las chicas chinas, Marianne, Andrea, Ali… ¿quién será la afortunada yegua a la que se la meteré esta noche? ¿Quién tiene el mejor polvo? Pues yo, claro. Hasta puede que encuentre algo en el club. La dinámica es mágica. Tres grupos; mujeres, tíos hétero y tíos gays. Los tíos gays van a por los tíos hétero que son de tipo seguridad con enormes bíceps y barrigas cerveceras. Los tíos hétero van a por las mujeres, a quienes les van los ligeros y sanos mariconcetes. Ningún bashtardo conshigue lo que quiere realmente. Shalvo noshotros, ¿eh, Sean? *Preshishamente, Shimon*.

Espero no ver al maricón que me entró la última vez que estuve allí. Me dijo en la cafetería que tenía el virus, pero que todo estaba bajo control, no era una sentencia de muerte, jamás se había sentido mejor. ¿Qué clase de capullo le dice eso a un desconocido? Probablemente fuese boquilla.

Puta reinona… eso me recuerda que tengo que comprar unos condones… pero es imposible pillar el virus en Edimburgo por follarse a una chica. Dicen que el pequeño Goagsie lo pilló así, pero yo diría que ha estado metiéndose un poco por las cañerías o haciendo el bujarrón discretamente. Si no lo pillas picándote con tipos como Renton, Spud, Swanney y Seeker, es evidente que no lleva tu nombre puesto… con todo… por qué tentar a la suerte… pero por qué no… al menos sé que aún estoy aquí, vivo todavía, porque mientras haya una oportunidad de montárselo con una mujer y su monedero, y eso es todo, eso es todo, no he encontrado otra puta cosa, CERO, que

llene este gran AGUJERO NEGRO como un puño cerrado en el centro de mi puto pecho…

A pesar del inconfundible resentimiento que podía percibir por parte de su madre, Nina no podía desentrañar qué era lo que había hecho mal. Las señales eran confusas. Primero fue: No estés por medio; después: No te quedes ahí de pie. Un grupo de familiares había formado una muralla humana alrededor de su tía Alice. Desde donde estaba sentada, Nina en realidad no veía a Alice, pero los fastidiosos arrullos procedentes del otro lado de la habitación le decían que su tía estaba allí dentro en alguna parte.

Su madre interceptó su mirada. Miraba fijamente a Nina, poniendo la cara de una de las cabezas de una hidra. Por encima de los vamos-vamos y los fue-un-buen-hombre, Nina vio a su madre formar con los labios la palabra «té».

Intentó ignorar la señal, pero su madre siseó insistentemente, apuntando con sus palabras hacia Nina, al otro lado de la habitación, como en un fino chorro: «Haz más té.»

Nina se irguió del sillón y se acercó hasta la gran mesa del comedor, recogiendo una bandeja, sobre la cual había una tetera y una jarra de leche casi vacía.

Ya en la cocina, se escudriñó el rostro en el espejo, concentrándose en un grano sobre el labio superior. Su pelo negro, cortado en una cuña oblicua, parecía grasiento, aunque se lo había lavado la noche anterior. Se frotó el estómago, sintiéndose hinchada por la retención de líquidos. La regla tenía que llegarle en cualquier momento. Era un peñazo.

Nina no podía formar parte de aquella extraña feria del dolor. Todo el tema parecía un rollo. La exhibición de despreocupada indiferencia que desplegó ante la muerte de su tío Andy era fingida sólo en parte. Había sido su pariente favorito cuando era una chiquilla, y la hacía reír, o eso le habían dicho todos. Y en cierto modo lo recordaba. Aquellos acontecimientos habían ocurrido: las bromas, las cosquillas, los juegos, los generosos suministros de helados y caramelos. Sin embargo no podía hallar conexión emocional alguna entre la Nina de ahora y la Nina de entonces, y por lo tanto ninguna conexión emocional con Andy. Oír los recuerdos de sus parientes acerca de aquellos días de su infancia y su niñez le hacía retorcerse de vergüenza. Parecía una negación esencial de sí misma tal y como era ahora. Peor aún, era un rollazo.

Al menos iba preparada para el luto, como todo el mundo le recordaba constantemente. Pensaba que sus parientes eran aburridísimos. Se aferraban a lo mundano como si les fuera la vida en ello; era el sombrío aglutinante que los mantenía unidos.

«Esa chica nunca lleva nada que no sea negro. En mis tiempos, las chicas llevaban colores vivos y bonitos, en vez de intentar parecer vampiresas.» El tío Boab, el gordo y estúpido tío Boab, había dicho eso. Los parientes se habían reído. Todos sin excepción. Risa estúpida y mezquina. La nerviosa risa de unos niños tratando de llevarse bien con el matón del patio del colegio, más que la de unos adultos comunicando que habían oído algo gracioso. Nina tuvo por vez primera conciencia de que la risa va de algo más que el humor. Iba de reducir la tensión, iba de solidaridad frente a la dama de la guadaña. La muerte de Andy había puesto ese tópico unos puestos más arriba en la lista de temas de la agenda personal de cada uno.

La tetera hizo el clic que indica que se ha parado. Nina llenó otro recipiente de té y lo sacó.

«No te preocupes, Alice. No te preocupes, cariño. Aquí está Nina con el té», dijo su tía Avril. Nina pensó que quizá las expectativas depositadas en las bolsas de PG eran poco realistas. ¿Podría esperarse que compensaran la pérdida de una relación de veinticuatro años?

«Es terrible cuando se tienen problemas con el corazón», afirmó su tío Kenny. «Por lo menos, no sufrió. Es mejor que el cáncer, que te pudre en vida. Nuestro padre se nos fue por el corazón y eso. La maldición de los Fitzpatrick. Cosas de tu abuelo.» Miró hacia Malcolm, el primo de Nina, y sonrió. Aunque Malcolm era sobrino de Kenny, sólo tenía cuatro años menos que su tío, y parecía mayor.

«Algún día todo este rollo del patato, y el cáncer y todo lo demás, quedará en el olvido», se aventuró Malcolm.

«Sí, claro. La ciencia médica. Por cierto, ¿cómo está tu Elsa?», dijo Kenny, bajando la voz.

«La van a operar otra vez. Un apaño con las trompas de Falopio. Al parecer lo que hacen es…»

Nina se volvió y abandonó la habitación. Al parecer lo único de lo que Malcolm quería hablar era de las operaciones que había sufrido su mujer para permitirles tener un niño. Los detalles le daban repelús. ¿Por qué suponía la gente que uno quería oír esos rollos? ¿Qué clase de mujer pasaría por todo eso sólo para tener un mocoso gritón? ¿Qué clase de hombre la animaría a hacerlo? Mientras se iba hacia el pasillo, sonó el timbre. Eran su tía Cathy y su tío Davie. Habían llegado rápidamente de Leith a Bonnyrigg.

Cathy abrazó a Nina. «Hola, pequeña. ¿Dónde está? ¿Dónde está Alice?» A Nina le gustaba su tía Cathy. Era la más extrovertida de sus tías, y la trataba como a una persona y no como a una niña.

Cathy se acercó y abrazó a Alice, su cuñada, y después a su hermana Irene, la madre de Nina, y a sus hermanos Kenny y Boab, por ese orden. Nina pensó que ese orden era de buen gusto. Davie asintió austeramente hacia todo el mundo con la

cabeza.

«Cristo, no has perdido nada de tiempo en llegar aquí con esa vieja furgoneta, Davie», dijo Boab.

«Sí. La circunvalación lo cambia todo. Se coge justo al salir de Portobello, y te sales justo antes de Bonnyrigg», explicó Davie debidamente.

Volvió a sonar el timbre. Esta vez era el doctor Sim, el médico de cabecera de la familia. Sim estaba atento y diligente, pero con expresión sombría. Trataba de comunicar con su porte cierta compasión, pero conservando todavía una fuerza pragmática a fin de dar confianza a la familia. Sim pensaba que no lo estaba haciendo mal.

Nina también lo pensaba. Una horda de tiítas jadeantes armaba a su alrededor un revuelo como groupies alrededor de una estrella de rock. Después de un ratito, Bob, Kenny, Cathy, Davie e Irene acompañaron al doctor Sim escaleras arriba.

Nina se dio cuenta, a medida que abandonaban la habitación, de que le había venido la regla. Les siguió escaleras arriba.

«¡Quítate de en medio!», bufó Irene mirando a su hija.

«Sólo voy al water», replicó indignada Nina.

En el inodoro se quitó la ropa empezando por los guantes de encaje negros. Al examinar la extensión de los daños, notó que la descarga le había atravesado las bragas pero no había llegado hasta los leggings negros.

«Mierda», dijo, mientras gruesas y oscuras gotas de sangre caían sobre la alfombra del cuarto de baño. Arrancó unas tiras de papel higiénico, y se las apretó para absorber el flujo. A continuación comprobó el armario pero no encontró tampones o compresas. ¿Era Alice demasiado vieja para la regla? Probablemente.

Empapando más papel con agua, logró sacar la mayor parte de las manchas de la alfombra.

Nina entró con precaución en la ducha. Después de lavarse un poco, se hizo otra compresa a base de papel higiénico y se vistió rápidamente, sin ponerse las bragas, que lavó en la pila, escurrió y embutió en el bolsillo de su chaqueta. Se apretó la espinilla que tenía sobre el labio superior y se sintió mucho mejor.

Nina oyó a la comitiva abandonar la habitación y bajar las escaleras. Aquel lugar era el puto culo del mundo, pensaba, y quería marcharse ya. Llevaba rato esperando un momento oportuno para sacarle algo de pasta a su madre. Tenía intención de ir a Edimburgo a ver al grupo de los Calton Studios con Shona y Tracy. No le apetecía salir cuando tenía la regla, pues Shona había dicho que los chicos se dan cuenta cuando la tienes, que sencillamente lo huelen, no importa lo que hagas. Shona entendía de chicos. Era un año más joven que Nina, pero lo había hecho dos veces, una con Graeme Redpath, y otra con un chico francés que había conocido en Aviemore.

Nina aún no había estado con nadie, no lo había hecho. Casi todo el mundo que ella conocía decía que era una mierda. Los chicos eran demasiado estúpidos, demasiado ásperos y aburridos, o se excitaban demasiado. Disfrutaba del efecto que ejercía sobre ellos, le gustaba ver las heladas y simplonas expresiones en sus caras cuando la miraban. Cuando ella lo hiciese, lo haría con alguien que supiera lo que se hacía. Alguien mayor, pero no como el tío Kenny, que la miraba como un perro, con los ojos inyectados en sangre y la lengua asomándole taimadamente entre los labios. Tenía la extraña sensación de que el tío Kenny, a pesar de sus años, sería un poco como los ineptos chicos con los que Shona y las demás habían estado.

Pese a sus reservas acerca de ir al concierto, la alternativa era quedarse en casa y ver la televisión. Específicamente, eso significaba *Bruce Forsyth's Generation Game*[12] con su madre y el pedorrín de su hermano, que siempre se excitaba cuando los cacharros bajaban por la cinta transportadora y recitaba rápidamente sus nombres con su voz aguda y peculiar. Su madre ni siquiera le dejaba fumar en el cuarto de estar. A Dougie, el imbécil de su amigo, le dejaba fumar en el cuarto de estar. En esas ocasiones el tabaco sólo era objeto de bromas ligeras en vez de la causa del cáncer y las enfermedades cardíacas. Nina, sin embargo, tenía que irse arriba para echar un pitillo, y aquello era el culo del mundo. Su habitación era fría, y para cuando hubiese encendido la calefacción y la habitación se hubiera calentado, podría haberse fumado un paquete de veinte Marlboroughs. A la mierda con todo eso. Esta noche iría a ver cómo le iba en el concierto.

Cuando abandonó el cuarto de baño, Nina echó un vistazo al tío Andy. El cadáver estaba tendido sobre la cama, con el cubrecama todavía sobre él. Puede que le hubiesen cerrado la boca, pensó. Parecía como si hubiese expirado beodamente, belicosamente, congelado por la muerte mientras discutía de fútbol o política. El cuerpo era flacucho y ajado, pero es que Andy siempre lo fue. Recordaba cuando le hacía cosquillas en las costillas con aquellos persistentes, ubicuos y huesudos dedos. Quizá Andy siempre estuvo muriéndose.

Nina decidió rastrillar los cajones para ver si Alice tenía algunas bragas que merecieran la pena tomar prestadas. Los calcetines y calzoncillos de Andy estaban en la sección superior de una cómoda. La ropa interior de Alice estaba en la siguiente. Nina quedó atónita ante la gama de ropa interior que tenía Alice. Iba desde las prendas demasiado grandes que Nina comprobó y que le llegaban casi hasta las rodillas, hasta prendas de encaje minúsculas con las que nunca podría imaginar a su tía. Había un par hecho del mismo material que los guantes de encaje negro que tenía Nina. Se quitó los guantes para sentir las bragas. Aunque ésas le gustaban, eligió un florido par rosa, y después volvió al cuarto de baño a ponérselas.

Cuando bajó las escaleras, notó que el alcohol había desplazado al té como principal lubricante social de la reunión. El doctor Sim estaba de pie, whisky en

mano, hablando con tío Kenny, tío Boab y Malcolm. Se preguntaba si Malcolm le estaría haciendo preguntas sobre las trompas de Falopio. Los hombres bebían todos con estoica determinación, como si fuese una obligación seria. Pese al dolor, no podía disimularse la sensación de alivio que había en el ambiente. Había sido el tercer ataque al corazón de Andy, y ahora que por fin había causado baja, podían continuar con sus vidas sin sobresaltarse nerviosamente cada vez que oían la voz de Alice por teléfono.

Había llegado otro primo, Geoff, el hermano de Malky. Miró a Nina de un modo que ella creyó afín al odio. Era enervante y extraño. Sin embargo, era un gilipollas. Todos los primos de Nina lo eran, en todo caso los que conocía. Su tía Cathy y el tío Davie (él era de Glasgow y protestante) tenían dos hijos: Billy, que acababa de salir del ejército, y Mark, que se suponía que estaba metido en drogas. No estaban allí, pues apenas conocían a Andy o a nadie de la peña de Bonnyrigg. Probablemente estarían en el funeral. O quizá no. En tiempos Cathy y Davie tuvieron un tercer hijo, también llamado Davie, que había muerto hacía casi un año. Estaba gravemente discapacitado tanto mental como físicamente y había pasado la mayor parte de su vida en un hospital. Nina sólo le había visto una vez, sentado en una silla de ruedas, contrahecho, con la boca abierta y los ojos ausentes. Se preguntó cómo se habrían sentido Cathy y Davie con su muerte. De nuevo tristes, pero quizá también aliviados.

Mierda. Geoff se acercaba para hablar con ella. Una vez había hecho que Shona lo viera, y dijo que se parecía a Marti de los Wet Wet Wet. Nina odiaba tanto a Marti como a los Wets y, de todos modos, pensaba que Geoff no se parecía en nada a él.

«¿Va todo bien, Nina?»

«Sí. Lástima lo del tío Andy.»

«Sí. ¿Qué se puede decir?» Geoff se encogió de hombros. Tenía veintiún años y Nina pensaba que eso era ser carrozón.

«Entonces, ¿cuándo acabas el colegio?», preguntó él.

«El año que viene. Quería dejarlo ahora pero mi madre me ha dado la paliza para que me quede.»

«¿Vas a presentarte a los *O levels*?»[13]

«Sí.»

«¿Cuáles?»

«Inglés, mates, aritmética, arte, contabilidad, física, estudios modernos.»

«¿Vas a aprobarlos?»

«Sí. No es tan difícil. Menos las mates.»

«¿Y después?»

«Conseguir un trabajo. O apuntarme a un cursillo de la oficina de empleo.»

«¿No vas a seguir y presentarte a los *Highers*?»[14]

«No.»

«Deberías. Tú podrías ir a la universidad.»

«¿Para qué?»

Geoff tuvo que pensar un rato. Acababa de graduarse con una licenciatura en inglés y estaba apuntado en el paro. También lo estaban la mayoría de sus compañeros. «Es una buena vida social», dijo.

Nina se dio cuenta de que la manera en que Geoff la había mirado no era con odio, sino con lujuria. Era obvio que había bebido antes de acudir y que eso le había desinhibido.

«Has crecido mucho, Nina», dijo.

«Sí», dijo enrojeciendo, sabiendo que lo estaba haciendo y odiándose a sí misma por hacerlo.

«¿Te apetece salir de aquí? Quiero decir, ¿te dejan entrar en los pubs? Podríamos bajar a tomar algo.»

Nina sopesó la oferta. Aunque Geoff hablara mierda estudiante, tenía que ser mejor que quedarse allí. Alguien les vería en el pub, aquello era Bonnyrigg, y alguien hablaría. Shona y Tracy se enterarían, y querrían saber quién era el tío moreno mayor. Era una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar.

Entonces Nina se acordó de los guantes. Despistadamente, los había dejado sobre la cómoda en la habitación de Andy. Se disculpó con Geoff. «Sí, venga pues. Voy a subir al baño.» Los guantes seguían encima de la cómoda. Los recogió y se los metió en un bolsillo de la chaqueta, pero allí estaban sus bragas mojadas, así que sacó rápidamente los guantes y los puso en el otro. Se volvió para mirar a Andy. Había algo distinto en él. Estaba sudando. Le vio dar una sacudida. Dios, estaba segura de haberle visto sacudirse. Le tocó la mano. Estaba caliente.

Nina bajó las escaleras corriendo. «¡El tío Andy! Creo… creo… tenéis que subir… es como si aún estuviera aquí…»

La miraban con expresión de incredulidad. Kenny fue el primero en reaccionar, subiendo los escalones de tres en tres, seguido por Davie y el doctor Sim. Alice dio un respingo nervioso, boquiabierta, pero sin llegar a asimilarlo. «Fue un buen hombre… nunca me levantó la mano…», se lamentaba en su delirio. Algo en su interior la impulsó a seguir al rebaño escaleras arriba.

Kenny sintió el ceño sudoroso de su hermano, y su mano.

«¡Está ardiendo! ¡Andy no está muerto! ¡ANDY NO ESTÁ MUERTO!»

Sim estaba a punto de examinar el cadáver cuando Alice, habiéndose liberado de su compulsión, le echó a un lado y cayó sobre el cálido y empijamado cuerpo.

«¡ANDY! ANDY, ¿ME OYES?»

La cabeza de Andy se inclinó a un lado, sin que cambiase en ningún momento su estúpida y congelada expresión, y sin que su cuerpo abandonase su flaccidez.

Nina se rió nerviosamente. A Alice la agarraron y sujetaron como a una peligrosa

psicótica. Hombres y mujeres la arrullaron e hicieron ruidos para calmarla mientras el doctor Sim examinaba a Andy.

«No. Lo siento. El señor Fitzpatrick está muerto. Su corazón se ha parado», dijo Sim con gravedad. Se levantó, y colocó la mano debajo de la ropa de cama. Entonces se agachó y sacó un cable del enchufe de la pared. Recogió un alargador blanco y tiró de un interruptor unido a él debajo de la cama.

«Alguien se ha dejado encendida la manta eléctrica. Eso explica el calor del cuerpo y el sudor», anunció.

«Santo cielo. Cristo todopoderoso», se rió Kenny. Vio los ojos de Geoff abrasándole con la mirada. Para justificarse dijo: «Andy se habría meado de la risa. Ya sabéis qué sentido del humor tenía Andy.» Volvió las palmas del revés.

«Eres un jodido tonto del culo… ahí tienes a Alice…», tartamudeó Geoff, furioso, antes de darse la vuelta y salir disparado de la habitación.

«Geoff. Geoff. Espera un momento, colega…», suplicó Kenny. Escucharon el portazo de la puerta principal.

Nina pensó que iba a mearse. Le dolían los costados mientras luchaba por reprimir los espasmos de risa que la recorrían. Cathy la rodeó con el brazo.

«No pasa nada, cariño. Vamos, nena. No te preocupes», dijo, mientras Nina caía en que estaba llorando como un bebé. Llorando con un descarnado poderío y un abandono natural mientras las tensiones emanaban de su cuerpo y se volvía flaccida en brazos de Cathy. Recuerdos, dulces recuerdos de la niñez, inundaron su conciencia. Recuerdos de Andy y Alice, y la felicidad y amor que una vez residieron allí, en el hogar de su tía y su tío.

«¡Feliz Año Nuevo, capullín!» Franco envolvió la cabeza de Stevie con su brazo. Stevie sintió que se le desgarraban varios músculos del cuello, mientras que, tieso, sobrio y consciente de sí mismo, luchaba por dejarse llevar por la corriente.

Devolvió el saludo todo lo cordialmente que pudo. A continuación una ronda de Feliz-Año-Nuevos, en la que aplastaron sus manos provisionales, palmotearon su tiesa espalda y le besaron sus apretados y pasivos labios. Únicamente podía pensar en el teléfono, en Londres y en Stella.

Ella no había llamado. Peor aún, no estaba cuando la llamó él. Ni siquiera en casa de su madre. Stevie había vuelto a Edimburgo, dejando el campo libre a Keith Millard. Ese hijo-puta se aprovecharía al máximo. Estarían juntos ahora mismo, como probablemente lo estuvieran anoche. Millard era pura escoria. Stevie también lo era. Stella también. Era una mala combinación. Stella era además la persona más maravillosa del mundo a los ojos de Stevie. Este hecho la hacía menos escoria; de hecho, hacía que no fuera escoria en absoluto.

«¡Relájate, me cago en Dios! ¡Es el puto Año Nuevo!» Franco, más que sugerir, ordenó. Ése era su estilo. Obligaría a la gente a disfrutar si fuera necesario.

Generalmente no era necesario. Estaban todos tan puestos que daban miedo. A Stevie le resultaba difícil conciliar aquel mundo con el que acababa de dejar. Ahora era consciente de que le miraban. ¿Quién era aquella gente? ¿Qué querían? La respuesta era que eran sus amigos, y que le querían a él.

Una canción que giraba en el plato se le metió en la cabeza, aumentando su infelicidad.

Yo quería a una chica bonita,
es tan dulce como el brezo en la cañada,
es tan dulce como el brezo,
el hermoso brezo púrpura,
Mary, mi lila escocesa.

Todos se unieron con ganas. «No hay nada como Harry Lauder[15]. Es Año Nuevo, ¿no?», exclamó Dawsie.

En el júbilo de las caras que le rodeaban, Stevie halló la medida de su propia desgracia. El pozo de la melancolía no tenía fondo, y descendía rápidamente, alejándose cada vez más de los buenos tiempos. Esos tiempos a menudo parecían tentadoramente a su alcance; podía verlos suceder a su alrededor. Su mente era como una cruel prisión, ofreciendo a su alma cautiva una vista de la libertad, pero nada

más.

Stevie sorbió su lata de Export y deseó llegar al final de la noche sin comerle la moral a demasiada gente. Frank Begbie era el principal problema. Era su piso, y estaba empeñado en que todo el mundo lo pasara bien.

«Tengo tu entrada para el partido de esta noche, Stevie. A metérsela a esos cabrones *jambo*»,[16] le dijo Renton.

«¿Nadie va a verlo en el pub? Pensé que lo retransmitirían por satélite y eso.»

Sick Boy, que había estado ligando con una chica menuda y de cabellos oscuros a la que Stevie no conocía, se volvió hacia él.

«Vete a tomar por culo, Stevie. Vaya unas malas costumbres estás cogiendo en Londres, te lo juro, tío. Detesto el jodido fútbol televisado. Es como follar con un durex puesto. Puto sexo seguro, puto fútbol seguro, puto todo seguro. Construyamos todos un agradable y seguro mundillo a nuestro alrededor», se burló, haciendo muecas. Stevie había olvidado la magnitud de la furia natural de Sick Boy.

Rents está de acuerdo con Sick Boy. Qué raro, pensaba Stevie. Siempre estaban diciéndose de todo el uno al otro. Generalmente, si uno decía azúcar, el otro decía mierda. «Deberían prohibir todas las retransmisiones y hacer que los vagos y gordos hijoputas levanten el culo y vayan a los partidos.»

«Me has convencido», dijo Stevie con tono resignado.

La unidad entre Rents y Sick Boy no perduró.

«Tú ya puedes hablar de levantar el culo. El puto señor Sofá Raído en persona. Si estás sin darle al caballo durante más de diez minutos quizá llegues a más partidos esta temporada que la anterior», dijo Sick Boy con desprecio.

«Vaya putos huevos tienes, cabronazo…» Rents se volvió hacia Stevie, y a continuación gesticuló burlonamente con el pulgar en dirección a Sick Boy. «A este cabrón le llamaban Boots[17] a cuenta de las drogas que siempre llevaba encima.»

Continuaron riñendo. Hubo un tiempo en que Stevie habría disfrutado de ello. Ahora le agotaba.

«Recuerda, Stevie, estaré contigo unos días en febrero», le dijo Rents. Stevie asintió tétricamente. Esperaba que Rents se olvidara de todo eso, o que lo dejaría. Rents era un colega, pero tenía un problema con las drogas. En Londres volvería a engancharse enseguida, haciendo tándem con Tony y Nicksy. Siempre andaban buscando direcciones en las que recoger los cheques del paro. Rents nunca parecía trabajar, pero siempre tenía dinero. Lo mismo pasaba con Sick Boy, pero él trataba el dinero de todos los demás como si fuera suyo, y el suyo exactamente de la misma manera.

«Hay fiesta en casa de Matty después del partido. Su piso nuevo en Lome Street. Allí nos vemos», gritó hacia ellos Frank Begbie.

Otra fiesta. Para Stevie era casi como trabajar. El Año Nuevo dura y dura.

Empezará a desvanecerse sobre el cuatro, cuando empiezan a aparecer los huecos entre las fiestas. Estos huecos se hacen más grandes hasta convertirse en la semana normal, con las fiestas durante el fin de semana.

Llegaron más *first foots*[18]. El pisito estaba abarrotado. Stevie nunca había visto a Franco, el Pordiosero, tan a gusto consigo mismo. Rab McLaughlin, o Segundo Premio, como le llamaban, ni siquiera había sido agredido cuando se meó detrás de las cortinas de Begbie. Segundo Premio llevaba semanas borracho hasta la incoherencia. El Año Nuevo era un camuflaje oportuno para la gente como él. Su novia, Carol, se había marchado en el acto como protesta por su comportamiento. Segundo Premio, para empezar, ni siquiera se había dado cuenta de su presencia.

Stevie pasó a la cocina, donde se estaba más tranquilo, y tenía al menos una oportunidad de oír el teléfono. Como si fuera un hombre de negocios yuppie, había dejado con su madre una lista de los teléfonos donde era probable que estuviera. Ella podría pasárselos a Stella si llamaba.

Stevie le había dicho lo que sentía por ella, en un pub en Kentish Town, aquel en el que normalmente nunca bebían. Puso su corazón al desnudo. Stella dijo que tendría que pensar sobre lo que había dicho, que la había dejado pasmada de verdad, y que era demasiado para asimilarlo en ese momento. Le dijo que le llamaría cuando llegara a Escocia. Y así quedó la cosa.

Dejaron el pub tomando direcciones distintas. Stevie fue hacia la estación de metro para coger el que va hasta Kings Cross, con la bolsa de deporte sobre el hombro. Se detuvo, se volvió y la contempló mientras cruzaba el puente.

Sus largos rizos castaños se agitaron salvajemente de un lado a otro al viento, mientras se alejaba ataviada con su guerrera, falda corta, gruesas y ajustadas medias de lana negra y Doctor Martens de veinte centímetros. Se quedó esperando a que ella se volviese para mirarle. Nunca lo hizo. Stevie compró una botella de whisky Bell’s en la estación y se lo había terminado todo cuando el tren llegó a Waverley.

Su estado de ánimo no había mejorado desde entonces. Se sentó sobre la encimera de fórmica, contemplando las baldosas de la cocina. June, la novia de Franco, entró y le sonrió, recogiendo nerviosamente algunas bebidas. June jamás hablaba, y a menudo parecía superada por tales ocasiones. Franco hablaba lo suficiente para ambos.

Al salir June, entró Nicola, perseguida por Spud, que iba a su vera como un fiel perro babeante.

«Ey… Stevie… Feliz Año Nuevo, eh, digamos…», balbuceó Spud.

«Ya nos hemos visto, Spud. Estuvimos por el Tron juntos anoche. ¿Te acuerdas?»

«Ah… cierto. Tranqui, colega», consiguió enfocar Spud, agarrando una botella de sidra llena.

«¿Va todo bien, Stevie? ¿Qué tal por Londres?», preguntó Nicola.

Dios, no, pensó Stevie. Es tan fácil hablar con Nicola. Voy a vaciar mi corazón… no lo haré… sí lo haré.

Stevie empezó a hablar. Nicola escuchó indulgentemente. Spud asintió comprensivamente, indicando en ocasiones que toda la situación era «demasiado jodidamente fuerte…».

Sintió que estaba quedando como un imbécil, pero no podía parar de hablar. Cómo debía de estar aburriendo a Nicola, y hasta a Spud. Pero no podía parar. Spud acabó por irse, siendo reemplazado por Kelly. Linda se les unió. Las canciones futboleras debían de estar a punto de empezar en el cuarto de estar.

Nicola dispensó algún consejo práctico: «Llámala, espera a que ella llame, o vete a verla.»

«¡STEVIE! ¡VEN AQUÍ, CACHO CAPULLO!», rugió Begbie. Stevie se dejó literalmente arrastrar con docilidad de vuelta al cuarto de estar. «De vacile con las titis en la puta cocina. Eres peor aún que ese capullo sabihondo de ahí, el jodido purista del jazz.» Señaló hacia Sick Boy, que se estaba morreando con la mujer a la que le había estado vacilando. Previamente habían oído a Sick Boy describirse a sí mismo ante ella como «básicamente un purista del jazz».

So wir aw off tae Dublin in the green — fuck the queen!
Whair the hel-mits glisten in the sun — fuck the huns!
And the bayonets slash the aw-ringe sash
To the echo of the Tommy Gun[19].

Stevie se sentó melancólicamente. El teléfono jamás se oiría por encima de aquel estruendo.

«¡Callaos ahora!», gritó Tommy, «Ésta es mi canción favorita.» Los Wolfetones cantaron *Banna Strand*. Tommy canturreó junto a algunos otros.

oan the lo-ho-honley Ba-nna strand.

Hubo algunos ojos humedecidos cuando los Tones cantaron *James Connolly*[20]. «Un gran jodido rebelde, un gran jodido socialista y un jodido gran Hibby. El puto James Connolly, cacho cabrón», le dijo Gav a Renton, que asintió sombríamente.

Algunos la cantaron, otros intentaron mantener conversaciones por encima de la música. No obstante, cuando empezó *The Boys of the Old Brigade* todos se unieron al coro. Incluso Sick Boy se tomó un descanso de su sesión de morreo.

Oh fa-thir why are you-hoo so-ho sad
oan this fine Ea-heas-ti-her morn

«¡Canta, cacho cabrón!», dijo Tommy, dándole a Stevie un codazo en las costillas. Begbie le encajó otra lata de cerveza en la mano y le echó el brazo alrededor del cuello.

Whe-hen I-rish men are prow-howd ah-hand glad

off the land where they-hey we-her born

A Stevie le preocupaba el canturreo. Había en él un matiz de desesperación. Era como si, cantando lo bastante alto, fueran a soldarse unos con otros en una poderosa hermandad. Era, como decía la canción, música para «llamar a las armas», y parecía tener poco que ver con Escocia y el Año Nuevo. Era música de lucha. Stevie no quería luchar con nadie. Pero también era música hermosa.

Las resacas, al mismo tiempo que quedaban relegadas a un segundo plano por el alcohol, también estaban siendo alimentadas. Ahora eran tan potencialmente enormes como para hacerse genuinamente temibles. No dejarían de beber hasta que tuvieran que enfrentarse a la realidad, y eso sería cuando hubiesen quemado hasta el último resquicio de adrenalina.

Aw-haun be-ing just a la-had li-hike you
I joined the I-hi-Ah-har-A — provishnil wing.[21]

Sonó el teléfono en el pasillo. Lo cogió June. Entonces Begbie se lo quitó de las manos, haciéndole seña de que se largase. Flotó como un fantasma de vuelta al cuarto de estar.

«¿Quién? ¿QUIÉN? ¿QUIÉN ES? ¿STEVIE? VALE, AGUANTA UN MOMENTO. FELIZ AÑO NUEVO, POR CIERTO, MUÑECA…» Franco dejó caer el auricular, «…dónde coño estás…», pasó al cuarto de estar. «Stevie. Una jodida titi al aparato para ti. Parece que tenga canicas en la boca, ya te digo. Londres.»

«¡Jo! ¡Vaya cabrón estás hecho!», se rió Tommy mientras Stevie salía disparado del sofá. Necesitaba mear desde la última media hora, pero no se fiaba de sus piernas. Ahora funcionaban perfectamente.

«¿Steve?» Ella siempre le había llamado «Steve» en vez de «Stevie». Todo el mundo lo hacía allá abajo. «¿Dónde has estado?»

«Stella… que dónde he estado yo… intenté telefonearte ayer. ¿Dónde estás? ¿Qué haces?» Casi dijo con quién estás, pero se retuvo.

«Estuve en casa de Lynne», le dijo ella. Claro. En casa de su hermana. Chingford o algún sitio igualmente aburrido y espantoso. Stevie sintió una ola de euforia.

«¡Feliz Año Nuevo!», dijo, aliviado y radiante.

Sonaron los pitidos, y se introdujeron más monedas en la máquina. Stella no estaba en casa. ¿Dónde estaba? ¿En un pub con Millard?

«Feliz Año Nuevo, Steve. Estoy en Kings Cross. Subo al tren para Edimburgo en diez minutos. ¿Puedes encontrarte conmigo en la estación a las diez cuarenta y cinco?»

«¡Hostia puta! Me tomas el pelo… ¡joder! No estaré en ningún otro sitio del mundo a las diez cuarenta y cinco. Has salvado mi Año Nuevo. Stella… las cosas que dije la otra noche… las siento más que nunca, sabes…»

«Me parece muy bien, porque creo que estoy enamorada de ti… no he hecho más que pensar en ti.»

Stevie tragó con fuerza. Sentía que se le acumulaban las lágrimas en los ojos. Una de ellas dejó su lugar de nacimiento y rodó por su mejilla.

«Steve… ¿te encuentras bien?», preguntó ella.

«Mucho mejor que eso, Stella. Te quiero. Nada de dudas, nada de mentiras.»

«Joder… se está agotando el dinero. No me engañes nunca, Steve, esto no es un juego… te veré a las once menos cuarto… te quiero…»

«¡Te quiero! ¡TE QUIERO!» Se acabaron los pitidos y la línea se cortó.

Stevie sostuvo tiernamente el auricular, como si fuese otra cosa, alguna parte de ella. Después lo colgó y fue a echar aquella meada. Jamás se había sentido tan vivo. Mientras miraba cómo su fétido pis salpicaba en la taza, su cerebro se dejó abrumar por deliciosos pensamientos. Un poderoso amor por el mundo se apoderó de él. Era Año Nuevo. Auld Lang Syne[22]. Quería a todo el mundo, especialmente a Stella y a sus amigos de la fiesta. Sus camaradas. Rebeldes entrañables; la sal de la tierra. A pesar de ello, amaba incluso a los Jambos. Eran buena gente; no hacían más que apoyar a su equipo. Este año les felicitaría el Año Nuevo a muchos de ellos, independientemente del resultado. Stevie disfrutaría llevando a Stella a diversas fiestas por la ciudad. Sería estupendo. Las divisiones futbolísticas eran un sinsentido estúpido e irrelevante que actuaba en contra de los intereses de la unidad de la clase trabajadora, asegurando que la hegemonía de la burguesía quedase intacta. Stevie lo tenía todo muy claro.

Entró derecho a la habitación y puso el *Sunshine On Leith* de los Proclaimers en el plato. Quería celebrar el hecho de que adondequiera que fuera, aquél era su hogar, aquélla era su gente. Después de algunas quejas, tocó fibra. Los silbidos ante la retirada del disco anterior enmudecieron en vista de la exultación de Stevie. Les dio vigorosamente de palmetazos a Tommy, Rents y el Pordiosero, cantó en voz alta, bailó el vals con Kelly sin que le importara nada la impresión que produciría en otra gente lo evidente de su transformación.

«Muy amable de tu parte que te unas a nosotros», le dijo Gav.

Siguió animado a lo largo de todo el partido, mientras que para los demás salió dramáticamente mal. De nuevo acabó distanciado de sus amigos. Primero no pudo compartir su felicidad, ahora no podía solidarizarse con su desesperación. Los Hibs estaban perdiendo ante los Hearts. Ambos equipos creaban cantidades ridículas de oportunidades; el nivel era de colegio, pero los Hearts al menos aprovechaban algunas de las suyas. Sick Boy tenía la cabeza entre las manos. Franco lanzaba furiosas miradas malévolas hacia los danzantes hinchas de los Hearts al otro lado del campo. Rents exigió a gritos la dimisión del entrenador. Tommy y Shaun discutían sobre las limitaciones defensivas, tratando de repartir las culpas por el gol. Gav

maldijo las inclinaciones masónicas del arbitro, mientras que Dawsie aún se lamentaba de los anteriores fallos a puerta de los Hibs. Spud (drogas) y Segundo Premio (alcohol) estaban aún en el piso, completamente idos; sus entradas para el partido ya no servirían para nada salvo como futuro material de boquillas. Nada de esto importaba de momento por lo que a Stevie hacía. Estaba enamorado.

Después del partido, dejó a los demás para dirigirse hacia la estación y encontrarse con Stella. El grueso de los hinchas de los Hearts también iba en esa dirección. Stevie era ajeno a las malas vibraciones. Un tío le gritó a la cara. Los cabrones habían ganado por cuatro a uno, pensó. ¿Qué cojones querían? ¿Sangre? Evidentemente.

Sobrevivió a algunas provocaciones poco imaginativas de camino a la estación. Sin duda, pensó, podían encontrar algo mejor que «hijo de puta Hibby» o «cabrón feniano»[23]. Hubo un héroe que intentó zancadillearle por detrás, azuzado por amigos al acecho. Debería haberse quitado la bufanda. ¿Quién coño iba a saberlo? Ahora era un chico de Londres, ¿qué tenía toda aquella mierda que ver con su vida en aquel momento? Ni siquiera quería tratar de contestar sus propias preguntas.

En la terminal de la estación, un grupo marchó hasta él. «¡Hijo de puta Hibby!», gritó un joven.

«Os habéis confundido, muchachos. Yo soy del Borussia Munchengladbach.»

Sintió un golpe a un lado de la cara y notó el sabor de la sangre. Le dieron algunas patadas, a medida que el grupo se alejaba de él.

«¡Feliz Año Nuevo, muchachos! ¡Paz y amor, hermanos Jambo!», se rió de ellos, y se chupó el labio agrio y partido.

«El capullo está del bolo», dijo un tío. Pensó que volverían a por él, pero volcaron su atención en insultar a una mujer asiática y sus dos niños pequeños.

«¡Puta guarra *paki*!»[24]

«Vete a tomar por culo a tu país.»

Hicieron un coro de ruidos y gestos simiescos mientras abandonaban la estación.

«Qué jóvenes tan encantadores y delicados», le dijo Stevie a la mujer, que le miró como un conejo miraría a una comadreja. Veía a otro joven blanco que balbuceaba, sangraba y olía a alcohol. Ante todo, veía otra bufanda futbolera, como la de los jóvenes que la habían insultado. No había ninguna diferencia de color por lo que a ella hacía, y estaba en lo cierto, se dio cuenta Stevie con desconsoladora tristeza. Seguramente era igual de probable que tíos de verde la acosaran. Todas las hinchadas tenían sus gilipollas.

El tren llegó casi veinte minutos tarde, una excelente actuación según los cánones de British Rail. Stevie se preguntó si ella estaría en él. Le atacó la paranoia. Ráfagas de temor atravesaron su cuerpo. La apuesta era elevada, más elevada que nunca. No la veía, ni siquiera podía en su imaginación. Y allí estaba casi sobre él, diferente a

como la había imaginado, más real, aún más hermosa. Era la sonrisa, la mirada recíproca de la emoción. Recorrió la corta distancia que los separaba y la rodeó con sus brazos. Se besaron durante mucho rato. Cuando pararon, la plataforma estaba desierta y el tren llevaba recorrido buena parte del camino hasta Dundee.

Ni que decir tiene

Oigo el tremendo barullo que llega del exterior de la habitación. Sick Boy, dormido en el poyo de la ventana junto a mí, se pone en danza como un perro al oír un silbido. Yo me estremezco. Ese sonido nos atraviesa por completo.

Lesley entra en la habitación dando gritos. Es horrible. Quería que parara. Ahora. No podía con aquello. Ninguno de nosotros podía. Nunca en la vida quise algo tanto como que dejara de gritar.

«La cría se ha ido… la cría se ha ido… Dawn… ay Dios mío… ay Dios, joder», era más o menos todo lo que podía entresacarse de aquel horrible sonido. Se derrumba sobre el raído sofá. Mis ojos permanecen pegados a una mancha marrón en el techo encima de ella. ¿Qué cojones era? ¿Cómo llegó hasta allí?

Sick Boy estaba en pie. Tenía los ojos saltones como una rana. Eso es lo que me recordaba, una rana. Era el modo en que se había levantado de un salto, haciéndose tan móvil de repente a partir de una posición estacionaria. Se quedó mirando a Lesley durante unos segundos, y entonces salió disparado hacia el dormitorio. Matty y Spud miraron a su alrededor sin comprender, pero incluso a través de su neblina de jaco saben que algo verdaderamente malo ha ocurrido. Yo lo sabía. Jesús, ya lo creo que lo sabía. Digo lo que digo siempre cuando ocurre algo malo.

«Voy a preparar la mandanga enseguida», les digo. Los ojos de Matty se me clavan. Asiente con la cabeza. Spud se levanta y se sienta en el sofá, a pocos metros de Lesley. Tiene la cabeza entre las manos. Durante un minuto pensé que Spud iba a tocarla. Esperaba que lo hiciera. Quiero que lo haga, pero se limita a mirarla fijamente. Sabía, incluso desde allí, que estaría concentrándose en el gran lunar de su cuello.

«Es culpa mía… es culpa mía», lloriquea desde detrás de las manos.

«Eh, Les… lo que te digo, Mark está preparando la mandanga, eh… ya sabes, digamos, eh…», le dice Spud. Son las primeras palabras que recuerdo haberle oído durante algunos días. Es obvio que el menda ha hablado durante ese periodo. Tiene que haberlo hecho, seguro de narices.

Sick Boy vuelve del dormitorio. Su cuerpo forcejea, al parecer a partir del cuello, como contra los límites de una correa invisible. Suena terrible. Su voz me recordaba la del demonio en la película *El exorcista*. Me hacía jiñarme.

«Joder… vaya una puta vida, ¿eh? Cuando pasa algo como esto, ¿qué cojones haces? ¿Eh?»

Jamás le he visto así, y conozco al cabrón prácticamente de toda la vida. «¿Qué pasa, Si? ¿Cuál es la movida?»

Viene hacía mí. Pensé que iba a patearme. Somos muy colegas pero nos hemos pegado otras veces, enfurecidos cuando uno ha cabreado al otro, o estando bebidos. Nada serio, sólo saltando de ira y tal. Los colegas pueden hacer eso. Pero ahora que empiezo a notar el mono no. Mis huesos se habrían astillado en un millón de fragmentos si el cabrón hubiera hecho eso. Se limitó a mirarme desde arriba. Joder, gracias. Oh, gracias, Sick Boy, Simon.

«Ya hemos jodido la marrana. ¡Ya está todo jodido!», se queja con un gemido agudo y desesperado. Era como cuando a un perro lo atropellan y espera a que algún capullo le ahorre los últimos sufrimientos.

Matty y Spud se incorporan y van hasta el dormitorio. Yo voy detrás, apartando a Sick Boy. Puedo sentir la muerte en la habitación incluso antes de ver a la cría. Estaba tumbada bocabajo en su cuna. Estaba fría y muerta, un color azul alrededor de los ojos. Ni siquiera tenía que tocarla, entiendes. Estaba allí tirada como una muñequita desechada al fondo del armario de una niña. Así de pequeña. Tan jodidamente pequeña. La pequeña Dawn. Una puta lástima.

«La pequeña Dawn… no puedo creerlo. Qué jodido pecado, tío…», dice Matty, sacudiendo la cabeza.

«Qué fuerte es esto… eh, digamos, joder…» Spud se coloca la barbilla sobre el pecho y espira lentamente.

La cabeza de Matty aún está dando bandazos. Parece como si fuera a hacer implosión.

«Yo me largo de aquí pero ya, tío. No puedo con esto.»

«¡Y un huevo, Matty! ¡Ahora no se va de aquí ni dios!», grita Sick Boy.

«Tranquilo, tío. Tranquilo», dice Spud, que parece cualquier otra cosa menos eso.

«Tenemos la puta mandanga escondida aquí. Esta calle lleva semanas infestada de putos antidroga. Si ahora salimos en tromba, acabamos todos en la puta trena. Hay polis en todas partes ahí fuera», dice Sick Boy, luchando por recomponerse. La idea de la intromisión policial siempre concentraba la mente. En el tema de las drogas éramos liberales clásicos, vehemente opuestos a la intervención estatal bajo cualquier forma.

«Sí, pero a la mejor deberíamos irnos a tomar por culo de aquí. Lesley puede llamar a la ambulancia o la policía en cuanto hayamos recogido y nos hayamos largado.» Yo seguía estando de acuerdo con Matty.

«Eh… a lo mejor tendríamos que quedarnos con Les, digamos. Como colegas y eso. ¿Entiendes?», aventura Spud. Ese tipo de solidaridad parece una noción algo fantástica bajo las presentes circunstancias. Matty sacude la cabeza otra vez. Acababa de cumplir seis meses en Saughton. Si le volvían a condenar, ya la habría cagado. Fuera, sin embargo, estaban los cerdos de patrulla. Al menos eso era lo que parecía. La imaginería de Sick Boy me había llegado más adentro que las peticiones de

unidad de Spud. Tirar la mandanga por la taza del water no era de recibo. Prefiero comerme el marrón.

«Tal como yo lo veo», dice Matty, «es la cría de Lesley, ¿sabes? A lo mejor si la hubiera cuidado como es debido, no estaría muerta. ¿Por qué tenemos que estar nosotros por medio?»

Sick Boy empieza a resoplar intensamente.

«Odio tener que decirlo, pero a Matty no le falta razón», digo yo. Estoy empezando a encontrarme muy mal. Sólo quiero meterme un chute e irme a tomar por culo.

Sick Boy está indiferente. Eso es extraño. Lo normal en él sería que estuviera ladrando órdenes a todo capullo a mano, le hicieran caso o no.

Spud dice: «No podemos… digamos, dejar a Lesley aquí a solas, es que, quiero decir, joder. ¿Sabéis lo que quiero decir?»

Yo miro a Sick Boy. «¿Quién le hizo la cría?», pregunto. Sick Boy no dice palabra.

«Jimmy McGilvary», dice Matty.

«Y una mierda fue ése», dice burlona y desdeñosamente Sick Boy.

«Tú no te hagas el jodido-señor-Inocente», dice Matty volviéndose contra mí.

«¿Eh? ¡Venga ya a tomar por culo! ¿De qué vas?», contesto, verdaderamente perplejo ante la salida de tono del muy hijoputa.

«Tú estabas allí, Rents. En la fiesta de Bob Sullivan», dice.

«No, tío, yo nunca he estado con Lesley.» Estoy diciendo la verdad, lo cual, me doy cuenta, es un error. En algunos medios la gente siempre se cree lo contrario de lo que les cuentas; especialmente en materia de sexo.

«¿Por qué estabas dormido junto a ella por la mañana en la fiesta de Sully?»

«Estaba follao, tío. Ido del bolo. No se me habría puesto tieso ni el cuello empleando una escalera como almohada. No recuerdo la última vez que eché un polvo.» Mi explicación les convence. Saben cuánto tiempo llevo picándome a tope y lo que eso puede suponer en el tema de joder.

«Esto, eh… alguien dijo que era… eh, de Seeker…», sugiere Spud.

«No fue Seeker», sacude la cabeza Sick Boy. Pone una mano sobre la fría mejilla de la cría muerta. Los ojos se le están llenando de lágrimas. Yo estoy a punto de llorar y todo. Tengo una asfixiante contracción en el pecho. Ya hay un misterio resuelto. La cara de la pequeña Dawn muerta se parece clarísimamente a mi colega Simon Williamson.

Entonces Sick Boy se levanta la manga de la chaqueta, mostrando las heridas abiertas de su brazo. «Nunca más voy a tocar esa mierda. Voy a quedarme desenganchado a partir de ya.» Pone esa cara de ciervo herido que siempre utiliza cuando quiere que la gente se lo folle o le financie. Casi le creo.

Matty le mira. «Venga, Si. No saques las conclusiones equivocadas. Lo que le ha pasado a la cría no tiene nada que ver con el jaco. Tampoco es culpa de Lesley. He metido la pata al decir eso. Ha sido una buena madre. Quería a esa cría. No es culpa de nadie. La muerte súbita y eso. Pasa constantemente.»

«Sí, digamos, muerte súbita, tío… ¿sabes lo que te digo?», asintió Spud.

Siento que les quiero a todos. Matty, Spud, Sick Boy y Lesley. Quiero decírselo. Lo intento, pero lo único que me sale es: «Voy a preparar el tema.» Me miran, desconcertados de la hostia. «Yo soy así», digo encogiéndome de hombros, autojustificándome. Me voy para el cuarto de estar.

Esto es una pasada total. Lesley. Soy un puto inútil para estas cosas. Más que inútil en este estado. De utilidad negativa. Lesley ni se ha movido. Siento que quizá debería ir a consolarla, pasarle el brazo alrededor del hombro. Pero noto los huesos resquebrajados. No podría tocar a nadie ahora mismo. En vez de eso, balbuceo.

«No sabes cuánto lo siento, Les… pero no es culpa de nadie… la muerte súbita y eso… la pequeña Dawn… una criíta tan chachi… una puta lástima… un puto pecado, tía, ya lo creo.»

Lesley levanta la cabeza y me mira. Su rostro blanco y delgado es como una calavera envuelta en papel de celofán; sus ojos están enrojecidos, rodeados de círculos negros.

«¿Estás preparando? Necesito un chute, Mark. Necesito de verdad un jodido chute. Venga, Marky, prepárame un chute…»

Por fin podía hacer algo práctico. Había jeringuillas y agujas tiradas por todas partes. Intenté recordar cuáles eran las mías. Sick Boy dice que él no compartiría nunca jamás con nadie. Mierda. Cuando te sientes como yo ahora, la verdad es que no te importa demasiado. Cojo la más próxima, que por lo menos no es de Spud, pues él ha estado sentado en el otro lado de la habitación. Si Spud aún no es seropositivo, el gobierno debería mandar una delegación de técnicos de estadística a Leith, porque las leyes de la probabilidad no están operando correctamente por aquí.

Saco la cucharilla, el mechero, y las bolas de algodón además de un poco de ese puto Vim o Ajax que Seeker tiene la desfachatez de llamar caballo. El resto de la peña se une a nosotros en la habitación.

«Fuera otra vez, muchachitos», salto, haciéndoles gesto de largarse con movimientos de revés de la mano. Sé que estoy jugando a ser El Hombre, y una parte de mí me odia, porque es horrible cuando algún capullo te lo hace a ti. Nadie, sin embargo, podría hallarse en esa posición y a continuación negar la proposición de que el poder absoluto corrompe. Los tipos se echan unos pasos atrás y miran en silencio mientras yo cocino. Los jodidos tendrán que esperar. Lesley es la primera, después de mí. Ni que decir tiene.

Dilemas yonquis n.° 64

«¡Mark! ¡Mark! ¡Contesta! ¡Sé que estás ahí, hijo! ¡Sé que estás ahí dentro!»

Es mi madre. Hace bastante que no he visto a mamá. Estoy aquí tumbado a sólo unos pasos de la puerta, que da a un estrecho pasillo que lleva a otra puerta. Tras esa puerta está ella.

«¡Mark! ¡Por favor, hijo, por favor! ¡Abre la puerta! ¡Soy tu madre, Mark! ¡Abre la puerta!»

Suena como si mamá estuviera llorando. Quiero a mi madre, la quiero demasiado, pero de una forma que me resulta difícil definir, de una forma que hace difícil, casi imposible, decírselo de verdad alguna vez. Pero con todo la quiero. Tanto que no quiero que tenga un hijo como yo. Ojalá pudiera encontrarle un sustituto. Me gustaría porque no creo que cambiar sea una de mis opciones.

No puedo ir hasta la puerta. Imposible. En vez de eso, decido prepararme otro chute. Mis centros neurálgicos dicen que ya es la hora.

Ya.

Cristo, la vida no se hace más fácil.

Este caballo tiene demasiada mierda. Se nota por la forma que tiene de no disolverse apropiadamente. ¡Me cago en ese cabrón de Seeker!

Tendré que hacerles una visita a la vieja y al viejo en algún momento; ver cómo andan. Haré de esa visita una prioridad; después, claro está, de que haya ido a ver a ese cabrón de Seeker.

Su hombre

Me cago en la hostia.

Sólo hemos salido a tomar una rápida. Esto es pura y jodidamente demencial.

«¿Has visto eso? No se puede consentir», dice Tommy.

«No, tío, pasa, joder. No te metas por medio. No sabes lo que hay», le digo.

Yo lo he visto, sin embargo. Claro como la luz del día. Le ha pegado. No un puto bofetón o algo semejante, sino un puñetazo. Era horrible.

Me alegro de que sea Tommy el que está sentado junto a ellos y no yo.

«¡Porque lo digo yo, joder! ¡Por eso!» El chico le está gritando otra vez. Nadie se inmuta. Un tipo enorme en la barra, el pelo rubio largo y rizado y un careto colorado, mira para acá y sonríe, y después se vuelve para mirar la partida de dardos. Ni uno de los chicos que están jugando a los dardos se da la vuelta.

«¿Eso es *eighty*?»[25] Señalo el vaso casi vacío de Tommy.

«Sí.»

Cuando llego a la barra ya han vuelto a empezar. Les oigo. El camarero y el capullo del pelo rizado, también.

«Venga. Hazlo otra vez. ¡Venga!» Ella está provocándole. Su voz es como la de un espectro que grita y tal, pero sus labios no parecen moverse. Sólo se sabe que es ella porque el sonido viene de allí. Además, el jodido pub está casi vacío. Podríamos habernos sentado en cualquier parte. De todos los sitios disponibles.

Él le da un puñetazo en la cara. De su boca brota la sangre.

«Pégame otra vez, jodido gran hombre. ¡Venga!»

Lo hace. Ella suelta un alarido, y entonces empieza a llorar, y se sujeta la cara con las manos. Él se sienta, a unos centímetros de ella, mirándola fijamente, los ojos encendidos, la boca colgándole abierta.

«Pelea de novios», sonríe el capullo del pelo rizado, mirándome a mí. Yo le devuelvo la sonrisa. No sé por qué. Será que siento que me hacen falta amigos. Nunca le diría esto a nadie, pero sé que tengo problemas con la priva. Cuando uno está así, sus colegas tienden a evitarle, a menos que ellos también tengan problemas con la priva y todo eso.

Miro hacia el camarero, un tío mayor con pelo gris y bigote. Sacude la cabeza y dice algo por lo bajini.

Me llevo las pintas. Nunca jamás le pegues a una chica, me decía a menudo mi padre. Los que hacen eso son los de la peor calaña, hijo, decía. Este cabrón que le ha estado pegando a la chica encaja con esa descripción. Tiene el pelo negro y grasiento, una delgada cara blanca y un bigote negro. Un pequeño borde con cara de hurón.

No quiero estar aquí. Yo sólo he salido a tomar una copa tranquilamente. Sólo un par, le he prometido a Tommy para que me acompañara. Tengo la priva bajo control. Sólo pintas, nada de chupitos. Pero este tipo de cosas le hacen a uno querer un whiskito. Carol está en casa de su madre. No vuelvo, dice. He venido a por una pinta, pero puede que acabe ciego.

Tommy respira pesadamente y parece tenso cuando yo me siento.

«Te lo juro, Secks…», dice haciendo rechinar los dientes.

La chica tiene el ojo muy hinchado y se le cierra. La mandíbula también la tiene hinchada, y sigue sangrando por la boca. Es una chica delgada y tiene aspecto de ir a romperse en pedazos si le pega otra vez.

Con todo, ella dale que te pego.

«Ésa es tu respuesta. Ésa es siempre tu respuesta», escupe entre sollozos, encolerizada y sintiendo al mismo tiempo lástima de sí misma.

«¡Que te calles! ¡Te lo advierto! ¡Que te calles de una puta vez!» Él está casi ahogándose de rabia.

«¿Qué vas a hacer?»

«Jodida…» Parece a punto de pegarle otra vez.

«Ya basta, colega. Déjalo. Te estás pasando», le dice Tommy al tío.

«¡No es asunto tuyo! ¡Tú no te metas!» El chico le apunta con el dedo a Tommy.

«Ya está bien. ¡Venga ya!», grita el camarero. El capullo del pelo rizado sonríe y un par de los chicos de los dardos miran para acá.

«Acabo de convertirlo en mi asunto. ¿Qué coño vas a hacer al respecto? ¿Eh?» Tommy se inclina hacia adelante.

«Me cago en la hostia, Tommy. Tranquilo, hombre». Le cojo sin mucha convicción por el brazo, pensando en el camarero. Se libera con una rápida sacudida.

«¿Quieres que te parta la boca?», dice el chico.

«¿Crees que voy a quedarme aquí sentado para que lo hagas? ¡Jodido bandarra! Venga para fuera, cabrón. ¡Veennnnggaaa!», canturrea Tommy de modo más o menos provocador.

El chico se caga. Tiene motivos. El cabrón de Tommy está bastante cachas.

«No es asunto tuyo», dice, y ya no parece tan chulo.

Entonces la mujer le grita a Tommy:

«¡Éste es mi hombre! ¡Éste al que le estás hablando es mi hombre!» Tommy está demasiado pasmado para pararla cuando ella se estira y le clava las uñas en la cara.

Después de eso ha pasado de todo. Tommy se ha levantado y le ha dado un puñetazo en la boca al chico, el tío se ha caído de la silla hasta dar con el suelo. Yo estaba arriba y me he ido directo a por el capullo del pelo rizado que estaba en la barra. Le he sacudido en la mandíbula y lo he sujetado por los jodidos rizos, manteniéndole la cabeza abajo y dándole un par de patadas en la cara.

Creo que ha parado una con las manos, y dudo que la otra le haya hecho daño al cabrón, porque llevo zapatillas de deporte. Sacude los brazos, rompiendo mi presa. Entonces retrocede, con la cara roja y una expresión confusa. Pensaba que el cabrón me zurraría entonces, podría haberlo hecho fácilmente, pero se limita a quedarse allí y abrir las manos.

«¿Qué coño pasa?»

«A ti te parece muy gracioso, ¿eh?», digo yo.

«¿De qué hablas?» El capullo parece auténticamente perdido.

«¡Llamaré a la poli! ¡Fuera de aquí o llamo a la poli!», dice el camarero, cogiendo el auricular para dar efecto.

«Nada de bullas aquí dentro, ¿eh, chicos?», dice amenazadoramente un capullo grande y gordo del equipo de dardos. Aún tiene los dardos en la mano.

«No tiene nada que ver conmigo, colega», me dice el capullo de pelo rizado.

«Quizá me haya equivocado, oye», le digo.

La mujer y su hombre, los que han causado todo el jodido problema, nosotros sólo habíamos salido a tomar una copa tranquilamente, estaban largándose por la puerta.

«Jodidos hijos de puta. Éste es mi hombre», nos grita mientras se marchan.

Siento la mano de Tommy sobre el hombro.

«Venga, Secks. Vámonos de aquí», dice.

El capullo gordo del equipo de dardos que lleva una camiseta roja con el nombre del pub, un penacho del tablero de dardos y «Stu» escrito debajo, aún tiene muchas cosas que decir.

«No vengas aquí a crear problemas, amigo. Éste no es tu local. Conozco vuestras caras. Vosotros sois colegas de ese capullo pelirrojo y de ese Williamson, el de la coleta. Esos cabrones son escoria traficante. No queremos esa jodida basura aquí dentro.»

«Nosotros no nos dedicamos al tráfico de drogas, amigo», dice Tommy.

«Ya. Desde luego que en este pub no», sale el capullo gordo.

«Venga, Stu. No es culpa de esos chicos. Es ese cabrón de Alan Venters y su chica. Ésos están más metidos en drogas que ningún otro capullo que haya por aquí. Tú lo sabes», dice otro tío con pelo claro.

«Deberían tener ese tipo de discusiones en casa, no en un pub», dice otro tío.

«Disputa doméstica. Eso es lo que es. No deberían molestar con todo eso a la gente que sólo ha salido a tomar una copa», asiente Peloclaro.

Lo peor es salir fuera. Yo me estoy cagando encima pensando en que nos sigan. Camino con rapidez, mientras que Tommy remolonea.

«Párate un momento», dice.

«Vete a la mierda. Vámonos de aquí.»

Vamos bajando la calle. Miro para atrás, pero nadie sale del pub. Vemos a la pareja demencial delante de nosotros.

«Quiero tener unas palabras con ese cabrón», dice Tommy, dispuesto a salir detrás de ellos. Veo un autobús acercándose. Un 22. Ése nos vale.

«A la mierda, Tommy. Aquí viene un bus. Venga.» Corremos hasta la parada y nos subimos al bus. Vamos arriba y nos sentamos al fondo, aunque sólo estamos a unas pocas paradas.

«¿Cómo llevo la cara?», me pregunta Tommy cuando nos sentamos.

«Como siempre. Un desastre. Esa tía la ha mejorado», le digo.

Se mira en el cristal de la ventana.

«La puta guarra», maldice.

«El par de putos guarros», digo yo.

Ha sido genial que Tommy le pegara al tío y no a la tía, aunque ha sido ella la que le ha pegado a él. Yo he hecho montones de cosas en mi vida de las que no estoy orgulloso, pero nunca le he pegado a una tía. Lo que dice Carol es una mierda. Ella dice que usé la violencia con ella, pero yo nunca le pegué. Sólo la sujeté para que pudiéramos hablar. Ella dice que retener es como pegar, sigue siendo violencia contra ella. Yo no lo veo. Sólo quería retenerla para poder hablar.

Cuando le conté esto a Rents, dijo que Carol tenía razón. Dijo que ella tiene derecho a ir y venir como le parezca. Pero eso es una mierda. Yo sólo quería hablar. Franco estuvo de acuerdo conmigo. Es distinto cuando uno está en una relación, le dijimos a Rents.

Me he sentido asqueado y nervioso en el bus. Quizá Tommy se sintiera igual, porque ya no hemos vuelto a hablar. Pero por la mañana estaremos en algún garito con Rents, El Pordiosero, Spud, Sick Boy y todos ésos, soltando baladronadas.

Colocaciones Speedy

1 - Preparación

Spud y Renton estaban sentados en un pub de la Milla Real. El pub intentaba lograr el efecto de uno de esos bares americanos monotemáticos, pero no lo hacía con mucha precisión; era un manicomio a base de desperdicios reunidos.

«Si es lo que yo te digo, tío, es raro que te cagas que a ti y a mí nos manden a por el mismo curro, ¿sabes?», dijo Spud, dando sorbetones a su Guinness.

«Un jodido desastre para mí, colega. Yo no quiero ese curro. Sería una pesadilla de mierda.» Renton sacudió la cabeza.

«Si es lo que digo yo, por ahora estoy contento quedándome con el *rock n roll*[26], tío, ¿sabes?»

«Pero el problema, Spud, es si no te esfuerzas, si cagas la entrevista aposta; los bordes de ellos se lo dicen al paro y esos cabrones te cortan la paga. Me pasó en Londres. Por ahí abajo ando por el aviso final.»

«Sí… yo también, tío. ¿Qué hay que hacer entonces?»

«Bueno, lo que tienes que hacer es aparentar entusiasmo, pero aun así cagar la entrevista. Mientras des la impresión de estar interesado, no pueden decir ni jota. Sólo con ser nosotros mismos, siendo sinceros, a ninguno de los dos nos darán nunca ese jodido trabajo. El problema es que si te limitas a sentarte y no decir esta boca es mía, esos mamones van de cabeza a los del paro. Dirán: A ese capullo se la trae floja.»

«Para mí es difícil, tío… ¿me entiendes? Me cuesta tanto ponerme las pilas, digamos… ¿me entiendes? Me quedo como totalmente cortado, ¿entiendes?»

«Tommy nos ha dado un poco de speed. ¿A qué hora decías que era tu entrevista?»

«No será hasta las dos y media.»

«Pues yo a la una. Nos vemos aquí a las dos. Te pasaré la corbata y algo de speed. Para darte valor y que puedas venderte, ¿entiendes? Así que venga, a trabajarnos esas solicitudes.»

Colocaron las solicitudes enfrente, sobre la mesa. La de Renton ya estaba a medio rellenar. Algunas de las respuestas hicieron que Spud arquease las cejas.

«Eh… ¿de qué va esto, tío? George Heriots… Tú estudiaste en Leith, tío…»

«Es un hecho sobradamente conocido que no tienes una puta oportunidad de conseguir nada decente en esta ciudad si no has ido a un colegio pijo. Por otra parte, ni de coña le van a ofrecer a un antiguo alumno de George Heriots un puesto de

recepcionista en un hotel. Eso se queda sólo para plebeyos como nosotros; así que pon algo así. Si ven Augies o Craigy en tu formulario, los muy capullos te ofrecerán el trabajo… joder, más vale que me vaya ya. Hagas lo que hagas, no tardes. Te veo por aquí dentro de poco.»

2 - Proceso: Sr. Renton (1.00 p.m.)

El aprendiz de gerente que me ha dado la bienvenida era un elemento *muy* espinilloso metido en un traje de corte elegante, con suficiente caspa sobre los hombros como para parecer un puñado de cocaína. Me entraban ganas de arrimar un billete enrollado al traje de aquel capullo. Su careto de tonto del culo y sus cráteres faciales arruinan completamente la imagen que el sabihondo mierdecilla intenta lograr. Ni siquiera en mis peores épocas de jaco he tenido yo semejante aspecto; pobre cabrito. Este capullo no es más que el chico para todo, es evidente. El mandamás es el tipo gordo de aspecto desaliñado que está en medio; a su derecha hay una bollera con una gruesa capa de maquillaje y una sonrisa fría embutida en un traje de negocios femenino, que parece sacada de un catálogo de feas.

Se trata de una alineación de aúpa para un puto curro de portero.

La entrada era predecible. El capullo gordo me echa una cálida mirada y dice: «Veo por su solicitud que estudió usted en George Heriots.»

«En efecto… ah, esos apacibles días de colegio. Ahora parece como si hubiera pasado tanto tiempo…»

Puede que mintiese en la solicitud, pero no en la entrevista. Una vez sí que fui a George Heriots: cuando era aprendiz de carpintero en Gillsland’s nos contrataron para currar allí.

«¿Aún merodea por allí el viejo Fotheringham?»

Joder. Escojamos una de dos posibilidades; una: que sí, dos: que esté jubilado. Naah. Demasiado arriesgado. Mantengámoslo nebuloso.

«Dios, ahora sí que tengo que hacer memoria…», digo riéndome. El gordo parece satisfecho con eso. Resulta inquietante. Presiento que la entrevista se acaba y que de hecho estos capullos van a ofrecerme el trabajo. Las preguntas siguientes se formulan todas amablemente y sin trampa. Mi hipótesis se va a tomar por culo. Preferirían ofrecerle un curro en ingeniería nuclear a un antiguo alumno de la escuela de comercio con lesiones cerebrales que un puesto de limpiador en el matadero a un arrabalero con un doctorado. Aquí hay que hacer algo. Esto es aterrador. Gordi me ve como un antiguo alumno de George Heriots que atraviesa una mala racha y quiere echarme una mano. Grosero error de cálculo, Renton, so desgraciao.

Loado sea Pollaboba-con-granos. Una suposición razonable, si tenemos en cuenta que todas sus demás partes parecen estar cubiertas de pústulas. Es su turno de hacer

nerviosamente una pregunta: «Ehm… ehm… señor Renton… ehm… ¿puede usted, ehm… explicar… eh, los intervalos entre sus empleos, ehm…?»

¿Puedes explicar los intervalos entre tus palabras, torpe capullín?

«Sí. He tenido un largo problema de adicción a la heroína. He tratado de combatirla, pero sin embargo ha restringido mis actividades remuneradas. Creo importante el ser sincero y comentarle esto, como futuro empleador en potencia.»

Un asombroso golpe magistral. Se revuelven nerviosos en sus asientos.

«Bien, eh, gracias por ser tan franco con nosotros, señor Renton… eh, tenemos algunas otras personas a las que ver… así que muchas gracias y seguiremos en contacto.»

Magia pura. El atocinado gilipollas levanta entre nosotros un muro de frialdad y distancia. No podrán decir que no me esforcé…

3 - Proceso: Sr. Murphy (2.30 p.m.)

Este speed es *el magnífico*. Me siento como dinámico, digamos, de veras que me apetece lo de la entrevista. Rents me dice: Véndete, Spud, y diles la verdad. Venga, troncos, vamos a darnos marcha…

«Veo por su solicitud que estudió en George Heriots. Parece que esta tarde abundan los antiguos alumnos de Heriots.»

Así es, tronco gordo.

«De hecho, tío, voy a ir de legal a ese respecto. Yo fui a Augie’s, o sea St Augustine, después a Craigy, eh… Craigroyston, ¿me sigues? Sólo puse lo de Heriots porque pensé que me ayudaría a conseguir el empleo. Demasiada discriminación en esta ciudad, tío, ¿me sigues? En cuanto los tipos de traje y corbata ven Heriots o Daniel Stewarts o la Edinburgh Academy, es como si empezaran a trempar, ¿sabes? Quiero decir, ¿me habrías dicho, digamos, "¿veo que estudió usted en Craigroyston?"»

«Bien, sólo estaba haciendo conversación, puesto que se da la circunstancia de que yo sí estudié en Heriots. La idea era que se sintiera relajado. Pero puedo tranquilizarle en lo que a discriminación se refiere. Eso está todo previsto en nuestra nueva declaración sobre igualdad de oportunidades.»

«Tranqui, tío. Relajado estoy. Es sólo que de verdad quiero este empleo, digamos. Aunque anoche no pude dormir; me preocupaba cagarla, digamos, ¿sabes? Es sólo que cuando los troncos ven "Craigroyston" en la solicitud, piensan, digamos: Bueno, todos los que fueron a Craigie’s son unos balas, ¿a que sí? Pero eh, ¿conoces a Scott Nisbet, el jugador de fútbol y tal? Juega con los *hunos*…[27] eh, con los Rangers en primera, aguantando el tipo frente a esos fichajes internacionales caros de Souness. Ese tronco iba un curso más abajo que servidor en Craigie, tío.»

«Bueno, puedo asegurarle, señor Murphy, que estamos mucho más interesados en las cualificaciones obtenidas por usted que en la escuela a la que asistió usted o cualquier otro candidato. Dice aquí que obtuvo cinco niveles O…»

«Bueenooo. Cómo te diría, tengo que interrumpirte en ese punto, socio. Lo de los niveles O era mierda pura, ¿sabes? Pensé que eso me serviría para meter el pie en la puerta. Para mostrar iniciativa, digamos. ¿Me sigues? De verdad que quiero este empleo, tío.»

«Mire, señor Murphy, la oficina de empleo del Ministerio de Trabajo nos dio su referencia. No tiene necesidad de mentir para meter el pie en la puerta, como usted dice.»

«Oye… lo que tú digas, tío. Tú eres el jefe, el que tiene la sartén por el mango, el tipo del sillón, por así decirlo y tal», digo yo.

«Sí, bien, no parece que estemos adelantando mucho. ¿Por qué no se limita usted a decirnos por qué desea este empleo tan desesperadamente como para estar dispuesto a mentir?»

«Me hace falta la guita, tío.»

«¿Perdón? ¿La qué?»

«La tela, digamos, eh… la pasta, la pela y todo eso. ¿Me entiendes?»

«Ya veo. Pero ¿qué es lo que específicamente le atrae de la industria del ocio?»

«Bueno, a todo el mundo le gusta pasarlo bien, disfrutar un poco, ¿sabes? Para mí el ocio es eso, tío, digamos. Me gusta ver al personal disfrutar, ¿sabes?»

«Muy bien, gracias», dice la muñeca con la máscara de maquillaje. Podríamos amarnos, esa nena y yo… «¿Cuáles diría usted que son sus principales puntos fuertes?», me pregunta.

«Esto… sentido del humor, digamos. Hace falta, es imprescindible, ¿sabes?» Voy a tener que dejar de decir «¿sabes?» tanto. Estos tipos van a pensar que soy un ordinario.

«¿Y debilidades?», maúlla el tronquito trajeado. Vaya un tío más granulado, Rents no bromeaba con lo de las estacas. Todo un cachorro de leopardo, éste.

«Supongo, tío, que soy demasiado perfeccionista, ¿sabes? Es como si cuando las cosas saliesen un poco chungas, entonces todo me la sudara, ¿sabes? Sin embargo, tío, tengo buenas vibraciones acerca de esta entrevista de hoy, ¿sabes?»

«Muchas gracias, señor Murphy. Ya le informaremos.»

«No hay de qué, tío, el placer ha sido mío. Es la mejor entrevista a la que he ido, ¿sabes?» Doy un bote y a cada gato le estrecho la pata.

4 - Reseña

Spud se encuentra con Renton en el pub.

«¿Cómo te ha ido, Spud?»

«Bien, socio, bien. Quizá demasiado bien, digamos. Creo que puede que estos tipos nos ofrezcan el trabajo. Malas vibraciones. Una cosa es cierta, tío, tenías razón acerca de este speed. Nunca sé venderme correctamente en las entrevistas. Tiempos guapos, compadre, tiempos guapos.»

«Vamos a celebrar tu éxito con unas copas. ¿Te apetece otro tirito de ese speed?»

«No te diría que no, tío, no diría que no, digamos.»

Recayendo

Escocia toma drogas en defensa de su psique

No podía mencionarle a Lizzy lo del concierto de Barrowland. De ningún puto modo, tío, te lo estoy diciendo. Compré la entrada cuando recibí el cheque del paro. Ahí me tienes, totalmente tieso. Era su cumpleaños, además. Era o la entrada o un regalo para ella. No hay color. Esto era Iggy Pop. Pensé que lo comprendería.

«¡Puedes comprar putas entradas para el puto Iggy Pop pero no me puedes comprar a mí un puto regalo de cumpleaños!» Ésa fue su respuesta. ¿Te das cuenta de la cruz que me toca llevar, tío? Pura locura, amigo mío. No me entiendas mal. Puedo ver su punto de vista. De todos modos es culpa mía, como te lo digo, culpa mía. Totalmente ingenuo, ése es Tommy. El viejo qué-más-me-da-a-mí-el-viento. Voy siempre con el mentón asomado. Si tuviera un poquito más de, ¿cómo se dice?, de duplicidad, no hubiera dicho ni pío de las entradas. Me excito demasiado y abro la bocaza pero que mucho más de la cuenta. Ahí tienes a Tommy Gun sin miedo. Primo total.

Así que desde entonces no he mentado el concierto. La noche de antes Lizzy me dice que le apetece mogollón ir al cine a ver *El acusado*. Me dice que la de *Taxi Driver* sale en ésta. A mí en realidad no me apetece la película; demasiado machaque y publicidad. En realidad no tiene nada que ver, ya sabes, porque estaba ahí sentado con las entradas del concierto de Ig en el bolsillo de atrás. Así que me veía obligado a mencionar Barrowland y al hombre.

«Eh, mañana no puedo. Tengo concierto de Iggy Pop en Barrowland. Mitch y yo vamos a ir.»

«Así que prefieres ir a un concierto con el jodido Davie Mitchell que al cine conmigo.» Ésa es Lizzy total. La pregunta retórica, el arma profesional de las tías y los psychos.

El asunto se ha convertido en un referéndum sobre nuestra relación. Mi primera reacción es ir con la verdad por delante y decir «sí», pero eso probablemente supondría cagarla con Lizzy y estoy enganchado al sexo con ella. Dios, me encanta. Hacerlo por detrás mientras gruñe suavemente, su hermosa cabeza descansando en las fundas de almohada amarillas de mi queo; las que me mangó Spud de British Home Stores en Princes Street como regalo de estreno para el piso. Sé que no debería estar revelando nuestras intimidades, tío, pero la imagen de Lizzy en la cama es tan fuerte que incluso su trato grosero y su permanente actitud escandalosa no consiguen atenuarla. Lo que de verdad me gustaría es que Lizzy fuera siempre como es en la

cama.

Intento susurrar seductoras disculpas, pero es tan áspera y rencorosa: dulce y hermosa sólo en la cama. La permanente ferocidad de su expresión facial desterrará su belleza mucho antes de lo debido. Me llama todos los mierdas bajo el sol, y unos cuantos más para no quedarse corta. El pobre Tommy Gun. Ya no es el más grande soldado en activo; ahora es el soldado más cagado.

Iggy no tiene la culpa. En realidad no puedo echarle la culpa al chaval, ¿sabes? ¿Cómo iba a saber él cuando apuntó Barrowland en su itinerario que causaría todos estos problemas a una peña que ni siquiera sabe que existe? Totalmente freaky cuando uno lo piensa. Aun así, él no es más que otra pajita en la espalda del camello. Lizzy es la mujer de acero puro. De todos modos estoy contento. Incluso Sick Boy me tiene celos. Ser el novio de Lizzy confiere estatus, pero la fama cuesta, como dicen. Para cuando me he marchado del pub, no tengo duda alguna acerca de mi falta de valía como ser humano.

En casa me meto una raya de speed y me bebo media botella de Merrydown[28]. Sencillamente no puedo dormir, así que llamo por teléfono a Rents y le pregunto si le apetece venirse a ver un vídeo de Chuck Norris. Rents se va a Londres mañana por la mañana. Pasa más tiempo allí abajo que aquí. Algo que ver con los cheques del paro. El capullo está metido en una especie de sindicato con unos elementos que conoció cuando trabajaba en el ferry Harwich-Hook of Holland, hace años. Va a ver a Ig en el Town and Country mientras esté en Londres. Fumamos algo de hierba y nos partimos el culo mientras Chuck les patea el culo a docenas de anticristos comunistas, sin que esa expresión estreñida y estoica abandone jamás su rostro. Sobrio, esto no hay quien lo aguante. Colocado, es totalmente imposible perdérselo.

Al día siguiente tengo terribles úlceras bucales. Temps, Gav Temperley, que se ha venido a vivir al piso, dice que me lo merezco. Me estoy matando con el speed, me dice. Temps dice que con mis cualificaciones debería tener un curro. Yo le digo a Temps que suena mucho más parecido a mi madre de lo que tiene derecho cualquier amigo. Puedo ver el punto de vista de Gav, de todas formas. Él es el único que trabaja, en la oficina de empleo, y los demás siempre le estamos sableando. Pobre Temps. Creo que además Rents y yo le mantuvimos despierto anoche. A Temps le jode que los parados se lo pasen bien, como a todos los curriquis. Le jode totalmente que Rents le entre pidiéndole todos los días información sobre cómo hacer solicitudes de subsidios.

Voy a casa de mi madre para sablear algo de pasta para el concierto. Necesito guita para el billete de tren además de para priva y drogas. El speed es mi droga, va bien con la priva, y a mí siempre me ha gustado beber. Tommy, el espitoso total.

Mi madre me da una conferencia acerca del peligro de las drogas, hablándome de la gran decepción que he sido para ella y para mi padre, que, aunque no diga mucho,

en realidad se preocupa por mí. Más tarde, cuando vuelve de trabajar, él dice mientras mi madre está arriba que ella no dice mucho, pero en realidad se preocupa por mí. Francamente, me dice, estoy muy decepcionado con tu actitud. Espera que no esté tomando drogas, escrutándome la cara como si pudiese determinarlo. Es curioso, conozco a yonquis, porretanos y maníacos del speed pero la peña más hecha polvo que conozco a causa de las drogas son los privosos, como Secks. Ése es Rab McLaughlin, el Segundo Premio. Ése sí que la ha cagado del todo, tío.

Sableo la pasta y me encuentro con Mitch en los Hebs. Mitch aún está viendo a esa chica, Gail. Es evidente, sin embargo, que no tiene derecho a roce. Escuchándole durante diez minutos, se puede leer totalmente entre líneas. Está de un humor privoso total, así que le sableo algo de pasta. Nos metemos cuatro pintas de *heavy*[29] y después subimos al tren. Yo me hago cuatro latas de Export y dos rayas de speed durante el viaje a Glasgow. Nos pimplamos un par en Sammy Dow's, y después cogemos un taxi para Lynch's. Después de otras dos pintas, puede que tres, y otra raya de speed cada uno en los servicios, cantamos un popurrí de canciones de Iggy y nos vamos al Saracen Head en Gallowgate, enfrente de Barrowland. Bebemos algo de sidra y unos vinos, pegándole frenéticamente al salado speed en papel de plata.

Lo único que veo cuando me marcho del pub es una señal de neón borrosa. Hace un jodido frío total aquí, no bromeo, tío, y nos movemos hacia la luz y la pista. Vamos directos para la barra. Tomamos más bebidas en la barra, aunque oímos que Iggy ha empezado su actuación. Me arranco mi camiseta rota. Mitch alinea algo de speed y cocaína de Morningside sobre la mesa de fórmica.

Entonces algo cambia. Me dice algo sobre el dinero que no capto, pero noto el resentimiento. Tenemos una discusión acalorada, balbuceando, intercambiando puñetazos, no recuerdo quién ha lanzado el primer golpe. En realidad no podemos hacernos daño o sentir fuerza sobre nuestros puños o nuestros cuerpos. Demasiado pasados. Eso sí, meto la quinta cuando veo la sangre fluyendo desde mi nariz hasta mi pecho desnudo, y sobre la mesa. Cojo a Mitch por el pelo y estoy intentando machacarle la cabeza contra la pared, pero mis manos están muy entumecidas y pesadas. Alguien me separa de él y me expulsa de la barra por un pasillo. Yo me levanto, cantando, siguiendo la música hasta la abarrotada sala llena de cuerpos sudorosos, empujando hasta la primera fila.

Un tío me lanza un cabezazo, pero lo evito echándome hacia atrás, sin pararme siquiera a reconocer a mi agresor, y sigo abriéndome camino hasta la primera fila. Estoy dando saltos delante del escenario, a unos pocos metros de El Hombre. Están tocando «Neón Forest». Alguien me da una palmada en la espalda diciendo: «Estás del bolo, por cierto, amigo mío.» Yo canto a tope, una masa de goma giratoria bailando el pogo.

Iggy Pop me mira directamente a mí mientras canta el estribillo: «América toma

drogas en defensa de su psique»; sólo que cambia «América» por «Escocia», y me define con más precisión en una sola frase de lo que ningún otro lo haya hecho nunca jamás…

Pongo fin a mi baile de San Vito y me le quedo mirando lleno de asombro anonadado. Sus ojos están sobre algún otro.

El vaso

El problema que tiene Begbie es… bueno, Begbie tiene muchos problemas. Una de las cosas que más me preocupaban era que uno no podía relajarse de verdad en su compañía, especialmente si iba mamao. Siempre me sentí como si una ligera alteración en la percepción que el cabrón tuviese de ti sería suficiente para transformar tu estatus de gran colega al de víctima perseguida. El truco consistía en soportar al desgraciao sin que te viese como un primo demasiado descaradamente rastrero.

Aun así, cualquier irreverencia abierta tenía lugar dentro de límites estrictamente definidos. Estas fronteras eran invisibles para los extraños, pero uno acababa desarrollando un sentido intuitivo de dónde estaban. Incluso entonces, las reglas cambiaban constantemente con los estados de ánimo del cabrón. La amistad con Begbie era la preparación ideal para embarcarse en una relación con una mujer. Te enseñaba a ser sensible, a tener conciencia de las cambiantes necesidades de la otra persona. Cuando yo estaba con una chica, solía comportarme del mismo modo discretamente complaciente. Al menos, durante un tiempo.

Begbie y yo habíamos sido invitados al veintiún cumpleaños de Gibbo. La cosa iba de etiqueta, con parejas. Yo llevé a Hazel, y Begbie se llevó a su chica, June. June estaba preñada, pero no se le notaba. Nos encontramos en un pub en Rose Street, lo cual fue idea de Begbie. Sólo los mamones, los gilipollas y los turistas ponen el pie en Rose Street.

Hazel y yo teníamos una relación extraña. Nos hemos venido viendo de vez en cuando desde hace unos cuatro años. Tenemos una especie de entendimiento acerca de que cuando yo estoy con el jaco, ella simplemente se desvanece. La razón por la que Hazel se queda conmigo es porque ella está tan hecha polvo como yo, pero, en vez de resolverlo, ella lo niega. Con ella es el sexo lo que está en la raíz de los problemas y no las drogas. Hazel y yo raramente tenemos relaciones sexuales. Eso se debe a que normalmente estoy demasiado colgado para tomarme la molestia y en cualquier caso ella es frígida. La gente dice que no existen las mujeres frígidas, sólo hombres inexpertos. Eso es verdad hasta cierto punto, y yo sería el último capullo bajo el sol en hacer grandes alegatos a mi favor en ese apartado, mi abismal historial de carrera yonqui habla por sí sola.

La cosa es que a Hazel se la folló su padre cuando era una chiquilla. Una vez me lo dijo cuando estaba totalmente ida. Yo no podía hacer gran cosa, porque también estaba ido. Cuando intenté hacer que hablara de ello más tarde, no quiso saber nada. Todas las veces desde entonces han sido un desastre. Nuestra vida sexual siempre lo

ha sido. Tras darme largas sin parar, acababa por dejarme metérsela. Ella se ponía tensa, estrujaba el colchón y apretaba los dientes, mientras yo hacía lo que tenía que hacer. Al final lo dejamos. Era como acostarse con una tabla de surf. Ni todos los juegos preliminares del mundo podían lograr que Hazel se relajara. Sólo la ponían más tensa, casi físicamente enferma. Espero que algún día encuentre a alguien que pueda lograrlo. De todos modos, Hazel y yo teníamos un extraño pacto. Nos utilizábamos el uno al otro en un sentido social, ésa es la única forma de describirlo, para proyectar cierto barniz de normalidad. Es un gran camuflaje para su frigidez y mi impotencia inducida por el jaco. A mi madre y mi padre se les caía la baba con Hazel, viéndola como nuera en potencia. Si ellos supieran. De todos modos, había llamado a Hazel para que me acompañara esta noche por ahí; dos desastres juntos.

El Pordiosero había estado privando antes de que nos encontráramos. Embutido en un traje tenía un aspecto turbio y amenazante, como les ocurre a los manguis, con la tinta china sobresaliendo por el cuello de la camisa y los puños. Estoy seguro de que los tatuajes del Pordiosero buscan la luz, resentidos de verse cubiertos.

«¡Cómo está el jodido Rent Boy!», carraspea ruidosamente. La corrección jamás ha sido el punto fuerte del cabrón. «¿Va todo bien, muñeca?», le dice a Haze. «Vas elegante que te cagas. ¿Ves a este cabrón?» Me señala. «Estilo», dice enigmáticamente. A continuación se explaya. «Este hijoputa es un inútil, pero tiene estilo. Un hombre de ingenio. Un hombre con clase. Un hombre no tan distinto del buen Begbie.»

Begbie siempre imaginaba cualidades en sus amigos, y a renglón seguido las reclamaba sin vergüenza alguna para sí mismo.

Hazel y June, que en realidad no se conocían bien la una a la otra, entablaron sabiamente conversación, cargándome a mí con el Pordiosero, el General Franco. Me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no bebía con Begbie a solas, sin otros colegas para darme un respiro ocasional. Solo, era estresante.

Para llamarme la atención, Begbie me pega un codazo en las costillas con tal ferocidad que habría sido considerado agresión de no haber sucedido entre compañeros. Después empieza a hablar sobre algún vídeo gratuitamente violento que ha estado viendo. El Pordiosero insiste en escenificar todo el puto rollo, mostrando golpes de kárate, estrangulaciones, puñaladas, etc., sobre mí. Su explicación de la película dura el doble que la propia película. Voy a tener algunos moretones por la mañana, y aún no estoy ni pedo.

Estamos bebiendo en la parte de arriba del bar, y nuestra atención recae en un pelotón de piraos que entran en el atiborrado pub. Entran fanfarroneando, haciendo ruido y amenazando.

Odio a los cabrones de ese tipo. Cabrones como Begbie. Cabrones a los que les mola darle con un bate de béisbol a todo dios que sea distinto; pakis, maricones y así

sucesivamente. Putos fracasados en un país de fracasados. De nada sirve echarles la culpa a los ingleses por habernos colonizado. Yo no odio a los ingleses. No son más que unos gilipollas. Estamos colonizados por gilipollas. Ni siquiera somos capaces de escoger una cultura decente, vibrante y saludable por la que hacernos colonizar. No. Estamos gobernados por unos gilipollas decadentes. ¿En qué nos convierte eso a nosotros? En lo más bajo de entre lo más bajo, la escoria de la tierra. La basura más desgraciada, servil, miserable y lamentable jamás salida del culo del Creador. Yo no odio a los ingleses. No hacen más que apañarse con la mierda que les ha tocado. Yo odio a los escoceses.

Begbie no para de largar sobre Julie Mathieson, que antes le ponía cachondo. Julie siempre le odió. A mí Julie me gustaba mucho, quizá por eso mismo. Era una tía muy enrollada. Tuvo un bebé cuando era seropositiva, pero el bebé estaba limpio, gracias al copón. El hospital envió a Julie a casa en una ambulancia con el bebé con dos tíos vestidos con trajes como a prueba de radiaciones, cascos y todo el mogollón. Esto fue en 1985. Tuvo el efecto previsible. Los vecinos lo vieron, alucinaron y la jodieron hasta echarla de la casa. Una vez que te colocan la etiqueta de seropositiva, ya la has pringado. Sobre todo una chica sola. Un acoso detrás de otro. Finalmente tuvo una crisis nerviosa y, con su sistema inmunológico averiado, fue presa fácil para el asalto del sida.

Julie murió estas últimas Navidades. No llegué al funeral. Estaba tumbado sobre mi propio vómito en un colchón en el queo de Spud, demasiado jodido para moverme. Fue una pena, porque Julie y yo éramos buenos colegas. Nunca follamos ni nada de eso. Los dos pensábamos que eso cambiaría las cosas demasiado, como lo hace en las amistades chico/chica. El sexo por lo general las convierte en verdaderas relaciones o les pone fin. Se va para atrás o para delante después de follar, pero mantener el mismo trato es difícil. Julie tenía muy buen aspecto cuando empezó con el jaco. Les pasa a la mayoría de chicas. Parece sacarles lo mejor. Siempre parece dar al principio, antes de quitar con intereses.

El epitafio de Begbie para Julie es: «Vaya forma de desperdiciar un buen pedazo de chocho.»

Lucho contra el impulso de decirle qué desperdicio sería gastar en él una bala plateada. Intento no mostrar mi rabia; sólo conseguiría que me partiera la boca. Me voy abajo a subir otra ronda.

Esos cabrones piraos están en la barra, empujándose unos a otros, y a los demás. Hacer que le sirvan a uno es una pesadilla. Un mosaico de tejidos cicatrizados y tinta china, supongo que con algún capullo dentro, está gritando: «¡VODKA DOBLE CON COCA-COLA! ¡UN PUTO VODKA DOBLE CON COCA-COLA PUES, CAPULLO!» al nervioso personal de la barra. Enfoco la vista sobre las botellas de whisky en el aparador, intentando hacer todo lo que esté en mi mano para evitar

sostener la mirada de ese desgraciao. Es como si mis ojos tuvieran vida propia, volviéndose involuntariamente a un lado. La cara se me enrojece y me hormiguea, como anticipándose a un puño o una botella. Estos capullos son puta mercancía averiada, sonaos de primera división.

Vuelvo con las copas, primero los chupitos para las mujeres, después las pintas.

Entonces sucede.

No he hecho más que poner una pinta de Export delante de Begbie. Le da un trago y a continuación arroja el vaso vacío de su última pinta por encima del balcón, con un movimiento de revés, como si nada. Es una de esas angulosas jarras cuadriculadas con mango, y veo cómo gira por los aires con el rabillo del ojo. Me quedo observando a Begbie, quien sonríe, mientras Hazel y June parecen desorientadas, sus rostros un reflejo de mi propia abrumadora ansiedad.

La jarra se estrella sobre la cabeza de un pirao, que se abre mientras cae de rodillas. Los colegas del muchacho adoptan posturas de batalla, y uno de ellos sale disparado hacia otra mesa y le mete una galla a un capullo inocente. Otro se la mete a un pobre tipo que lleva una bandeja de bebidas.

Begbie está en marcha, bajando las escaleras a todo correr. Está justo en medio del salón.

«¡AL CHAVAL LO HAN RAJAO! ¡DE AQUÍ NO SE VA NI DIOS HASTA QUE YO SEPA QUIÉN HA TIRADO ESTE JODIDO VASO!»

Ladra órdenes a parejas inocentes, grita instrucciones al personal de la barra. El caso es que los capullos de los piraos parecen encantados.

«Tranquilo, colega. ¡Nosotros podemos resolverlo!», dice Vodka Doble con Coca-Cola.

No oigo lo que dice Begbie, pero a Vodka Doble parece que le impresiona. Entonces el Pordiosero le suelta al camarero: «¡TÚ! ¡LLAMA A LA PUTA POLI!»

«¡NO! ¡NO! ¡NADA DE POLIS!», grita uno de los psicópatas privosos. Es obvio que estos cabrones tienen historiales más largos que sus brazos. El pobre cabrón detrás de la barra se está cagando, sin saber qué hacer.

Begbie se yergue, músculos del cuello en tensión. Su mirada iracunda barre la zona del bar y asciende por el balcón.

«¿QUIÉN HA VISTO ALGO? ¿VOSOTROS HABÉIS VISTO ALGO, CAPULLOS?», les grita a un grupo de tíos, capullos tipo Murrayfield-escuela de comercio, que se están jiñando.

«No…», balbucea uno de ellos.

Yo bajo, después de decirles a Haze y June que no se muevan de la barra del balcón. Begbie parece un detective psicópata salido de una policíaca de Agatha Christie, interrogando a todo quisque. La está cagando; es jodidamente obvio. Yo estoy ahí abajo, poniendo una bayeta de barra en la cabeza abierta del pirao,

intentando cortar la hemorragia. El capullo no hace más que gruñirme, y no sé si ésa es su manera de mostrar gratitud o si se prepara para pisarme los huevos, pero yo sigo con lo mío.

Un capullo gordo del grupo de psicópatas se acerca a este otro grupo de tíos de la barra y le sacude con la cabeza a uno de ellos. Todo empieza a volar. Chicas gritando, tíos soltando amenazas, empujándose e intercambiando golpes mientras el sonido de los cristales rotos llena la atmósfera.

La camisa blanca de un chico está saturada de sangre mientras me abro paso a través de algunos cuerpos para volver a subir las escaleras hasta Hazel y June. Algún cabrón me sacude en un lado de la cara. Lo había visto a medias por el rabillo del ojo y me he apartado a tiempo, de modo que no he encajado plenamente su fuerza. Me vuelvo y el mamón está diciendo: «Venga, vivales. Venga.»

«Vete a tomar por el culo, desgraciao», digo, sacudiendo la cabeza. El tipo está preparado para saltar, pero su colega le coge del brazo, cosa buena, porque yo no estoy preparado para él. El capullo parece un pelín en forma, con aspecto de poder poner su peso detrás de un puñetazo.

«Joder, Malky, no te metas. No tiene nada que ver con ese chaval», dice su colega. Yo sigo sabiamente mi camino. Haze y June bajan las escaleras conmigo. Malky, mi agresor, está zurrando ahora a algún otro capullo. Se ha abierto un hueco en medio de la habitación y guío a Haze y June a través de él hacia la puerta.

«Cuidado con las tías, socio», les digo a dos tíos que están a punto de liarse a hostias, y uno se lanza sobre el otro, permitiéndonos pasar. Fuera del bar, en el distrito de Rose Street, Begbie y otro cabrón, es Vodka Doble, están pateando de la hostia a un pobre cabrón tirado en el suelo, «¡FRAAANK!», suelta June con un grito de esos que hielan la sangre. Hazel se aparta de mí, tirándome de la mano.

«¡FRANCO! ¡VENGA!», grito, cogiéndole por el brazo. Se detiene a examinar su trabajo, pero se sacude mi presa. Se vuelve para mirarme, y por un instante pienso que va a sacudirme. Es como si no me viera, como si no me reconociera. Entonces va y dice: «Rents. Nadie se mete con el YLT[30]. Tienen que aprender de una puta vez, Rents. Tienen que aprender de una puta vez.»

«Gracias, colega», dice Vodka Doble, el cómplice en la carnicería de Franco.

Franco le sonríe y le pega al capullo una patada en los huevos. La he sentido.

«Ya te daré yo las putas gracias, ¡cabrón!», se burla sacudiendo a Vodka Doble en la cara, derribándole. Un diente blanco sale volando como una bala de la boca del tipo y aterriza a unos metros sobre las baldosas de la zona.

«¡Frank! ¡Qué estás haciendo!», chilla June. Estamos tirando del cabrón calle abajo mientras el aire se llena del sonido de las sirenas de policía.

«Ese cabrón, ese cabrón y sus jodidos colegas de ahí atrás, ¡ésos son los jodidos cabrones que apuñalaron a mi hermano!», grita indignado. June parece derrotada.

Aquello era basura. El hermano del Pordiosero, Joe, fue apuñalado en una pelea en un pub de Niddrie hace años. La pelea la buscó él, y no fue herido de gravedad. En cualquier caso, Franco y Joe se odiaban el uno al otro. Aun así, el incidente había provisto a Begbie del falso armamento moral que necesitaba para justificar una de sus periódicas guerras contra el populacho local propulsadas por el alcohol y la angustia. Algún día se llevaría lo suyo. No había nada tan seguro. Sólo que yo no quería estar ahí cuando sucediera.

Hazel y yo caminábamos detrás de Franco y June. Haze quería marcharse. «Algo le falla a este tío. ¿Has visto la cabeza de ese tío? Vámonos de aquí.»

Me sorprendí a mí mismo mintiéndole para justificar el comportamiento de Begbie. Joder, qué horror. Simplemente no podía con su indignación y las molestias que la acompañaban. Era fácil mentir, como hacíamos todos con Begbie en nuestro círculo. Habíamos creado toda una mitología de Begbie con las mentiras que nos contábamos unos a otros y a nosotros mismos. Como nosotros, Begbie se creía aquella mierda. Nosotros jugamos un gran papel en hacer de él lo que era.

Mito: Begbie tiene un gran sentido del humor.

Realidad: El sentido del humor de Begbie sólo se activa ante los infortunios, reveses y debilidades de otros, por lo general sus amigos.

Mito: Begbie es un «tipo duro».

Realidad: Personalmente, no valoraría tanto a Begbie en una pelea limpia, sin su surtido de cuchillos, bates de béisbol, puños americanos, vasos de cerveza, agujas de tricotar afiladas, etc. Yo mismo y la mayoría de mendas estamos demasiado acojonados para verificar esta teoría, pero la impresión sigue ahí. Una vez Tommy expuso algunas de las debilidades de Begbie en una pelea limpia. Tam le dio más faena de la esperada. Con todo, Tommy está cachas, el capullo, y Begbie, hay que decirlo, salió el mejor parado de los dos.

Mito: Los colegas de Begbie le quieren.

Realidad: Le temen.

Mito: Begbie nunca reventaría a uno de sus colegas.

Realidad: Por lo general sus colegas se andan con demasiado ojo como para comprobar esta proposición, y en las raras ocasiones en las que lo han hecho, han conseguido desmentirla.

Mito: Begbie respalda a sus colegas.

Realidad: Begbie infla a hostias a inocentes capullines que te tiran la pinta por accidente o chocan contigo sin querer. Los psicópatas que aterrorizan a los colegas de Begbie normalmente lo hacen con impunidad, pues tienden a ser más colegas de Begbie que los tíos con los que sale. Los conoce a todos a través de las redes con denominación de origen de los colegios, prisiones y los casuals[31], *las francmasonerías compartidas por los venaos.*

En todo caso, estos mitos me proporcionan la base para rescatar la noche.

«Mira, Hazel, ya sé que Franco es muy suspicaz. Pero es que a su hermano Joe tuvieron que meterlo en un pulmón artificial por culpa de esos tíos. Son una familia muy unida.»

Begbie es como el jaco, un hábito. El primer día en la escuela primaria me dice la profesora: «Te sentarás junto a Francis Begbie.» Fue la misma historia en la secundaria. Sólo saqué buenas notas en el colegio para poder entrar en una clase de Nivel O y alejarme de Begbie. Cuando a Begbie lo expulsaron y le enviaron a otra escuela camino de Polmont[32], mi rendimiento bajó, y me devolvieron junto al grueso de los no aprobados. De todos modos, ya sin Begbie.

Entonces, de chavalín, cuando era aprendiz de carpintero con un constructor de Gorgie, fui a Telford College para hacer los módulos del título nacional en carpintería. Me siento en la cafetería a comerme mis chips cuando quién aparece sino el capullo de Begbie con otro par de psicópatas. Estaban en un curso de especialistas en metalurgia para adolescentes problemáticos. Al parecer el curso les enseñaba a fabricar sus propias armas metálicas cortantes de destrucción en vez de tener que comprarlas de las tiendas del Ejército y la Marina.

Cuando dejé mi oficio y fui a la Universidad de Aberdeen, casi medio esperaba ver al Pordiosero en la fiesta de los novatos, haciendo papilla a algún gilipollas cuatro-ojos de clase media que se imaginara que le estaba mirando.

Realmente es un cabrón de primera. Sin duda alguna. El gran problema es que es colega y todo eso. ¿Qué se puede hacer?

Apretamos el paso y les seguimos carretera abajo; un cuarteto de gente hecha polvo juntos.

Una decepción

Me acordaba del cabrón. Joder que si me acordaba. Yo pensaba que era un jodido tío duro, allá en Craigie, ¿sabes? Andaba por ahí con Kev Stronach y esa peña. Vaya unos venaos. No me malinterpretes, eh; yo pensaba que el cabrón era legal a tope. Pero me acuerdo de una vez cuando unos chavales le preguntaron al tío de dónde coño venía. Va y dice: «¡Jakey! (ése era el nombre del capullo), ¿tú eres de Royston o de Granton?» El capullo va y dice: «Granton es Royston. Royston es Granton.» Después de aquello el bastardo perdió muchos enteros en mi apreciación, ¿sabes? No obstante eso, fue allá en el puto colegio, ¿sabes? Ahora hace mogollón de tiempo.

De todos modos, la semana pasada estaba en Volley con Tommy y Secks, conoces a Rab, el Segundo Premio y tal. Ese capullo, el tal Jakey, el pedazo de jodido mamonazo de Craigie, entra en el pub. En ningún momento hace señal de reconocerme. Me acuerdo de haber hecho migas con piedras a montones de cangrejos con ese capullo. En el puto muelle, ¿sabes? Nunca me reconoció el jodido. No me podría haber distinguido de Adán… el cabrón.

De todos modos, el colega del tío, un jodido lechuguino con la cara llena granos, se va a dejar el puto dinero para las bolas en la mesa. Para el billar, ¿sabes? Le digo: «Ese tío es el siguiente, colega», señalando a un tipejo con gafas. El capullín tenía el nombre puesto en el tablón, pero se habría quedado allí sentado sin decir esta puta boca es mía si yo no hubiese hablado y tal.

Si querían bronca yo estaba por la labor. Si los cabrones hubiesen dado un paso al frente, ningún problema y tal. Quiero decir, tú ya me conoces, no soy la clase de cabrón que va buscando problemas y tal; pero yo era el cabrón que tenía el puto taco de billar en la mano y el capullo con granos podía llevarse la parte más ancha en la jeta si eso es lo que quería y tal. Evidentemente, llevaba el jodido baldeo y eso. Ya lo creo. Como decía, no voy buscando problemas, pero si algún capullo quiere empezar a ponerse chulo, estoy por la labor. De manera que el tipejo de las gafas está poniendo la puta pasta y preparando las bolas y eso, ¿sabes? El capullo con granos simplemente se sienta y no dice ni mu. Me quedé mirando al tío duro, o al menos era un tío duro en el colegio, sabes. El cabrón no dijo una puta palabra. Mantuvo cerrado el jodido pico, ya lo creo; cabrón.

Tommy va y me dice: «Eh, Franco, ¿se está poniendo chulo ese chaval?» Ya conoces a Tam, no se corta, ese cabrón. Desde luego que le oyeron y tal aquellos capullos; pero no volvieron a decir ni pío. El capullo con granos y el supuesto tío duro. Y habría sido una pelea dos contra dos, porque ya conoces a Segundo Premio; no me entiendas mal, lo adoro, pero cuando se trata de una bulla no tiene ni zorra

idea. Iba más pedo que la hostia y casi no podía sostener el puto taco de billar. Te estoy hablando de las once y media un miércoles por la mañana. Así que habría sido una pelea limpia. Pero aquellos capullos no dijeron esta boca es mía. No esperaba nada del capullo con granos, pero estaba pero que muy decepcionado con el tío duro, o el llamado tío duro y tal. No era un tío duro. A decir verdad, era un jodido cagao, sabes. Una desilusión enorme para mí, el cabrón, te lo puedo asegurar.

Problemas de polla

Resulta grotesco que te cagas intentar encontrar una vía de entrada. Ayer tuve que chutarme por la polla, donde se halla la vena más prominente de mi cuerpo. No quiero coger esa costumbre. Por difícil que sea concebirlo en este momento, aún es posible que le encuentre otros empleos a ese órgano, además de mear.

Ahora suena el timbre. Cago en Dios. Ese bastardo imbécil y desastre del casero: el hijo de Baxter. El viejo Baxter, que Dios se apiade de su pequeña alma de capullín, nunca se preocupó de verdad por el cheque del alquiler. Pedazo de gilipollas viejo y senil. Siempre que aparecía, yo era el encanto personificado con el viejo capullo. Le quitaba la chaqueta, lo sentaba y le daba una lata de Export. Hablábamos de caballos y de los equipos de los Hibs de los cincuenta con los «Cinco Famosos» de la delantera, Smith, Johnstone, Reilly, Turnbull y Ormond. Yo no sabía nada ni de caballos ni de los Hibs en los cincuenta, pero puesto que era lo único de lo que podía conversar el viejo Baxter, acabé muy versado en ambos temas. Después repasaba los bolsillos de la chaqueta del viejo memo y me servía yo mismo una ración de pasta. Siempre andaba por ahí con un fajo enorme encima. Entonces o bien le pagaba con su propia pasta o le decía al pobre hijo de puta que ya habíamos hecho cuentas con él.

Hasta solíamos llamar al viejo desgraciado por teléfono si andábamos un poco cortos. Como cuando Spud y Sick Boy se quedaban a pasar la noche, le decíamos que había un grifo que goteaba o una ventana rota. A veces hasta rompíamos la ventana nosotros mismos, como cuando Sick Boy arrojó la vieja tele en blanco y negro por ella, y así lográbamos que el dócil capullo se acercara para poder darle un repaso. Había una jodida fortuna en los bolsillos de aquel cabrón. La cosa llegó hasta el punto de que tenía miedo de no darle el palo, no fuera que algún hijoputa le atracara.

Ahora el viejo Baxter se ha ido a la gran movida en el cielo; reemplazado por el bastardo de su hijo y su humor de patíbulo. Un capullo que espera un alquiler por esta pocilga.

«RENT.» Alguien grita por la rendija del buzón.

«¡Rents!»

No es el casero. Es Tommy. ¿Qué cojones querrá el capullo a estas horas?

«Un momento, Tommy. Ya voy.»

Me chuto en la polla por segundo día consecutivo. Mientras la aguja penetra, parece un horrible experimento realizado sobre una fea serpiente marina. Este rollo se hace más enfermizo a cada minuto que pasa. El colocón no tarda nada en llegar corriendo hasta mi tarro. Tengo un cuelgue mágico, y a continuación creo que voy a vomitar. He subestimado lo pura que era esta mierda, y he metido un poquitín de más

en ese chute. Respiro profundamente y me pongo en orden. Siento como si un fino chorro de aire me estuviera entrando en el cuerpo por un agujero de bala situado en la espalda. Ésta no es una situación de sobredosis. Calma. Mantén el viejo respirador en marcha. Con suavidad. Está bien.

Consigo ponerme en pie, tambaleándome, y dejo pasar a Tommy. *Eso* no resulta fácil.

Tommy está tan en forma que es insultante. El moreno de Mallorca sigue intacto; el pelo blanqueado por el sol, corto y echado hacia atrás con fijador. Tornillo de oro y anillo en un oído; ojos de color azul cielo suave. Hay que reconocer que Tommy es un capullo bastante guapo cuando está moreno. Le saca lo mejor. Guapo, relajado, inteligente y bastante competente en caso de bulla. Tommy debería darle a uno celos, pero de alguna manera no lo hace. Esto probablemente se deba a que Tommy no tiene confianza en sí mismo para reconocer y sacar el máximo partido a sus cualidades; ni la vanidad para dar la paliza con ellas a todos los demás.

«Lizzy y yo hemos cortado», me cuenta.

Es difícil averiguar si habría que felicitarle o compadecerle. Lizzy tiene un polvo extraordinario, pero tiene además una lengua de marino y una mirada castrante. Creo que Tommy aún intenta aclararse a sí mismo cómo se siente. Me doy cuenta de que está en pleno proceso de pensamiento porque no me ha dicho lo estúpido que soy por picarme, ni siquiera ha dicho palabra acerca del estado en que me encuentro.

Lucho por sobreponerme a la apatía egocéntrica que me provoca el jaco y mostrarme preocupado. El mundo exterior no significa una mierda para mí. «¿Estás jodido?», pregunto.

«No lo sé. Si te soy sincero, será el sexo lo que más echaré de menos. Eso y el tener a alguien, ¿sabes?»

Tommy necesita a la gente mucho más que la mayoría.

Mi memoria perenne de Lizzy es del colegio. Yo, Begbie y Gary McVie estábamos echados en los Links al pie de las pistas de atletismo, lejos de los ávidos ojos de aquel bastardo de Vallance, el tutor del curso, un capullo nazi del más alto nivel. Cogimos esa posición para ver correr a las chicas en pantalones cortos y nikis y acumular algo de material pajero decente.

Lizzy hizo una buena carrera, pero acabó segunda, tras las largas zancadas de la gran Morag Henderson. Estábamos tumbados boca abajo, con la cabeza apoyada en los codos y las manos, viendo a Lizzy luchar con esa expresión de intensa determinación que caracterizaba todo lo que hacía. ¿Todo? Una vez que Tommy se haya repuesto de su pérdida, le preguntaré por el sexo. No, no lo haré… sí que lo haré. De todas formas, oía jadeos y me volví para ver a Begbie girando lentamente las caderas, mirando fijamente a las chicas, diciendo: «Esa Lizzy Macintosh… polvete total… me la follaba hasta caérsele el culo cualquier día de la semana… el puto culo

que tiene… las putas tetas que tiene…»

Entonces dejó caer su cara hasta la altura del césped. En aquellos tiempos no estaba tan receloso de Begbie como ahora. No era el jefe en aquellos días, sino otro aspirante más, y también tenía cierta prevención con respecto a mi hermano, Billy, en aquel entonces. Hasta cierto punto, en realidad hasta todos los puntos, yo vivía cínicamente de la reputación de Billy, siendo un bobo pringao. De todas formas, puse a Begbie de espaldas, exponiendo así su cola pringosa y embadurnada de tierra. El capullo había excavado subrepticiamente un agujero en el suave césped con ayuda de su navaja, y estaba follándose el prado. Yo estaba que me meaba y Begbie pasmado. El cabrón no era tan pesado en aquellos tiempos, antes de que empezase a creerse su propia propaganda y, todo hay que decirlo, la nuestra acerca de lo psicópata total que era.

«¡Franco, cacho guarro!», dijo Gary.

Begbie se guarda la cola, se sube la cremallera, y entonces coge un manojo de lefa y tierra y se la frota por la cara a Gary.

Yo casi me muero mientras Gary se ponía fuera de sí; estaba de pie pateándole la suela de la zapatilla a Begbie. A continuación se marchó con el mosqueo a cuestas. Si uno lo piensa, ésta es más una historia de Begbie que una historia de Lizzy, aunque fuera su valiente esfuerzo contra la Morag Henderson la que la precipitara.

De todas formas, cuando Tommy se enrolló con Lizzy un par de años atrás, la mayoría pensó: Vaya un jodido hijo de puta con suerte. Ni siquiera Sick Boy se ha follado a Lizzy.

Asombrosamente, Tommy aún no ha mentado siquiera el jaco. Incluso con las herramientas por todas partes, y probablemente se da cuenta de que voy bastante puesto. Normalmente en tales circunstancias Tommy hace una mala imitación de mi vieja; estás matándote/déjalo/puedes vivir tu vida sin esa basura, y demás mierda.

Ahora dice: «¿Qué es lo que hace por ti, Mark?» Su voz tiene un tono auténticamente inquisitivo.

Me encojo de hombros. No quiero hablar de eso. Hay capullos con títulos y diplomas en el Royal Ed y la City a los que pagan por pasar por toda esta mierda de charla terapéutica conmigo. No ha valido una mierda. Sin embargo, Tommy es persistente.

«Dímelo, Mark. Quiero saberlo.»

Pero entonces, cuando lo piensas, quizá un colega que ha estado a tu lado en los tiempos de vacas gordas y en tiempos de vacas flacas, por lo general flacas que te cagas, merece al menos un intento de explicación, si los consejeros/policía del pensamiento reciben una. Me lanzo a discursear. Me siento sorprendentemente bien, tranquilo y claro al hablar de ello.

«De verdad que no lo sé, Tam, es que no lo sé. Es como si hiciera que las cosas

fuesen más reales para mí. La vida es aburrida y fútil. Empezamos con grandes esperanzas y después nos acojonamos. Nos damos cuenta de que todos vamos a morir, sin encontrar realmente las grandes respuestas. Desarrollamos todas esas ideas de largo alcance que se limitan a interpretar la realidad de nuestras vidas de distintas maneras, sin extender nuestro cuerpo de conocimientos que realmente merecen la pena sobre las grandes cosas, las cosas reales. Básicamente, vivimos una vida corta y decepcionante; y a continuación morimos. Llenamos nuestras vidas de mierda, de cosas como carreras y relaciones para convencernos a nosotros mismos de que no carece todo de sentido. El caballo es una droga honesta, porque te arranca esas ilusiones. Con el caballo, cuando te sientes bien, te sientes inmortal. Cuando te sientes mal, intensifica la mierda que ya está ahí. Es la única droga realmente honesta. No altera tu estado de conciencia. Sólo te da un colocón y una sensación de bienestar. Tras eso, ves la miseria del mundo tal cual es, y no puedes anestesiarte contra ella.»

«Mierda», dice Tommy. Y después: «Pura mierda.» Probablemente tenga razón y todo. Si me lo hubiese preguntado la semana pasada, probablemente hubiese dicho algo completamente diferente. Si me pregunta mañana, de nuevo será algo distinto. En este momento del tiempo, sin embargo, me quedo con el concepto de que el caballo sirve cuando todo lo demás parece aburrido e irrelevante.

Mi problema consiste en que siempre que percibo o hago realidad la posibilidad de obtener algo que creía que quería, sea una novia, un piso, un empleo, educación, dinero y así sucesivamente, simplemente me parece tan aburrido y estéril, que ya no lo puedo valorar. El caballo es diferente, sin embargo. No puedes volverle la espalda tan fácilmente. No te deja. Intentar controlar el problema del caballo es el desafío último. También da un gran puntazo.

«También da un gran puntazo.»

Tommy se me queda mirando. «Adelante. Ponme un pico.»

«Vete a la mierda, Tommy.»

«Dices que da un puntazo. Quiero probarlo.»

«Qué vas a querer. Venga, Tommy, hazme caso.» Eso no parece sino animar más al capullo.

«Tengo la guita. Venga. Prepárame un pico.»

«Tommy… joder, tío…»

«Te estoy diciendo que venga. Se supone que somos colegas, cabrón. Prepárame un pico. Puedo resistirlo. Un puto chute no me va a hacer daño. Venga.»

Me encojo de hombros y hago lo que Tommy me pide. Les doy una buena limpieza a mis herramientas, y a continuación preparo un chute ligero y le ayudo a ponérselo.

«Esto es de putísima madre, Mark… es un puto viaje de montaña rusa, tío…

estoy de cojón aquí… estoy de cojón…»

Su reacción me descompone. Algunos capullos están tan predispuestos hacia el jaco…

Más tarde, cuando Tommy ha bajado de las nubes y está listo para irse, le digo: «Lo has hecho, colega. Ahora tienes toda la colección. Costo, ácido, speed, éxtasis, setas, nembutal, valium, caballo, todo el puto mogollón. Punto y final. Que sea la primera y última vez.»

He dicho eso porque estaba seguro de que el capullo me iba a pedir un poco para llevarse. No tengo suficiente para repartir. Yo *nunca* tengo suficiente para repartir.

«Y que lo digas», dice, poniéndose la chaqueta.

Cuando Tommy se ha marchado, noto por vez primera que la polla me pica de la hostia. Sin embargo no puedo rascarme. Si me empiezo a rascar, la cabrona se infectará. Entonces sí que tendría algunos problemas de verdad.

El tradicional desayuno dominical

Ay Dios mío, dónde cojones estoy. Dónde cojones… simplemente no reconozco esta habitación en absoluto… piensa, Da-vie, piensa. No parece que sea capaz de generar saliva suficiente para despegar la lengua del paladar. Qué tontolculo. Qué capullo… qué… nunca más.

AY JODER… NO… por favor. No, no, joder, NO…

Por favor.

No dejes que esto me esté sucediendo a mí. Por favor. Seguro que no. Seguro que sí.

Sí. Me desperté en una cama extraña en una habitación extraña, cubierto de mi propia guarrada. Me había meado en la cama. Había potado en la cama. Me había cagado en la cama. Mi cabeza está dando jodidos zumbidos, y mis tripas están en un tumulto nauseabundo. La cama es un asco, un jodido asco total.

Levanto la sábana inferior, y después quito la funda del edredón y las envuelvo juntas; el acerbo coctel tóxico en medio. Está amontonado en una bola segura, sin señal alguna de goteras. Doy la vuelta al colchón para ocultar la parte húmeda, y me voy al retrete; me ducho para sacarme la mierda del pecho, muslos y culo. Ahora sé dónde estoy: en casa de la madre de Gail.

Hostia puta.

Casa de la madre de Gail. ¿Cómo llegué aquí? ¿Quién me trajo aquí? De vuelta en la habitación, veo que mis ropas están cuidadosamente dobladas. Ay Cristo.

¿Quién cojones me desnudó?

Intenta volver atrás. Ahora es domingo. Ayer fue sábado. La semifinal en Hampden. Me puse en un estado que te cagas antes y después del partido. No tenemos ninguna posibilidad, pensé, nunca la tienes en Hampden contra uno de la vieja escuela, con el público y los árbitros sólidamente detrás de los clubs del establishment. Así que, en vez de cabrearme por ello, simplemente decidí pasar un buen rato y aprovechar el día. Ni siquiera recuerdo si fui o no al partido. Me subí al autobús Marksman en Duke Street con los chicos de Leith; Tommy, Rents y sus colegas. Jodidos energúmenos. No recuerdo una puta cosa después de ese pub en Rutherglen antes del partido; la tarta espacial y el speed, el ácido y el costo, pero sobre todo la priva, la botella de vodka que me chupé antes de encontrarnos en el pub para volver a subir al autobús para volver al pub…

Dónde entra Gail en el cuadro, no estoy muy seguro. Joder. Así que vuelvo a meterme en la cama, y el colchón y el edredón resultan fríos sin las sábanas. Algunas horas más tarde, Gail llama a la puerta. Gail y yo llevamos cinco semanas saliendo

juntos pero aún no hemos tenido relaciones sexuales. Gail dijo que no quería que nuestra relación empezase sobre una base física, pues así es como sería definida principalmente a partir de entonces. Lo había leído en *Cosmopolitan,* y quería poner a prueba la teoría. Así que cinco semanas después, tengo un par de huevos como sandías. Probablemente haya una buena ración de leche junto al pis, la mierda y las potas.

«Cómo ibas anoche, David Mitchell», me ha dicho en tono de reproche. ¿Estaba verdaderamente enfadada o sólo jugaba a estar enfadada? Difícil de determinar. A continuación: «¿Qué ha pasado con las sábanas?» Verdaderamente enfadada.

«Eh, un pequeño accidente, Gail.»

«Bueno, olvídate de eso. Ven abajo. Estamos a punto de desayunar.»

Se ha marchado, y yo me he vestido perezosamente; he bajado a tientas las escaleras, deseando ser invisible. Me llevo el bulto abajo conmigo, pues quiero llevármelo a casa y lavarlo.

Los padres de Gail están sentados alrededor de la mesa de la cocina. Los sonidos y olores de la preparación de una tradicional fritanga de desayuno dominical resultan nauseabundos. Mis tripas dan una rápida voltereta.

«Bueno, en menudo estado estaba alguien anoche», dice la madre de Gail, pero para mi alivio, bromeando y sin ira.

Yo he enrojecido de vergüenza. El señor Houston, sentado a la mesa de la cocina, ha intentado suavizarme las cosas.

«Pues oye, sienta bien darse rienda suelta de vez en cuando», ha comentado en mi apoyo.

«A éste le sentaría bien estar atado de vez en cuando», ha dicho Gail, dándose cuenta de que ha cometido un pequeño desliz cuando yo alzo las cejas hacia ella, sin que sus padres lo noten. Un poquitín de disciplina inglesa me iría perfectamente. De hecho, sería cojonudamente bueno…

«Eh, señora Houston», señalo las sábanas, en un bulto junto a mis pies en el suelo de la cocina. «He dejado un poco asquerosas la sábana y la funda del edredón. Voy a llevármelas a casa para lavarlas. Las devolveré mañana.»

«Ah, no te preocupes por eso, hijo. Las meteré en la lavadora. Tú siéntate y tómate el desayuno.»

«No, pero, eh… una verdadera guarrería. Ya estoy bastante avergonzado. Me gustaría llevármelas a casa.»

«Santo cielo», se ha reído el señor Houston.

«Nada de eso, tú siéntate, hijo, yo me ocuparé de ellas.» La señora Houston ha cruzado el espacio que había entre nosotros y ha hecho un intento de aferrar el hatillo. La cocina era su territorio y no admitía oposición en él. Me lo he apretado contra el pecho; pero la señora Houston es rápida que te cagas y engañosamente fuerte. Ha

logrado una buena presa y ha tirado en mi contra.

Las sábanas se han abierto y una acerba ducha de cagarrinas, fina vomitina alcohólica y vil pis ha chapoteado sobre el suelo. La señora Houston se ha quedado mortificada unos segundos, y después ha echado a correr, potando dentro del fregadero.

Manchas marrones de mierda escurridiza han manchado las gafas, cara y camisa blanca del señor Houston. Se habían diseminado por la mesa de linóleo y su comida como si hubiese hecho el guarro con una salsa aguada de las tiendas de chips. Gail llevaba un poco en su blusa amarilla.

Jesús. Joder.

«Por amor de Dios… por amor de Dios…», repetía el señor Houston mientras la señora Houston potaba y yo hacía un patético intento de devolver parte de la guarrada a las sábanas.

Gail me ha echado una mirada de aversión y asco. No puedo ver un desarrollo posterior de nuestra relación ahora. Nunca meteré en la cama a Gail. Por vez primera, eso no me molesta. Sólo quiero salir de aquí.

Dilemas yonquis n.° 65

De pronto hace frío; mucho jodido frío. La vela casi se ha derretido del todo. La única luz real procede de la tele. Hay algo en blanco y negro… pero la tele es en blanco y negro, así que tenía que ser algo en blanco y negro… con una tele en color sería distinto… quizá.

Hace un frío helador, pero moverse sólo te da más frío, al hacerte consciente de que no hay jodida cosa que puedas hacer, jodida cosa que en realidad puedas hacer, para calentarte. Al menos si me quedo quieto puedo hacer como que tengo el poder de calentarme yo solo simplemente moviéndome o encendiendo el fuego. El truco consiste en estarse todo lo quieto posible. Es más fácil que arrastrarse por el suelo para encender ese puto fuego.

Hay alguien más en la habitación conmigo. Es Spud, creo. Es difícil decirlo en la oscuridad.

«Spud… Spud…»

No dice nada.

«De verdad que hace un frío de cojones, tío.»

Spud —si en realidad es él el capullo— sigue sin decir nada. Podría estar muerto, pero probablemente no, porque creo que tiene los ojos abiertos. Pero eso no significa una puta mierda.

Lenny miró sus cartas, y a continuación escrutó la expresión de los rostros de sus amigos.

«¿A quién le toca? Billy, venga ya, cabrón.» Billy le mostró su mano a Lenny.

«¡Dos putos ases!»

«¡Qué potra tienes, hijo de puta! Jodido capullo con suerte estás hecho, Renton.» Lenny se estrelló el puño contra la palma de la mano.

«Tú trae para acá el jodido botín», dijo Billy Renton, rastrillando el montón de billetes que había en medio del suelo.

«Naz. Échame una lata para aquí», solicitó Lenny. Cuando se la arrojó, falló y la lata golpeó el suelo. La abrió y buena parte de su contenido fue a parar sobre Peasbo.

«¡Vete a tomar por culo, pedazo de cabrón!»

«Perdona, Peasbo. Es ese capullo», se rió Lenny señalando a Naz. «Le he dicho que me echara una lata, no que me la tirara a la cabeza.»

Lenny se levantó y se fue hacia la ventana.

«¿Aún no hay señal de ese cabrón?», preguntó Naz. «La partida está jodida sin la pasta.»

«No. La palabra de ese capullo no vale una mierda», dijo Lenny.

«Dale un toque a ese cabrón. Entérate de qué ha pasado», sugirió Billy.

«Sí. Cierto.»

Lenny se fue al pasillo y marcó el número de Phil Grant. Estaba harto de jugar por cantidades infantiles. Iría ganando si Granty hubiera aparecido con el dinero.

El teléfono no hacía más que sonar.

«No hay nadie, y si hay alguien, no contestan», les dijo.

«Espero que el hijoputa no se haya fugado con el jodido botín», se rió Peasbo, pero era una risa inquieta, el primer reconocimiento abierto de un temor colectivo sin explicitar.

«Más vale que no. No soporto a un cabrón que le da el palo a sus colegas», gruñó Lenny.

«Cuando lo piensas, sin embargo, es la guita de Granty. Puede gastársela en lo que quiera», dijo Jackie.

Le miraron con estupefacta beligerancia. Por fin, Lenny habló.

«Vete a tomar por el puto culo.»

«En cierto modo, no obstante, el menda la ha ganado limpiamente. Sé lo que habíamos acordado. Ir acumulando un gran fajo con el dinero del club para añadirle un poco de picante a las partidas. Después repartirlo. Sé todo eso. Lo único que digo

es que a los ojos de la ley…» Jackie explicó su posición.

«¡Es todo guita nuestra!», saltó Lenny. «Granty sabe de qué va.»

«Lo sé. Lo único que digo es que a los ojos de la ley…»

«Cierra la boca, so capullo», exclamó Billy «aquí no estamos hablando de los ojos de la puta ley. Estamos hablando de colegas. Si fuese por los ojos de la puta ley, tú no tendrías un puto mueble en casa, pedazo de sinvergüenza.»

Lenny asintió en dirección a Billy.

«Estamos sacando conclusiones muy rápidamente. Podría haber una razón perfectamente válida por la que el menda no esté aquí. Quizá se haya visto impedido», sugirió Naz, su rostro picado de viruelas tenso y tieso.

«Quizá algún cabrón le haya asaltado y le haya quitado la guita», dijo Jackie.

«Ningún cabrón intentaría asaltar a Granty. Es de esos cabrones que asalta, no de los que se dejan asaltar. Si entra aquí intentando colarnos una película como ésa, ya le diré adonde coño irse.» Lenny estaba algo ansioso. El dinero del que hablaban era el dinero del club.

«Sólo digo que es de tontos llevar por ahí esa cantidad de dinero. Eso es lo único que estoy diciendo», afirmó Jackie. Lenny le asustaba un poco.

Granty llevaba seis años sin perderse la sesión de cartas de los jueves, excepto cuando estaba de vacaciones. Era el punto de referencia desde la escuela. Lenny y Jackie se habían perdido temporadas cuando los encerraron por asalto y allanamiento respectivamente.

El dinero del club, el dinero de las vacaciones, era un remanente de la época en que iban juntos a Lloret de Mar, cuando eran adolescentes. Ahora que eran mayores, por lo general iban en grupos más pequeños, o con esposas y novias. La extraña mezcla del dinero de las cartas con el dinero del club se produjo un par de años atrás cuando estaban borrachos. Peasbo, el tesorero en aquel entonces, echó en broma un fajo del dinero del club como su apuesta. Jugaron con él, para reírse un rato. Les gustó la sensación de jugar con todo aquel dinero, les dio tal puntazo, que lo repartieron y jugaron con él de mentirijillas. Siempre que decidían ponerse a ahorrar en serio, dejaban de jugar a las cartas con dinero «real» y jugaban con dinero «del club». Era como jugar con dinero de monopoly.

Hubo ocasiones, en particular cuando alguien «ganaba» todo el bote, como Granty la semana pasada, en que les pasaba por la cabeza lo estrafalario y peligroso de sus acciones. Eran colegas, sin embargo, y estaba implícito que nunca se la jugarían unos a otros. No obstante, esta suposición se asentaba tanto en la lógica como en la lealtad. Todos tenían ataduras en la zona y nunca podrían abandonarla para siempre, y en todo caso no por sólo las 2.000 libras del bote. Dejar la zona es lo que supondría que uno le diera el palo a los demás. Se lo repitieron a sí mismos una y otra vez. El verdadero temor era al robo. El dinero estaría más seguro en un banco.

Había sido una tonta y descontrolada debilidad, una locura colectiva.

A la mañana siguiente aún no había rastro de Granty, y Lenny llegó tarde a sellar la tarjeta del paro.

«Señor Lister. Vive usted a la vuelta de la esquina de esta oficina y sólo tiene que sellar una vez cada dos semanas. Difícilmente puede decirse que sea pedir mucho», le dijo en tono pomposo el encargado Gavin Temperley.

«Comprendo la posición de su puñetera oficina, señor Temperley. Pero estoy seguro de que tendrá usted en cuenta que soy un hombre muy ocupado, con varias empresas florecientes de las que cuidar.»

«Mierda pura, Lenny. Un capullo de vago es lo que eres. Te veré en el Crown. Estoy en el primer turno para comer. Estáte allí antes de la una.»

«Sí. Pero tendrá que echarme un cable, Gav. Estoy en la puta ruina hasta que el cheque del alquiler caiga sobre mi alfombrilla mañana.»

«Ningún problema.»

Lenny se fue al pub y se sentó con su *Daily Record* y una pinta de lager. Consideró la posibilidad de encender un cigarrillo, para a continuación desecharla. Eran las 11.04 y ya llevaba doce pitillos. Siempre le pasaba lo mismo cuando se veía obligado a levantarse por la mañana. Fumaba muchos más pitillos de la cuenta. Fumaba menos quedándose en la cama, de modo que por lo general no se levantaba hasta las 2 de la tarde. Sin embargo, los cabrones del gobierno estaban empeñados en arruinar tanto su salud como sus finanzas obligándole a levantarse tan temprano.

Las páginas traseras del *Record* estaban llenas de mierda Rangers/Celtic como siempre. Souness tiene el ojo puesto en algún hijoputa de la segunda división inglesa, McNeill dice que los Celtics están recuperando la confianza. Nada sobre los Hearts. No. Un poquitín sobre Jimmy Sandison, con la misma cita dos veces, y un corto pasaje que se acaba a media frase. También había un pequeño espacio sobre por qué Miller de los Hibs sigue pensando que es el mejor hombre para el puesto cuando sólo han metido tres goles en los treinta últimos partidos o algo así.

Lenny buscó la página número tres. Prefería a las mujeres ligeras de ropa que sacaba el *Record* a las chicas en topless del *Sun*. Había que dejar algo para la imaginación.

Vislumbró por el rabillo del ojo a Colin Dalglish.

«Coke», dijo, sin levantar la vista de su periódico.

Coke se acercó un taburete al lado del de Lenny. Pidió una pinta de heavy. «¿Te has enterado? Jodidamente triste, ¿eh?»

«¿Eh?»

«Granty… ¿no lo has oído?…» Coke miró a Lenny directamente.

«No. Qué…»

«Muerto. Tieso.»

«¡Me tomas el pelo, ¿no?! Dame un jodido respiro, cabrón…»

«Me enteré. Anoche y tal.»

«Qué cojones pasó…»

«El patato. Pum.» Coke chasqueó los dedos. «Un corazón chungo, al parecer. Nadie lo sabía. El pobre Granty estaba trabajando con Pete Gilleghan, de estranjis, digamos. Eran como las cinco, y Granty estaba ayudando a Pete a recoger, listo para darse el piro y tal, cuando de repente se agarra el pecho y cae redondo. Gilly llama a una ambulancia y llevan al pobre cabrón al hospital, pero murió un par de horas después. Pobre Granty. Buena persona y eso. Tú jugabas a las cartas con el tío, ¿eh?»

«Eh… sí… uno de los mendas más majos que uno podía conocer. Me has hundido, hundido me has dejado.»

Algunas horas más tarde, Lenny estaba empapado además de hundido. Le había sableado veinte libras a Gav Temperley con el único propósito de ponerse hasta el culo. Cuando Peasbo entró en el pub bien entrada la tarde, Lenny balbuceaba en el oído de una camarera comprensiva y un tío de aspecto avergonzado y sobrio enfundado en un mono con el logo de Tennent’s Lager.

«… uno de los mendas más majos que uno podía conocer…»

«Qué tal, Lenny. Ya he oído las noticias.» Peasbo agarró con fuerza uno de los anchos hombros de Lenny. Una presa segura para asegurarse de que *uno* de sus colegas seguía allí, y para hacer una evaluación parcial de su nivel de ebriedad.

«Peasbo. Sí. Aún no puedo creerlo, joder… uno de los mendas más majos que uno podía conocer y todo…» Se volvió lentamente otra vez hacia la camarera y volvió a centrar su mirada en ella. Con el pulgar asomando de su puño cerrado, señaló por encima de su hombro a Peasbo. «… este menda puede decírtelo… ¿eh, Peasbo? ¿Me preguntas por Granty? Uno de los mendas más majos que uno podía conocer jamás… ¿eh, Peasbo? ¿Granty? ¿Eh?»

«Sí, es un auténtico shock. Aún no puedo creerlo, tío.»

«¡Eso es! Un día el chico está aquí, y ahora nunca vamos a volver a ver al pobre cabrón… veintisiete años tenía… Las cartas están marcadas, te lo digo gratis. Las cartas están marcadas… joder si lo están…»

«Granty tenía veintinueve, ¿no es así?», inquirió Peasbo.

«Veintisiete, veintinueve…, ¿a quién le importa un carajo? Si estaba hecho un chaval. Yo lo siento por su periquita y por ese crío… si me dijeras uno de esos capullos viejos…» Lenny gesticuló airadamente hacia la esquina de enfrente, donde un grupo de vejetes jugaban al dominó. «… ¡ellos ya han vivido sus vidas! ¡Vidas largas que te cagas! ¡No hacen más que quejarse como putas! Granty nunca se quejó de puta la cosa. Uno de los mendas más majos que uno podía conocer.»

Entonces se fijó en tres tíos más jóvenes, conocidos como Spud, Tommy y Segundo Premio, que estaban sentados al otro lado del pub.

«Y esos putos colegas yonquis del hermano de Billy. Esos capullos, todos muriéndose del puto sida. Matándose. Los muy capullos tienen lo que se merecen. Granty valoraba la vida. ¡Esos cabrones están tirando la suya!» Lenny les miró coléricamente, pero estaban demasiado concentrados en su propia conversación para hacerle caso.

«Venga, Lenny. No pierdas la cabeza. Nadie se está metiendo con nadie. Esos chicos son legales. Ése es Danny Murphy. Un menda inofensivo. Tommy Laurence, tú ya le conoces, y ese tío, Rab, Rab McLaughlin, que fue un buen futbolista. Se bajó a jugar con Man United. Esos chicos son buena gente. Joder, son colegas de ese colega tuyo, el chico que trabaja para el paro. Cómo se llama, Gav.»

«Sí… pero esos viejos capullos…» Dándole la razón, Lenny volvió su atención de nuevo al otro extremo de la habitación.

«Ah, venga, Lenny, déjalo ya. Son mendas inofensivos, que no molestan a nadie. Termínate esa pinta e iremos a buscar a Naz. Llamaré a Billy y Jackie.»

«El viernes anterior al día del reparto y el capullo va y la espicha. Tenía mil ochocientas guardadas. Dividido entre seis son trescientas cada uno», se quejó Billy.

«No hay mucho que podamos hacer al respecto», se atrevió Jackie.

«Y un huevo que no. Esa pasta se reparte todos los años dos semanas antes de las vacaciones. Tengo reservas hechas para Benidorm confiando en eso. Sin ella estoy en la puta ruina. Sheila usará mis pelotas para jugar al billar si cancelo. De ninguna de las putas maneras, tío», declaró Naz.

«Joder, ya lo creo. Yo lo siento por Fiona y el crío y eso, por supuesto. Cualquiera lo haría. Ni que decir tiene, y tal. Pero el fondo de la cuestión es que es nuestra guita, no la suya», dijo Billy.

«Es nuestra puta culpa. Sabía que ocurriría algo así», se encogió de hombros Jackie.

Llamaron a la puerta. Entraron Lenny y Peasbo.

«Para ti no es problema, cacho cabrón. Tú estás forrao», retó Naz.

Jackie no respondió. Recogió una lata de lager del montón que Peasbo había dejado en el suelo.

«Vaya una noticia más jodidamente horrorosa, ¿eh, chicos?», dijo Peasbo mientras Lenny daba malhumorados sorbetones a su lata.

«Uno de los mendas más majos que uno podía conocer», dijo Lenny.

Naz estaba agradecido a Lenny por su intervención. Estaba a punto de lamentarse por lo del dinero, cuando se percató de que Peasbo se había estado refiriendo a Granty.

«Sé que no hay que ser egoísta en un momento como éste, pero está por resolver la cuestión de la guita. El día del reparto es la semana que viene. Yo tengo unas vacaciones que reservar. Necesito esa tela», dijo Billy.

«Vaya un cabrón eres, Billy, ¿eh? ¿No podemos esperar a que el pobre cabrón se haya enfriado antes de empezar con toda esa mierda?», dijo despectivamente Lenny.

«¡Fiona podría gastarse todo el mogollón! No sabrá que esa pasta es nuestra si nadie se lo dice. Estará revolviendo entre sus putas cosas, y dirá vaya, vaya, ¿qué es esto? Casi dos de los grandes. Al pelo. Entonces se las pirará para el Caribe o algún otro sitio mientras nosotros nos sentamos en los Links con un par de botellas de sidra para las vacaciones.»

«Tu cháchara es jodidamente ruin, Billy», le dijo Lenny.

Peasbo miró con gravedad a Lenny, que podía notar un aire de traición.

«Odio tener que decirlo, Lenny, pero Billy no anda desencaminado. Granty no tuvo a Fiona viviendo precisamente a todo tren, con todo lo gran menda que era y tal. Quiero decir, no me entiendas mal, nunca dejaría a nadie decir una palabra contra él, pero te encuentras dos de los grandes en tu casa, te los gastas primero y preguntas después. Lo harías. Seguro de cojones que yo lo haría. Todo quisque lo haría, la puta verdad sea dicha.»

«¿Ah, sí? ¿Y quién se los va a pedir a ella? Que me follen si voy a ser yo», siseó Lenny.

«Lo haremos todos. Es toda nuestra guita », dijo Billy.

«Vale. Después del funeral. El martes», sugirió Naz.

«De acuerdo», asintió Peasbo.

«Sí», se encogió de hombros Jackie.

Lenny asintió con la cabeza en cansina conformidad. Era, lo reconocía, su guita…

El martes vino y pasó. Nadie pudo reunir el valor de decir nada en el funeral. Todos se emborracharon y ofrecieron más lamentos en honor de Granty. El tema del dinero nunca se mencionó hasta muy tarde. Se reunieron, con terribles resacas, a la tarde siguiente, y fueron a casa de Fiona.

Nadie contestó a la puerta.

«Debe de estar en casa de su madre», dijo Lenny.

Salió la mujer del piso de enfrente de la escalera, una señora de cabellos grises con un vestido azul estampado.

«Fiona se ha marchado esta mañana, chicos. A las islas Canarias. Dejó al crío en casa de su madre.» Parecía disfrutar dando la nueva.

«Qué oportuno», refunfuñó Billy.

«Asunto resuelto, pues», dijo Jackie con un encogimiento de hombros que fue un pelín demasiado presuntuoso para el gusto de la mayoría de sus amigos. «No hay mucho que podamos hacer al respecto.»

Acto seguido, quedó aturdido por un golpe a un lado de la cara, propinado por Billy, que le derribó y le envió escaleras abajo. Logró parar la caída agarrándose a la barandilla, y miró con horror a Billy desde el recodo de la escalera.

Los demás estaban casi tan atónitos por la acción de Billy como Jackie.

«Tranquilo, Billy.» Lenny cogió a Billy por el brazo, pero mantuvo su mirada sobre su rostro. Estaba ansioso e intrigado por descubrir la raíz de su furia. «Esto no viene a cuento. No es culpa de Jackie.»

«¿Ah, no lo es? Yo tuve mi puta boca cerrada, pero este listillo ha ido demasiado lejos.» Señaló hacia la figura todavía postrada de Jackie, cuya cara en rápido proceso de hinchazón había adoptado una expresión de renovado disimulo.

«¿De qué cojones va esto?», preguntó Naz.

Billy le ignoró, y miró directamente a Jackie. «¿Cuánto tiempo hace de esto, Jackie?»

«¿De qué habla el cabrón?», dijo Jackie, pero a su voz lacrimosa le faltaba convicción.

«Las islas Canarias un cojón. ¿Dónde vas a encontrarte con Fiona?»

«Estás tocado pero que te cagas, Billy. Ya has oído lo que dijo la vecina», dijo Jackie sacudiendo la cabeza.

«Fiona es la puta hermana de mi Sharon. ¿Crees que ando por ahí con los oídos sellados? ¿Cuánto tiempo llevas metiéndosela, Jackie?»

«Sólo fue una vez…»

La furia de Billy llenó la escalera, y podía sentirla crecer, hinchándose, en los pechos de los otros. Se alzó sobre Jackie como un atronador dios del Antiguo Testamento, censurándole con escarnio.

«¡Sólo una vez un cojón! ¿Y quién puede asegurar que Granty no lo sabía? ¿Quién puede asegurar que no fue eso lo que le mató? ¡Su supuesto mejor puto colega picándose a su periquita!»

Lenny miró a Jackie temblando de ira. Después miró a los otros con ojos encendidos. En una fracción de segundo se forjó entre ellos un acuerdo tácito. Los gritos de Jackie resonaron por el hueco de la escalera, mientras le pateaban y le arrastraban de un piso a otro. Intentó en vano protegerse y, desde debajo de su temor y su dolor, esperó que quedara algo de él que llevarse de Leith, cuando hubiese finalizado el suplicio.

Arrancando otra vez

¡Ay, cabrona! Siento picotazos en la cabeza esta mañana, te lo aseguro. Voy a ir directo a la nevera. ¡Sí! Dos botellas de Becks. Eso me arreglará. Me las chupo a doble velocidad. Me siento mejor inmediatamente. Tengo que tener cuidado con la hora, pero oye.

Aún sigue dormida cuando vuelvo al dormitorio. Mírala; capulla gorda y perezosa. Sólo porque va a tener un crío, piensa que eso le da derecho a estar tirada todo el puto día… de todos modos ésa es otra historia. Así que me voy… más vale que esa capulla me haya lavado los putos vaqueros… los 501… ¿dónde están esos putos 501?… ahí están. Más le ha valido.

Ahora se está despertando. «Frank…, ¿qué estás haciendo? ¿Adónde vas?», me dice.

«Me voy. Escopeteao», digo, sin darme la vuelta. Dónde coño están esos calcetines… todo cuesta el doble de tiempo cuando tienes resaca y puedo prescindir de esta capulla picoteándome la puta cabeza.

«¿Adónde vas? ¡Adónde!»

«Te lo he dicho, tengo que najar. Lexo y yo hemos hecho un trabajito. No pienso decir nada más sobre el puto tema, pero lo mejor es que desaparezca durante un par de semanas. Si viene a la puerta algún capullo de policía, no me has visto en siglos. Crees que estoy en las putas plataformas[33], ¿de acuerdo? No me has visto, acuérdate.»

«¿Pero adonde vas, Frank? ¿Adónde coño vas?»

«Eso es para que yo lo sepa y tú lo averigües. De lo que no tengas puta idea, no pueden sacarte nada», digo yo.

Entonces la jodida cara torta se levanta y empieza a gritarme, diciendo que no puedo marcharme así como así. Le pego un puñetazo en la puta boca y una patada en el coño, y la muy capulla cae al suelo lloriqueando. La puta culpa es suya, le he dicho que eso es lo que pasa cuando cualquiera me habla así. Ésas son las putas reglas del juego, las tomas o las dejas.

«¡EL BEBÉ! ¡EL BEBÉ!…», grita.

Yo sólo replico: «¡EL BEBÉ! ¡EL BEBÉ!», como respuesta. «¡Cierra la puta boca sobre el puto bebé!» Ahí está, tirada, gritando como una puta imbécil.

De todas formas probablemente no es mi puto crío siquiera. Además, he tenido críos antes con otras chicas. Ya sé de qué va. Ella se cree que todo va a ser cojonudo cuando venga el crío, pero menudo susto le espera. Te lo puedo contar todo acerca de los putos críos. Un puto dolor es lo que son.

Cosas de afeitar. Eso es lo que me hace falta. Sabía que faltaba algo.

Ella sigue dale que te pego acerca de que todo le duele y que llame al puto médico y todo eso. No tengo tiempo para esa mierda, ya voy bastante tarde por culpa de esta cabrona. Tengo que najar de una puta vez.

«¡FRRRAAAANNNK!», grita mientras salgo por la puerta. Pensaba para mí mismo: Es como el puto anuncio de Harp lager: «Es el momento de salir raudo»; ése era yo, desde luego.

El pub estaba a tope, y eso que era primera hora. Renton, el capullo pelirrojo, le mete a la bola negra para robarle la partida a Matty.

«¡Rab! Apunta mi jodido nombre para jugar al billar. ¿Qué cojones vais a querer todos, cabrones?» Me acerco a la barra.

Rab, el Segundo Premio, como llamamos al tío, tiene un pedazo de ojo morao. Algún hijoputa se ha tomado ciertas libertades con el menda.

«¡Rab! ¿Quién coño te ha hecho esto?»

«Ah, un par de tíos por donde Lochend, ya sabes. Estaba pedo.» El menda me mira como totalmente avergonzado.

«¿Tienes los nombres?»

«No, pero no te preocupes, ya cogeré yo a esos cabrones, tío, está todo arreglado.»

«Asegúrate de que así sea. ¿Los conoces?»

«No, de vista y tal.»

«Cuando yo y Rents volvamos de Londres, subiremos a Lochend. A Dawsy le metieron una tángana allí hace poco. Hay algunas preguntas que necesitan jodidas respuestas, ya lo creo.»

Me vuelvo hacia Rents: «¿Listo, compañero?»

«A punto para salir, Franco.»

Me acerco a la mesa y lo masacro al muy capullo, dejando al cabrón a dos bolas de la jubilación. «Quizá puedas con tipos como Matty y Secks, pero cuando el Huracán Franco cae sobre la mesa, ya puedes olvidarte, capullo pelirrojo», le digo.

«El billar es de gilipollas», dice él. Capullo picajoso. Todo lo que se le da de culo a ese capullo pelirrojo es de gilipollas, según el muy cabrón.

Tenemos que irnos moviendo, así que ya no tiene sentido seguir jugando. Miro hacia Matty y saco un fajo. «¡Hola, Matty! ¿Sabes lo que es esto?» Meneo el fajo en su dirección.

«Eh… sí…», dice.

Señalo hacia la barra: «¿Sabes lo que es eso?»

«Eh… sí… la barra.» Es lento el cabrón. Demasiado jodidamente lento. Y sé por qué.

«¿Sabes lo que es esto?» Señalo mi pinta.

«Eh… sí…»

«Pues entonces no me obligues a deletreártelo, cacho cabrón. ¡Una pinta de jodida Special[34] y un Jack Daniels con Coca-Cola, capullo!»

Se acerca y me dice: «Eh, Frank, ando un poco corto, sabes…»

Yo sé por qué, desde luego. «A lo mejor acabas creciendo», le digo. El capullo capta la indirecta, y se va para la barra. Se está picando otra vez, si es que en realidad dejó de hacerlo alguna puta vez. Cuando vuelva de Londres tendré que decirle algunas palabritas más al oído a este capullo. Putos yonquis. No hacen más que desperdiciar espacio. Eso sí, Rents aún sigue desenganchado. Se nota por la manera en que le pega a la priva.

Me apetece lo de esta escapada a Londres. Rents dispone del piso de su colega, Tony y su chorba, durante un par de semanas. Están por ahí de vacaciones. Conozco a un par de chicos allá abajo de la cárcel; los intentaré localizar por aquello de los viejos tiempos.

Esa Lorraine está sirviendo a Matty. Tiene un jodido polvete. Me acerco a la barra.

«¡Hola, Lorraine! Ven aquí un momento.» Le echo el pelo para atrás por la parte de los lados y le pongo los dedos detrás de las orejas. A las tías eso les gusta. Putas zonas erógenas y todo eso. «Puedes saber si alguien ha tenido relaciones sexuales la noche anterior tentándole las orejas. El calor, ¿sabes?», explico.

Se limita a reírse, y Matty también.

«Eh, que es científico y todo eso, ¿sabes?» Algunos capullos no tienen ni puñetera idea.

«Entonces, ¿Lorraine tuvo relaciones sexuales anoche?» pregunta Matty. El capullín tiene un aspecto horroroso, como si tuviera a la muerte llamando a su puerta.

«Ése es nuestro secreto, ¿eh, muñeca?», le digo a ella. Tengo la impresión de que la pongo caliente por el modo en que se vuelve tan jodidamente silenciosa y tímida cuando le hablo. En cuanto vuelva de Londres, voy a meterme ahí dentro pero que raudo de cojones, so cabrón.

Que me jodan si voy a quedarme con esa June después de que esté aquí el crío. Y a esa capulla la mato si me ha hecho hacerle daño al puto crío. Desde el primer momento en que iba a tener ese crío se creyó que podía ponerse chula conmigo. Ni Dios se pone chulo conmigo, con crío o sin puto crío. Ella lo sabe, y aun así va de lista. Como le haya pasado algo a ese puto crío…

«Eh, Franco», dice Rents, «deberíamos mover. Tenemos que organizarnos esa compra, ¿recuerdas?»

«Sí, es verdad. ¿Tú qué vas a pillar?»

«Una botella de vodka y unas latas.»

Debería haberlo supuesto. Al capullo pelirrojo le priva el puto vodka.

«Yo voy a pillar una botella de J.D. y ocho latas de Export. Puede que convenza a Lorraine para que nos rellene un par de bolsas de priva y todo.»

«Habrá un par de bolsas de priva pero que bien rellenas bajando en el tren», dice. A veces no entiendo el sentido del humor de este capullo. Yo y Rents nos conocemos desde hace siglos, pero es como si el cabrón hubiera cambiado, y no hablo sólo de las drogas y esa mierda. Es como que él tiene sus maneras y yo las mías. Con todo, sigue siendo un gran tipo, el hijoputa pelirrojo.

Así que me hago con las bolsas de priva, una llena de Special para mí, y otra llena de lager para ese capullo pelirrojo. Pillamos la compra y cogemos un taxi hasta el centro y nos pimplamos una pinta rápida en ese pub de la estación. Yo me pongo a largar con el tipo de la barra; un chico de Fife, conocí a su hermano en Saughton. No era mal tío por lo que recuerdo. Un menda inofensivo y tal.

El tren de Londres está infestado. Eso sí que me jode de verdad. Quiero decir, pagas toda esa jodida pasta por un billete, no se cortan esos cabrones de British Rail, ¡y después no tienes un puto asiento! Que les follen.

Estamos luchando con las latas y las botellas. Mi compra está a punto de reventar la puta bolsa. Son todos esos capullos con mochilas y maletas… y los carritos de los críos. No deberían viajar críos en los trenes.

«Joder, qué infestao está, tío», dice Rents.

«El problema son todos esos capullos que han reservado asientos. No es tanto por las reservas de Edimburgo a Londres, que son capitales y eso, sino por todos esos capullos que han reservado a partir de Berwick y todos esos jodidos sitios. El tren no debería parar en todos esos sitios; debería ir de Edimburgo a Londres y punto final. Si de mí dependiese, así sería, te lo aseguro.» Hay unos mendas mirándome. Yo digo lo que pienso, diga lo que diga cualquiera.

Todos esos asientos reservados. Jodido morro, ya lo creo. El sitio debería ser para el primero que llegara. Toda esta mierda de las reservas… ya les daré yo reservas a los cabrones.

Rents se sienta al lado de dos periquitas. Pero que muy bien. ¡Buena elección por parte del capullo pelirrojo!

«Estos asientos están libres hasta Darlington», dice.

Agarro las tarjetas de reserva y me las meto en el bolsillo de atrás. «Ahora están libres para todo el trayecto. Ya les daré yo reservas a estos cabrones», digo, sonriéndole a una de las periquitas. Ya lo creo, cojones. Cuarenta libras por un billete de mierda. No se cortan esos cabrones de British Rail, te lo puedo asegurar. Rents se limita a encogerse de hombros. El capullo peliculero lleva puesta esa gorra de béisbol verde. Volará por la puta ventana como el cabrón se quede dormido, te lo aseguro.

Rents está pegándole al vodka, y aún estamos cerca de Portobello cuando el cabrón ya le ha hecho buena mella. Le priva el vodka, a ese cabrón pelirrojo. Bien, si

es así como el capullo quiere jugar… agarro el J.D. y le pego un lingotazo.

Allá vamos, allá vamos, allá vamos…, digo yo. El cabrón se limita a sonreír. No para de mirar hacia las periquitas, que son como americanas, sabes. El problema de ese capullo pelirrojo es que no tiene el don de la palabra por lo que a las periquitas respecta y tal, incluso aunque el cabrón tenga cierto estilo. No es como yo y Sick Boy. Quizá tenga que ver con que tenga hermanos en vez de hermanas, sencillamente no sabe tratar con periquitas. Si esperas a que ese capullo dé el primer paso, tendrás espera para rato. Le enseño al capullo pelirrojo cómo se hace.

«No se cortan estos cabrones de British Rail, ¿eh?», digo, dándole con el codo a la periquita que tengo al lado.

«¿Cómo?», me dice, pero suena como a «co-mo», ¿sabes?

«¿De dónde sois?»

«Lo siento, de veras que no te entiendo…» Estos capullos extranjeros tienen problemas con el puto inglés de la Reina, sabes. Tienes que hablar más alto, más despacio y como más pijo para que los capullos te entiendan.

«¿DE… DÓNDE… SOIS…?»

Eso da el jodido resultado. Unos capullos entrometidos de enfrente miran a su alrededor. Yo me les quedo mirando a ellos. A algún hijoputa le voy a tener que partir la boca antes del fin de este puto viaje, como si lo viera.

«Em… somos de Toronto, Canadá.»

«Tirawnto. Ése era el socio del Llanero Solitario, ¿no es así?», digo yo. La periquita se limita a mirarme. Alguna gente no entiende el puto sentido del humor escocés.

«¿De dónde sois vosotros?», dice la otra periquita. Vaya par de polvos tienen. El capullo pelirrojo ha hecho una buena jugada sentándose aquí, te lo aseguro.

«Edimburgo», dice Rents, intentando sonar todo pijo, sabes. Jodidamente astuto, el capullo pelirrojo. Está a punto para entrar a saco ahora, todo chulo, una vez que Franco ha roto el puto hielo.

Estas periquitas están venga a contarnos lo hermoso que es Edimburgo, y lo bonito que es el puto castillo de la colina encima de los jardines y toda esa mierda. Eso es lo único que conocen estos capullos de turistas, el castillo y Princes Street, y la High Street. Como cuando la tiíta de Monny vino de ese pueblecito de esa isla de la costa oeste de Irlanda con todos sus críos.

La tiíta fue al departamento municipal a coger una casa. El municipio le dijo: ¿Dónde coño quieres quedarte? La mujer dice: Quiero una casa en Princes Street con vistas al castillo. La tiíta está completamente desconcertada y tal, habla el puto gaélico ese como primera lengua; ni siquiera sabe demasiado inglés. A la pobre capulla simplemente le gustó el aspecto de la calle cuando bajó del tren, pensó que toda la puta ciudad era así. Los mendas del municipio se limitan a reírse y la meten

en uno de esos alojamientos provisionales en West Granton que nadie más quiere. En vez de una vista al castillo, tiene una vista de la fábrica de gas. Así es como funcionan las cosas en la vida real si no eres un cabrón rico con una gran casa y montones de guita.

De todos modos, las periquitas se toman un traguito con nosotros, y Rents está bastante ciego, porque hasta yo lo estoy acusando y en cambio puedo beber hasta dejar a ese capullo pelirrojo debajo de la mesa cualquier día de la semana. Además, estuve de pedo anoche con Lexo, después de aquel trabajito de la joyería en Corstorphine. Eso explica lo jodidamente pedo que estoy ahora. De todas formas, lo que en realidad me apetece ahora es una partida de cartas.

«Saca las cartas, Rents.»

«No he traído», dice. ¡Este jodido capullo es increíble! Lo último que le dije la otra noche fue: Acuérdate de traer las jodidas cartas.

«¡Te dije que te acordaras de traer las putas cartas, julandrón! ¿Qué fue lo último que te dije la otra noche? ¿Eh? ¡Acuérdate de traer las putas cartas!»

«Me olvidé», me sale el capullo. Apuesto a que el capullo pelirrojo se olvidó las putas cartas aposta. Sin cartas es un puto aburrimiento al cabo de un rato.

El aburrido capullo empieza a leer un libro; malos modales; después él y una de las periquitas canadienses, las dos son como estudiantes y tal, empiezan a hablar de todos los jodidos libros que han leído. Me están empezando a tocar los huevos. Se supone que hemos venido a pasarlo bien, no a hablar de jodidos libros y toda esa puta mierda. Si por mi fuera, pillaría todos los libros que hay, haría una pila enorme con ellos y los quemaría todos. Los libros sólo sirven para que los listos farden acerca de toda la mierda que han leído. Todo lo que necesitas saber lo puedes sacar de la prensa y de la tele. Capullos pretenciosos. Ya les daré yo jodidos libros…

Paramos en Darlington y suben unos mendas, comprobando sus billetes con los números de nuestros asientos. El tren sigue repleto que te cagas, así que esos capullos se van a joder si quieren sentarse.

«Perdón, estos asientos son nuestros. Los reservamos», dice ese menda, meneando un billete delante de mí.

«Me temo que hay algún error», dice Rents. El capullo pelirrojo puede tener bastante estilo, hay que reconocerlo; tiene estilo. «No había tarjetas que indicaran reserva cuando hemos subido al tren en Edimburgo.»

«Pero nosotros llevamos los billetes reservados», dice ese capullo con unas gafas a lo John Lennon.

«Bueno, sólo puedo sugerirles que presenten una queja a un miembro de la plantilla de British Rail. Mi amigo y yo hemos cogido estos asientos de buena fe. Me temo que no podemos ser responsabilizados por cualquier error cometido por el personal de British Rail. Gracias, y buenas noches», dice, empezando a reírse, el muy

capullo pelirrojo. Yo estaba demasiado ocupado disfrutando del número del cabrón como para decirles a los capullos que se fueran a tomar por culo. Odio los follones, pero el John Lennon este no se quiere enterar.

«Aquí tenemos los billetes. Eso demuestra que estos asientos son nuestros», dice el capullo. «Y no hay más que hablar.»

«¡Eh, tú!», digo yo. «¡Sí, tú, capullo rebotao!» Se da la vuelta. Yo me levanto. «Ya has oído lo que dice el tío. ¡Móntate en la puta bici, pedazo memo con gafas! ¡Venga…, movimiento!» Señalo pasillo adelante del tren.

«Venga, Clive», dice su colega. Los capullos se van a tomar por culo. Más les vale. Yo pensaba que era el fin de la historia, pero no, los capullos vuelven con el tío de los billetes.

El revisor, se nota que en realidad al capullo se la trae floja, el pobre cabrón sólo está haciendo su trabajo, empieza a dar la bronca con que éstos son los asientos de estos capullos, pero yo se lo digo claro al chaval.

«No me importa lo que ponga en los putos billetes de esos mendas, colega. No había tarjetas de reserva en esos jodidos asientos cuando nos hemos sentado. Ahora no nos vamos a mover. No hay más historias. Cobráis lo bastante por vuestros jodidos billetes, aseguraos de que haya una puta señal la próxima vez.»

«Alguien ha debido quitarla», dice. Este capullo no va a hacer nada.

«Puede que sí, puede que no. No es mi problema. Como decía, los asientos estaban libres y para ahí me he ido. Fin del puto rollo.»

El revisor empieza a discutir con esos capullos, después de decirles que él no puede hacer nada. Yo les dejo con su rollo. Amenazan con quejarse del tío, y él se está poniendo chulo con ellos.

Un menda del asiento de enfrente está echando miradas otra vez.

«¿Tienes algún problema, colega?», le grito. El capullo sonríe y se da la vuelta. Cagao.

Rents se ha quedado dormido. El capullo pelirrojo está con un pedo que no se tiene. Su bolsa de priva está medio vacía y la mayoría de las latas están vacías. Me llevo su bolsa de priva a los lavabos, vacío parte de una lata, y la lleno hasta el mismo nivel con mi pis. Eso es lo que le toca por olvidarse las jodidas cartas. Hay como dos partes de lager y una de pis.

Vuelvo y la dejo en su sitio. El capullo está completamente dormido, y también lo está una de las periquitas. La otra tiene la puta cabeza metida en ese libro. Dos polvos. No sé si preferiría más follarme a la rubia grandota o a la morena.

Despierto al capullo pelirrojo en Peterborough. «Venga, Rents. Estás que no puedes con la puta priva. Un puto velocista, eso es lo que eres. Un velocista jamás podrá resistir el ritmo de un fondista.»

«Ningún problema…», dice el capullo, dándole un enorme lingotazo a la lata. La

cara se le descompone. Me cuesta no mearme de risa.

«Esta lager está asquerosa. Sabe como a putos meados.»

Yo estoy haciendo todo lo posible por aguantarme. «Deja de buscar excusas, capullo de mierda.»

«No, si me la beberé», sale el capullo. Intento mirar por la ventana, mientras el tontaina se lo termina todo.

Para cuando llegamos a Kings Cross estoy hecho polvo de verdad. Las periquitas se han ido a tomar por culo; pensé que teníamos un buen rollo aquí y todo, y casi pierdo a Rents al bajar del tren. Hasta llevo la bolsa del capullo pelirrojo en vez de la mía. Más vale que ese cabrón lleve la mía. Ni siquiera conozco la puta dirección… pero entonces veo al capullo pelirrojo a la entrada del metro hablando con un tipejo que lleva un vaso de plástico. Rents tiene mi puta bolsa. Por suerte para él, capullo.

«¿Llevas algo suelto para el muchacho, Franco?», dice Rents, y el capullín ese con pinta de tontaina me acerca el puto vaso, mirándome con esos putos ojos de embobado.

«¡Que te follen, granuja!», digo yo, tirándole el vaso de la mano y meándome de risa viendo al capullo arrastrarse por el suelo entre las piernas de la peña para recuperar sus putas monedas.

«¿Dónde coño está ese piso?», le digo a Rents.

«No muy lejos», dice Rents, mirándome como si yo estuviera…, la forma con la que a veces le mira a uno ese capullo…, le voy a tocar la cara uno de estos días, colegas o no.

Entonces el capullo simplemente se vuelve y yo le sigo hasta la línea Victoria.

El Pie de Leith Walk está como abarrotado de verdad, tío. Hace demasiado calor para un elemento de piel clara, ¿sabes? A algunos fulanos el calor les sienta como la gloria, pero la gente como yo, sabes, sencillamente no lo podemos soportar. Un rollo demasiado fuerte, tío.

Otro mal rollo total es estar pelado y eso. Puro rollo, tío. No haces más que dar vueltas y ver si se enrolla la gente, sabes. Todos los fulanitos están supercoleguitas y eso, pero en cuanto calan que estás sin blanca, es como si se desvanecieran lentamente entre las sombras…

Guipo a Franco en la estatua de la Reina Sticky-Vicky hablando con ese fulano grandote, un mal hombre llamado Lexo; un conocido casual[35], no sé si captas. Un rollo curioso, como te digo, el modo en que todos los psychos parecen conocerse entre sí, ¿sabes cómo te digo? Esas alianzas son impías, tío, simplemente impías…

«¡Spud! ¡Qué tal, capullo! ¿Cómo te va?» El Pordiosero es un tipo que va pero que muy colocao.

«Eh, no demasiado mal, Franco… ¿y tú?»

«Chachi», dice, volviéndose hacia la montaña cuadrada que tiene al lado. «Conoces a Lexo»; una afirmación, no una pregunta y tal. Yo me limito a asentir más o menos, sabes, y el gran hombre me mira un segundo y después se vuelve y habla otra vez con Franco.

Me doy cuenta de que esos gatos tienen bolsas de basura que rajar y basura que revolver, digamos. De modo que digo algo así como: «Eh…, tengo que najar, ya nos veremos.»

«Espera un momento, colega. ¿Cómo andas de pasta?», me pregunta Franco.

«Eh, básicamente, tío, estoy totalmente arruinado. Tengo treinta y dos peniques en el bolsillo y una libra en mi cuenta del Abbey National. Realmente no es un perfil de inversor como para causarles noches de insomnio a los fulanos de Charlotte Square y eso.»

Franco me suelta dos de diez. Muy buena, Pordiosero.

«¡Nada de jaco, eh, so desgraciao!», me reprende suavemente, digamos. «Dame un toque el fin de semana, o ven a buscarme.»

¿Alguna vez he dicho algo despectivo sobre mi amigo Franco? Bueno, ya sabes…, no es mal tipo. Puro gato salvaje, ¿me entiendes?, pero hasta los gatos salvajes se sientan de vez en cuando a maullar un poco para sí mismos, normalmente después de haber devorado a alguien, digamos. Es como si no pudiera evitar preguntarme a quién habrán devorado Franco y Lexo. Frankie-baby estuvo en

Londres con Rents escondiéndose de los guripas. ¿En qué se habría metido el muchacho? A veces es mejor no saber. De hecho, siempre es mejor no saber, digamos.

Me abro paso por Woolies, que está ajetreado y tal, ajetreado de verdad. El gachó de seguridad está absorto ligando con una fulanita sexy que está detrás de la caja registradora y tal, así que me embolso un paquete de cintas vírgenes…, el pulso se acelera, y luego retorna lentamente…, es una buena sensación, la mejor, digamos…, bueno, puede que la mejor después del colocón del caballo y correrse a la vez con una chica. Tan buena, que el tirón de adrenalina hace que quiera poner rumbo al centro a ligar y tal.

El calor es… caluroso, tío. Ésa es la única descripción que en realidad puede darse, ¿sabes? Me voy para la orilla, y me siento en un banco al lado de la oficina del paro. Esa doble ración de diez en el bolsillo me hace sentir bien, digamos, me abre unas pocas puertas más, ¿sabes? Así que me siento a mirar el río. En el río hay un cisne enorme, ¿sabes? Pienso en Johnny Swan y en la mandanga. Este cisne, sin embargo, es hermoso que te cagas. Ojalá tuviera algo de pan y tal para darle al tío de comer.

Gav trabaja para los del paro. Quizá lo pille en el descanso de la comida y lo invite a una o dos pintas. Él me ha pagado unas cuantas últimamente. Veo a Ricky Monaghan saliendo del paro. Un tipo legal, ¿sabes?

«Ricky…»

«Qué tal, Spud. ¿A qué te dedicas?»

«Eh, no pasa gran cosa a mi alrededor, socio. Ya he visto todo lo que hay, digamos.»

«¿Tan mal?»

«Peor, tío, peor.»

«¿Aún sigues desenganchado?»

«Hace cuatro semanas y dos días desde mi última ración de jaco, ¿sabes? Cuento cada segundo, tío, cuento cada segundo. Tictac, tictac, digamos, sabes.»

«¿Te encuentras mejor así?»

Y ahora caigo en que sí; aburrido del copón, pero físicamente, digamos… sí. Las dos primeras semanas fueron un largo viaje de muerte…, pero ahora podría resistir algo de sexo caliente con una princesa judía o una chica católica, al completo con calcetines blancos, tiene que ser al completo con calcetines blancos. ¿Sabes?

«… Sí… sí que me encuentro algo mejor y tal.»

«¿Vas a Easter Road el sábado?»

«Eh, no…, hace, digamos, siglos que no voy al fútbol, ¿sabes?» No obstante, quizá pudiera ir. Con Rents… pero Rents está en Londres ahora… o Sick Boy y tal. O con Gav, e invitarle a un par de pintas… ver a los Cabs otra vez. «… bueno, puede

ser. Ya veremos, digamos, ¿sabes? ¿Tú vas?»

«No. Dije la última temporada que no iba a volver hasta que se deshagan de Miller. Necesitamos un entrenador nuevo.»

«Sí… Miller… necesitamos un fulano nuevo en el puesto del entrenador…» Yo ni siquiera sabía quién era el entrenador y tal, ni siquiera podría decirte los nombres de los fulanos del equipo y tal. Quizá Kano…, pero creo que es posible que Kano se haya ido a otro equipo. ¡Durie! ¡Gordon Durie!

«¿Aún está Durie en el equipo?»

Monny se me queda mirando y como sacudiendo la cabeza.

«No, a Durie lo traspasaron hace siglos, Spud. En el ochenta y seis. Se fue al Chelsea.»

«Ah, sí, es verdad, tío. Durie. Me acuerdo de él metiéndole una goleada al Celtic. ¿O eran los Rangers? En realidad es lo mismo, tío, cuando lo piensas, digamos… como distintas caras de una misma moneda, ¿sabes?»

Se encoge de hombros. Dudo que le haya convencido.

Ricky me acompaña o más bien le acompaño yo… quiero decir, eh, ¿quién sabe de verdad quién acompaña a quién en estos tiempos tan hechos polvo, tío? Pero sea quien sea el que acompaña al otro, el lugar de destino es el Pie del Walk otra vez. La vida puede ser aburrida sin jaco. Rents está en Londres; Sick Boy está siempre olisqueando por el centro, el viejo y célebre puerto simplemente no parece lo bastante enrollado para ese fulano últimamente; Rab, el Segundo Premio y tal, simplemente se ha desvanecido y Tommy parece haberse hundido desde que cortó con esa Lizzy. Eso nos deja a mí y a Franco, digamos… vaya vida, te lo puedo asegurar.

Ricky, Monny, Richard Monaghan, compañero feniano y luchador por la libertad, sin duda, sin duda, se va a tomar por culo para verse con una titi por el centro. Esto deja a su seguro servidor de solateras, digamos. Decido visitar a Na Na en las urbanizaciones que hay al final de Easter Road y tal. Na Na odia ese sitio, aunque tenga una cueva guapa. Ojalá pudiera yo pillar una así, sabes. Chulísimas, pero sólo para fulanos más mayores. Tiras de un cordel y suena una alarma y una especie de encargado viene y te arregla lo que sea, sabes. Eso me iría al pelo, tío, con la hija de Frank Zappa, esa chorba locuela, la chica del Valley, Moon Unit Zappa como encargada, digamos. ¡Vaya un escenario guapo que sería eso, y no bromeo, socio!

Las piernas de Na Na están hechas polvo, y el matasanos dice que forcejear para llegar hasta el último piso de la escalera en su viejo queo de Lorne Strasse era una pasada. Ya lo creo, gran hechicero. Si sacaras las venas varicosas de las piernas de Na Na, digamos, ya no tendría piernas, nada sobre lo que sostenerse, ¿sabes? Yo tengo mejores venas en los brazos que las que ella tiene en las piernas. Aún le dio un poco de guerra al médico y tal; los gatos viejos llevan mucho tiempo marcando su territorio, por así decirlo; desde hace mogollón, digamos, y acaban ligados a él. Es

seguro que te cagas que no lo dejarán sin una bronca. Salen las uñas y empieza a volar piel, tío. Ésa es Na Na… Miss Mouskouri, como la llamo yo, ¿sabes?

Hay una habitación comunitaria en su bloque, digamos, que Na Na jamás utiliza, a menos que esté tratando de ligar con ese señor Bryce. La familia del vejete se ha quejado al encargado diciendo que ella le acosa sexualmente. La manija del encargado trató de mediar entre mi madre y la hija del señor Bryce y tal, pero Na Na redujo a la hija a las lágrimas haciendo comentarios maliciosos sobre la marca de nacimiento de su cara. Como una especie de mancha de vino, ¿sabes? Es que Na Na se aprovecha de las debilidades de la gente, sobre todo las de otras mujeres, y las utiliza contra ellos, ¿sabes?

Se abre una sucesión de diferentes cierres, y Na Na me sonríe y me hace señal de que pase. A mí me reciben guapamente aquí, pero mi a madre y a mi hermana se las trata, bueno, como si no fueran nadie. Hacen de todo por Na Na y eso, pero a Na Na le gustan los tíos y a las chicas las odia. Tuvo, digamos, ocho críos con cinco hombres diferentes, sabes. Y eso son sólo los que conocemos.

«Hola… Calum… Willie… Patrick… Kevin… Desmond…», repasa la lista de los nombres de algunos de sus nietos, pero sin dar aún con el mío y tal. Sin embargo, no me molesta, digamos, me llaman «Spud»[36] tantas veces, hasta mi madre me lo llama, que a veces yo también me olvido de mi nombre.

«Danny.»

«Danny. Danny, Danny, Danny. A Kevin le llamo Danny y todo. ¡Cómo podría yo olvidar a Danny Boy!»

Bueno, cómo te diría, cómo podría… *Danny Boy* y *Roses Ay Picardy* son las únicas canciones que conoce, digamos. ¿Sabes? Canta más o menos a pleno pulmón; un sonido sin aliento y carente de tono, con los brazos como levantados en el aire para dar efecto, ya sabes.

«George está aquí.»

Miro por la esquina de la habitación en forma de L y guipo a mi tío Dode, hundido en una silla, dándole sorbos a una lata de Tennent’s Lager.

«Dode», digo yo.

«¡Spud! ¿Qué tal, jefe? ¿Cómo te va la vida?»

«Guay, socio, guay. Eh, ¿y tú qué tal?»

«No puedo quejarme. ¿Cómo está tu madre?»

«Eh, sigue dándome la barrila como siempre, ¿sabes?»

«¡Eh! ¡Estás hablando de tu madre! La mejor amiga que tendrás jamás. ¿No es cierto, mamá?», le pregunta a Na Na.

«¡Jobar que sí, hijo!»

«Jobar» es una de las palabras favoritas de Na Na, digamos, junto a «pis». Nadie dice «pis» como Na Na. Ella arrastra la ssss, es como si vierasss el vapor saliendo del

chorro amarillo al chocar contra la porcelana blanca, ¿sabes?

El tío Dode le regala una sonrisa grande y generosa. Dode es un mestizo, digamos, el hijo de un marino de las Indias Occidentales, sabes, ¡el producto del semen de las Indias Occidentales y tal! ¿Sabes? El viejo de Dode paró en Leith el tiempo suficiente para hacerle un bombo a Na Na. Después, otra vez para los siete mares. Parece buena vida y tal, la del marino, una periquita en cada puerto y eso.

Dode es el hijo más joven de Na Na.

Ella se casó primero con mi abuelo y tal, un cowboy aventurero de County Wexford. El viejo solía sentar a mi madre en su regazo y cantarle: canciones rebeldes irlandesas, digamos. Le crecía pelo por las narices y a ella le parecía antediluviano, como les pasa a los críos, y tal. El tipo podría andar como mucho por la treintena. De todas formas, ese tipo la cagó total, como que se cayó por la ventana del piso superior de una casa. Estaba follándose a otra mujer en aquel momento, no a Na Na, digamos… Nadie sabía en realidad si fue embriaguez, suicidio o, digamos…, bueno, las dos cosas. De todos modos, ése la dejó con tres críos, incluyendo a mi madre.

El siguiente hombre (desposado) de Na Na fue un tipo con voz cazallera que había trabajado poniendo andamios, sabes. El vejete sigue ejerciendo por Leith. Una vez en un pub el tipo me dijo que poner andamios estaba clasificado ahora como un oficio y tal. Rents, que era un chavalín en aquel entonces, le dijo que eso era un montón de mierda, que era un trabajo semiespecializado, y el tipo se cabreó, digamos. Algunas veces aún le veo por el Volley y tal. No es mal vejete. Duró un año con Na Na, pero produjo un crío, con otro en camino, digamos.

El pequeño Alec, el hombre del seguro de la cooperativa, que acababa de quedarse viudo, fue la siguiente, eh, víctima de Na Na, digamos. Dicen que Alee pensaba que el crío que Na Na llevaba dentro era suyo, sabes. Duró como tres años y le hizo otro crío, antes de que el pobre tipo saliese como un huracán, después de cogerla follando con otro tío en casa y tal.

Esperó al otro tío en la escalera con una botella y tal, o eso dice la historia. El tío suplicó piedad. Alec dejó la botella, diciendo que no necesitaba un arma para darle una lección a un tío de esa calaña y tal. La cara del tipo cambió, y pateó al pobre Alec escaleras abajo, arrastrando al pobre fulano hasta el Walk, grogui y cubierto de sangre, digamos, antes de arrojarle sobre un montón de basura situada en la acera frente a una verdulería.

Mi madre dice que el pequeño Alec era, como suele decirse, un hombre decente. Era el único fulano de Leith que no sabía que Na Na hacía la calle, digamos.

El penúltimo crío que tuvo Na Na fue todo un misterio, digamos. Es mi tía Rita, que está más cerca de mi edad que de la de mi madre. Supongo que siempre me gustó Rita, una tía enrollada, como muy de los sesenta, ¿sabes? Nadie descubrió quién era el padre de Rita, pero entonces llegó Dode, a quien Na Na tuvo cuando ya estaba bien

entrada en la cuarentena, ¿sabes?

Cuando yo era un pimpollo, Dode me parecía un personaje verdaderamente escalofriante. Ibas a casa de Na Na un sábado, a cenar digamos, y te encontrabas a ese joven y antipático tío negro, mirando fijamente a todo el mundo, antes de escabullirse por una esquina y tal. Todos decían que Dode era un resentido, y yo también lo pensaba, hasta que empecé a calar la clase de vejaciones que el tipo tenía que aguantar, en el colegio y en la calle y todo eso. A nadie le iba ni le venía, te lo digo yo. Yo es que me río cuando algunos fulanos dicen que el racismo es cosa de los ingleses y que aquí arriba todos somos los hijos de Jock Tamson…, es mierda pura, digamos, tipos hablando por el culo.

Hay una fuerte tradición rateril en mi familia, digamos, ¿sabes? Todos mis tíos están en el oficio. Siempre fue Dode el que recibía las penas más duras por los delitos más ínfimos, sabes. Un rollo bastante turbio, tío. Rents dijo una vez que no hay nada como un tono de piel más oscuro para incrementar la vigilancia de la policía y los jueces: ¡y cómo!

De todas formas, yo y Dode decidimos dar un salto hasta el Percy a tomar una pinta. El pub está un poquitín loco; normalmente el Percy es un pub tranquilo tipo familiar, pero hoy está abarrotado de estos tíos Naranjas del salvaje oeste[37], que están aquí por lo de su marcha anual y su reunión en los Links. Estos tíos, todo hay que decirlo, a mí en realidad nunca me han molestado, pero no puedo conectar con ellos. Son todo odio, digamos, sabes. Celebrar viejas batallas parece, digamos, bueno, bastante idiota. ¿Sabes?

Veo al viejo de Rents con sus hermanos y sus sobrinos. El hermano de Rents, Billy, también está aquí y tal. El viejo de Rents es un esquivajabones[38] y un huno pero en realidad ya no le va este tipo de rollo. Sin embargo, a su familia de Glasgow desde luego que sí le va, y su familia parece importarle al papi de Rents. Rents no se lleva bien con estos tíos; les odia de verdad, digamos. No le gusta hablar de ellos. Con Billy es otra historia, sin embargo. Está metido en todo ese follón naranja[39], esta especie de rollo jambo/huno. Me saluda con la cabeza desde la barra, pero no creo que realmente le caiga bien al tío, pero oye.

«¡Qué tal, Danny!», dice el señor R.

«Eh… va todo bien, Davie, todo bien y tal. ¿Sabes algo de Mark?»

«No. Debe estar bien. Las únicas veces que tienes noticias de ése es cuando quiere algo.» Sólo bromea a medias, y estos chavalotes de sus sobrinos nos miran de mala manera, así que tomamos asiento en una esquina próxima a la puerta.

Mala jugada…

Estamos en las inmediaciones de unos tíos de aspecto turbio. Algunos son skinheads, y algunos no. Algunos tienen acento escocés, otro inglés o de Belfast. Uno lleva una camiseta de Screwdriver, otro lleva puesta una que dice «Ulster es

británico». Empiezan a cantar una canción sobre Bobby Sands[40], poniéndole a parir, digamos. Yo no entiendo mucho de política, pero para mí que Sands fue un tipo valiente y tal, que nunca mató a nadie. Como te digo, debe hacer falta valor para morir así, ¿sabes?

Entonces uno de los tíos, el de Screwdriver, parece frenéticamente empeñado en mirarme fijamente, por más desesperadamente que yo intente evitar sostenerle la mirada, digamos. No es tan fácil cuando empiezan a cantar: «*Ain't no black in the union jack*.[41]» Permanecemos fríos, pero este tío no quiere saber nada. Tiene las uñas fuera. Le grita a Dode.

«¡Eh! ¡Tú qué coño miras, negro!»

«Que te follen», le dice con desprecio Dode. Es una ruta por la que él ha viajado otras veces. Pero yo no. Esto es heavy de cojones, digamos.

Oigo a algún chico de Glasgow decir que estos tíos no son verdaderos naranjas, digamos, que son nazis y eso, pero la mayoría de los hijoputas anaranjaos aquí presentes están encantados con estos cabrones, animándoles, digamos.

Empiezan todos a cantar: «¡Negro hijoputa! ¡Negro hijoputa!»

Dode se levanta y se acerca a su mesa. Yo sólo veo el cambio de expresión de la cara burlona y distorsionada de Screwdriver cuando se da cuenta, al mismo tiempo que yo, de que Dode lleva en la mano un pesado cenicero de cristal…, esto es violencia…, esto es un mal rollo…

… le casca con él en la cabeza al de Screwdriver, y es como si el coco del chico se abriera mientras se cae de la silla al suelo. Yo estoy como temblando de miedo, miedo puro, tío, y un tipo salta sobre Dode y le tiran al suelo, así que tengo que entrar a saco. Cojo un vaso y le doy en la mandíbula a La Mano Roja del Ulster[42], que se coge la cabeza entre las manos, aunque el vaso ni siquiera se ha roto ni nada, pero entonces algún capullo me golpea en la tripa con una fuerza tan penetrante que parece que me hayan apuñalado, tío…

«¡Matad a ese hijoputa feniano!», dice algún cabrón y me tienen contra la pared y tal… yo sólo le pego a lo que puedo con el puño y la bota, sin sentir nada… y es como si estuviera disfrutando de ello, tío, porque esto es, digamos, no como la violencia de verdad cuando ves a alguien como Begbie ponerse energúmeno o eso, esto es, digamos, un rollo cómico… porque yo no puedo pelear de verdad y tal, pero en realidad no creo que estos tipos valgan mucho tampoco… es como si todos tropezaran con todos…

Realmente no sé lo que ha pasado. Davie Renton, el padre de Rents, y Billy, su hermano, han debido quitárnoslos de encima, porque acto seguido me encuentro más o menos de pie tirando para fuera de Dode, que parece pero que muy jodido. Oigo a Billy decir: «Sácale fuera, Spud. Limítate a sacarlo fuera, a la puta calle.» Ahora me siento dolorido de verdad, por todas partes, y estoy como llorando lágrimas de ira y

miedo pero sobre todo de frustración…

«Esto es… digamos… joder… esto es, esto es…»

A Dode le han rajado. Le saco al otro lado de la calle. Oigo a gente gritar detrás de nosotros. Me limito a concentrarme en la puerta de Na Na, sin atreverme a mirar atrás. Entramos. Consigo subir a Dode escaleras arriba. Está sangrando por el costado y por el brazo.

Llamo a una ambulancia mientras Na Na le acaricia la cabeza diciendo: «Jobar, aún te lo siguen haciendo, hijo… cuándo te dejarán en paz, mi pequeño… desde que iba al colegio, jobar, desde que iba al colegio…»

Estoy furioso que te cagas, tío, pero con Na Na, ¿sabes? Con un hijo como Dode, pensaría uno que Na Na sabría cómo se siente cualquiera que sea diferente, que destaque de alguna manera, digamos, ¿sabes? Como la mujer con la mancha de vino y eso… pero con alguna gente es todo odio, odio, odio, ¿y adonde nos lleva, tío? ¿Adónde cojones nos lleva?

Acompaño a Dode al hospital. Sus heridas, digamos, no eran tan graves como parecían. Entro a verle echado en el carro después de que le hayan remendado y tal.

«Va todo bien, Danny. Lo he tenido mucho peor en el pasado, y lo tendré muchísimo peor en el futuro.»

«No digas eso, tío. No digas eso, ¿entiendes?»

Me mira como si nunca fuera a comprender de verdad, y sé que probablemente está en lo cierto.

El primer polvo en siglos

Habían pasado la mayor parte del día poniéndose tope ciegos. Ahora se estaban poniendo pedos en un mercado de carnes chillón de cromados y neón. El bar resulta rimbombante por lo que se refiere a su espectro de bebidas prohibitivas, pero no llega ni a kilómetros de la sofisticación de cocktail-bar a la que aspira.

La gente viene a este lugar por una razón y sólo una. No obstante, la noche es aún relativamente joven, y el camuflaje del beber, hablar y escuchar música no resulta aún demasiado obvio.

El costo y la bebida han alimentado las libidos poscaballo de Spud y Renton hasta un nivel desbordante. Para ellos, todas las mujeres del lugar resultan extraordinariamente sexys. Incluso algunos de los hombres. Les resulta imposible concentrarse en una sola persona como objetivo en potencia, puesto que su mirada se ve constantemente atrapada por alguna otra persona. El simple hecho de estar aquí les recuerda a ambos cuánto llevan sin echar un polvo.

«Si no puedes conseguir un polvo en este sitio, más vale que te retires», reflexiona Sick Boy, meneando la cabeza suavemente en sintonía con la música. Sick Boy puede permitirse especular imparcialmente, hablando, como generalmente hace en tales ocasiones, desde una posición de fuerza. Oscuros círculos bajo sus ojos atestiguan que acaba de pasar la mayor parte del día follándose a dos americanas que se hospedan en el Hotel Minto. No hay forma alguna de hacer un cuarteto con Spud, Renton o Begbie. Las dos se marcharán con Sick Boy y sólo con Sick Boy. Él solo les está honrando con su presencia.

«Tienen una coca excelente, tío. Jamás he probado algo semejante», sonríe.

«Speed de Morningside, tío», exclama Spud.

«Cocaína… puta basura. Mierda yuppie.» Aunque lleva desenganchado unas cuantas semanas, Renton aún conserva el desprecio del picota por todas las demás drogas.

«Mis damas están regresando. Caballeros, tendré que dejarles continuar con sus sórdidas y mezquinas actividades.» Sick Boy sacude la cabeza desdeñosamente, y a continuación escudriña el bar con una expresión altanera y de superioridad en la cara. «El recreo de la clase obrera», bufa con desdén. Spud y Renton se estremecen.

Los celos sexuales son un componente innato de una amistad con Sick Boy.

Intentan imaginar todos los enloquecidos juegos sexuales aderezados por la cocaína a los que estará jugando con las *«manto*[43] en el Minto», como se refiere a estas mujeres. Eso es todo lo que pueden hacer, imaginar. Sick Boy nunca entra en detalles acerca de sus aventuras sexuales. Esta discreción, no obstante, sólo la

observa para atormentar a sus amistades menos sexualmente activas más que como señal de respeto por las mujeres con las que se lía. Spud y Renton se dan cuenta de que las escenas de *ménage à trois* con turistas ricas y cocaína son el coto de aristócratas sexuales como Sick Boy. Este zarrapastroso bar es de su nivel.

Renton se encoge al observar desde lejos a Sick Boy, cuando piensa en la mierda que inevitablemente estará saliéndole por la boca.

Con Sick Boy, al menos, es de esperar. Renton y Spud quedan horrorizados al percatarse de que Begbie ha ligado. Está de palique con una mujer que tiene una cara bastante bonita, piensa Spud; pero un culo gordo, observa Renton con maldad marujil. Algunas mujeres, pondera Renton con maliciosa envidia, se sienten atraídas por los tipos psicopáticos. Generalmente pagan un alto precio por este defecto, llevando vidas horribles. Como ejemplo, cita presuntuosamente a June, la novia de Begbie, que en estos momentos se encuentra en el hospital dando a luz al niño. Orgulloso de no haber tenido que laborar mucho para establecer su punto de vista, le da un lingotazo a su Becks pensando: He dicho.

Sin embargo, Renton está pasando por una de sus frecuentes fases autoanalíticas y esa presumida complacencia no tarda en evaporarse. En verdad, el culo de esa mujer no es tan gordo, recapacita. Toma nota de que está haciendo funcionar su mecanismo de autoengaño de nuevo. Una parte de él cree que él es con mucho la persona más atractiva que hay en el bar. La razón es que siempre puede encontrar algo espantoso en el individuo más hermoso. Concentrándose en esa parte fea aislada, puede entonces anular mentalmente su belleza. Por otro lado, sus propias zonas feas no le molestan, porque está acostumbrado a ellas y, en cualquier caso, no las ve.

De todas formas, ahora está celoso de Frank Begbie. Indudablemente, pondera, no puedo caer más bajo. Begbie y su recién hallado amor están hablando con Sick Boy y las americanas. Estas mujeres parecen bastante elegantes, o al menos lo parece su empaquetado de moreno-y-ropa-cara. A Renton le da náuseas ver a Sick Boy y Begbie haciéndose los grandes colegas, pues por lo general lo único que hacen es ponerse a parir. Toma nota de la deprimente prisa con que los triunfadores se escinden de los fracasados, tanto en la esfera sexual como en las demás.

«Parece que quedamos tú y yo, Spud», observa.

«Eh, sí, es como tú dices… así parece, hermano gato.»

A Renton le gusta que Spud llame «hermano gato» a otra gente, pero odia que se refiera a él de ese modo. Los gatos le ponen enfermo.

«Sabes, Spud, a veces quisiera estar otra vez enganchado al jaco», dice Renton, más que nada pensando en escandalizar a Spud para obtener una reacción de su cara demacrada y ciega de costo. En cuanto le sale, sin embargo, cae en que en realidad está siendo sincero.

«Ey, cómo te diría, muy fuerte, tío…, ¿sabes?» Spud fuerza algo de aire de entre

sus labios fruncidos.

Renton cae en la cuenta de que el speed que se han metido en el retrete, que él había calificado de mierda, está empezando a hacer efecto. El problema de estar desenganchados del jaco, decide Renton, es que somos unos capullos estúpidos e irresponsables, dispuestos a tomar cualquier cosa sobre la que podamos poner las manos. Con el jaco, al menos, no hay lugar para todas las otras mierdas.

Siente el impulso de hablar. El speed le lleva una buena delantera al costo y al alcohol que tiene dentro.

«Lo que pasa, Spud, es que cuando estás metido en el jaco, ya está. No tienes que preocuparte de nada más. ¿Sabes Billy, mi hermano y tal? Acaba de firmar para volver al puto ejército. Se va al Belfast de los huevos, el estúpido capullo. Siempre supe que ese cabronazo estaba tocao. Puto lacayo imperialista. ¿Sabes lo que el muy primo me dijo? Va y dice: "No aguanto la puta vida de civil." Estar en el ejército es como ser yonqui. La única diferencia es que siendo yonqui no te pegan tiros tan a menudo. Además, por lo general eres tú el que se mete los tiritos.»

«Eso, eh, suena un poco, eh, confuso y tal, tío. ¿Sabes?»

«No, pero escucha. Piénsalo un poco. En el ejército se lo dan todo hecho a esos primos. Les dan de comer, les dan a los capullos priva barata en cochambrosos clubs de cuartel para que no vayan a la ciudad a rebajar el ambiente, a molestar a la población y tal. Cuando vuelven a la vida civil, tienen que hacerlo todo ellos.»

«Sí, pero, digamos, sin embargo es distinto, porque…» Spud trata de cortar, pero Renton está totalmente lanzado. Una botella en la cara es lo único que le detendría llegado a este punto; y aun así sólo unos segundos.

«Uh, uh… espera un momento, colega. Hazme caso. Escucha lo que tengo que decir… qué cojones estaba diciendo… ¡ya! Eso. Cuando estás con el caballo, lo único que te preocupa es pillar. Te desenganchas de la mandanga, y te preocupas por un montón de cosas. No tengo dinero, no puedo ponerme pedo. Tengo dinero, bebo demasiado. No consigo ligarme una tía, no hay manera de echar un polvo. Consigues una tía, demasiado agobio, no puedes respirar sin que se te suba a la chepa. O eso, o la cagas, y te sientes todo culpable. Te preocupas de las facturas, la comida, los *bailiffs*[44], de que esa escoria nazi de los Jambos nos gane, de todas las cosas que no te importarían una mierda cuando tienes un verdadero hábito de caballo. Sólo tienes una cosa de la que preocuparte. Es todo tan sencillo. ¿Entiendes lo que quiero decir?» Renton se detiene para darle otra molienda a sus mandíbulas.

«Sí, pero es una vida miserable que te cagas, ya te digo, tío. No es vida en absoluto, ¿entiendes? Como cuando estás con el mono, tío… eso es lo peor de lo peor… la molienda de los huesos… el veneno, tío, el veneno puro… No me digas que quieres todo eso otra vez, porque eso es lo que te digo, un puto farol.» La respuesta va algo cargada de veneno, sobre todo respecto de las pautas suaves y

relajadas de Spud. Renton se percata de que evidentemente ha tocado un nervio.

«Sí. Estoy soltando un montón de mierda. Es el speed.»

Spud le ofrece a Renton el tipo de sonrisa que hace que las viejas en la calle quieran adoptarle como si fuese un gato descarriado.

Atisban a Sick Boy preparándose para marcharse con Annabel y Louise, las dos americanas. Ya había pasado su media hora obligatoria inflando el ego de Begbie. Ésa es, decide Renton, la única función de cualquier colega de Begbie. Reflexiona acerca de la locura que supone ser amigo de una persona que obviamente le desagrada. Era la costumbre y la práctica. Begbie, como el caballo, era un hábito. Un hábito peligroso, además. Estadísticamente hablando tienes más probabilidades de que te mate un miembro de tu familia o un amigo cercano, que cualquier otra persona. Algunos gilipollas se rodean de colegas psychos imaginándose que eso les hace fuertes, menos propensos a ser heridos por nuestro mundo cruel, cuando es evidente que lo cierto es lo contrario.

Por el camino hacia la puerta con las americanas, Sick Boy se vuelve, arqueando una ceja hacia Renton al estilo Roger Moore, mientras abandona el bar. Un destello de paranoia provocado por el speed sacude a Renton. Se pregunta si quizá el éxito de Sick Boy con las mujeres esté basado en su habilidad para levantar una ceja. Renton sabe lo difícil que es. Había pasado muchas tardes practicando esta técnica delante de un espejo, pero ambas cejas seguían elevándose simultáneamente.

La cantidad de bebida consumida y el paso del tiempo conspiraban para concentrar la mente. Cuando falta una hora para el cierre, alguien con quien no soñarías siquiera en enrollarte se convierte en aceptable. Cuando falta media hora, se vuelve decididamente deseable.

Los errantes ojos de Renton ahora se detienen continuamente ante una chica delgada de cabello castaño liso y más bien largo, ligeramente inclinado hacia arriba en las puntas. Tiene un buen moreno y delicadas facciones resaltadas con buen gusto por el maquillaje. Lleva una blusa marrón y pantalones blancos. Renton siente cómo la sangre abandona su estómago cuando la mujer se mete las manos en los bolsillos, exhibiendo marcas de bragas visibles. Ése es el momento para él.

Un tipo de cara redonda e hinchada y camisa de cuello abierto que se atirantaba al llegar a su abultada tripa, está dándoles palique a la mujer y su amiga. Renton, que tiene jocosos y abiertos prejuicios contra la gente obesa, aprovecha la oportunidad para darles rienda suelta.

«Spud, mira el gordo desgraciao. Hijoputa glotón. Yo no me creo toda esa mierda de que si es una cosa glandular o de metabolismo. No se ven gordos hijos de puta cuando echan secuencias de la tele sobre Etiopía. ¿Es que allí no tienen glándulas? Venga ya.» Spud se limita a responder a esta salida de tono con una sonrisa de fumao.

Renton piensa que la chica tiene buen gusto porque da la espalda al gordo. Le

gusta el modo en que lo hace. De manera inequívoca y con dignidad, sin ponerle realmente en ridículo, pero haciéndole saber con absoluta claridad que no está interesada. El tío sonríe, extiende las palmas y ladea la cabeza, acompañado por una andanada de risas burlonas de parte de sus colegas. Este incidente hace que Renton se decida aún más a hablar con la mujer.

Renton le hace señal a Spud que se acerque con él. Puesto que odia dar el primer paso, queda encantado cuando Spud empieza a hablar con su colega, porque normalmente Spud no toma jamás la iniciativa de esa forma. Pero es obvio que el speed está ayudando, aunque le inquiete mucho oír a Spud divagando sobre Frank Zappa.

Renton intenta una aproximación que considera relajada pero interesante, sincera pero fina.

«Perdona por interrumpir tu conversación. Sólo quería decirte que admiro tu excelente gusto en dejar fuera de juego a ese gordo hijoputa. Pensé que podrías ser una persona interesante con la que hablar. Pero no me ofenderé si me dices que me vaya por donde el gordo hijoputa. Soy Mark, por cierto.»

La mujer le sonríe de una forma ligeramente confusa y condescendiente, pero a Renton le parece que al menos eso es mejor que «vete a tomar por culo» con bastante diferencia. Mientras hablan, Renton empieza a sentirse inseguro de su aspecto. El subidón del speed está decayendo un poco. Se angustia por si su pelo queda ridículo teñido de negro, puesto que sus pecas anaranjadas, el azote de todo hijoputa pelirrojo, resultan llamativas. Antes pensaba que se parecía al Bowie de la era Ziggy Stardust. Hace unos pocos años, sin embargo, una mujer le dijo que era clavado a Alec McLeish, el jugador de fútbol del Aberdeen y la selección escocesa. Desde entonces la etiqueta se le ha quedado pegada. Renton se ha jurado a sí mismo viajar hasta Aberdeen para dar fe de su agradecimiento cuando Alec McLeish decida colgar las botas. Se acuerda de una ocasión en que Sick Boy sacudió tristemente la cabeza, y preguntó cómo un menda que se parecía a Alec McLeish podía esperar jamás resultar atractivo para las mujeres.

Así que Renton se ha teñido el pelo de negro en un intento de deshacerse de la imagen McLeish. Ahora le preocupa que cualquier mujer con la que se enrolle se mee de risa cuando se quite la ropa y se vea enfrentada a unos pelos púbicos de color bermejo. También se ha teñido las cejas, y se pensó lo de teñirse los pelos del pubis. Estúpidamente, fue a pedirle consejo a su madre.

«No seas tan tonto, Mark», le dijo, arisca debido al desequilibrio hormonal que causan los cambios de la vida.

La mujer se llama Dianne. Renton piensa que le parece muy bella. Es necesaria cierta reserva, pues la experiencia pasada le ha enseñado a no fiarse nunca del todo de su juicio cuando hay elementos químicos circulando por su cuerpo y su mente. La

conversación deriva hacia la música. Dianne informa a Renton de que a ella le gustan los Simple Minds y tienen su primera discusión menor. A Renton no le gustan los Simple Minds.

«Los Simple Minds han sido pura mierda desde que se apuntaron al carro del rock-pasión comprometido de U2. Yo nunca me he vuelto a fiar de ellos desde que dejaron sus raíces pomp-rock y empezaron con todo este rollo político-con-una-p-muy-pequeña tan descaradamente falso. Me encantaba lo que hacían al principio, pero desde *New Gold Dream* han sido una bazofia. Todo el rollo Mandela ese es una guarrada vergonzante», despotrica.

Dianne le cuenta que ella cree que son sinceros en su apoyo a Mándela y el movimiento por una Sudáfrica multirracial.

Renton sacude enérgicamente la cabeza, queriendo mostrarse tranquilo, pero está irremediablemente alterado por la anfetamina y el aserto de Dianne. «Tengo viejos NME que llegan hasta 1979, bueno, los tenía pero los tiré hace unos años, y recuerdo entrevistas en las que Kerr pone a parir a otros grupos con compromisos políticos, y dice que a los Minds sólo les interesa la música, tío.»

«La gente cambia», contraataca Dianne.

La pureza y la sencillez de esta aseveración dejan un poco chafado a Renton. Le hace admirarla aún más. Se limita a encogerse de hombros y darle la razón, aunque su mente sigue dándole vueltas a la idea de que Kerr siempre ha ido un paso por detrás de su gurú, Peter Gabriel, y que desde lo de Live Aid está de moda que las estrellas de rock vayan de buenos. No obstante, se lo guarda para sus adentros y se promete que en el futuro será menos dogmático con sus puntos de vista musicales. Desde una perspectiva más amplia, piensa, no importa un carajo.

Después de un rato, Dianne y su colega se van al water a discutir y sopesar a Renton y Spud. Dianne no acaba de decidirse por Renton. Piensa que es un poco gilipollas, pero este sitio está lleno de ellos y él parece un poco distinto. Aunque no lo bastante como para echar las campanas al vuelo. Pero se está haciendo tarde…

Spud se vuelve y le dice algo a Renton, el cual no le oye por encima de una canción de The Farm que, como todas sus canciones, piensa él, sólo es escuchable si vas hasta el culo de éxtasis, y si vas hasta el culo de éxtasis sería un desperdicio escuchar a The Farm; más te valdría estar en algún rave desmadrándote entre potentes sonidos tecno. Incluso si hubiera oído a Spud, en este momento su cerebro está demasiado follao para responder, y está tomándose un merecido descanso después de ponerse las pilas para hablar con Dianne.

A continuación Renton empieza a hablar de rollos personales con un tío de Liverpool que está aquí de vacaciones, sólo porque su acento y su porte le recuerdan a su colega Davo. Después de un rato, se da cuenta de que el tío no se parece en nada a Davo y que erró al revelarle intimidades semejantes. Intenta volver a la barra, y

pierde acto seguido a Spud, y cae en que está totalmente pasao. Dianne se convierte en un simple recuerdo, una vaga sensación de un propósito detrás de su estupor drogota.

Sale fuera a respirar un poco y ve a Dianne a punto de entrar en un taxi sola. Se pregunta con ansiosa envidia si eso significa que Spud se ha enrollado con la colega. La posibilidad de ser el único en no enrollarse le horroriza y es la pura desesperación la que inconscientemente le impele hacia ella.

«Dianne, ¿te importa compartir el taxi?»

Dianne parece dubitativa. «Voy para Forrester Park.»

«Chachi. Yo también voy en esa dirección», mintió Renton, diciéndose a sí mismo a continuación: Bueno, ahora sí.

Conversaron en el taxi. Dianne había discutido con Lisa, su colega, y decidió irse a casa. Según ella, Lisa seguía dando botes en la pista de baile con Spud y algún otro cretino, dejando que compitieran por ella. Llegado el caso, Renton habría apostado por el otro cretino.

El rostro de Dianne adoptó una expresión amarga de dibujo animado al contarle a Renton lo horrible que era Lisa, catalogando sus fechorías, que a él le parecían bastante triviales, con una virulencia que encontraba ligeramente preocupante. Él se arrastró con mucha propiedad, asumiendo que Lisa era la capulla más egoísta bajo el sol. Cambió el tema, pues éste la estaba deprimiendo y eso no sería nada bueno para él. Le contó historias jocosas de Spud y Begbie, higienizándolas hábilmente. En ningún momento mencionó a Sick Boy, porque a las mujeres Sick Boy les gustaba y Renton se sentía impulsado a mantener a las mujeres que conocía tan lejos de Sick Boy como fuera posible, incluso a nivel verbal.

Cuando se puso más alegre le preguntó si le importaría que la besara. Ella se encogió de hombros, dejándole a él la tarea de determinar si esto indicaba indiferencia o indecisión por su parte. Con todo, razonaba, la indiferencia es preferible a un rechazo declarado.

Se morrearon un ratito. Él encontraba excitante el olor de su perfume. Ella pensaba que él era demasiado flaco y huesudo, pero besaba bien.

Cuando pararon para recuperar el aliento, Renton confesó que no vivía cerca de Forrester Park, sólo lo había dicho para poder pasar más tiempo con ella. A pesar de sí misma, Dianne se sintió halagada.

«¿Quieres subir a tomar un café?», preguntó ella.

«Eso sería estupendo.» Renton intentó aparentar una satisfacción más bien natural en vez de delirante.

«Sólo un café, no lo olvides», añadió Dianne, de una forma que hizo que Renton luchase por determinar en qué sentido estaba definiendo sus términos. Había hablado lo bastante crípticamente como para poner el sexo en la agenda de temas negociables,

pero al mismo tiempo lo bastante perentoriamente como para dar a entender exactamente lo que había dicho. Se limitó a asentir con la cabeza como un tonto de pueblo confuso.

«Tendremos que estar muy callados. Hay gente durmiendo», dijo Dianne. Eso parece menos prometedor, pensó Renton, imaginándose un bebé en el piso, con su canguro. Cayó en que nunca lo había hecho con alguien que había tenido un bebé. La idea le hizo sentirse un poco raro.

Aunque notó presencia humana en el piso, no pudo detectar el distintivo olor a pis, potas y polvos de talco que tienen los bebés.

Fue a decir algo. «Dia…»

«¡Shh! Están durmiendo», le cortó Dianne. «No los despiertes, o habrá problemas.»

«¿Quién está durmiendo?», susurró nervioso.

«¡Shh!»

Aquello resultaba desconcertante para Renton. Su mente hizo un veloz recorrido de pasados horrores experimentados en carne propia y a partir de los relatos de otros. Repasó mentalmente una macabra base de datos que contenía de todo, desde compañeros de piso vegetarianos hasta chulos psicóticos.

Dianne le guió hasta un dormitorio y le sentó sobre una cama individual. Después, se desvaneció, volviendo unos minutos más tarde con dos tazas de café. Notó que el suyo estaba azucarado, cosa que normalmente odiaba, pero no tenía el sentido del gusto muy despierto.

«¿Nos vamos a la cama?», susurró ella con una intensidad extrañamente natural, arqueando las cejas.

«Eh… eso no estaría mal…», dijo él, a punto de escupir el café. Se le aceleró el pulso y se puso nervioso, torpe y virginal, preocupado por los efectos potenciales del cóctel de drogas y alcohol sobre su erección.

«Tendremos que estar muy callados», dijo ella. Él asintió.

Él se quitó rápidamente el jersey y la camiseta, después las zapatillas, los calcetines y los vaqueros. Cohibido por sus bermejos pelos púbicos, se metió en la cama antes de quitarse los calzoncillos.

Renton se sintió aliviado al empalmarse viendo desnudarse a Dianne. A diferencia de él, se tomó su tiempo, y lo hacía con completa naturalidad. Él pensó que su cuerpo tenía un aspecto estupendo. No pudo evitar escuchar mentalmente un repetido mantra futbolístico que dice «este partido lo vamos a ganar».

«Quiero ponerme encima», dijo Dianne, levantando las sábanas y dejando al descubierto los colorados pelos púbicos de Renton. Afortunadamente, no pareció darse cuenta. Renton estaba contento con su polla. Parecía mucho mayor de lo habitual. Se dio cuenta de que esto se debía probablemente a que se había

acostumbrado a no verla en erección. Dianne estaba menos impresionada. Las había visto peores, eso era todo más o menos.

Empezaron a acariciarse. Dianne estaba disfrutando con los preliminares. El entusiasmo de Renton por esta faceta resultaba un cambio agradable respecto de la mayoría de tíos con los que había estado, pero sintió sus dedos en la vagina y se tensó, apartándole la mano.

«Estoy lo bastante lubricada», le dijo. Esto hizo que Renton se sintiera un poco entumecido, de puro frío y mecánico que resultaba. En cierto momento pensó incluso que su erección había comenzado a apaciguarse, pero no, se asentaba sobre ella, y, milagro de milagros, se mantenía firme.

Gimió suavemente al ser rodeado por ella. Empezaron a moverse juntos lentamente, penetrando más. Él sintió la lengua de ella en la boca y sus manos acariciaban suavemente su culo. Parecía, y así era, que había pasado mucho rato; pensó que iba a correrse inmediatamente. Dianne sintió que estaba extremadamente excitado. Otra polla inútil no, por favor, pensó para sus adentros.

Renton dejó de acariciarla e intentó imaginarse que estaba follándose a Margaret Thatcher, Paul Daniels, Wallace Mercer, Jimmy Savile y otros personajes desagradables, a fin de alejarse del punto crítico.

Dianne aprovechó la oportunidad y cabalgó hasta alcanzar el clímax, con Renton ahí tumbado como un consolador sobre un gran patinete. Sólo la imagen de Dianne mordiéndose el dedo índice, intentando ahogar los chillidos que prorrumpió al correrse, con la otra mano en el pecho, hicieron que Renton también llegara a la meta. Ni siquiera la idea de lamerle el culo a Wallace Mercer podría haberle detenido para entonces. Cuando empezó a correrse, pensó que nunca pararía. Su polla chorreó como una pistola de agua en manos de un niño permanentemente travieso. La abstinencia había hecho subir el recuento espermático hasta el tejado.

Había estado lo bastante cerca de ser un orgasmo simultáneo para que así lo hubiera descrito de ser una de esas personas que se van de la lengua. Se dio cuenta de que la razón por la que nunca haría algo semejante era que siempre se logra mayor credibilidad como semental encogiéndose de hombros y sonriendo enigmáticamente que divulgando detalles gráficos para entretener a los manguis. Eso lo había aprendido de Sick Boy. Hasta su antisexismo se hallaba, pues, recubierto de interés machista. Los tíos son unos capullos lamentables, pensó para sí.

Mientras Dianne desmontaba, Renton caía en una maravillosa somnolencia, resuelto a despertarse durante la noche y darle más al sexo. Estaría más relajado, pero más activo también, y le enseñaría de lo que era capaz ahora que acababa de romper aquella mala racha. Se comparó con un delantero que acababa de superar una temporada de vacas flacas frente a la meta, y ahora no podía esperar a que llegara el siguiente partido.

Se quedó totalmente cortado, por consiguiente, cuando Dianne dijo: «Tienes que irte.»

Antes de que pudiera discutir, ella salió de la cama. Se puso las bragas para recoger su espeso esperma cuando empezó a abandonar su cuerpo y escurrirse por el interior de sus muslos. Por primera vez él empezó a pensar en el sexo sin protección con penetración incluida y el riesgo del virus. Se hizo la prueba después de la última vez que compartió, así que estaba fuera de peligro. Ella le preocupaba, sin embargo; pensaba que cualquier persona capaz de acostarse con él era capaz de acostarse con quien fuera. Sus intenciones de desterrarle ya habían hecho añicos su frágil ego sexual, convirtiéndole de impasible semental en tembloroso inepto en un espacio de tiempo deprimentemente corto. Pensó que sería muy propio de él coger el sida de un solo polvo después de haber compartido agujas durante años, aunque no las grandes jeringuillas comunitarias preferidas en los chutódromos.

«¿Pero no podría quedarme aquí?» Se oyó a sí mismo con una voz confusa de alfeñique, con un tono del que Sick Boy se habría mofado sin piedad de haber estado presente. Dianne le miró fijamente y sacudió la cabeza. «No. Puedes quedarte en el sofá. Si estás callado. Si ves a alguien, aquí no ha pasado nada. Ponte algo encima.»

De nuevo, cohibido por la incongruencia de sus pelos púbicos rojos, no tuvo reparos en complacerla.

Dianne guió a Renton hasta el sofá del cuarto de estar. Le dejó temblando en calzoncillos antes de regresar con un saco de dormir y su ropa.

«Lo siento», susurró, dándole un beso. Se morrearon un rato y él empezó a empalmarse otra vez. Cuando intentó meter la mano por dentro de su albornoz ella le detuvo.

«Tengo que irme», le dijo con firmeza.

Dianne se fue, dejando a Renton vacío y confuso. Se tumbó en el sofá, se metió en el saco de dormir y cerró la cremallera. Se quedó despierto en la oscuridad, intentando definir los contenidos de la habitación.

Renton se imaginaba que los compañeros de piso de Dianne serían unos hijoputas austeros que desaprobarían el que se trajese a alguien a dormir. Quizá, decidió, ella no quería que pensaran que ligaría con un desconocido, se lo traería y se lo follaría así sin más. Estimuló su ego diciéndose que era su chispeante ingenio y su belleza única, si bien imperfecta, lo que había barrido su resistencia. Casi llegó a creérselo.

Al final cayó en un sopor irregular, marcado por algunos extraños sueños. Aunque era propenso a los sueños estrafalarios, éstos le perturbaron al ser particularmente vivos y sorprendentemente fáciles de recordar. Estaba encadenado a una pared en una habitación blanca iluminada por neones azulados, viendo a Yoko Ono y Gordon Hunter, el defensa de los Hibs, masticar la carne y los huesos de cuerpos humanos descuartizados que yacían sobre una serie de encimeras de fórmica.

Ambos le arrojaban espantosos insultos, la sangre goteándoles de la boca mientras arrancaban jirones de carne y masticaban vigorosamente entre maldiciones. Renton sabía que él era el siguiente en el festín. Intentó arrastrarse un poco ante «Geebsie» Hunter, contándole que era un gran fan suyo, pero el defensa de Easter Road estuvo a la altura de su intransigente reputación y se limitó a reírsele a la cara. Fue un gran alivio cuando el sueño cambió y Renton se encontró desnudo, cubierto de cagarrinas y comiéndose un plato de huevo, tomate y pan frito con un Sick Boy completamente vestido junto a Water of Leith. Después soñó que era seducido por una hermosa mujer que sólo llevaba puesto un bañador de dos piezas hecho de papel de aluminio. De hecho la mujer era un hombre, y estaban follándose el uno al otro lentamente por diferentes agujeros del cuerpo que despedían una sustancia que parecía espuma de afeitar.

Se despertó al oír el sonido de cubiertos y el olor del beicon friéndose. Vio de un vistazo la espalda de una mujer que no era Dianne, desapareciendo hacia una pequeña cocina justamente al lado del cuarto de estar. Después sintió un espasmo de temor al oír una voz de hombre. Lo último que Renton quería oír estando de resaca en un lugar extraño, con sólo los gallumbos puestos, era una voz masculina. Jugó a estar dormido.

Subrepticiamente, por debajo de los párpados, tomó nota de un tío de su altura, quizá menos, entrando en la cocina. Aunque hablasen en voz baja, los oía.

«Así que Dianne ha vuelto a traer a otro amigo», dijo el hombre. A Renton no le gustó el tono ligeramente burlón de la palabra «amigo».

«Mmm. Pero calla. No empieces a ponerte desagradable, y sacar precipitadamente conclusiones equivocadas otra vez.»

Les oyó regresar al cuarto de estar, y después marcharse. Rápidamente se puso la camiseta y el jersey. Después abrió el saco y sacó las piernas de encima del sofá y se metió en los vaqueros casi en un solo movimiento. Doblando el saco de dormir cuidadosamente, encajó los cojines del sofá en su lugar. Sus calcetines y zapatillas olían cuando se los puso. Esperó que nadie se hubiese dado cuenta, pero de modo tan fútil que a él mismo le resultaba obvio.

Renton estaba demasiado nervioso para sentirse agotado; no obstante, notaba la resaca; acechaba en la sombra como un atracador infinitamente paciente, matando el rato antes de salir a darle un buen repaso.

«Hola.» La mujer que no era Dianne había vuelto a entrar.

Era guapa, con ojos grandes y una mandíbula fina y en punta. Pensaba que la conocía de algún sitio.

«Hola. Yo soy Mark, por cierto.» Ella no se presentó. En vez de eso, buscó más información sobre él.

«¿Así que eres amigo de Dianne?» Su tono era ligeramente agresivo. Renton

decidió jugar a lo seguro y contar una mentira que no sonara demasiado descarada, y que por tanto podría ser enunciada con algo de convicción. El problema residía en que había desarrollado la habilidad del yonqui para mentir con convicción y ahora mentía más convincentemente de lo que decía la verdad. Titubeó, pensando que es más fácil sacar a un yonqui del jaco que sacarle de su conducta de yonqui.

«Bueno, ella es más bien amiga de una amiga. ¿Conoces a Lisa?»

Ella asintió. Renton continuó, entrando en calor, hallando el reconfortante ritmo del engaño.

«Bueno, esto resulta un pelín embarazoso. Ayer era mi cumpleaños, y debo confesar que acabé bastante borracho. No sé cómo, perdí las llaves de casa, y mi compañero de piso está en Grecia de vacaciones. Me quedé tirado. Podría haber vuelto a casa y forzado la puerta, pero en el estado en que me hallaba, simplemente no podía pensar con claridad. ¡Probablemente me habrían detenido por entrar a la fuerza en mi propio piso! Afortunadamente conocí a Dianne, que tuvo la amabilidad de dejarme dormir en el sofá. Tú eres su compañera de piso, ¿verdad?»

«Ah… bueno, en cierto modo», se rió extrañamente, mientras él luchaba por entrar en onda. Algo no encajaba.

Vino el hombre y se unió a ellos. Inclinó la cabeza secamente hacia Renton, quien le devolvió una débil sonrisa.

«Éste es Mark», le dijo la mujer.

«Vale», dijo el tío con indiferencia.

Renton pensó que parecían aproximadamente de su edad, quizá un poco mayores, pero era un desastre en ese terreno. Dianne era obviamente un poco más joven que todos ellos. Quizá, se permitió especular, sintiesen algún tipo de perversos sentimientos paternales hacia ella. Había notado eso en la gente mayor. A menudo tratan de controlar a la gente más joven, más dicharachera y más vivaz, debido habitualmente a que se sienten celosos de las cualidades que la gente más joven posee y de las que ellos carecen. Disfrazan estas carencias con una actitud benigna y protectora. Podía percibir esto en ellos, y sintió una creciente hostilidad.

De repente a Renton le sacudió una oleada de impresiones que amenazaron con dejarle K.O. Una chica entró en la habitación. Al verla, se le vino encima una sensación fría. Era una doble de Dianne, pero esa chica parecía tener apenas la edad de ir al instituto.

Le costó unos segundos darse cuenta de que aquélla era Dianne. Renton supo instantáneamente por qué las mujeres, cuando se refieren a la eliminación del maquillaje, dicen a menudo «voy a quitarme la careta». Dianne parecía tener unos diez años. Ella vio el shock en su cara.

Renton miró a la otra pareja. Su actitud hacia Dianne era paternalista precisamente porque *eran* sus padres. Renton se sintió tremendamente estúpido por

no haberse dado cuenta antes, tanto era el parecido de Dianne con su madre.

Se sentaron a desayunar mientras los padres de Dianne interrogaban suavemente a un atolondrado Renton.

«¿A qué te dedicas entonces, Mark?», le preguntó la madre.

No se dedicaba a nada, al menos laboralmente hablando. Formaba parte de un sindicato que operaba un sistema de fraudes con los cheques del paro, y percibía subsidios en cinco direcciones diferentes, una en Edimburgo, Livingston y Glasgow, y dos en Londres, en Sheperd's Bush y Hackney. Defraudar de esta forma al gobierno siempre le había hecho sentirse virtuoso, y le resultaba difícil permanecer discreto acerca de sus hazañas. Sabía no obstante que tenía que ser así, pues había hijos de puta mojigatos, fariseos y entrometidos en todas partes, al acecho para poder dar el soplo a la autoridad. Renton pensaba que se merecía ese dinero, puesto que las habilidades gestoras empleadas para mantener semejante estado de cosas eran bastante complicadas, sobre todo para alguien que lucha por controlar una adicción a la heroína. Tenía que censarse en distintas partes del país, coordinarse con otros miembros del sindicato en las direcciones donde se depositaban los cheques, y bajar a dedo a las primeras de cambio para entrevistas en Londres cuando Tony, Caroline o Nicksy le daban el soplo por teléfono. Su cheque de Sheperd's Bush se hallaba en entredicho en estos momentos porque había rechazado la emocionante oportunidad de hacer carrera trabajando en el Burger King de Notting Hill Gate.

«Soy encargado de la sección de museos del Departamento de Ocio del Consejo de Distrito. Trabajo con la colección de historia social, con base en el People's History en High Street», mintió Renton, buceando en su carpeta de falsas identidades laborales.

Parecían impresionados, si bien algo perplejos, y ésa era justamente la reacción que estaba deseando. Animado, intentó ganar aún más puntos de boy-scout proyectándose como un tipo modesto que no se toma en serio a sí mismo, y añadió humildemente: «Revuelvo en la basura de la gente en busca de las cosas que han desechado y las presento como auténticos artefactos históricos de la vida cotidiana de los trabajadores. Después me aseguro de que no caigan en pedazos cuando están expuestos.»

«Para eso hace falta seso», dijo el padre, dirigiéndose a Renton, pero mirando a Dianne. Rentan no podía mirar a la hija. Se daba cuenta de que ese modo de evitarlo probablemente levantaría más sospechas que cualquier otra cosa, pero sencillamente no podía mirarla.

«Yo no diría eso», se encogió de hombros Renton.

«No, pero cualificaciones sí.»

«Sí, bueno, tengo una licenciatura en Historia por la Universidad de Aberdeen.» Esto, en realidad, casi era cierto. Consiguió entrar en la Universidad de Aberdeen, y

encontró fácil el curso, pero se vio obligado a dejarlo a mitad del primer año después de agotar el dinero de la beca en drogas y prostitutas. A él le parecía que se convertía así en el primer estudiante en la historia de la Universidad de Aberdeen en follarse a alguien que no lo era. Reflexionando, pensó que era mejor hacer historia que estudiarla.

«La educación es importante. Es lo que siempre le estamos diciendo a esta de aquí», dijo el padre, aprovechando nuevamente la oportunidad de darle un toque a Dianne. A Renton no le gustaba su actitud, y se gustaba menos aún a sí mismo por su colusión tácita con ella. Se sentía como un tío pervertido de Dianne.

Fue precisamente cuando pensaba conscientemente: Por favor, que esté a punto de terminar el curso preuniversitario, cuando la madre de Dianne hizo añicos esa perspectiva de limitación de daños.

«Dianne va a examinarse de los niveles O en Historia el año que viene», sonrió, «y de francés, inglés, arte, matemáticas y aritmética», continuó orgullosamente.

Renton se encogió por dentro por enésima vez.

«A Mark no le interesa eso», dijo Dianne, tratando de sonar superior y madura, condescendiente con sus padres, del modo en que lo hacen los críos desprovistos de poder que se convierten en el «tema» de una conversación. A la manera, pensaba trémulamente Renton, en que *él* lo hacía muchas veces cuando su viejo y su vieja la emprendían contra él. El problema era que Dianne parecía tan malhumorada, tan infantil, que lograba el efecto opuesto al que pretendía.

La mente de Renton estaba haciendo horas extra. *Estupro, así lo llaman. Pueden llegar a encerrarte por ello. Ya lo creo que pueden, y luego tiran la llave. Te etiquetan como delincuente sexual; conseguiría que me partieran la cara a diario en Saughton. Delincuente sexual. Violador infantil. Pederasta. Corto de vista*. Ya oía en aquel mismo instante a las galerías de psychos, cabrones, se paró a pensar, como Begbie: «Oí que la chavalilla sólo tenía seis años.» «Me dijeron que fue violación.» «Podría haber sido tu cría o la mía.» Joder, pensó, temblando.

El beicon que se estaba comiendo le daba asco. Había sido vegetariano durante años. No tenía nada que ver con la política o la moral; simplemente odiaba el sabor de la carne. No dijo nada sin embargo, tal era el deseo que tenía de quedar bien con los padres de Dianne. Donde fue inflexible fue con la salchicha, sin embargo, pues estimaba que aquellas cosas estaban llenas de veneno. Pensando en todo el jaco que se había metido, reflexionó burlonamente para sí: Tienes que tener cuidado con lo que te metes en el cuerpo. Se preguntó si a Dianne le gustaría, y empezó a reírse disimulada pero incontrolablemente, por los nervios, ante su espantoso doble sentido.

Débilmente, intentó disimular sacudiendo la cabeza y contando un cuento, o más bien, reinventándolo. «Dios, qué idiota soy. Vaya un estado en el que estaba anoche. Realmente no estoy acostumbrado beber. Con todo, supongo que sólo se tienen

veintiún años una vez.»

Los padres de Dianne parecían tan poco convencidos como Renton por esta última observación. Tenía veinticinco tirando a cuarenta. Pese a todo, escucharon educadamente. «Perdí la chaqueta y las llaves, como iba diciendo. Menos mal que estaba Dianne, y vosotros. Habéis sido muy amables dejándome pasar la noche aquí y haciendo un desayuno tan bueno esta mañana. Me siento muy mal por no poder terminar esta salchicha, pero es que estoy tan lleno. No estoy acostumbrado a los grandes desayunos.»

«Estás demasiado flaco, eso es lo que te pasa», dijo la madre.

«Eso es lo que pasa por ir a vivir a un piso. El este es el este y el oeste es el oeste, pero como el hogar no hay nada», dijo el padre. Hubo un silencio nervioso ante este imbécil comentario. Avergonzado, añadió: «Bueno, eso es lo que dicen.» A continuación aprovechó la oportunidad para cambiar de tema. «¿Cómo vas a entrar en el piso?»

Ese tipo de gente asustaba a Mark de la hostia. A él le parecía que tenían aspecto de no haber hecho nada ilegal en su vida. No era de extrañar que Dianne hubiese salido así, ligando en los bares con desconocidos. Aquella pareja le parecía obscenamente saludable. El pelo del padre empezaba a escasear ligeramente, había leves patas de gallo en los ojos de la madre, pero cualquier espectador los hubiera colocado en el mismo grupo de edad que el suyo, con la salvedad de que a ellos los hubiera descrito como más sanos.

«No tendré más remedio que forzar la puerta. Sólo lleva un cierre Yale. Ha sido una auténtica tontería. Llevo un montón de tiempo pensando en conseguir un cerrojo de seguridad. Menos mal que aún no lo he hecho. Hay un portero automático en la escalera, pero los de al lado me dejarán entrar.»

«Podría echarte una mano. Soy carpintero. ¿Dónde vives?», preguntó el padre. Renton estaba un poco pasmado, pero contento de que se hubieran tragado el rollo.

«No hay problema. Yo mismo fui aprendiz antes de ir a la Uni. Gracias por el ofrecimiento de todos modos.» Esto, de nuevo, era cierto. Era raro estar contando la verdad, se encontraba muy cómodo con el engaño. Le hacía sentirse real, y por consiguiente vulnerable.

«Fui aprendiz en Gillsland’s, en Gorgie», añadió, azuzado por las cejas levantadas del padre.

«Conozco a Ralphy Gillsland. Un borde miserable», bufó el padre, ahora con una voz más natural. Habían llegado a un punto de contacto.

«Una de las razones por las que ya no estoy en el oficio.»

Renton se quedó helado al sentir la pierna de Dianne frotarse contra la suya bajo la mesa. Tragó el té deprisa.

«Bueno, tendré que ponerme en marcha. Gracias otra vez.»

«Espera, me arreglaré y te acompañaré al centro.» Dianne se levantó y salió de la habitación antes de que él pudiera protestar.

Renton hizo descorazonados intentos de ayudar a recoger, antes de que el padre le escoltase hasta el sofá y la madre se ocupara de la cocina. Tenía el corazón en un puño, esperando el ya-sé-de-qué-pie-cojeas-cabrón cuando se quedasen solos. Sin embargo, no hubo ni pizca de eso. Hablaron de Ralphy Gillsland y de su hermano Colin, que se había suicidado, cosa que a Renton le agradó saber, y de otros tíos que ambos conocían del trabajo.

Hablaron de fútbol, y el padre resultó ser un fan de los Hearts. Renton era seguidor de los Hibs, que no habían tenido una buena temporada contra sus rivales locales; no habían tenido una buena temporada contra nadie, y el padre no desperdició un segundo en recordárselo.

«A los Hibbies no les ha ido muy bien contra nosotros, ¿verdad que no?»

Renton sonrió, contento por vez primera, por otras razones además de las sexuales, de haberse follado a la hija de aquel hombre. Era increíble, decidió, cómo cosas como el sexo y los Hibs, que no significaban nada para él cuando estaba con el caballo, de pronto se volvían importantísimas. Especuló con que sus problemas de drogas podrían estar relacionados con el pobre rendimiento de los Hibs durante los ochenta.

Dianne estaba lista. Con menos maquillaje que la noche pasada, aparentaba unos dieciséis años, dos más de los que tenía. Al llegar a la calle, Renton se sintió aliviado de abandonar la casa, pero un poco avergonzado por si les veía alguien que le conociese. Tenía algunos conocidos en la zona, en su mayoría picotas y traficantes. Pensarían, si se lo encontraran en ese momento, que se había metido a proxeneta.

Cogieron el tren desde South Gyle hasta Haymarket. Dianne cogió de la mano a Renton durante el recorrido, y habló sin parar. Estaba aliviada de verse libre de la influencia inhibitoria de sus padres. Quería investigar a Renton con más detalle. Podría ser una fuente de chocolate.

Renton pensaba en la noche pasada y le recorrió un escalofrío al preguntarse qué había hecho Dianne y con quién para obtener tal experiencia sexual y tal confianza. Se sentía como si tuviera cincuenta y cinco años en vez de veinticinco, y estaba seguro de que había gente mirándoles.

Renton tenía aspecto desaliñado, sudoroso y agotado con la ropa de la noche anterior. Dianne llevaba leggings negros, de esos tan finos que casi parecen medias, con una minifalda blanca por encima. Cualquiera de ambas prendas, pensó Renton, habría bastado por sí sola. Un tío la miró en Haymarket Station mientras esperaba a que Renton comprase un *Scotsman* y un *Daily Record*. Lo notó y, extrañamente enfurecido, se encontró mirando fija y agresivamente al tío hasta que éste miró para otro lado. Quizá, pensó, se trataba de una proyección de lo mucho que se aborrecía a

sí mismo.

Entraron en una tienda de discos en Dalry Road, y repasaron algunas portadas de elepés. Renton se hallaba ahora bastante inquieto, pues su resaca crecía rápidamente. Dianne no paraba de pasarle portadas de discos para que las examinara, anunciando que éste era «de puta madre» y aquel otro «magnífico». Él pensaba que la mayoría era una mierda, pero estaba demasiado nervioso para discutir.

«¡Hombre, Rents! ¿Cómo estás, tío?» Una mano le golpeó en el hombro. Sintió brevemente cómo su esqueleto y su sistema nervioso central se salían de su piel, como los cables a través de la plastilina, para regresar después. Se volvió y vio a Deek Swan, el hermano de Johnny Swan.

«No muy mal, Deek. ¿Tú qué vida llevas?», contestó con una estudiada naturalidad que desmentía el acelerón de su pulso.

«No estoy mal, jefe, no estoy mal.» Deek se dio cuenta de que Renton estaba acompañado, y le lanzó una mirada perspicaz. «Tengo que najar y tal. Ya nos veremos. Dile a Sick Boy que me dé un toque si le ves. El cabrón me debe veinte machacantes.»

«A ti y a mí, colega.»

«Su palabra no vale nada. De todas formas, nos vemos, Mark», dijo volviéndose hacia Dianne. «Hasta luego, muñeca. Tu hombre es demasiado tosco como para presentarnos. Será el amor. Cuidado con este elemento.» Sonrieron incómodamente ante esta primera definición exterior, mientras Deek se marchaba.

Renton se dio cuenta de que tenía que estar solo. Tenía una resaca brutal y no podía con todo aquello.

«Eh, mira, Dianne… tengo que najar. He quedado con algunos colegas en Leith. El fútbol y eso.»

Dianne levantó la vista con un avispado y hastiado gesto de discernimiento, acompañado de lo que Renton pensó eran unos extraños chasquidos de lengua. Le molestaba que se fuera antes de que pudiera preguntarle por el hachís.

«¿Cuál es tu dirección?» Sacó un bolígrafo y un trozo de papel del bolso. «La de Forrester Park no», añadió. Renton apuntó su verdadera dirección de Montgomery Street simplemente porque estaba demasiado follao para inventarse una falsa.

Cuando ella se marchó, sintió un poderoso acceso de autoaborrecimiento. No estaba seguro de si procedía de haberse ido a la cama con ella o de saber que de ningún modo podía hacerlo de nuevo.

Sin embargo, esa noche oyó sonar el timbre. Estaba pelado, de modo que ese sábado por la noche se había quedado en casa viendo *Braddock: Desaparecido en Acción 3* en el vídeo. Abrió la puerta y allí estaba Dianne. Arreglada, quedó restituida al mismo estado apetecible de la noche anterior.

«Adelante», dijo, preguntándose si le costaría mucho ajustarse a un régimen



carcelario.

Dianne pensó que podía oler hachís. Esperaba de verdad que así fuera.

Paseando por los Meadows[45]

Los pubs están que no paran y tal, llenos de loco-lugareños y festivaleros, tomándose un tirito antes de dirigirse al siguiente show. Algunos de los shows no parecen malos… un poco fuertes por lo tocante a la tela, sin embargo, y tal.

Begbie se ha meado en los vaqueros…

«¿Te has meado en los gallumbos, Franco?», le pregunta Rents, señalando una zona húmeda sobre el desgastado algodón azul.

«¡Los cojones me voy a mear! Sólo es puta agua. Lavándome las putas manos. Claro que tú no tendrías puta idea de eso, capullo pelirrojo. Este capullo es alérgico al agua, sobre todo si se mezcla con puto jabón.»

Sick Boy está rastreando el bar en busca de mujeres… loco por las titis ese chaval. Es como si después de un rato en compañía de tíos se aburriese. Quizá por eso se le dan tan bien las mujeres; como si tuviera que ser así. Sí, eso podría ser. Matty está hablando silenciosamente consigo mismo, sacudiendo la cabeza. Hay, cómo te diría, algo que le falla a Matty… no sólo el jaco. Es su mente, como una mala depresión y tal.

Renton y Begbie están discutiendo. Más vale que Rents tenga cuidado con lo que hace y eso. Ese Begbie, tío, es como te digo… ése es un jodido gato salvaje. Nosotros sólo somos tipos felinos ordinarios. Gatos domésticos, digamos.

«Esos cabrones tienen la puta guita. Tú eres el capullo que siempre está dale que te pego con lo de matar a los ricos y toda esa mierda de la anarquía. ¡Ahora te cagas para escaquearte!», se mofa Begbie de Rents, y está como muy feo y eso; esas cejas oscuras sobre esos ojos más oscuros aún, ese espeso pelo negro, ligeramente más largo que el de un skinhead.

«No es cuestión de cagarse para escaquearse, Franco. Sencillamente no me va. Estamos teniendo un palique chachi aquí. Tenemos el speed y el éxtasis. Vamos a disfrutar, podemos ir a un club de rave en vez de merodear por los putos Meadows toda la noche. Tienen una carpa de teatro grande que te cagas, y unas putas ferias puestas. Estará infestado de policías. Es demasiado puto agobio, tío.»

«Yo no voy a ningún puto club de rave. Tú mismo dijiste que son para críos.»

«Sí, pero eso fue antes de que fuera a uno.»

«Pues yo no voy a ir a ninguno. Así que vámonos de pub en pub a agarrar a algún capullo en los putos lavabos.»

«Nah. No me sale.»

«¡Jodido cagao! Aún te estás cagando en los gallumbos por lo del otro fin de semana en el Bull and Bush.»

«No es cierto. Es sólo que fue innecesario, eso es todo. Todo el puto número.»

Begbie miró a Rents y tal, realmente tenso en su asiento. Se está echando hacia adelante, y pensé que el tío iba a darle una leche a Rent Boy, digamos, sabes.

«¿Eh? ¡Eh! ¡Ya te daré yo putos innecesarios a ti, so mamón!»

«Venga, Franco. Tómatelo con calma, tío», dice Sick Boy.

Begbie parece darse cuenta de que se está pasando, digamos, incluso para ser él. Esconde las garras, gato. Muéstrale al mundo las almohadillas. Este tío es un gato malo, una gran pantera mala.

«Curramos a un puto yanqui. ¿Qué más te da? ¡El capullo espabilao se merecía todo lo que se llevó! Además, a ti no te vi mirando para otro lado cuando estábamos en el jodido reservado del Barley repartiendo el puto botín.»

«El tío acabó inconsciente en el hospital, perdió un montón de puta sangre. Salió en el *News*…»

«¡Pero ahora el cabrón está bien! ¡Lo dice ahí! Al cabrón no le hicimos ningún daño. Y aunque se lo hubiéramos hecho, ¿qué cojones importa? Un puto capullo de americano rico que no debería estar aquí en primer lugar. ¿A quién le importa un carajo ese capullo? Y tú, cacho cabrón, tú ya has rajado a algún capullo; Eck Wilson, en el colegio, así que no empieces a tener tantos remilgos.»

Eso hace que Rents más o menos se calle porque odia hablar de aquello y tal, pero fue una de esas cosas que pasan, ¿sabes? Eso sólo fue darle un zarpazo a algún gato que te estaba arañando y tal, no, digamos, planear currar a algún desgraciao. Pero el Pordiosero no ve la diferencia. Fue chungo no obstante, verdaderamente repugnante, digamos… el yanqui, el muchacho y tal, sencillamente no estaba dispuesto a entregar la cartera, ni siquiera cuando Begbie sacó el baldeo, digamos… las últimas palabras que le oí decir al tipo fueron: No vas a usar eso.

Begbie se volvió loco que te cagas, se pasó tanto con la labor de cuchillería y tal, sabes, que casi nos olvidamos la cartera y todo. Yo metí mano a los bolsillos del tío y la pesqué mientras Begbie le pateaba la cara. La sangre fluía hasta la letrina, mezclándose con el pis. Feo, feo, feo, tío, como lo oyes, ¿sabes? Aún tiemblo al pensarlo. Me echo en la cama y me estremezco y tal. Siempre que veo a un elemento que se parece a nuestro mamoncete, Richard Hauser de Des Moines, Iowa, USA, me quedo petrificado, digamos. Siempre que oigo una voz yanqui por el centro, me quedo helado. La violencia es fea que te cagas, tío. El Pordiosero, nuestro querido y viejo Franco, nos violó como quien dice, esa noche nos violó a todos, nos la metió por el culo y nos pagó lo nuestro, como si fuéramos unas putas, tío, ¿entiendes cómo te digo? Mal gato el Pordiosero. Un gato muy, muy salvaje.

«¿Quién viene? ¿Spud?» Begbie me habla a mí. Se está mordiendo el labio inferior.

«Eh, digamos… eh… la violencia y eso… en realidad no es mi rollo… yo me voy

a quedar a ponerme hasta el culo… y eso, ¿sabes?»

«Otro capullo acojonao», dice dándome la espalda… no está decepcionado, pues no espera nada de mí en esta clase de rollo y tal… lo cual puede ser bueno y puede que no, pero quién sabe de verdad de qué va el tema estos días que corren, ¿entiendes?

Sick Boy dice algo acerca de ser un amante, no un peleador, y Begbie está a punto de decir algo, cuando salta Matty: «Yo estoy por la labor.»

Eso desvía la atención de Begbie de Sick Boy. El Pordiosero empieza entonces a cantar las alabanzas de Matty y tal, y nos llama todos los capullos acojonaos bajo el sol; pero para mí que el capullo acojonao es Matty, digamos, porque él es el bailongo que traga con todo lo que dice Franco… a mí en realidad nunca me gustó Matty… un elemento muy hecho polvo. Los colegas se toman el pelo unos a otros y tal, pero cuando Matty se mete contigo, es, digamos, que puedes sentir más que eso, puedes sentir… digamos, odio, ¿sabes? El simple hecho de estar contento. Ése es el delito cuando Matty anda por medio. No soporta ver a un tipo contento, digamos.

Me doy cuenta de que nunca veo a Matty a solas, digamos. A veces sólo somos yo y Rents… o sólo yo y Tommy… o sólo yo y Rab… o sólo yo y Sick Boy… o incluso sólo yo y el Generalísimo Franco… pero nunca sólo yo y Matty. Eso quiere decir algo más o menos, digamos.

Estos gatos malos abandonan el cesto para ir a acechar su presa, y el ambiente es como… de puta madre. Sick Boy saca algo de éxtasis. Palomas blancas, me parece. Es un tema de locura. La mayor parte del éxtasis no tiene dentro nada de MDMA, es sólo mitad ácido, mitad speed en sus efectos, ¿sabes cómo te digo?… pero el que yo he tomado es siempre igual que el buen speed, ¿sabes? Este tema, sin embargo, es puramente freaky, puramente zappiano, tío… ésa es la palabra, zappiano… estoy pensando en Frank Zappa con Joe’s Garage y la nieve amarilla y princesas judías y chicas católicas y pienso que sería realmente estupendo tener una hembra… a la que amar, digamos… no para follar y tal, bueno, no sólo para follar… sino para amar, porque me siento como con ganas de amar a todo el mundo, pero no a través del sexo y tal… simplemente tener a alguien a quien amar… pero, digamos, Rents tiene a esa Hazel y Sick Boy… bueno, Sick Boy tiene toneladas de periquitas… pero estos tipos no parecen más felices que moi…

«La hierba del otro siempre es más verde, el sol brilla más por el otro lado…», joder, estoy cantando, ya te digo, yo nunca canto… tengo algo de mandanga y estoy cantando… estoy pensando en la hija de Frank Zappa, Moon, digamos… ella me iría muy bien… andar por ahí con su viejo… en el estudio de grabación… sólo para ver el proceso creativo y tal, ya sabes, el proceso creativo…

«Esto es de puta locura… tengo que mover o me apalancaré…» Sick Boy tiene las manos sobre la cabeza.

La camisa de Renton está desabrochada y está como sobándose los pezones y tal…

«Spud… mira mis pezones… están raros de cojones, tío… nadie tiene pezones como los míos…»

Le estoy hablando del amor y Rents me dice que el amor no existe, que es como la religión, y que el Estado quiere que creas en ese tipo de bazofia para poder controlarte y liarte la cabeza… algunos tipos no saben disfrutar sin sacar la política a colación, sabes… pero él no me deprime… porque es como que él mismo no se lo cree… porque… porque nos reímos de todo lo que vemos… el tipo loco de la barra con los capilares reventados en el careto… la festivalera esnob inglesa que tiene una cara como si se acabasen de tirar un pedo debajo de su nariz…

Sick Boy dice: «Vámonos para los Meadows a tomarles el puto pelo a Begbie y Matty… ¡¡esos aburridos capullos desenganchados, macarras y barriobajeros!!»

«Ar-ries-ga-do, socio, ar-ries-ga-do… es puro mangui, digamos…», digo yo.

«Hagámoslo por la afición», dice Rents. Él y Sick Boy sacaron eso de un programa de los Hibs que anunciaba el torneo de fútbol de pretemporada en la isla de Man. Sale el mandamás de los Hibs Alex Miller con una pinta de ir totalmente fumao en la foto, con un pie de página que dice, digamos, «Hagámoslo por la afición». Siempre que hay drogas de por medio… eso es lo que dicen.

Salimos flotando del pub y cruzamos la calle hasta los Meadows. Empezamos a cantar, a lo Sinatra y tal, con exageradas voces americanas de Nueva York:

Yoo en I, were justa like-a kapil aff taahts
strollin acrass the Meadows
pickin up laahts aff farget-me-naahts.[46]

Hay dos chicas bajando por el camino hacia nosotros y tal… las conocemos… son Roseanna y Jill, digamos… dos gatitas totalmente melosas, de ese colegio pijo, ¿es Gillespie’s o Erskine’s?… siempre andan por el Southern, digamos, por la música, las drogas, las experiencias…

…Sick Boy estira los brazos y coge a la pequeña Jill en un abrazo de oso, y Rents hace lo mismo con Roseanna… a mí me dejan mirando las nubes, ya te digo, el señor Picha de Recambio en un congreso de putas.

Están venga a morrearse. Esto es cruel, tío, cruel. Rents se separa el primero, pero sigue abrazado a Roseanna. Con Rents es como una broma, ya te digo… eso sí… esa periquita con la que se enrolló Rents en Donovan’s no era tan mayor. ¿Cómo se llamaba? ¿Dianne? Mal tipo, Rents. Sick Boy, bueno, Sick Boy ha acorralado a la pequeña Jill contra un árbol y tal.

«¿Cómo te va, muñeca? ¿En qué andas?», le pregunta.

«Vamos al Southern», dice ella, un poco ciega… ¿una princesita ciega judía? No tiene un solo desperfecto en la cara… guau, estas chicas intentan comportarse con

naturalidad, pero están un poco nerviosas con Rents y Sick Boy. Dejarían a esos demacrados superestrellas yonquis hacer lo que fuera con ellas y tal. Unas chicas realmente enrolladas les cruzarían la jeta, digamos, y se limitarían a mirar cómo los bastardos se desmoronaban a sus pies. Estas chicas están jugando a ese juego… están pasando por la fase de decepcionar-a-mamá-y-papá-pijos… no es que Rents se aprovecharía, eso sí, supongo que ya lo habrá hecho, pero Sick Boy es otro asunto. Tiene las manos dentro de los vaqueros de la pequeña Jill…

«Conozco a las chicas como vosotras, ahí es donde escondéis las drogas…»

«¡Simon! ¡No llevo nada encima! ¡Simon! ¡Siiimoon!…»

Percibiendo un sirocazo inminente, más o menos deja marchar a la chica. Todo dios se ríe nervioso, intentando hacer como si todo fuese un gran juego digamos, y entonces se marchan.

«¡A lo mejor nos vemos esta noche, muñecas!», grita Sick Boy tras ellas.

«Sí… por el Southern», grita Jill, caminando de espaldas.

Sick Boy se da como una palmada en el muslo. «Tendría que haber llevado a esos yogurcitos de vuelta al queo y haberles dado hasta hacerles perder el sentido. Las muy putillas estaban pidiéndolo a gritos.» Era como si se lo dijera más a sí mismo que a mí y Rents.

Rents empieza a gritar y gesticular.

«¡Si! ¡Hay una puta ardilla a tus pies! ¡Mátala!»

Sick Boy es el que más cerca está, e intenta atraerla, pero la ardilla se retira un poco más lejos, moviéndose de una forma realmente extraña, arqueando todo su cuerpo y tal. Una cosilla mágica de color gris plateado… ¿sabes?

Rents coge una piedra y se la arroja a la ardilla. Yo me siento como chungo, el corazón se me salta de un latido cuando la piedra pasa zumbando muy cerca de la pequeña elementa. Va a recoger otra, riéndose como un maníaco, pero yo le detengo.

«Déjalo, tío. ¡La ardilla no molesta a nadie!» Odio la forma en que a Mark le mola hacerles daño a los animales… está mal, tío. No puedes quererte a ti mismo si quieres hacer daño a ese tipo de cosas… quiero decir… ¿qué esperanza hay? La ardilla es hermosa que te cagas. Está haciendo lo suyo. Es libre. Quizá sea eso lo que Rents no soporta. La ardilla es libre, tío.

Rents aún está riéndose mientras yo le retengo. Dos marrajas muy peripuestas nos echan el ojo al pasar frente a nosotros. Parecen como asqueadas. A Rents le asoma un fulgor en la mirada.

«¡ÉCHALE EL GUANTE A ESA CABRONA!», le grita a Sick Boy, pero asegurándose de que las manijas le oigan, «¡ENVUÉLVELA EN CELOFÁN PARA QUE NO REVIENTE CUANDO TE LA FOLLES!»

La ardilla se aleja danzando de Sick Boy, pero las marujas se dan la vuelta y parecen auténticamente asqueadas, como si fuéramos mierda, ¿sabes? Ahora me

estoy riendo y todo, pero todavía sujeto a Rents.

«¿Qué está mirando esa hijaputa chocho rancio? ¡Puta bruja de tertulia!», dice Rents lo bastante alto como para que le oigan las marujas.

Se dan la vuelta y aprietan el paso. Sick Boy grita: «¡A TOMAR POR CULO, CHOCHOS DEL DESIERTO DE GOBl!» Entonces se vuelve hacia nosotros y dice: «No sé para qué nos han entrado esas viejas perras. Nadie se las va a follar, ni siquiera aquí a estas horas. Preferiría meterla entre dos papeles de lija.»

«¡Vete a tomar por culo! Tú te follarías la primera brecha del amanecer[47] si tuviera pelos», dijo Rents.

Creo que se sintió mal por decir eso en cuanto lo hizo y tal, porque Dawn era una criíta que murió, la cría de Lesley, murió de esa muerte súbita y eso, digamos, y todo el mundo sabe más o menos que fue Sick Boy quien le hizo la cría…

Sin embargo, lo único que dice Sick Boy es: «Vete a tomar por culo, chupapollas. Tú eres el hombre de la perrera municipal. Todas las periquitas que yo me he follado, y las ha habido en abundancia, merecía la pena follárselas.»

Me acuerdo de una periquita de Stenhouse que se llevó una vez a casa Sick Boy cuando estaba pedo… realmente no podría decir que ella fuera nada especial… supongo que todo quisque tiene su talón de Aquiles, sabes.

«Eh, te acuerdas de aquella tía de Stenhouse, eh, ¿cómo se llama?»

«¡*Tú* no empieces a hablar! *Tú* no conseguirías echar un puto polvo en un burdel con la polla emparedada entre tarjetas de American Express y Access.»

Empezamos a meternos unos con otros, después caminamos un rato, pero empiezo a pensar en la pequeña Dawn, la cría, y en esa ardilla, libre y sin molestar a nadie… y ellos sencillamente la habrían matado, así sin más, sabes, ¿y para qué? Me pone malo de verdad, y triste, y furioso…

Voy a alejarme de esta gente. Me doy la vuelta y me alejo. Rents sale detrás de mí. «Venga, Spud… me cago en la hostia, ¿qué pasa?»

«Ibais a matar a esa ardilla.»

«Sólo es una puta ardilla, Spud. Son alimañas…», dice. Me rodea los hombros con el brazo.

«Quizá no sea más alimaña que tú o yo, digamos… quién decide qué es una alimaña… esas marujas peripuestas piensan que la gente como nosotros somos alimañas y tal. ¿Es que eso justificaría que nos mataran?», salgo yo.

«Perdona, Danny… sólo era una ardilla. Perdona, colega. Sé lo que piensas de los animales. Es sólo que… ya sabes lo que quiero decir, Danny, es como… joder, quiero decir, estoy hecho un lío, Danny. No lo sé. Begbie y eso… la mandanga. No sé lo que estoy haciendo con mi vida… es todo un follón, Danny. No estoy en onda. Perdona, tío.»

Hacía siglos que Rents no me llamaba «Danny», ahora no puede parar de hacerlo.

Parece realmente dolido, digamos.

«Eh… tranquilo, socio… sólo son animales y eso… no te preocupes por esa mierda… sólo estaba pensando en cosillas inocentes, como Dawn, la cría, sabes… no hay que hacer daño a las cosas y tal…»

Me agarra y me abraza. «Eres uno de los mejores, tío. Recuérdalo. No son la priva y las drogas quien habla, soy yo. Es sólo que te llaman el mayor mariconazo del mundo si les dices a otros tíos lo que sientes por ellos sin ir colocado…» Le doy una palmada en la espalda, y es como si quisiera decirle lo mismo, pero ya te digo, parecería que sólo lo digo porque él me lo ha dicho a mí primero. De todas formas se lo digo.

Oímos la voz de Sick Boy a nuestras espaldas. «Vosotros, jodido par de maricones. O vais detrás de esos árboles a follar o venís a ayudarme a encontrar al Pordiosero y a Matty.»

Rompemos nuestro abrazo y nos reímos. Los dos sabemos que Sick Boy, con todo el deseo que el fulano tiene de abrir todas las bolsas de basura de la ciudad, digamos, es uno de los mejores de todos y punto.

A tomar viento

Cortejando a la ruina

La expresión del juez parece oscilar entre la lástima y la aversión cuando dirige su mirada abajo, hacia Spud y yo en el banquillo.

«Robaron ustedes los libros de la librería Waterstone's con la intención de venderlos», declara. Vender putos libros. Y un huevo.

«No», digo yo.

«Sí», dice Spud, al mismo tiempo. Nos volvemos para mirarnos el uno al otro. Todo el tiempo que pasamos perfilando nuestro relato y el julandrón lo manda a tomar viento en dos minutos.

El juez deja escapar una aguda exhalación. Bien mirado, no es un curro de puta madre el que tiene, el cabrón. Debe hacerse bastante agotador tratar con manguis todo el día. Con todo, seguro que la paga es cojonudamente buena y nadie le ha pedido al cabrón que lo haga. Debería intentar ser un poco más profesional, un poco más pragmático, en vez de mostrar tanto su fastidio.

«Señor Renton, ¿no pretendía usted vender los libros?»

«Nah. Eh, no, su señoría. Eran para leer.»

«Así que lee usted a Kierkegaard. Háblenos de él, señor Renton», dice el cabrón en tono condescendiente.

«Me interesan sus conceptos de subjetividad y verdad, y en particular sus ideas acerca del albedrío; la idea de que la verdadera elección está hecha de duda e incertidumbre, y sin recurso a la experiencia o el consejo de otros. Podría sostenerse, con cierta justificación, que es ante todo una filosofía existencial burguesa y que por consiguiente buscaría minar el saber social colectivo. Sin embargo, también es una filosofía liberadora, porque cuando tal saber social es negado, la base del control social sobre el individuo se debilita y…», pero estoy empezando a divagar. Me paro en seco. Odian a los listillos. Es muy fácil buscarse una multa más gorda o una pena más larga, me cago en la puta. Deferencia, Renton, deferencia.

El juez resopla burlonamente. Como hombre educado que es, estoy seguro de que sabe mucho más acerca de los grandes filósofos que un plebeyo como yo. Joder, hay que tener seso para ser un puto juez. Ese puto trabajo no lo puede hacer un cabrón cualquiera. Casi oigo a Begbie decirle eso a Sick Boy al fondo de la sala.

«Y usted, señor Murphy, ¿pretendía usted vender los libros, como vende usted todo lo demás que hurta, a fin de financiar su adicción a la heroína?»

«Diana perfecta, tío… eh… acertaste, digamos», asintió Spud, su cara meditabunda deslizándose hacia la confusión.

«Usted, señor Murphy, es un delincuente habitual.» Spud se encoge de hombros

como queriendo decir: Culpa mía no es. «Los informes establecen que aún es usted adicto a la heroína. También es usted adicto al hurto, señor Murphy. La gente tiene que trabajar mucho para producir los bienes que usted roba continuamente. Otros tienen que trabajar duramente para ganar el dinero para adquirirlos. Los repetidos intentos para lograr que cesen estos pequeños pero persistentes delitos se han mostrado estériles hasta ahora. Por lo tanto, voy a imponerle una sentencia de cárcel de diez meses.»

«Gracias… eh, quiero decir… no hay problema y tal…»

El cabrón se vuelve hacia mí. Hostia puta.

«Usted, señor Renton, es un caso distinto. Los informes establecen que también usted es heroinómano; pero ha intentado controlar su drogadicción. Alega usted que su comportamiento fue inducido por la depresión experimentada debido a la abstinencia. Estoy dispuesto a aceptar esto. También estoy dispuesto a aceptar su alegato de que su intención al empujar al señor Rhodes era impedir que le agrediera, más bien que la de hacerle caer. Por tanto, le condeno a seis meses de libertad condicional siempre y cuando continúe usted buscando tratamiento apropiado para esa adicción. Los servicios sociales estarán al tanto de sus progresos. Aunque pueda aceptar que el cannabis que tenía usted en su posesión era para uso personal, no puedo exculpar el empleo de una droga ilegal; aun cuando usted alegue tomarla para combatir la depresión que sufre como resultado de su abstinencia de heroína. Por hallarse en posesión de esta droga controlada, será multado con cien libras. Le sugiero que en el futuro busque otros modos de combatir la depresión. En caso de que usted, como su amigo Daniel Murphy, no aproveche la oportunidad que se le presenta y aparezca de nuevo ante este tribunal, no dudaré en recomendar una sentencia de prisión. ¿Me expreso con claridad?»

Más claro que el agua, puto pero dócil cabronazo. Te quiero, sesomierda.

«Gracias, señoría. Tengo más que presente la decepción que he causado a mi familia y mis amigos y que en estos momentos estoy desperdiciando el valioso tiempo de este tribunal. No obstante, uno de los elementos clave de la rehabilitación es la capacidad de reconocer la existencia del problema. He asistido regularmente a la clínica, y sigo una terapia de mantenimiento, al habérseme recetado metadona y temazepam. He dejado ya de llamarme a engaño. Con la ayuda de Dios, venceré esta enfermedad. Gracias otra vez.»

El juez me mira atentamente para ver si hay algún signo de burla en mi rostro. Imposible detectarlo. Estoy acostumbrado a permanecer inexpresivo cuando le vacilo a Begbie. Más vale inexpresivo que tieso. Convencido de que no es basura, el torpe primo cierra la sesión. Yo camino hacia la libertad; el pobre Spud se come el marrón.

Un policía le hace señal de que se mueva.

«Lo siento, colega», digo, sintiéndome un tanto capullo.

«No hay problema, tío… me desengancharé del jaco, y Saughton está tope para el costo. Estará tirado, digamos…», dice mientras le escolta un mono con cara severa.

En el pasillo fuera de la sala mi madre viene y me da un abrazo. Parece cansada y tiene ojeras.

«Ay, chico, chico, ¿qué voy a hacer contigo?», dice.

«Estúpido bastardo. Esa mierda te matará.» Mi hermano Billy sacude la cabeza.

Iba a decirle algo al capullo. Nadie ha pedido que viniera, y sus groseras observaciones tampoco son de recibo. Sin embargo, Frank Begbie se acercó cuando estaba a punto de hablar.

«¡Rents! ¡Muy buena, tío! Vaya un resultado, ¿eh? Lástima por lo de Spud, pero es mejor de lo que esperábamos. No le caerán diez meses. Saldrá en seis, con buen comportamiento. Antes, incluso.»

Sick Boy, con aspecto de ejecutivo publicitario, rodea el hombro de mi madre con el brazo y me regala una sonrisa de reptil.

«Esto exige una jodida celebración. ¿Vamos a Deacon's?», sugiere Franco. Salimos como yonquis detrás de él. Nadie tiene la motivación de hacer otra cosa, y la cogorza gana por abandono.

«Si supieras lo que nos has hecho a mí y a tu padre…» Mi madre me mira, más seria que la muerte.

«Estúpido cabronazo», se mofó Billy, «levantar libros de las tiendas.» Ese capullo empezaba a mosquearme.

«Llevo seis años levantando libros de las tiendas. Tengo libros por valor de cuatro de los grandes en casa de mamá y en mi piso. ¿Crees que he pagado alguno? Eso supone unos beneficios de cuatro de los grandes en libros levantaos, so primo.»

«Ay, Mark, no me digas que todos esos libros no…» Mamá parecía destrozada.

«Pero se acabó, mamá. Siempre dije que la primera vez que me pillaran, se acabó, fin de trayecto. Después de eso ya no hay nada que hacer. Hora de colgar las botas. Finito. Punto final.» Lo decía en serio. Mamá también debió de pensarlo, porque cambió de disco.

«Y ojo con tu lenguaje. Tú también», dijo, volviéndose hacia Billy. «No sé de dónde habéis sacado eso, porque jamás lo habéis oído en casa.»

Billy alza dubitativamente las cejas hacia mí, y yo le devuelvo el mismo gesto, una rara manifestación de unidad fraterna entre ambos.

Todo el mundo se pone un poco pedo rápidamente. Mamá nos abochorna a Billy y a mí hablando de sus reglas. Sólo porque tenía cuarenta y siete años y aún le venía la regla tenía que asegurarse de que todo el mundo lo supiera.

«Estaba inundada. Los tampones no me sirven para nada. Es como intentar arreglar una tubería rota con un ejemplar del *Evening News*», dijo riéndose estrepitosamente, echando la cabeza hacia atrás con aquella cara enfermiza y disoluta

de demasiadas-Carlsberg-Specials-en-el-Club-de-Estibadores-de-Leith que yo conocía tan bien. Caigo en que mamá ha estado bebiendo esta mañana. Probablemente mezclando con los valiums.

«Vale, mamá», le digo.

«¿No me digas que tu vieja madre te está avergonzando?» Coge mi escuálida mejilla entre el pulgar y el índice. «Es que me alegro de que no se hayan llevado a mi chiquitín. Odia que le llamen así. Siempre seréis mis chiquitines, los dos. ¿Te acuerdas cuando te cantaba tu canción preferida, cuando eras una cosita pequeña en tu sillita?»

Apreté los dientes con fuerza, mientras sentía cómo se me secaba la garganta y la sangre abandonaba mi rostro. Joder, joder, no.

«Al bebito de mamá le encanta la galletita, tita, al bebito de mamá le encanta la galletita…», cantó desarmadamente. Sick Boy se unió con júbilo al coro. Deseé que se me hubieran llevado a mí en vez de a ese afortunado cabrón de Spud.

«¿Querría otra pinta el bebito de mamá?», preguntó Begbie.

«Sí, ya podéis cantar ya. ¡Ya podéis cantar, cerdos hijoputas!» La madre de Spud había entrado en el pub.

«Siento de veras lo de Danny, señora Murphy…», empecé.

«¡Lo sientes! ¡Ya os daré yo lo siento! ¡Si no fuera por ti y esta pandilla de jodida escoria, mi Danny no estaría en la puta cárcel ahora mismo!»

«Venga, Colleen, hija. Ya sé que estás dolida, pero eso no es justo.» Mamá se puso en pie.

«¡Ya te diré yo lo que es la puta justicia! ¡Éste fue!» Me señaló venenosamente. «Éste fue el que metió a mi Danny en esa mierda. Ahí de pie, el puñetero, llenando la sala del juzgado con su palabrería fina. Ese de ahí y esa maldita pareja.»

Sick Boy y el Pordiosero estaban incluidos, para alivio mío, en su ira.

Sick Boy no dijo palabra, pero se irguió lentamente de la silla con una cara de jamás-me-había-sentido-tan-insultado-en-toda-mi-vida, seguido de una sacudida triste y condescendiente de la cabeza.

«¡Hasta ahí podíamos llegar!», saltó despiadadamente Begbie. No había vacas sagradas para aquel cabrón, ni siquiera las viejas de Leith cuyos chicos acababan de ser enviados al trullo. «¡Yo nunca toco esa mierda, y les he dicho a Rents y Spud… a Mark y Danny, que son unos mamones por hacerlo! Sick… Simon lleva meses completamente desenganchado.» Begbie se levantó, impulsado por su propia indignación. Se golpeó el pecho con el puño, como para evitar pegarle a la señora Murphy y le gritó a la cara: «¡YO ERA EL JODIDO CAPULLO QUE INTENTABA QUE LO DEJARA!»

La señora Murphy se volvió y salió corriendo del pub. La expresión de su cara me llegó al alma; era de derrota total. No sólo había perdido a su hijo a manos de la

cárcel, le habían comprometido la imagen que de él tenía. Sentí lástima por la mujer y detesté a Franco.

«Sí, ésa es la cabraloca del lavadero», comentó mamá, pero añadiendo pensativamente, «sin embargo, lo siento por ella. Su chico en la cárcel.» Me miró a mí sacudiendo la cabeza. «Con todos los problemas que dan, no quiere una estar sin ellos. ¿Cómo está tu pequeñín, Franco?» Se volvió hacia Begbie.

Me encogía de pensar en lo fácilmente que la gente como mi madre es engatusada por elementos como Franco.

«Chachi, señora Renton. Poniéndose cojonudamente grandote.»

«Llámame Cathy. ¡Ya os daré yo señora Renton! ¡Me hacéis sentir del año de la pera!»

«Lo eres», comenté yo. Me ignoró completamente, y nadie más se rió, ni siquiera Billy. Más aún, Begbie y Sick Boy me pusieron la cara que ponen los tiítos molestos con un mocoso impertinente al que no les corresponde castigar. Acabo de ser relegado al mismo estatus que el crío de Begbie.

«Es un chavalín, ¿no, Frank?», le pregunta mamá a su socio padre de familia.

«Sí, ya lo creo. Le dije a Ju: Oye, si es una niña se va para dentro otra vez.»

Podía ver a «Ju» ahora, con esa piel gris color papilla, el pelo grasiento, el cuerpo enjuto y la fláccida carne aún colgándole, con su cara helada, neutral, mortecina; incapaz de sonreír o de fruncir el ceño. El valium le calmaría los nervios mientras el crío arranca con otra ronda de gritos escalofriantes. Querrá a ese niño tanto como a Franco, el pobre capullín le será indiferente. Será un amor asfixiante, indulgente, ciego y misericorde, que asegurará que el chaval salga igualito que su papá. El nombre de ese chaval estaba en la lista de espera de la Prisión de Su Majestad de Saughton cuando aún estaba en el vientre de June, tan cierto como que el feto de un hijoputa rico va camino de Eton. Mientras este proceso sigue su curso, papá Franco estará donde está ahora: empinando el codo.

«¡Yo también voy a ser una vieja abuelita! Dios, casi no me lo puedo creer.» Mi madre miró hacia Billy con asombro y orgullo. Él sonrió afectada y orgullosamente. Desde que preñó a su titi, Sharon, ha sido el chico de oro de mi madre y mi padre. Olvidado queda el hecho de que el capullo ha traído a la pasma a casa más veces de las que yo lo haya hecho nunca; al menos yo tenía la decencia de no cagarla en mi propia puerta. Ahora todo eso no significa una mierda. Sólo porque ha firmado otra vez con el puto ejército, esta vez por seis jodidos años, y le ha hecho un bombo a una guarra. Mi madre y mi padre deberían preguntarle al capullo qué cojones está haciendo con su vida. Pero no. Son todo orgullosas sonrisas.

«Si es niña, Billy, haz que la devuelva», repitió Begbie, ahora ya balbuceando. La priva le estaba haciendo mella. Otro capullo que lleva de pedo desde quién coño sabe cuándo.

«Así se habla, Franco», le dice Sick Boy, dándole un espaldarazo, tratando de incitar al desgraciao, dándole más cuerda para que así nos salga con algún que otro tosco «clásico Begbie». Coleccionamos sus citas más estúpidas, más machistas y más violentas, empleándolas para imitarle cuando no está. Casi podemos llegar a enfermar de risa convulsiva. El juego tiene su morbo: pensar en cómo reaccionaría si se entera. Sick Boy ha empezado incluso a hacerle muecas a sus espaldas. Algún día, cualquiera de los dos o ambos nos pasaremos de la raya, y nos marcará con el puño o la botella, o nos someterá a «la disciplina del bate de béisbol». (Una de las citas selectas de Begbie.)

Pillamos un taxi de vuelta a Leith. Begbie había empezado a rezongar a propósito de los «precios del centro» y se había embarcado en una defensa totalmente irracional de Leith como centro de diversión. Billy se mostró de acuerdo, queriendo estar más cerca de casa, calculando que su chorba preñada sería más fácilmente aplacada si la llamada apaciguadora procedía de un pub local.

Sick Boy hubiera hecho una enérgica denuncia de Leith si no lo hubiera hecho yo primero. Por consiguiente, el capullo llamó con mucho gusto al taxi. Nos metimos en un pub del Pie de Leith Walk, uno que nunca me ha gustado, pero en el que siempre parecíamos acabar incrustados. Fat Malcolm, detrás de la barra, me sirvió un vodka doble a cuenta de la casa.

«He oído que te has marcado un buen tanto. Bien hecho, hombre.»

Yo me encogí de hombros. Un par de tíos puretones estaban tratando a Begbie como si fuera una estrella de Hollywood; escuchando indulgentemente una de sus historias con menos gracia, y que de todas formas probablemente habían oído otras muchas veces.

Sick Boy se pagó una ronda, sacando todo el partido posible, enseñando ostentosamente su dinero por ahí.

«¡BILLY! ¿LAGER? SEÑORA RENTON… ¡EH, CATHY! ¿QUÉ VA A SER? ¿GINEBRA CON LIMÓN AMARGO?», gritó desde la barra hacia la mesa de la esquina.

Me percaté de que Begbie, ahora envuelto en un relato de intriga con un gilipollas feo y cabeza cuadrada, de esos que hay que evitar como a la plaga, le había pasado a Sick Boy la pasta para pagar la priva.

Billy discutía con Sharon por teléfono.

«¡Mi jodido hermano se ha librado de pasarse una temporada a la sombra! Chorizar libros, agresión a un empleado de la tienda, posesión de drogas. El cabrón ha tenido la potra de marcarse un tanto. ¡Incluso mi madre está aquí! Tengo derecho a celebrarlo, me cago en la puta…»

Debía de estar desesperado para verse reducido a tener que jugar la carta del amor fraternal.

«Ahí está Planeta de los Simios», me cuchicheó Sick Boy, señalando con la cabeza a un tipo que bebía en el pub. Parecía un extra de esa película. Como siempre, iba pedo e intentaba buscar compañía. Desgraciadamente, su mirada se cruzó con la mía y se me acercó.

«¿Te interesan los caballos?», me pregunta.

«Nah.»

«¿Te interesa el fútbol?», dice balbuceando.

«Nah.»

«¿El rugby?», ahora parece desesperado.

«Nah», le digo. Era difícil determinar si iba detrás de algo o sólo buscaba compañía. No creo ni que él lo supiera. De todos modos había perdido el interés por mí y se volvió hacia Sick Boy.

«¿Te interesan los caballos?»

«Nah. También odio el fútbol y el rugby. El cine, sin embargo, me gusta. Sobre todo *El planeta de los simios*. ¿Has visto ésa alguna vez? Ésa sí que mola.»

«¡Sí! ¡Me acuerdo de ésa! *El planeta de los simios*. El jodido Charlton Heston. Roddy Mc… ¿Cómo se llamaba el chaval? Cabrón pequeñajo. Ya sabes de quién hablo. ¡Sabes de quién estoy hablando!» Planeta de los Simios se vuelve hacia mí.

«McDowall.»

«¡Ése es el cabrón!», dice triunfal. Se vuelve otra vez hacia Sick Boy. «¿Dónde está hoy tu periquita?»

«¿Eh? ¿Qué dices?», pregunta Sick Boy, totalmente desconcertado.

«La rubita, esa con la que estuviste aquí la otra noche.»

«Ah, sí, ésa.»

«Vaya pedacito de chocho… si no te importa que lo diga. Sin ánimo de faltar, amigo.»

«Nah, ningún problema, colega. Tuya por cincuenta libras, y no bromeo.» La voz de Sick Boy baja de tono.

«¿Hablas en serio?»

«Sí. Nada de cosas raras, sólo un polvo normal. Te costará cincuenta libras.»

No podía dar crédito a mis oídos. Sick Boy no bromeaba. Estaba intentando colocarle a Planeta de los Simios a la pequeña María Anderson, la yonqui que se follaba de vez en cuando desde hacía algunos meses. El cabrón quería ser su chulo. Me sentí enfermar al ver adonde había ido a parar, adonde habíamos ido a parar todos, y empecé a envidiar de nuevo a Spud.

Le hago a un lado. «¿De qué cojones vas?»

«Voy de cuidar al *número uno*. ¿Cuál es tu puto problema? ¿Cuándo te metiste a trabajador social?»

«Esto es bien distinto. No sé lo que te pasa, colega, de verdad que no.»

«¿Así que ahora tú eres Don Limpio Refrotao, eh?»

«No, pero no voy jodiendo a nadie más.»

«Vete a tomar por culo. Dime que no fuiste tú el que le presentó a Tommy a Seeker y esa peña.» Ahora sus ojos se habían vuelto traicioneros y claros como el cristal, sin sombra de conciencia o compasión. Se dio la vuelta y se volvió junto a Planeta de los Simios.

Iba a decir que Tommy tenía elección y que la pobre María no. Eso sólo habría precipitado una discusión sobre dónde empieza y dónde termina el albedrío. ¿Cuántos picos hacen falta antes de que el concepto de albedrío se haga obsoleto? Ojalá yo lo supiera, joder. Ojalá yo tuviera puta idea de algo.

Como si le hubieran dado señal, Tommy entra en el pub, seguido por Segundo Premio, que va mamao. Tommy ha empezado a picarse. Nunca se había picado. Probablemente sea culpa nuestra; probablemente mía. La droga de Tommy siempre ha sido el speed. Lizzy le ha dejado fuera de juego. Está tremendamente callado, tremendamente sosegado. Segundo Premio no.

«¡El Rent Boy se lo monta! ¡Ey! ¡Vaya un jodido cabrón estás hecho!», grita, estrujándome la mano.

Un coro de «Sólo hay un Mark Renton» retumba por el pub. El viejo y desdentado Willie Shane está lanzado. También el abuelo del Pordiosero, un simpático vejete con una sola pierna. El Pordiosero y dos de sus amigos psychos a los que ni siquiera conozco están cantando, y también Sick Boy y Billy, y hasta mi madre.

Tommy me da una palmada en la espalda. «Muy bien hecho, colega», dice. A renglón seguido: «¿Tienes algo de caballo?»

Le digo que lo olvide, que lo deje en paz mientras aún pueda. Me dice, hecho un gallito, que sabe manejarse. A mí me parece que he oído eso antes. Lo he dicho yo mismo, y probablemente vuelva a hacerlo.

Estoy rodeado por los cabrones que me resultan más cercanos, pero nunca me he sentido tan solo. Nunca en la vida.

Planeta de los Simios ha logrado introducirse en nuestra compañía. La imagen de ese cabrón follándose a la pequeña María Anderson no resulta estéticamente atrayente. La imagen de ese cabrón follándose a quienquiera que sea no resulta estéticamente atrayente. Si intenta hablar con mi madre, le meto el vaso en esa jeta de primate que tiene.

Andy Logan entra en el pub. Es un menda exuberante que apesta a delito menor y cárcel. Conocí a Loags hace un par de años cuando trabajábamos los dos de encargados del parque en una pista de golf municipal, y nos embolsamos la pasta a puñaos. Fue el revisor de billetes de la camioneta de patrulla el que nos puso sobre aviso del chollo. Tiempos lucrativos; yo no tocaba nunca mi sueldo. Loags me cae

bien, pero nuestra amistad nunca cuajó. Sólo podía hablar de aquellos tiempos.

Todo el mundo estaba dándole al juego de las reminiscencias. Cada conversación empezaba con «te acuerdas de cuando…» y ahora estábamos hablando del pobre Spud.

Flocksy entró en el garito y me hizo gesto de que me acercara a la barra. Me pidió jaco. Estoy en el programa. Es de locura. Tiene narices que me pillen por robar libros cuando estoy tratando de desengancharme. Es esa puta metadona asesina. Me da repelús. Estaba chungo en la librería cuando ese capullo cara de torta tuvo que hacerse el héroe.

Le digo a Flocksy que estoy a régimen, y simplemente se va a tomar por el culo sin decir otra palabra.

Billy me ve hablando con él y sigue al capullo hasta la calle, pero yo salgo disparado y le cojo del brazo.

«Voy a hacer pedazos a esa jodida basura…», silba entre dientes.

«Déjalo, es legal.» Flocksy camina calle abajo, ajeno a todo esto, ajeno a todo salvo el procurarse jaco.

«Puta basura. Te mereces todo lo que te ocurra por andar con esa escoria.»

Vuelve y se sienta, pero sólo porque ve a Sharon y June subiendo por la calle.

Cuando Begbie cala a June en el pub, mira colérica y acusadoramente hacia ella.

«¿Dónde está el crío?»

«En casa de mi hermana», dice June tímidamente.

Los ojos beligerantes, la boca abierta y el rostro helado de Begbie se vuelven para otro lado, tratando de absorber la información y decidir si se siente bien, mal o indiferente al respecto. Finalmente se vuelve hacia Tommy y le dice afectuosamente que está hecho todo un cabrón.

¿Qué tenemos aquí? La furia reaccionaria, entrometida y joputa de Billy. Sharon mirándome como si tuviera dos cabezas. Mamá, borracha y disoluta, Sick Boy… el cabrón. Spud en la cárcel. Matty en el hospital, y ni dios ha ido a verle, ni dios habla siquiera de él, es como si nunca hubiera existido. Begbie… joder, con una pinta radiante, mientras June parece un montón de huesos apilados en ese espantoso acetato, una prenda poco favorecedora en el mejor de los casos, pero que realza su angulosa informidad.

Me voy al cagadero y cuando acabo de mear sé que no puedo volver dentro a enfrentarme a esa mierda. Me escabullo por la puerta lateral. Aún faltan catorce horas y quince minutos hasta que pueda recibir mi nuevo cuelgue. La adicción patrocinada por el Estado: sustituto de metadona en vez de caballo, las gelatinas antitembleque, tres veces al día, para el colocón. No he conocido a muchos yonquis apuntados al programa que no se tomaran las tres gelatinas de golpe y saliesen a pillar. Hasta mañana por la mañana, eso es lo que me queda de espera. Decido que no puedo

esperar tanto. Me voy a casa de Johnny Swan para UN colocón, sólo UN PUTO COLOCÓN para llegar al final de este largo y duro día.

Dilemas yanquis n.° 66

Moverse es un desafío, pero no debería serlo. Puedo moverme. Se ha logrado con anterioridad. Por definición, nosotros los humanos somos materia en movimiento. ¿Por qué moverse, de todas formas, cuando uno tiene todo lo que necesita aquí mismo? De todos modos, pronto tendré que moverme. Cuando esté lo bastante chungo me moveré; además, lo sé por experiencia. Sencillamente no puedo concebir que vaya a estar tan chungo que quiera moverme. Eso me asusta, porque pronto tendré necesidad de moverme.

Sin duda podré hacerlo; sin puta la duda.

Ah… *el enemigo eshtá a la vishta*, como habría dicho el viejo Bond, y además vaya pinta que presenta el capullo. Corte de pelo skinhead, chaqueta bomber verde, Doctor Martens de nueve pulgadas. Un tontolnabo estereotípico; y ahí está el guau-guau remoloneando lealmente por detrás. *Pit Bull, shit bull, bullshit terrier*… un puto juego de mandíbulas a cuatro patas. Ay, está meando al lado de un árbol. *Aquí chico, aquí chico*.

El deporte de vivir con vistas a un parque. Fijo la bestia en mi mira telescópica; podría ser sólo mi imaginación, pero parece estar un pelín torcida estos días, inclinada hacia la derecha. Con todo, Simon es lo bastante buen tirador para compensar esta disfunción de su fiel tecnología, este viejo rifle de aire comprimido del calibre 22. Me desplazo hasta el skinhead, tomando su cara por diana. A continuación me desplazo arriba y abajo por su cuerpo, arriba y abajo, arriba y abajo… *tómatelo con calma, nena… toma una vez más*… nadie le ha dedicado jamás a este hijo de puta tanta atención, tanto cuidado, tanto… sí, amor, en su vida. Es una gran sensación, saber que tienes el poder de infligir tanto dolor desde tu propio cuarto de estar. *Llámeme el asheshino invishible, sheñorita Moneypenny*.

Es Pit Bull detrás de quien voy, sin embargo; quiero lograr que se vuelva contra su amo, que cercene la enternecedora relación hombre-bestia junto con los testículos de su dueño. Espero que el shit-bull tenga más cojones que ese estúpido Rottweiler al que le disparé el otro día. Le pegué un tiro al enorme cabrón en un lado de la cara, y ¿acaso se volvió el lamentable hijoputa contra su miserable amo del acetato? Ni de puñetera casualidad, como dirían Vera e Ivy de *Coronation Street*[48]. El cabrón no hizo más que ponerse a lloriquear.

Me llaman Sick Boy, el azote del barriobajero, el aniquilador de cerebros desahuciados. Ésta es para ti, Fido, o Rocky, o Rambo o Tyson o lo que sea que tu amo sesomierda y medio-memo te haya apodado. Ésta es por todos los críos que has masacrado, por las caras que has desfigurado y por la mierda que has depositado en nuestras calles. Ante todo, no obstante, es por la mierda que has dejado en los parques, mierda que siempre consigue llegar hasta el cuerpo de Simone cada vez que efectúa un tackle deslizante en su papel de mediocampista para el Abbeyhill Athletic en la Liga Dominical de Aficionados de Lothian.

Ahora están el uno junto al otro, hombre y bestia. Aprieto el gatillo y doy un paso hacia atrás.

¡De puta madre! El perro aúlla y se lanza sobre el skinhead, haciendo presa con sus mandíbulas en el brazo del capullo. *Buen dishparo, Shimon*. Muchas grashias,

Sean.

«¡SHANE! ¡SHANE! ¡SO CABRÓN! ¡TE MATARÉ, CABRÓN! ¡SHAAYYNNE!», grita el chico, pateando al perro a la vez, pero sus amenazas son inútiles contra ese monstruo. Le ha cogido como en una mordaza, y esos bichos no sueltan; el único atractivo de tenerlos como julandrones de compañía es su ferocidad. El chaval se está volviendo majara de verdad, primero luchando, luego intentando estarse quieto, porque luchar duele demasiado; alternativamente amenazando y suplicándole a esa jodida máquina de matar sin piedad. Un viejo capullo se acerca para intentar ayudar, pero retrocede cuando el perro gira la vista y gruñe por la nariz, como si quisiera decir: *Tú eres el siguiente, capullo*.

Bajo la escalera a toda velocidad, bate de béisbol de aluminio en mano. Esto es lo que he estado esperando, esto es el quid de la cuestión. El hombre cazador. Mi boca está seca de anticipación; Sick Boy está de safari. *Un pequeño problema para que tú lo arreglesh, Shimon*. Creo que podré resolverlo, Sean.

«¡AYÚDENME! ¡AYÚDENME!», chilla el skinhead. Es más joven de lo que pensaba.

«Tranquilo, colega. Mantén la cabeza fría», le digo. Nada hay que temer, Simon está aquí.

Me acerco sigilosamente detrás del perro; no quiero que el joputa rompa su presa y venga por mí, incluso aunque haya muy pocas probabilidades de que ocurra. La sangre se escurre por el brazo del tío y la boca del perro, empapando los laterales de la chaqueta del chico. El tío piensa que voy a machacarle la cabeza al perro con el bate, pero eso sería como mandar a Renton o Spud a satisfacer sexualmente a Laura McEwan.

En vez de eso, levanto con suavidad el collar del perro y meto el mango del bate por debajo. Giro y giro… *Twist and shout*… El cabrón sigue sin soltar. El skinhead está cayendo de rodillas, casi a punto de desmayarse de dolor. Yo sigo girando, y noto cómo los gruesos músculos del cuello del perro empiezan a ceder, a relajarse. Yo sigo girando. *Let's twist again, like we did last suhmah*.

El perro deja escapar una serie de espantosos jadeos por la nariz y sus mandíbulas embozadas, mientras yo estrangulo al cabrón hasta que muere. Incluso en sus espasmos de muerte, y después, cuando está más quieto que un saco de patatas, mantiene su presa. Yo le saco el bate del collar, para ayudarme a hacer palanca y poder separarle las mandíbulas, liberando el brazo del chaval. Para entonces ha llegado la policía, y yo he envuelto el brazo del chico con lo que queda de su chaqueta.

El skinhead canta mis alabanzas a la policía y el conductor de la ambulancia. Está muy molesto con Shane, aún no puede comprender qué es lo que ha convertido a ese amante animal de compañía que «sería incapaz de matar una mosca» —el capullo no

dudó en decirlo, soltó ese horrible cliché— en un monstruo enloquecido. *Eshtas beshtias pueden revolvershe en cualquier momento*.

Mientras le guían hasta la ambulancia, el poli joven sacude la cabeza. «La gente es estúpida que te cagas. Esos bichos no son más que unos asesinos. Es un gran puntazo para el ego de estos memos descerebraos el ser sus dueños, pero siempre se vuelven locos antes o después.»

El policía más viejo se muestra suavemente inquisitivo respecto a mi necesidad de tener un bate de béisbol, y yo le digo que es para seguridad doméstica, pues ha habido muchos allanamientos en la zona. No es que Simon, le explico, se tomaría jamás la justicia por su mano, pero bueno, le da a uno una cierta tranquilidad de espíritu. Me pregunto si alguien a este lado del Atlántico ha comprado alguna vez un bate de béisbol con la idea de jugar al béisbol.

«Eso puedo entenderlo», dice el viejo poli. Apuesto a que sí, capullo cortito. *Losh agentesh de la ley shon másh bien memosh, ¿eh, Sean? No reshultan particularmente impreshionantesh, Shimon*.

Los tíos me dicen que soy un tipo valiente y que me recomendarán para una condecoración. *Muchash grashias, agente, pero en realidad no ha shido nada*.

Sick Boy se va a casa de Marianne esta noche para un poco de diversión enfermiza. El estilo perrito tiene que estar en el menú, aunque sólo fuera como tributo a Shane.

Estoy más colgado que una cometa y más salido que un rebaño de ciervos. Ha sido un día hermoso que te cagas.

Jamás me han encarcelado a cuenta del jaco. Sin embargo, mogollón de capullos han probado a rehabilitarme. La rehabilitación es una mierda; a veces pienso que estaría mejor encerrado. La rehabilitación significa la rendición del yo.

Me han dado las señas de un montón de consejeros, con antecedentes que van desde la psiquiatría pura a la psicología clínica, pasando por el trabajo social. El doctor Forbes, el psiquiatra, empleó técnicas de asistencia no dirigidas, basando su estrategia ampliamente en el psicoanálisis freudiano. Esto entrañaba el hacerme hablar de mi vida pasada y enfatizar los conflictos no resueltos, siendo la suposición que la identificación y resolución de tales conflictos suprimiría la ira que alienta mi comportamiento autodestructivo, comportamiento que se manifiesta en mi empleo de las drogas duras.

Un intercambio típico: Dr. Forbes: Mencionaste a tu hermano, el que tenía la, eh, discapacidad. El que murió. ¿Podemos hablar sobre él?

(pausa)

Yo: ¿Por qué?

(pausa)

Dr. Forbes: ¿Te resistes a hablar de tu hermano?

Yo: Nah. Es sólo que no veo la relevancia que eso tiene en mi adicción al caballo.

Dr. Forbes: Al parecer empezaste a picarte habitualmente alrededor del momento en que murió tu hermano.

Yo: Pasaron muchas cosas en aquel momento. Realmente no estoy seguro de que sea relevante aislar la muerte de mi hermano. Fui a Aberdeen en aquel momento; a la universidad. La odiaba. Entonces empecé a cruzar el canal en los ferries que iban a Holanda. Acceso a todos los picos que uno podría desear,

(pausa)

Dr. Forbes: Quisiera volver a Aberdeen. ¿Dices que odiabas Aberdeen?

Yo: Sí.

Dr. Forbes: ¿Qué era lo que odiabas de Aberdeen?

Yo: La universidad. Los profesores, los estudiantes y todo eso. Pensé que eran todos unos capullos de clase media aburridos.

Dr. Forbes: Ya veo. Eras incapaz de formar relaciones con la gente que había allí.

Yo: No era tanto falta de capacidad como falta de ganas, aunque supongo que para tus propósitos significa lo mismo (el doctor Forbes encoge los hombros con gesto indiferente)… no tenía interés alguno en ningún cabrón de por allí,

(pausa)

Quiero decir, que verdaderamente no veía para qué. Sabía que no iba a estar allí mucho tiempo. Si quería palique, me iba al pub. Si quería echar un polvo, me iba con una prostituta.

Dr. Forbes: ¿Pasaste tiempo con prostitutas?

Yo: Sí.

Dr. Forbes: ¿Se debía esto a que carecías de confianza en tu capacidad para establecer lazos sociales y sexuales con mujeres de la universidad?

(pausa)

Yo: Nah, sí que conocí a un par de chicas.

Dr. Forbes: ¿Qué pasó?

Yo: A mí sólo me interesaba el sexo, en vez de una relación. Realmente no tenía la motivación como para intentar disimularlo. Vi a esas mujeres como puros medios de satisfacer mis necesidades sexuales. Decidí que era más honesto acudir a una prostituta en vez de jugar a engañarlas. Era un cabrón bastante moral en aquellos tiempos. Así que me gasté el dinero de la beca en prostitutas, y robaba la comida y los libros. Eso es lo que dio comienzo a los robos. No era el jaco realmente, aunque obviamente no ayudó.

Dr. Forbes: Mmmm. ¿Podemos volver a tu hermano, el que tenía la discapacidad? ¿Cómo te sentías respecto de él?

Yo: No estoy muy seguro… mira, el tío estaba fuera de juego. No estaba allí. Totalmente paralizado. Lo único que hacía era estar sentado todo el día en esa silla con la cabeza vuelta para un lado. Lo único que podía hacer era parpadear y tragar. A veces hacía ruiditos… era como un objeto, más que una persona,

(pausa)

Supongo que estaba resentido con él cuando era más joven. Quiero decir, mi madre lo sacaba a pasear en su carrito. Esa cosa grande y sobredimensionada en un puto carrito, sabes. Nos convertía a mí y a mi hermano mayor, Billy, en el hazmerreír de los demás niños. Nos decían: «Tu hermano es un espasmódico» o «Tu hermano es un zombi» y toda esa mierda. No eran más que críos, lo sé, pero entonces no parecía así. Porque yo era alto y torpe de chavalín, empecé a creer que algo andaba mal conmigo y eso, que de algún modo era como Davie…

(larga pausa)

Dr. Forbes: ¿Así que sentías resentimiento contra tu hermano?

Yo: Sí, de crío, de chavalillo, sí. Después ingresó en el hospital. Supongo que, entonces, pues problema resuelto, ¿sabes? Ojos que no ven, corazón que no siente. Le visité unas cuantas veces, pero no parecía tener sentido. No había interacción, ¿entiendes? Lo vi simplemente como una de esas crueles jugadas que tiene la vida. Al pobre Davie le tocó la mano más mierdera posible. Triste que te cagas, pero no puedes pasarte el resto de tu vida llorando por eso. Estaba donde mejor podía estar, se

ocupaban bien de él. Cuando murió, me sentí culpable de haber estado resentido contra él, culpable quizá por no haber hecho un esfuerzo un poco mayor. ¿Pero qué se hace en estos casos?

(pausa)

Dr. Forbes: ¿Has hablado antes de estos sentimientos?

Yo: Nah… bueno, quizá los haya mencionado a mi madre y mi padre…

Así solía ir la cosa. Un montón de temas sacados a la luz; algunos triviales, algunos fuertes, algunos aburridos, algunos interesantes. A veces decía la verdad, a veces mentía. Cuando mentía, a veces decía las cosas que pensaba que él querría oír y a veces decía algo que pensaba que le cabrearía o le confundiría.

Pero que me jodan si veo la relación entre todo eso y meterse jaco.

De todas formas sí que aprendí algunas cosas, basándome en las revelaciones de Forbes y mis propias investigaciones del psicoanálisis y de cómo mi comportamiento debería ser interpretado. Tengo una relación sin resolver con mi hermano muerto, Davie, pues he sido incapaz de desentrañar o expresar mis sentimientos acerca de su catatónica vida y subsiguiente muerte. Tengo sentimientos edípicos hacia mi madre y unos celos latentes sin resolver hacia mi padre. Mi conducta con el jaco es de tipo anal, en busca de atenciones, sí, pero en vez de retener las heces para rebelarme contra la autoridad familiar, me meto jaco en el cuerpo para reivindicar el poder sobre él de cara a la sociedad en general. Vaya mamoneo, ¿eh?

Todo esto puede o no ser cierto. He meditado acerca de gran parte de ello y estoy dispuesto a explorarlo; no me siento a la defensiva en relación con ningún aspecto. Sin embargo, me parece que en el mejor de los casos resulta periférico respecto a la cuestión de mi adicción. Desde luego, hablar de ello largo y tendido no ha servido para nada. Creo que Forbes está tan desconcertado como yo.

La psicóloga clínica Molly Greaves tendía a observar mi conducta y las formas de modificarla, en vez de determinar sus causas. Parecía como si Forbes hubiese hecho lo suyo, ahora era el momento de corregirme. Entonces fue cuando empecé con el programa de reducción, que sencillamente no funcionó, seguido por el tratamiento de metadona, que me hizo empeorar.

Tom Curzon, el consejero de la agencia para las drogas, un tío con un trasfondo más de trabajo social que médico, estaba metido en terapias rogerianas centradas en el cliente. Fui a la Biblioteca Central y leí *El proceso de convertirse en persona* de Carl Rogers. Pensé que el libro era una mierda, pero tengo que reconocer que Tom parecía aproximarme más a lo que me pareció podía ser la verdad. Me despreciaba a mí mismo y al mundo porque no quería enfrentarme a mis limitaciones y a las de la vida misma.

La aceptación de limitaciones derrotistas parecía pues constituir la salud mental, o el comportamiento no desviado.

El éxito y el fracaso significan simplemente la satisfacción y la frustración del deseo. El deseo puede ser predominantemente intrínseco, basado en nuestros impulsos individuales, o extrínseco, estimulado primordialmente por la publicidad, o los modelos de conducta social tal y como nos son presentados por los medios de comunicación y la cultura popular. A Tom le parece que mi concepto del éxito y el fracaso sólo opera a un nivel individual más que a un nivel individual y social. Debido a esta incapacidad en reconocer las recompensas sociales, el éxito (y el fracaso) sólo pueden ser experiencias pasajeras para mí, puesto que esa experiencia no puede apoyarse en la concesión socialmente organizada de la riqueza, el poder, el estatus, etc., ni, en caso de fracaso, en los estigmas o el reproche. Así que, según Tom, es inútil que me digan lo bien que he hecho los exámenes, o que tengo un buen trabajo, o que he ligado con una tía estupenda; ese tipo de alabanzas no significa nada para mí. Por supuesto, disfruto de estas cosas en su momento, o por sí mismas, pero su valor no puede mantenerse porque no hay reconocimiento alguno de la sociedad que las valora. Lo que Tom trata de decir, supongo, es que me importa todo un carajo. ¿Por qué?

Así que esto nos lleva otra vez a mi alienación frente a la sociedad. El problema es que Tom se niega a aceptar mi punto de vista de que la sociedad no puede ser cambiada para hacerla significativamente mejor, o que yo no puedo cambiar para facilitarle las cosas. Semejante estado de cosas induce depresión por mi parte, toda la ira se vuelve hacia dentro. Eso es lo que es la depresión, dicen. Sin embargo, la depresión también produce desmotivación. Un vacío que crece en tu interior. El caballo llena el vacío, y también me ayuda a satisfacer mi necesidad de autodestruirme, el rollo de la ira vuelta para dentro otra vez.

Así que, básicamente, aquí estoy de acuerdo con Tom. Donde hay divergencia es en que él se niega a ver este cuadro en su total crudeza. Él cree que padezco por insuficiencia de autoestima, y que me niego a reconocerlo proyectando la culpa sobre la sociedad. Él piensa que mi mecanismo para anular las recompensas y alabanzas (y también la condena) que la sociedad pone a mi alcance no es un rechazo de estos valores de por sí, sino un indicio de que no me siento lo bastante bueno (o lo bastante malo) para aceptarlos. En vez de coger y decir: No creo que posea estas cualidades (o: Pienso que soy mejor que todo eso), digo: De todos modos, es un montón de puta mierda.

Hazel me dijo, justo antes de decirme que no quería verme más, cuando empecé a picarme por enésima vez: «Sólo quieres joder la marrana con las drogas para que todo el mundo piense lo profundo y lo jodidamente complicado que eres. Resulta patético, y es un puto aburrimiento.»

En cierto sentido, prefiero el punto de vista de Hazel. Hay un elemento de ego en él. Hazel entiende de las necesidades del ego. Es escaparatista en un gran almacén,

pero se describe a sí misma como una «artista del despliegue para el consumo» o algo así. ¿Por qué iba yo a rechazar al mundo, verme a mí mismo como mejor que él? Porque sí, por eso. Porque lo soy, me cago en Dios, y punto.

La consecuencia de esta actitud es que me han enviado a esta mierda de terapia/consejos. Yo no quería todo esto. Era o esto o la cárcel. Empiezo a pensar que a Spud le tocó la opción blanda. Esta mierda me enturbia las aguas; confunde en vez de clarificar las cuestiones. Básicamente, lo único que pido es que cada cual se ocupe de sus propios asuntos y yo haré otro tanto. ¿Por qué será que sólo porque uno utiliza drogas duras todo quisque se cree con derecho a diseccionarle y analizarle?

Una vez que aceptas que tienen ese derecho, te unirás a ellos en la búsqueda de ese santo grial, esa cosa que te hace funcionar. Entonces les escucharás, y te dejarás embaucar hasta creerte cualquier teoría sacada del culo que escojan atribuirte sobre tu conducta. Entonces eres suyo, no tuyo; la dependencia se desplaza de la droga a ellos.

La sociedad inventa una lógica falsa y retorcida para absorber y canalizar el comportamiento de la gente cuyo comportamiento está fuera de los cánones mayoritarios. Supongamos que conoces todos los pros y los contras, sabes que vas a tener una vida corta, estás en posesión de tus facultades, etcétera, etcétera, pero sigues queriendo utilizar el caballo. No te dejarán hacerlo. No te dejarán hacerlo, porque lo verían como una señal de su propio fracaso. El hecho de que simplemente elijas rechazar lo que tienen para ofrecerte. Elígenos a nosotros. Elige la vida. Elige pagar hipotecas; elige lavadoras; elige coches; elige sentarte en un sofá a ver concursos que embotan la mente y aplastan el espíritu, atiborrándote la boca de puta comida basura. Elige pudrirte en vida, meándote y cagándote en una residencia, convertido en una puta vergüenza total para los niñatos egoístas y hechos polvo que has traído al mundo. Elige la vida.

Pues bien, yo elijo no elegir la vida. Si los muy cabrones no pueden soportarlo, ése es su puto problema. Como dijo Harry Lauder, sólo pretendo continuar así hasta el final del camino…

Arresto domiciliario

Esta cama resulta familiar, o más bien lo es la pared de enfrente. Paddy Stanton me mira desde arriba con sus patillas años setenta. Iggy Pop está sentado destruyendo una pila de discos con un martillo. Mi viejo dormitorio, en el hogar paterno. Mi cabeza lucha por recomponer las piezas del cómo he llegado aquí. Recuerdo el piso de Johnny Swan, y a continuación sentir que iba a morir. Entonces me acuerdo; Swanney y Alison bajándome por las escaleras, metiéndome en un taxi y saliendo a toda hostia para la enfermería.

Lo curioso es que me acuerdo de haber fanfarroneado de que en la vida había tenido una sobredosis justo antes de que pasara. Hay una primera vez para todo. Fue culpa de Swanney. Normalmente su mandanga está cortada que te cagas, de modo que siempre metes un pelín más en la cucharilla para compensar. ¿Y qué hace entonces el cabrón? Te sacude encima una partida pura. Literalmente te deja sin aliento. Con lo capullo descerebrao que está hecho, Swanney tenía que darles la dirección de mi madre. Así que después de unos días en el hospital para que se me estabilice la respiración, aquí estoy.

Aquí estoy en el limbo del yonqui; demasiado chungo para dormir, demasiado cansado para quedarme despierto. Una zona de crepúsculo de los sentidos donde nada es real salvo una miseria y un dolor aplastantes y omnipresentes en tu mente y en tu cuerpo. Noto sobresaltado que mi madre está sentada sobre mi cama, mirándome silenciosamente.

En cuanto lo noto, la incomodidad que siento es tan aplastante como si estuviera sentada sobre mi pecho.

Pone su mano sobre mi ceño sudoroso. Su tacto me resulta horrible, aterrador, violador.

«Estás ardiendo, chico», dice suavemente, sacudiendo la cabeza, con la preocupación esbozada en el rostro.

Saco una mano de debajo de la manta para echar la suya a un lado. Malinterpretando mi gesto, la coge entre las suyas y aprieta con fuerza, demoledoramente. Quiero gritar.

«Yo te ayudaré, hijo. Te ayudaré a luchar contra esta enfermedad. Te quedarás aquí conmigo y con tu padre hasta que estés mejor. ¡Vamos a vencerla, hijo, vamos a vencerla!»

Tiene una mirada vidriosa e intensa en los ojos y un celo de cruzado en la voz.

Lo que tú digas, mami, lo que tú digas.

«Saldrás adelante, hijo. El doctor Mathews dice que en realidad la abstinencia

esta es como una gripe mala», me cuenta.

¿Cuándo fue la última vez que el viejo Mathews estuvo con el mono? Me gustaría encerrar a ese viejo y peligroso mamón en una celda acolchada durante un par de semanas, y darle un par de inyecciones de diamorfina al día, y después abandonar al cabrón unos días. Me la pediría suplicando después de eso. Yo me limitaría a sacudir la cabeza y decir: Tranquilo, colega. ¿Cuál es el jodido problema? Es como una gripe mala.

«¿Me dejó temazepam?», pregunto yo.

«¡No! Le dije: Nada de esa basura. Estabas peor saliendo de eso de lo que estabas con la heroína. Flatos, vómitos, diarrea… estabas hecho un asco. Nada de drogas.»

«Quizá podría volver a la clínica, mamá», sugiero con ilusión.

«¡No! Nada de clínicas. Nada de metadona. Te ponía peor, hijo, tú mismo lo dijiste. Nos mentiste, hijo. A tu propia madre y a tu padre. Te tomabas la metadona esa y aún salías a pillar. Desde ahora, hijo, borrón y cuenta nueva. Te vas a quedar donde yo pueda vigilarte. ¡Ya he perdido un chico, no voy a perder otro!» Las lágrimas se asomaron a sus ojos.

Pobre mamá, culpándose aún por el gene dislocao que hizo que mi hermano Davie naciese coliflor. Su sentido de culpa, después de luchar con él durante años, por tener que meterle en un hospital. Su desolación tras su muerte el año pasado. Mamá sabe lo que todo el mundo, los vecinos y tal, piensa de ella. La ven voluble y descarada, a causa de su pelo teñido de rubio, su ropa demasiado juvenil para su edad y su liberal consumo de Carlsberg Specials. Piensan que ella y mi padre utilizaron la discapacidad de Davie para salir de Fort y pillar este bonito piso de la Asociación de la Vivienda al lado del río, para a continuación depositar cínicamente al pobre cabrón en manos de los cuidados residenciales.

Que les den por culo a los hechos, esas cosas triviales, esos mezquinos celos que se convierten en parte de la mitología en un sitio como Leith, un sitio lleno de capullos entrometidos que no quieren ocuparse de sus propios asuntos. Un lugar para basura blanca desposeída en un país basura lleno de basura blanca desposeída. Hay quien dice que los irlandeses son la basura de Europa. Eso es una mierda. Son los escoceses. Los irlandeses tuvieron las narices de recuperar su país, o al menos la mayor parte de él. Recuerdo haberme cabreado cuando el hermano de Nicksy, abajo en Londres, describió a los escoceses como «negracos comedores de copos de avena». Ahora me doy cuenta de que lo único insultante de esa afirmación es su racismo contra los negros. Por lo demás, da en el clavo. Cualquiera te lo dirá; los escoceses son buenos soldados. Como mi hermano Billy.

Aquí también recelan del viejo. Por su acento de Glasgow, por el hecho de que desde que le despidieron de Parson’s haya vendido género en los mercados de Ingliston y East Fortune en vez de sentarse en el bar de Strathie’s lamentándose de

todo hasta irse del tarro.

Sus intenciones son buenas, y tienen buenas intenciones por lo que a mí respecta, pero no hay forma bajo el sol en que puedan percatarse de cómo me siento yo, de lo que yo necesito.

Protégeme de los que desean ayudarme.

«Mamá… aprecio lo que tratas de hacer, pero necesito un pico para salir de esto con suavidad. Sólo uno, venga», suplico.

«Olvídalo, hijo.» Mi viejo ha entrado en la habitación sin que yo le oyese. La vieja ni siquiera tiene oportunidad de hablar. «Tienes puesta la cena. Más vale que espabiles, amigo, te lo aseguro.»

Su expresión es pétrea, tiene la barbilla adelantada y los brazos separados de los costados, como si estuviera dispuesto a darse de hostias conmigo.

«Sí… cierto», musito miserablemente desde debajo del edredón. Mamá me coloca una mano protectora sobre el hombro. Los dos estamos en regresión.

«Lo has cagao todo», acusa, para enumerar a continuación los cargos: «El aprendizaje. La universidad. Esa chiquita tan maja con la que te veías. Todas las oportunidades que tuviste, Mark, y las mandaste a tomar viento.»

No necesita perorar sobre que él nunca tuvo esas oportunidades porque se crió en Govan[49] y tuvo que dejar la escuela a los quince años para aprender un oficio. Eso va implícito. Cuando lo piensas, sin embargo, no es tan distinto de criarse en Leith y dejar la escuela a los dieciséis para ponerse a aprender un oficio. Sobre todo teniendo en cuenta que él no creció en una época de desempleo de masas. Con todo, no estoy en forma como para discutir, y aunque lo estuviese, con un *weedjie*[50] carece de objeto. Jamás he conocido a un *weedjie* que no pensara que ellos son los únicos proletarios que sufrían genuinamente en Escocia, Europa Occidental, el Mundo. La experiencia *weedjie* de la privación es la única experiencia relevante de la misma. Intento otra sugerencia.

«Eh, quizá vuelva otra vez a Londres. A pillar un curro y tal.» Casi estoy delirando. Me imagino que Matty está en la habitación. «Matty…», creo que lo dije. El puto dolor está empezando a aparecer, además.

«Estás en Babia, hijo. Tú no vas a ninguna parte. Si te vas a cagar, quiero estar al tanto.»

Ahí sí que había pocas probabilidades. La piedra que se estaba haciendo compacta dentro de mis entrañas tendría que ser extirpada quirúrgicamente. Tendría que empezar a forzarme a tragar la solución de Evacuol y estar dale que te pego durante días para alcanzar algún resultado en ese apartado.

Cuando el viejo se dio el piro, logré camelar a mi madre para que me diese un par de sus valiums. Los estuvo tomando durante seis meses tras la muerte de Davie. El caso es que como ella los dejó, ahora se ve a sí misma como una experta en

rehabilitación de drogadictos. Esto es caballo, me cago en la hostia, madre queridísima.

Habré de estar bajo arresto domiciliario.

La mañana no fue agradable, pero resultó ser un picnic en comparación con la tarde. El viejo volvió de su misión de búsqueda de datos. Bibliotecas, establecimientos del instituto de la salud y oficinas de trabajo social fueron visitadas. Se llevaron a cabo investigaciones, se buscó consejo, se procuraron folletos.

Quería que me hiciera la prueba del sida. No quiero pasar otra vez por toda esa mierda.

Me levanto para cenar, frágil, doblado y quebradizo mientras lucho para bajar las escaleras. Cada movimiento hace que la sangre suba volando hasta mi cabeza palpitante. Hubo un momento en que pensé que simplemente reventaría, como un globo, enviando sangre, fragmentos craneales y materia gris sobre el aglomerado color crema de mamá.

La vieja me coloca en la cómoda silla junto al fuego enfrente de la tele, y me pone una bandeja sobre el regazo. Tengo convulsiones por dentro de todos modos, pero la carne picada tiene un aspecto nauseabundo.

«Ya te he dicho que no como carne, mamá», digo yo.

«Siempre te ha gustado la carne picada con patatas. Ahí es donde te has torcido, hijo, por no comer las cosas adecuadas. Hace falta comer carne.»

Ahora resulta que al parecer hay un nexo causal entre la adicción a la heroína y el vegetarianismo.

«Es buena carne de solomillo picada. Te la comerás», dice mi padre. Esto es totalmente ridículo.

Pensé en lanzarme hacia la puerta ahí mismo, incluso aunque llevase puesto un chándal y chanclas. Como si me leyese el pensamiento, el viejo saca un juego de llaves.

«La puerta permanecerá cerrada. También voy a poner un candado en tu puerta.»

«Esto es puto fascismo», digo yo, con sentimiento.

«No nos vengas con tus mierdas. Puedes llamarlo como quieras; si eso es lo que hace falta, eso es lo que vas a recibir. Y ojo con tu lenguaje en esta casa.»

Mamá estalla en una protesta apasionada: «Tu padre y yo, hijo, no es que queramos todo esto. No es así en absoluto. Es porque te queremos, hijo, tú y Billy sois todo lo que tenemos.» La mano de papá cae sobre la suya.

No puedo comerme esto. El viejo no está dispuesto a llegar al extremo de alimentarme a la fuerza, de manera que se ve obligado a aceptar el hecho de que la buena carne de solomillo picada se va echar a perder. En realidad no se echa a perder, puesto que él se come la mía. En vez de eso le doy sorbos a una sopa de tomate Heinz fría, que es lo único que puedo tomar cuando estoy con el mono. Me pareció

abandonar mi cuerpo unos instantes, viendo un concurso en la caja tonta. Oía a mi viejo hablándole a mi vieja pero no podía apartar la vista del feo presentador del concurso y volver la cabeza hacia mis padres. La voz de papá casi parece proceder del aparato.

«… decía ahí que Escocia tiene el ocho por ciento de la población del Reino Unido pero el dieciséis por ciento de los casos de sida…» *¿Cuáles son las puntuaciones, señorita Ford?…* «Edimburgo tiene el ocho por ciento de la población escocesa pero más del sesenta por ciento de las infecciones de sida de Escocia, con mucho el porcentaje más alto de Gran Bretaña…» *¡Daphne y John tienen once puntos, pero Lucy y Chris tienen quince!…* «dicen que lo descubrieron haciendo pruebas de sangre por alguna otra razón, hepatitis o así, a gente en Muirhouse, y se percataron de la magnitud del problema…» *ooh.. ooh… bueno, mala suerte para estos perdedores tan deportivos, una ronda de aplausos para ellos, una ronda de aplausos…* «como pille los nombres de la escoria que le hizo esto al chico, reuniré una cuadrilla y les arreglaré yo mismo, evidentemente a la policía no le interesa, les deja vender esa mierda en la calle…» *no se irán con las manos vacías…* «incluso aunque sea seropositivo no supone una sentencia de muerte automática. Eso es lo único que estoy diciendo, Cathy, que no es una sentencia de muerte automática…» *Tom y Sylvia Heath de Leek en Staffordshire…* «dice que no ha estado compartiendo agujas, pero le hemos cogido en mentiras otras veces…» *aquí dice, Sylvia querida, que conociste a Tom cuando estaba mirando debajo de tu capó, oooh…* «sólo estamos diciendo "aunque", Cathy…» *estaba arreglando tu coche que había ido a hacer una revisión, ah, ya veo…* «espero que tuviera más cabeza que todo eso…» *el primer juego se llama «tirando a matar»…* «pero no es una sentencia de muerte automática…» *¡y quién mejor para enseñarnos cómo que mi viejo amigo de la Real Sociedad de Arquería de Gran Bretaña, el gran Len Holmes!…* «eso es lo único que estoy diciendo, Cathy…».

Empecé a sentir una náusea abrumadora y la habitación comenzó a darme vueltas. Me caí de la silla y vomité sopa de tomate sobre la alfombra que hay junto al fuego. No recuerdo que me metieran en la cama. *Ahí va mi primer amor, woo-hoo…*

Mi cuerpo estaba siendo retorcido y aplastado. Era como si me hubiese desvanecido en la calle y me hubiesen puesto encima un contenedor, y un pelotón de curriquis maníacos lo estuviese llenando de materiales pesados de la construcción, mientras al mismo tiempo metían afiladas varas debajo para hacerme el cuerpo brochetas. *Con el tío con que yo solía…*

¿Qué puta hora es? Me pregunto qué 7.28. No puedo olvidarla…

Hazel

Mi corazón se rompe woo-hoo cuando la veo…

Echo para atrás el pesado edredón y miro a Paddy Stanton. Paddy. ¿Qué voy a

hacer? Gordon Durie. Juke Box. ¿Qué coño pasa aquí? ¿Por qué nos dejaste, Juke Box, cacho cabrón? Iggy… tú has estado allí. Ayúdame, tío. AYÚDAME.

¿Qué es lo que dijiste acerca de todo el asunto?

NO ME ESTÁS AYUDANDO PARA NADA, CACHO CABRÓN… NI PIZCA DE PUTA AYUDA…

La sangre fluye sobre la almohada. Me he mordido la lengua. Gravemente seccionada a juzgar por lo que veo. Cada célula de mi cuerpo quiere abandonarlo, cada célula está chunga, duele, a remojo en puto veneno puro

cáncer

muerte

chungo chungo chungo

muerte muerte muerte

SIDA SIDA que OS folien a todos PUTOS CABRONES QUE OS FOLLEN A TODOS

GENTE AUTOINFLIGIDA CON CÁNCER - NO HAY OPCIÓN PARA ELLOS SE LO TIENEN MERECIDO

CULPA PROPIA SENTENCIA DE MUERTE AUTOMÁTICA

TIRAR TU VIDA A LA BASURA NO TIENE POR QUÉ SER UNA SENTENCIA DE MUERTE AUTOMÁTICA DESTRUIR

REHABILITAR

FASCISMO

BUENA ESPOSA

BUENOS CRÍOS

BUENA CASA

BUEN EMPLEO

BUENO

QUÉ BUENO VERTE, VERTE…

BUENO BUENO BUENO DESGOBIERNO CEREBRAL

DEMENCIA

HERPES CANDIDIASIS NEUMONÍA

TODA LA VIDA POR DELANTE BÚSCATE UNA BUENA CHICA Y SIENTA LA CABEZA…

Aún sigue siendo mi primer amor

LO PROVOCASTE TÚ MISMO

Sueño.

Más terrores. ¿Estoy dormido o despierto? ¿Quién coño lo sabe y a quién le importa? A mí no. El dolor sigue ahí. De una cosa estoy seguro. Si me muevo, me tragaré la lengua. Bonito pedazo de lengua. Eso es lo que no puedo esperar que mamá

me traiga, como en los viejos tiempos. Ensalada de lengua. Envenena a tus hijos.

Te comerás esa lengua. Eso de ahí es un hermoso y sabroso pedacito de lengua, hijo.

TE COMERÁS ESA LENGUA.

Si no me muevo, mi lengua va a resbalar pescuezo abajo de todas formas. Noto cómo se mueve. Me levanto, consumido por un pánico ciego, y me da una arcada, pero no sube nada. El corazón me late en el pecho, y el sudor emana a chorros de mi demacrada figura.

Será esto suuuuueeeeeeeeeeññññññoooooo.

Ay, joder. Hay algo aquí conmigo en esta habitación está saliendo del jodido techo encima de la cama.

Es un bebé. La pequeña Dawn, gateando por el techo. Llorando. Pero ahora me mira desde arriba.

«Me dejasteis moriiiiiir», dice. No es Dawn. No es la criíta.

Nah, quiero decir, esto es de puta locura.

El bebé tiene afilados dientes de vampiro de los que gotea sangre. Está cubierto de una viscosidad amarillo-verdosa. Sus ojos son los ojos de todos los psicópatas con los que me he topado.

«Mematasteisjodidosmedejasteismorirtotalmenteídosmirandolasputasparedessojod

Salta desde el techo sobre mí. Mis dedos desgarran y rasgan la blanda carne de plastilina y la guarrada babosa pero la fea voz de pito sigue chillando y burlándose y yo me estremezco y me sacudo y me siento como si la cama se hubiese puesto de golpe en vertical y me estoy cayendo a través del puto suelo…

Será esto suuuuueeeeeeeeeeññññññoooooo.

Allá va mi primer amor.

Después estoy otra vez en la cama, aún sujetando al bebé, achuchándolo suavemente. La pequeña Dawn. Una puta lástima.

Sólo es mi almohada. Hay sangre sobre la almohada. Quizá proceda de mi lengua; quizá la pequeña Dawn haya estado aquí.

En la vida tiene que haber algo menos que esto.

Más dolor, y después más sueño/dolor.

Cuando recompongo mi conciencia dispersa me percato de que ha pasado un período de tiempo. Cuánto, no lo sé. El reloj dice: 2:21.

Sick Boy está sentado en la silla mirándome. Tiene una cara de leve preocupación recubierta por un desprecio benigno y condescendiente. Mientras sorbe su taza de té y mastica una galleta de chocolate caigo en que mi madre y mi padre también están en la habitación.

¿Qué cojones pasa aquí?

Lo que cojones pasa es «Simon está aquí», anuncia mamá, confirmando que no

alucino a menos que el espejismo tenga contenido audio además de visual. Como Dawn. Cada amanecer me muero.

Le sonrío. El papá de Dawn. «Todo bien, Si.»

El muy hijoputa es el encanto personificado. Cháchara jocosa y colegui sobre el fútbol con el huno de mi viejo, comportamiento de preocupado médico de cabecera amigo de la familia con mi vieja.

«Es un juego de perdedores, señora Renton. No trato de decir que yo sea inocente, estoy muy lejos de serlo, pero llega un punto en que sencillamente tienes que volverle la espalda a ese sinsentido y decir no.»

Simplemente di no. Es fácil. Elige la vida.

A mis padres les resulta imposible creer que el «Joven Simon» (que es cuatro meses mayor que yo, y a mí nunca me llaman el «Joven Mark») podría quizá tener algo que ver con las drogas, más allá del esporádico flirt experimental de juventud. El Joven Simon está identificado a sus ojos con el éxito ostentoso. Ahí tienes a las amigas del Joven Simon, la elegante ropa del Joven Simon, el moreno del Joven Simon, el piso en el centro del Joven Simon. Incluso ven los saltos del Joven Simon hasta Londres como más capítulos llenos de colorido dentro de las marchosas aventuras de capa y espada del amable caballero de los Pisos Bananeros de Leith, en tanto que mis viajes al sur evocan invariablemente a sus ojos asociaciones canallescas e insalubres. Sin embargo, el Joven Simon no puede obrar mal. Ven a ese cabrón como una especie de Oor Wullie[51] para la generación del vídeo.

¿Se inmiscuirá Dawn en los sueños de Sick Boy? No.

Aunque nunca lo han dicho con claridad, mi madre y mi padre sospechan que mis problemas de drogas se deben a mi trato con el «chico de los Murphy». Esto se debe a que Spud es un bastardo vago y desaliñado, que está colgado por naturaleza y parece que va de algo incluso cuando está desenganchado. Spud es incapaz de molestar a un amante rechazado con una mala resaca. Por otra parte, a Begbie, ese jodido loco psycho total del Pordiosero, me lo muestran como modelo arquetípico de hombría Ecosse. Sí, puede haber pobres cabrones sacándose trozos de jarras de cerveza de la cara cuando Franco se alborota, pero el muchacho trabaja duro y juega duro, etcétera, etcétera.

Después de ser tratado como un capullo simplón durante una hora más o menos por todos los presentes, mis padres abandonan el cuarto, convencidos de que Sick Boy está auténticamente limpio de drogas y que no tiene intención de pasarle subrepticiamente a su retoño heroína alguna, por desgracia.

«Como en los viejos tiempos por aquí, ¿eh?», dice, mirando mis pósters.

«Espera, sacaré el Subbuteo y los libros guarros.» Solíamos hacernos pajas con revistas porno de chavalines. Hoy día, hecho un semental, Sick Boy odia que le recuerden los primeros pasos de su desarrollo sexual. Como de costumbre, cambia de

tema.

«Menuda jeta llevas puesta», dice. ¿Qué coño espera el cabrón bajo las circunstancias presentes?

«Pues claro que la tengo, joder. Estoy aquí con el puto síndrome, Si. Tienes que pillarme algo de jaco.»

«Ni de coña. Yo voy a seguir desenganchado, Mark. Si empiezo a frecuentar a perdedores como Spud, Swanney y tal, volveré a picarme otra vez enseguida. Ni hablar», dice a través de sus labios fruncidos y sacudiendo la cabeza.

«Gracias, colega. Eres todo corazón.»

«Deja ya de quejarte. Yo sé lo mal que se pasa. Pasé por ello unas cuantas veces y tal, ¿te acuerdas? Llevas un par de días desenganchado. Ya casi has pasado lo peor. Ya sé que duele, pero si empiezas a picarte ahora, ya la has cagao. Sigue tomándote los valiums. Te pillaré un poco de hachís para el fin de semana.»

«¿Hachís? ¡Hachís! Eres un jodido bromista. ¿Por qué no probar ya puestos a combatir el hambre en el Tercer Mundo con un paquete de guisantes ultracongelados?»

«No, pero escúchame, tío. Una vez se vaya el dolor, entonces es cuando empieza la verdadera batalla. Depresión. Aburrimiento. Te lo aseguro, tío, te sentirás tan hundido que querrás quitarte de en medio. Necesitas algo para seguir tirando. Yo empecé a privar como loco en cuanto me desenganché del jaco. Hubo un momento en que estaba apurando una botella de tequila al día. ¡Hasta a Segundo Premio le avergonzaba mi compañía! Ahora ya me he desenganchado de la priva, y me veo con algunas periquitas.»

Me pasó una foto. Mostraba a Sick Boy con una chica preciosa.

«Fabienne. Es francesa. Está aquí de vacaciones. Ésta nos la tomaron en el monumento a Scott. Voy a su queo de París el mes que viene. Y a continuación a Córcega. Sus viejos tienen algo allí. Un ambiente jodidamente subliminal, tío. Oír a una mujer hablar en francés cuando te la estás follando es todo un puntazo.»

«Sí, pero ¿qué dice? Apuesto a que es algo como: Tu polla es, cómo se dise, minúscula, has empesado ya… Apuesto a que por eso habla en francés.»

Me concedió esa sonrisa paciente y condescendiente que dice has-terminado-ya-del-todo.

«Sobre ese tema particular, estuve hablando la semana pasada con Laura McEwan. Me confesó que tú tenías problemas en ese mismísimo aspecto. Me dijo que la última vez que acabó quedándose contigo no se te levantaba ni el ánimo.»

Logro sonreír y me encojo de hombros. Pensé que había salido indemne de aquel desastre.

«Dice que no podías satisfacerte a ti mismo, y no digamos a ninguna menda, con ese puto dedal que tienes la caradura de llamar pene.»

No hay mucho que pueda decirle a Sick Boy en el tema del tamaño del rabo. El suyo es más grande, no cabe duda. Cuando éramos más jóvenes nos solíamos hacer fotos de la cola en la cabina de Waverley Station. Después metíamos las fotos en los paneles de cristal de las viejas paradas grises de autobús para que la gente las viese. Solíamos llamarlas nuestras exhibiciones de arte públicas. Consciente del hecho de que la de Sick Boy era más grande, acercaba la polla lo más posible al objetivo de la cámara. Desgraciadamente, el capullo pronto lo descubrió y empezó a hacer lo mismo.

Sobre el particular tema de mi desastre con Laura McEwan había aún menos que decir. Laura es una majarona. Asusta en el mejor de los casos. Tengo más marcas de cicatrices en el cuerpo a raíz de una noche con ella de las que jamás me hayan producido las agujas. Puse todas las excusas que pude sobre el particular. Es tan deprimente que la gente no deje pasar estas cosas. Sick Boy está empeñado en que todo quisque sepa lo mal que me lo hago en la cama.

«Vale, reconozco que fue una actuación penosa que te cagas. Pero estaba pedo y ciego, y fue ella la que me arrastró hasta su dormitorio, no al revés. ¿Qué coño esperaba?»

Soltó una risita burlona. El hijoputa siempre te daba la impresión de que tenía todavía más material selecto para ponerte a parir que se reservaba para otra ocasión.

«Bueno, colega, piensa en lo que te estás perdiendo. Estuve olisqueando por los jardines el otro día. Colegialas por todas partes. Enciendes un peta y son como moscas alrededor de una mierda. Está a tope de hembras. Hay chocho extranjero por doquier, algunas muriéndose de ganas. Hasta he visto algunas preciosidades en Leith, me cago en la hostia. Y hablando de preciosidades, Mickey Weir estuvo brillante que te cagas en Easter Road el sábado. Todos los muchachos preguntaron dónde has estado. Recuerda, hay conciertos de Iggy Pop y los Pogues dentro de poco. Ya va siendo puta hora de que te organices y empieces a vivir tu puta vida. No puedes esconderte en habitaciones oscuras el resto de tu vida.»

Realmente no estaba interesado en la mierda del cabrón.

«Necesito de verdad sólo un piquito, Si, para desengancharme suavemente. Incluso un trago de metadona.»

«Si eres buen chico, a lo mejor te dan un poco de Tartán Special aguada. Tu madre estaba diciendo que a lo mejor te lleva al Club de los Estibadores el viernes por la noche; siempre y cuando prometas portarte de lo mejorcito.»

Cuando el capullo condescendiente se marchó, le eché de menos. Casi me apartó de mí mismo. *Fue* como en los viejos tiempos, pero de una manera que sólo servía para recordar cuánto habían cambiado las cosas. Algo había sucedido. Había sucedido el jaco. Ya viviera con él, muriese con él o viviese sin él, sabía que las cosas nunca podrían volver a ser iguales. Tengo que salir de Leith, salir de Escocia. Para

siempre. Enseguida, no sólo a Londres durante seis meses. Las limitaciones y la fealdad de este sitio me han sido reveladas y nunca más podré volver a verlo bajo la misma luz.

A lo largo de los días siguientes, el dolor remitió ligeramente. Incluso empecé a cocinar un poco. Todos los capullos bajo el sol creen que su madre es la mejor cocinera del mundo. Yo también lo pensaba hasta que me fui a vivir por mi cuenta. Entonces comprendí que madre es una cocinera de mierda. Así que he empezado a hacer la cena. El viejo se burla de la «comida para conejos», pero creo que en secreto disfruta de mis chiles, currys y cazuelas. La vieja parece vagamente resentida ante la invasión de lo que considera su terreno, la cocina, y bala sobre la necesidad de la carne en la dieta; pero creo que disfruta del papeo y todo.

Sin embargo, el dolor está siendo reemplazado por una fea, poderosa y negra depresión. Jamás he conocido una sensación de desesperanza tan completa y absoluta, moteada únicamente por asaltos de cruda ansiedad. Me inmoviliza hasta el extremo de que estoy sentado en una silla odiando un programa de la tele y aun así me parece que sucederá algo terrible si intento cambiar de canal. Estoy sentado, reventando de ganas de ir a mear, pero demasiado asustado para subir al cagadero por si hay algo acechando en las escaleras. Sick Boy me advirtió sobre esto, y yo lo había experimentado ya en el pasado; pero no hay preaviso o experiencia anterior que pueda prepararte plenamente para ello. Hace que la peor de las resacas alcohólicas parezca un idílico sueño húmedo.

Mi corazón se está rompiendo woo-hoo. Pulsar un mando. Gracias a Dios por el mando de control remoto. Puedes entrar en mundos distintos con sólo apretar un botón. Cuando la veo sosteniendo el reemplazo de un equipo deportivo desgastado el tío dice algo acerca de una flagrante falta de medidas de input y output detalladas que pueden ser agregadas para permitir que los beneficios sean evaluados y comprobados a nivel de un área, en términos de su efectividad y eficiencia, y esto es algo que los ciudadanos, que después de todo son los que pagan las cuentas tendrán.

«¿Café, Mark?, ¿quieres un café?», pregunta mamá.

No puedo responder. Sí, por favor. No, gracias. Quiero y no quiero. No digas nada. Deja que mamá decida si debo o no debo tomar un café. Restituir o delegar en ella ese nivel de poder, o de toma de decisiones. Poder restituido es poder retenido.

«Tengo un bonito vestidito para la pequeña de Angela», dice mamá, sosteniendo lo que sólo puede ser descrito como un bonito vestidito. Mamá no parece darse cuenta de que yo no sé quién es Angela, mucho menos la criatura que habrá de ser la presunta destinataria de ese bonito vestidito. Me limito a asentir y sonreír. La vida de mamá y la mía se bifurcaron por distintas tangentes hace años. El punto de contacto es fuerte pero oscuro. Yo podría decir: Le compré una bonita ración de jaco al colega de Seeker, el capullo dentudo cuyo nombre se me escapa. Eso es: mamá le compra

vestidos a gente que yo no conozco, yo le compro jaco a gente que ella no conoce.

Papá se está dejando bigote. Con ese pelo tan corto parecerá un homosexual liberado, un clon. Freddy Mercury. No comprende esa cultura. Se lo explico y no quiere saber nada.

Al día siguiente, sin embargo, el bigote ha desaparecido. Ahora a papá «ya no le motiva» dejárselo. Claire Grogan está cantando «Don’t Talk To Me About Love» en Radio Forth y mamá está haciendo sopa de lentejas en la cocina. Yo he estado cantando en mi cabeza todo el día «She’s Lost Control» de Joy División. Ian Curtís. Matty. Pienso en ellos entrelazados de alguna forma; pero lo único que tenían en común era el deseo de muerte.

Eso es lo único que merece mencionarse acerca de ese día.

Cuando llega el fin de semana, ya no es tan malo. Si me consiguió un poco de costo, pero era hachís normal de Edimburgo, que por lo general es una mierda. Hago algo de pastel espacial con él, y eso lo mejora. Hasta me pongo un poco tripi en mi cuarto por la tarde. Con todo, aún no me sentía en condiciones de salir, sobre todo al puto Club de Estibadores con mi madre y mi padre, pero decidí hacer el esfuerzo por ellos, pues necesitaban un respiro. Mi madre y mi padre raras veces se perdían un sábado por la noche en el club.

Camino muy pendiente de mí mismo por Great Junction Street, sin que el viejo jamás me quite los ojos de encima por si intento salir por patas. Me topo con Mally en el Pie de Leith Walk, y charlamos un ratito. El viejo interviene, conduciéndome hacia adelante y mirando a Mally como si quisiera romperle las piernas a ese malvado traficante. Pobre Mally, que ni siquiera tocaría un porro. Lloyd Beattie, que era buen colega mío hace años, hasta que todo quisque supo que se había estado follando a su propia hermana, asintió tímidamente con la cabeza al verme.

En el club, la gente luce grandes sonrisas para el viejo y la vieja y forzadas para mí. Era consciente de algunos susurros, seguidos por silencios, cuando cogimos una mesa. Papá me da una palmada en la espalda y me guiña un ojo y mamá me suelta una sonrisa entrañablemente tierna y agobiantemente indulgente. Qué duda cabe, no son malos estos viejos capullos. Quiero a estos cabrones a morir, la verdad sea dicha.

Pienso en cómo deben de sentirse acerca de cómo les he salido. Una puta lástima. Con todo, aquí estoy. La pobre Lesley nunca verá crecer a la pequeña Dawn. Les y Sick el jodido y Lesley, dicen que ella está en el Southern General de Glasgow ahora, en un pulmón artificial. Se hinchó de Paracetamol. Se fue a Glasgow para alejarse del rollo del jaco y acabó instalándose en Possil con Skreel y Garbo. Para algunos cabrones no hay escapatoria. El hara-kiri era la mejor opción para Les.

Swanney se portó como el viejo sensiblero de siempre: «Estos días los putos *weedjies* reciben toda la buena mandanga. Ellos le pegan a esa mierda farmacéutica pura mientras nosotros nos vemos reducidos a machacar cualquier píldora a la que

podemos echarle el guante. Es un desperdicio darles buena mandanga a esos cabrones, la mayoría ni siquiera se la inyectan. Fumar y esnifar jaco, vaya desperdicio», espetó con desprecio. «Y esa puta Lesley: debería estar soplándole al Cisne Blanco cómo hacerse con ese tema. ¿Acaso me hace llegar algo a mí? Nah. No hace más que sentarse y lamentarse por ella y por su cría. Una pena y tal, ya sabes, no me malinterpretes. La cosa es que hay oportunidades y eso. Esperaría uno que saltara ante la oportunidad de levantar el vuelo. Libre de la responsabilidad de ser madre soltera.»

Libre de responsabilidad. Eso suena bien. A mí me gustaría estar libre de la responsabilidad de estar sentado en este puto club.

Jocky Linton se acerca y se une a nosotros. El careto de Jocky tiene la forma de un huevo de costado. Tiene espesos cabellos negros con motas plateadas. Viste una camisa azul de manga corta que expone sus tatuajes. En un brazo pone «Jocky y Elaine - El Verdadero Amor Nunca Morirá» y «Escocia» con un león rampante en el otro. Desgraciadamente, el verdadero amor mordió el polvo y Elaine se dio el piro hace mucho. Jocky vive ahora con Margaret, que obviamente odia el tatuaje, pero cada vez que va a que le pongan otro encima, se caga, dando excusas sobre el miedo al virus con las agujas. Evidentemente es mierda pura, una débil excusa porque aún sostiene velas por Elaine. Lo que mejor recuerdo de Jocky es cuando cantaba en las fiestas. Solía cantar el *My Sweet Lord* de George Harrison, ésa era su pieza para las fiestas. Sin embargo, Jocky nunca dominó la letra del todo. Sólo se sabía el título y el «de verdad quiero verte, Señor» y el resto era da-da-da-da-da-da-da.

«Day-vie. Cah-thy. Es-tás-pre-cio-sa-es-ta-no-che-mu-ñe-ca. No-se-te-o-cu-rra-vol-ver-la-es-pal-da-Ren-ton-o-me-fu-ga-ré-con-ella. Ru-fián-de-Glas-gow es-tás hecho.» Jocky escupía sus sílabas estilo Kalashnikov.

La vieja intenta poner cara de coqueta, y su expresión me hace sentir un poco revuelto el estómago. Me limito a ocultarme detrás de una pinta de lager y por una vez en mi vida me alegro de ver el silencio total que impone la partida de bingo del club. Mi habitual irritación al ver cada una de mis palabras escrutadas por cretinos queda ahora reemplazada por una sensación de puro éxtasis.

Yo tenía bingo, pero no quería hablar, ni llamar atención alguna sobre mí. Parece no obstante que el destino —y Jocky— estaban decididos a no respetar mis deseos de anonimato. El capullo se fija en mi tarjeta.

«¡BINGO! Ése-e-res-tú-Mark. Tie-ne bin-go. ¡AQUÍ! Ni-si-quie-ra-i-ba-a-gri-tar. Ven-ga-cha-val. Pon-te-las-pu-tas-pi-las.»

Le sonrío benévolamente a Jocky, deseándole al mismo tiempo al entrometido capullo una pronta y violenta muerte.

Esta lager es como el contenido de una letrina embozada, cargada de C02. Después del primer trago, me entra un espasmo violento y nauseabundo. Papá me da

un palmada en la espalda. Después de esto no puedo ni tocar mi pinta, pero Jocky y el viejo se las ventilan continuamente una detrás de otra. Aparece Margaret y al poco rato ella y la vieja están dando buena cuenta de los vodkas con tónica y las Carlsberg Specials. La banda se pone a tocar, cosa que al principio recibo como una tregua de la charla.

Mi madre y mi padre se levantan a bailar con «Sultans of Swing».

«Me gustan esos Dire Straits», hace notar Margaret. «Tienen un público joven, pero gustan a gente de todas las edades.»

Casi estoy tentado de refutar vigorosamente esa cretina afirmación. Sin embargo, me conformo con hablar de fútbol con Jocky.

«Hab-ría-que-fu-si-lar-a-Rox-burgh. Ésa-es-la-pe-or-a-li-nea-ción-es-co-ce-sa-que-ja-más-he-vis-to», afirma Jocky, sacando la barbilla para fuera.

«En realidad no es culpa suya. Sólo se puede mear con la polla que se tiene. ¿Quién más hay?»

«Sí, no-te-fal-ta-ra-zón… Pe-ro-me-gus-ta-ría-ver-a-John-Raw-lins-con-u-na-bue-na-o-por-tu-ni-dad. La-me-re-ce. Es-el-go-le-a-dor-más-con-sis-ten-te-de-Es-co-cia.»

Continuamos con nuestra discusión ritual, y yo intentando buscar siquiera una apariencia de pasión que le diese un hálito de vida, y fracasando miserablemente.

Noto que Jocky y Margaret han sido aleccionados para asegurarse de que no intente escabullirme. Se turnan todos para supervisarme, no saliendo a bailar los cuatro a la vez. Jocky y mi madre con «The Wanderer», Margaret y mi padre con «Jolene», mi madre y mi padre otra vez con «Rollin Down The River», Margaret y Jocky con «Save The Last Dance For Me».

Mientras el obeso cantante se lanza a interpretar «Song Sung Blue», la vieja me arrastra hasta la pista de baile como si fuera una muñeca de trapo. Sudo a chorros bajo las luces mientras mamá menea lo que tiene y yo me agito con pudor. La humillación se intensifica cuando me percato de que los capullos están haciendo un popurrí de Neil Diamond. Tengo que pasar por «Forever In Blue Jeans», «Love On The Rocks» y «Beautiful Noise». Para cuando llega «Sweet Caroline» estoy a punto de desvanecerme. La vieja me obliga a imitar al resto de los desgraciaos del lugar sacudiendo las manos en el aire mientras cantan:

«HAAANDS… TOUCHING HAANDS… REACHING OUUUT… TOUCHING YOOOU… TOUCHING MEEE…»

Echo un vistazo hacia la mesa, y Jocky está en su elemento, un Al Jolson de Leith.

Tras esta prueba, viene otra. El viejo me pasa subrepticiamente un billete de diez y me dice que traiga una ronda. Es evidente que las habilidades sociales y el entrenamiento para aumentar la confianza están en la agenda de esta noche. Llevo la bandeja hasta la barra y me pongo en la fila. Miro hacia la puerta, sintiendo el billete

nuevo en la mano. El precio de unos pocos granos. Podría estar en casa de Seeker o Johnny Swan, la Madre Superiora, en media hora; chutarme hasta salir de esta pesadilla. Entonces guipo al viejo de pie junto a la puerta, mirándome como si él fuera el gorila y yo un buscabullas en potencia. Sólo que su papel era impedir que me marchase, en vez de arrojarme a la calle.

Éste es un rollo perverso.

Me vuelvo otra vez para la cola y veo a una chica, Tricia McKinlay, con la que fui al colegio. Preferiría no hablar con nadie, pero ahora no puedo ignorarla, pues se le dibuja una sonrisa al reconocerme.

«¿Va todo bien, Tricia?»

«Ah, hola, Mark. Mucho tiempo sin verte. ¿Cómo te va?»

«No tan mal. ¿Y a ti?»

«Acabas por ver de todo. Éste es Gerry. Gerry, éste es Mark, iba a mi clase en el instituto. Ahora parece que fue hace mucho, ¿no?»

Me presenta a un gorila tosco y sudoroso que gruñe en mi dirección. Yo asiento con la cabeza.

«Sí. Desde luego.»

«¿Aún ves a Simon?» Todas las hembras preguntan por Sick Boy. Me pone enfermo.

«Sí. Ha estado en casa hoy. Se va pronto a París. Y después a Córcega.»

Tricia sonríe y el gorila mira con gesto de desaprobación. El tío tiene una cara que simplemente desaprueba al mundo en general y parece dispuesta a liarse a hostias con él. Estoy seguro de que es uno de los Sutherland. Decididamente, Tricia podía habérselo montado mejor. Había mogollón de tíos en el colegio que iban detrás de ella. Yo solía andar por ahí con ella con la esperanza de que la gente pensara que salíamos juntos, con la esperanza de *acabar* saliendo con ella por una especie de osmosis. Una vez empecé a creerme mi propia propaganda, y recibí un saludable bofetón en la jeta al intentar subirle la mano por el jersey cuando estábamos en la vía de tren abandonada. Sick Boy se la folló, sin embargo, el cabrón.

«Nuestro Simon siempre se lo ha montado», dice con una sonrisa pensativa.

Papá Simon.

«Desde luego que sí. Estupro, proxenetismo, tráfico de drogas, extorsión. Ése es nuestro Simon.» Me sorprendió la amargura en mi voz. Sick Boy era mi mejor colega, bueno, Sick Boy y Spud… y puede que Tommy. ¿Por qué le estoy dando tan mala prensa al cabrón? ¿Es sólo a cuenta de su negligencia ante sus deberes paternos, o más bien su falta de reconocimiento de su estatus de padre? Es más probable que sea porque envidio al capullo. A él no le importa nada. Puesto que nada le importa, no puede ser herido. Jamás.

Sea cual sea la razón, a Tricia le hace flipar.

«Eh… bueno, bien, eh, nos vemos, Mark.»

Se marchan rápidamente, Tricia llevando la bandeja de copas y el gorila Sutherland (o al menos yo pensaba que era uno de los Sutherland) mirándome, con los nudillos casi rozando el barniz de la pista de baile.

Estaba fuera de lugar poner a parir a Sick Boy de esa manera. Es que lo odio cuando el cabrón sale ileso de todo y a mí me pintan como el gran villano de la función. Supongo que eso no es más que mi percepción de las cosas. Sick Boy tiene sus ansiedades, su dolor personal. También tiene probablemente más enemigos que yo. Indudablemente así es. Con todo, qué coño.

Llevo las bebidas hasta la mesa.

«¿Estás bien, hijo?», me pregunta mamá.

«Como nuevo mamá, como nuevo», digo, tratando de sonar como James Cagney y fracasando patéticamente; como hago con la mayoría de las cosas. Aun así, el fracaso, el éxito, ¿qué son? A quién le importa un carajo. Todos vivimos, después morimos, y en un espacio de tiempo bastante corto y tal. Eso es todo; final de la puta historia.

Hace un día hermoso. Eso parece querer decir.

Concentrarse. En la tarea del momento. Mi primer entierro. Alguien dice «Venga, Mark», una voz suave. Me adelanto y agarro la cuerda.

Ayudo a mi padre y mis tíos, Charlie y Dougie, a bajar los restos de mi hermano hasta la tierra. El ejército ha puesto la pasta para la función. Déjennoslo a nosotros, le dijo a mamá el bien hablado oficial de Beneficencia. Déjennoslo a nosotros.

Sí, éste es el primer entierro al que he asistido. Actualmente, lo normal son incineraciones. Me pregunto lo que habrá en la caja. De Billy no mucho, eso es seguro. Me vuelvo a mirar a mamá y a Sharon, la chorba de Billy, que están siendo consoladas por un surtido de tiítas. Lenny, Peasbo y Naz, los colegas de Billy, están aquí, junto con alguno de sus compas militronchos.

Billy Boy, Billy Boy[52]. *Hola, hola, somos los. No tiene nada que ver con*.

No dejo de pensar en ese viejo tema de los Walker Brothers, el que versioneó Midge Ure: *No hay nada de que arrepentirse, no hay lágrimas, adiós, no quiero que vuelvas*, etcétera, etcétera.

No puedo sentir remordimientos, sólo ira y desprecio. Me hirvió la sangre cuando vi la puta Union Jack sobre su ataúd, y a ese escurridizo y repeinado cabrón de oficial, que obviamente está fuera de su elemento aquí, intentando hablar con mi madre. Peor aún, esos cabrones de Glasgow, de la parte del viejo, han venido en masa. Tienen la boca llena de mierda acerca de cómo murió al servicio de su país y toda esa bazofia servil de los hunos. Billy fue un pobre cabrón, pura y simplemente. Ni un héroe, ni un mártir, sólo un cabrón atontolinado.

Me entra un ataque de risa que amenaza con superarme por completo. Casi me doblo riendo histéricamente, cuando el hermano de mi padre, Charlie, me agarra por el brazo. Parecía hostil, pero es que ese cabrón siempre lo parece. Effie, su mujer, aparta al gilipollas diciendo «El chico está trastornado. Es su forma de mostrarlo, Chick. El chico está trastornado».

Daros un jodido fregote, pedazo de cabrones *weedjies* esquivajabones.

Billy Boy. Así es como lo llamaban esos cabrones cuando era un chaval. Siempre era: ¿Qué tal, Billy Boy? Conmigo, remoloneando tras el sofá, era un «Sí, chaval» a regañadientes.

Billy Boy, Billy Boy. Te recuerdo sentado encima de mí, completamente inmovilizado contra el suelo. El esófago estrechado hasta el ancho de una pajita. Rezando, mientras mis pulmones y mi cerebro se vaciaban de oxígeno, para que mamá volviera del Presto’s antes de que aplastaras la poca vida que quedaba en mi

escuálido cuerpo. El olor del pis procedente de tus genitales, una mancha de humedad en tus pantalones cortos. ¿De veras era tan excitante, Billy Boy? Espero que sí. Ahora realmente no puedo echártelo en cara. Siempre tuviste un problema con esas cosas; esas descargas poco apropiadas de heces y orina que solían volver loca a mamá. Cuál es el mejor equipo, me preguntabas, aplastando, apretando o retorciendo con más fuerza. Sin cuartel para mí hasta que decía: los Hearts. Incluso cuando os jodimos siete-cero el día de Año Nuevo en Tynecastle, tuviste que hacerme decir Hearts. Supongo que debería haberme sentido halagado por el hecho de que una palabra mía tuviese más peso que el verdadero resultado.

Mi bienamado hermano estaba al servicio de Su Majestad, de patrulla cerca de su base en Crossmaglen, Irlanda, en la parte que se halla bajo dominio británico. Habían abandonado su vehículo para examinar una barrera cuando ¡POW! ¡ZAP! ¡BANG! ¡ZOWIE!, y nunca más se supo de ellos. Sólo tres semanas antes del final de su periodo de servicio.

Murió como un héroe, dicen. Recuerdo esa canción: *Billy, no seas un héroe*. De hecho, murió como un gilipollas uniformado de repuesto, caminando por una carretera comarcal con un rifle en la mano. Murió como una ignorante víctima del imperialismo, sin tener ni puta idea acerca de las múltiples circunstancias que llevaron hasta su muerte. Ése era el mayor crimen, que no tenía ni puta idea. Todo lo que tenía como guía en esa gran aventura por Irlanda que le llevó a la muerte eran unos cuantos sentimientos sectarios vagamente esbozados. El cabrón murió como vivió: completamente despistado.

Su muerte me benefició. Salió en las noticias de las diez. En términos warholianos, el cabrón tuvo sus quince minutos de fama póstuma. La gente nos ofreció su simpatía, y aunque estuviese desencaminada, era agradable recibirla de todos modos. ¿Para qué va uno a decepcionar a la gente?

Algún cabrón de la clase dominante, un ministro joven o algo así, dice en su voz de Oxbridge que Billy fue un joven valiente. Era exactamente la clase de cabrón al que habrían pegado la etiqueta de cobarde malhechor si en vez de estar al servicio de Su Majestad hubiese estado merodeando por las calles de civil. El puto aborto con patas dice que se perseguirá implacablemente a sus asesinos hasta dar con ellos. Pues así sea, ¡cojones! Haciendo todo el recorrido hasta llegar a la puta Casa de los Comunes.

Saborear pequeñas victorias contra esta basura blanca, instrumento de los ricos que no no no.

Billy atormentado por los hermanos Sutherland y su entorno, que indudablemente le hacían temblar ja jódete ja mientras bailan a su alrededor cantando: TU HERMANO ES UN ESPASMÓDICO, uno de los grandes éxitos callejeros de Leith en los setenta, generalmente puesto en escena cuando las piernas estaban demasiado

cansadas para soportar el partido de fútbol de veintidós por banda. ¿Hablaban de Davie o quizá de mí? Qué más da. No me vieron contemplándoles desde lo alto del puente. Billy, agachaste las orejas. Impotencia. ¿Qué se siente, Billy Boy? No es bueno. Yo lo sé porque.

Junto a la tumba todo resulta extraño. Spud está aquí por alguna parte, desenganchado, recién salido de Saughton. Tommy también. Es alucinante, Spud con aspecto saludable, y Tommy con aspecto de tener a la muerte llamando a su puerta. Completa inversión de papeles. Ha aparecido Davie Mitchell, un buen colega de Tommy, con el que una vez hace mucho tiempo trabajé como aprendiz en la construcción. Davie cogió el virus de una chica. Tiene el valor de haber venido. Eso sí que es puta valentía. Begbie, precisamente cuando podría hacer uso de su presencia maligna y la capacidad de causar el caos que tiene el cabrón, está de vacaciones en Benidorm. Me vendría bien su apoyo inmoral de cara a mis parientes *weedjies*. Sick Boy aún está en Francia, poniendo en práctica sus fantasías.

Billy Boy. Me acuerdo de cómo compartíamos aquella habitación. Cómo coño lo hice durante todos esos años es algo que no alcanzo.

El sol tiene un poder. Puede comprenderse por qué hay gente que lo adora. Está ahí, conocemos al sol, podemos verlo, y nos hace falta.

Tú tenías preferencia sobre la habitación, Billy. Quince meses de antigüedad más. Entre derechos iguales decide la fuerza. Traerías a una chavala mascachicles de rostro enjuto y ojos maliciosos para follar o al menos meter mucha mano. Me miraban con androide desprecio cuando tú me desterrabas, sin perjuicio de quién estuviera conmigo, al pasillo con mi Subbuteo. Recuerdo en particular el innecesario aplastamiento bajo tu tacón de dos jugadores del Sheffield Wednesday y uno del Liverpool. Innecesario, pero claro, la dominación total requiere su simbolismo, ¿no es así, Billy Boy?

Mi prima Nina parece intensamente follable. Tiene el cabello largo y oscuro y lleva un abrigo negro que le llega hasta los tobillos. Parece un poco «siniestra». Al notar que algunos de los compas de cuartel de Willie y mis tíos *weedjies* se llevan bien, me sorprendo a mí mismo silbando The Foggy Dew[53]. Uno de ellos, con grandes y sobresalientes palas, se percata y me mira, primero sorprendido y después iracundo, así que le tiro un beso. Se me queda mirando fijamente un instante y luego mira para otro lado, cortado. Me alegro. Mardito roedore.

Billy Boy, yo fui tu otro hermano espasmódico, el que nunca había echado un polvo, como le decías a tu colega Lenny. Y Lenny venga a reír y reír hasta que casi le da un ataque de asma. No fue particularmente Billy, no estúpido, puto cabrón.

Le guiño ampliamente el ojo y ella sonríe, avergonzada. Mi padre lo ha visto y viene hacia mí echando leches.

«Como te pases sólo una puta pizca hemos terminado. ¿Estamos?»

Sus ojos estaban cansados, hundidos profundamente dentro de sus órbitas. Había en él una triste e inquietante vulnerabilidad que jamás había visto. Quería decirle tantas cosas, pero estaba resentido con él por permitir que aquella payasada tuviera lugar.

«Te veré en casa, padre. Me voy a ver a mamá.»

Una conversación escuchada en la cocina, quién coño sabe cuándo. Papá dice: «Algo no le marcha a ese chico, Cathy. Siempre sentado en casa. Eso no es natural. Quiero decir, fíjate en Billy.»

Mamá le contesta: «El chico es diferente, Davie, eso es todo.»

Diferente de Billy. No es un Billy Boy. No le conocerás por sus ruidos, sino por su silencio. Cuando venga por ti, no vendrá gritando, anunciando sus intenciones, pero vendrá. Hola, hola. Adiós.

Tommy, Spud y Mitch me acercan. No son partidarios de entrar. Se marchan con rapidez. Veo a mi vieja, delirante, ayudada a salir del taxi por su hermana Irene y su cuñada Alice. Las tiítas *weedjies* están cacareando al fondo, oigo ese horrible acento: malo de por sí en un hombre, vomitivo que te cagas en una mujer. Estas botas viejas con cara de hacha no parecen muy a sus anchas. Evidentemente, se encuentran más a sus anchas en el funeral de un pariente viejo cuando están disponibles sus chucherías.

Mamá agarra por el brazo a Sharon, la chorba de Billy, que tiene una gran hogaza en el horno. ¿Por qué puñeta se cogerá la gente del brazo en los funerales?

«Habría hecho de ti una mujer honrada, cariño. Siempre fuiste la mujer para él.» Tal y como lo dice, parece que tratara tanto de convencerse a sí misma como a Sharon. Pobre mamá. Hace dos años tenía tres hijos, ahora sólo tiene uno que es yonqui. Las cartas están marcadas.

«¿Crees que el ejército tendrá algo para mí?», oigo a Sharon preguntar a mi tía Effie, mientras entramos en casa. «Llevo a su hijo dentro… es el hijo de Billy…», suplica.

«¿Crees que la luna está hecha de jodido requesón de polla?», comento yo.

Afortunadamente, todo el mundo parece demasiado absorto en sí mismo para advertirlo.

Como Billy. Él empezó a ignorarme cuando me volví invisible.

Billy, mi desprecio hacia ti no hizo más que crecer a lo largo de los años. Desalojó al miedo, expulsándolo en cierto modo, como el pus de un grano. Por supuesto, está la navaja.

Un gran nivelador, muy bueno para anular las ventajas físicas; como lo descubrió a sus expensas Eck Wilson en segundo curso. Me quisiste por eso, una vez que te recuperaste del pasmo. Me respetaste y quisiste como un hermano por vez primera. Yo te aborrecí más que nunca.

Sabías que tu fuerza se hizo superflua cuando descubrí la navaja. Lo sabías,

hijoputa acojonao.

Mi vergüenza e incomodidad van en aumento. La gente llena los vasos y dicen lo grande que era el cabrón de Billy. En verdad, a mí no se me ocurre nada bueno que decir de él, así que cierro el pico. Por desgracia, uno de sus colegas de cuartel, el tipo con dientes de conejo al que le tiré un beso, se me arrima. «Tú eras su hermano», dice, sacando las palas a secar.

Debería haberlo adivinado. Otro fanático *weedjie* anaranjado. No me extraña que se lleve tan bien con la familia de mi padre. Me está poniendo en evidencia. Los ojos de todos los capullos presentes nos enfocan. Odio a muerte a eso mardito roedore.

«En efecto, yo era, como dices, su hermano», asiento jocosamente. Noto cómo se va acumulando el resentimiento contra mí. Tengo que satisfacer a la multitud.

El mejor modo que conocía de tocar fibra sin comprometerme demasiado con la asquerosa hipocresía perversamente vendida como decencia que llena la habitación, es no apartarme de los topicazos. La gente los adora en estos momentos, porque se vuelven reales y llegan de hecho a significar algo.

«Billy y yo nunca nos pusimos de acuerdo en demasiadas cosas…»

«Ah, bueno, *vive la difference*…», dijo Kenny, un tío de la parte de mi madre, intentando ayudar.

«… pero una cosa que teníamos en común era que a los dos nos gustaba un buen pedo y una buena charla. Si pudiera vernos ahora, se moriría de risa, todos aquí sentados con cara de circunstancias. Diría: ¡Divertíos, por todos los santos! Tengo amigos y familiares por aquí. No nos hemos visto en siglos.»

Un intercambio de tarjetas:

Para Billy
Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo
(excepto entre las 3.00 y las 4.40 en el día de Año Nuevo)
De Mark

Mark
Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo
Billy
HMFC OK

Para Billy,
Feliz Cumpleaños
De Mark

Entonces las de Billy y Sharon son

Mark Feliz Cumpleaños De Billy y Sharon

En la escritura de Sharon, que es como.

La basura blanca *weedjie* en que consistía la familia de mi padre venía por aquí a asistir al *Orange Walk*[54] todos los meses de julio, y en ocasiones cuando los Rangers estaban en Easter Road o Tynecastle. Ojalá los cabrones se quedasen en Drumchapel. Reciben bastante bien mi enternecedor tributo a Billy, no obstante, y asienten todos solemnemente. Todos menos Charlie, que caló cuál era mi estado de ánimo real.

«Para ti no es más que un puto juego, ¿verdad, hijo?»

«Puesto que insistes en saberlo, sí.»

«Me das lástima.» Sacudió la cabeza.

«No es cierto», le digo. Se marcha, sacudiendo todavía la cabeza.

Más McEwan's Export y más whisky. La tía Eme empieza a cantar con un gemido nasal de estilo country. Yo me arrimo a Nina.

«Has madurado hasta convertirte en un bomboncito, ¿sabes?», babeo beodamente. Ella me mira como si lo hubiera visto todo ya. Iba a sugerir que nos escapáramos hasta Fox's, o a mi piso en Montgomery Street. ¿Será ilegal follarte a tu prima? Probablemente. Tienen leyes para impedirte hacer todo lo demás.

«Lástima lo de Billy», dice. Veo que piensa que soy un gilipollas total. Por supuesto, tiene toda la razón. Yo pensaba que cualquier cabrón con más de veinte tacos era un soplapollas con el que no valía la pena hablar hasta que los cumplí yo. Cuanto más veo, más pienso que estaba en lo cierto. A partir de ahí, son todo feos compromisos, todo tímidas capitulaciones, progresivamente hasta la muerte.

Desgraciadamente, Charlie, o Chick-chicy-chic-chicky-chicky, ha detectado la licenciosa naturaleza de mi conversación y se adelanta para proteger la virtud de Nina. Ni que decir tiene que no necesita la asistencia de un gordo esquivajabones.

El hijo de puta me hace señal de que me vaya a un lado con él. Como no le hago caso, me coge por el brazo. Está bastante bebido. Su susurro es pesado, y su aliento huele a whisky.

«Escucha, hijo, si no te montas en la puta bici te voy a partir la cara. Si no fuera por tu padre, hace rato que lo habría hecho. No me caes bien, hijo. Nunca me has caído bien. Tu hermano era diez veces más hombre de lo que tú serás nunca, puto

yonqui. Si supieras el sufrimiento que les has causado a tu madre y tu padre…»

«Puedes hablar con franqueza», le corto, la ira latiéndome en el pecho pero contenido pese a todo por una deliciosa alegría procedente de saber que le he hecho perder los papeles. Calma. Es la única forma de joder vivo a un hijo de puta farisaico-santurrón.

«Ya lo creo que hablaré con franqueza, Don Capullo Universitario Listillo. Te haré atravesar esa puta pared.» Su voluminoso puño tatuado estaba a sólo unos centímetros de mi rostro. Apreté con más fuerza el vaso de whisky que tenía en la mano. No iba a dejar al cabrón que me tocara con aquellas putas manos. Si se movía, se iba a comer el vaso.

Aparté a un lado su mano alzada.

«Si me dieras una tunda, me harías un favor. Luego me haría una paja recordándola. A los espabilaos yonquis ex universitarios esas cosas nos excitan. Porque no vales para otra cosa, basura de mierda. Además, no cabe esperar otra cosa de vosotros. Si quieres salir a la calle, no tienes más que decirlo.»

Señalé hacia la puerta. La habitación parecía haber encogido hasta tener el tamaño del ataúd de Billy y estar poblada únicamente por Chick y yo. Pero había otros. La gente se había vuelto para mirarnos.

El capullo me empuja suavemente por la pechera.

«Ya hemos tenido un funeral en la familia hoy, no queremos otro.»

Mi tío Kenny se acerca y me aparta.

«No les hagas caso a estos cabrones anaranjaos. Venga, Mark, mira a tu madre. La mataría que montaras un pitote aquí, es el funeral de Billy. Acuérdate de dónde estás, me cago en la hostia.»

Kenny era un tío legal, bueno, un poco tontolculo, la verdad sea dicha, pero con todos sus defectos prefiero a un siseñó[55] antes que a un esquivajabones. Menuda estirpe la mía. Bastardos papistas siseñós de la parte de mi madre, cabrones esquivajabones anaranjaos por la de mi padre.

Me tomé el whisky a tragos, disfrutando del amargo sabor ardiente en la garganta y en el pecho, estremeciéndome cuando hizo contacto con mi estómago revuelto. Me fui a buscar el retrete.

Sharon, la chorba de Billy, estaba saliendo. Le cerré el paso. Sharon y yo quizá nos hayamos dicho media docena de frases el uno al otro. Estaba borracha y mareada, con el rostro sonrojado e hinchado de alcohol y embarazo.

«Espera un momento, Sharon. Tú y yo tenemos que charlar un pelín. Aquí dentro hay bastante intimidad.» La escolto hasta el retrete y cierro la puerta a nuestras espaldas.

Empiezo a meterle mano mientras le suelto un montón de mierda acerca de cómo en un momento como éste tenemos que ser como una piña. Le estoy sobando el bollo,

y venga a decirle cuánta responsabilidad siento por mi sobrino o sobrina nonato/a. Empezamos a morrearnos, y bajo la mano, acariciando las marcas de las bragas a través de la tela de algodón de su vestido premamá. Pronto empecé a toquetearle el coño y ella ya me había sacado la polla de los pantalones. Yo aún seguía vacilando, diciéndole que siempre la había admirado como persona y como mujer, cosa que en realidad no necesitaba oír porque ya está de rodillas ante mí, pero de algún modo resulta reconfortante decirlo. Se mete mi semi en la boca y me enderezo con rapidez. No hay duda alguna, sabe hacer una buena mamada. Pienso en ella haciéndolo con mi hermano, y me pregunto lo que pasaría con su polla en la explosión.

Si Billy pudiera vernos ahora, pienso, pero de un modo sorprendentemente reverente. Me pregunté si podría, y deseé que así fuera. Eran los primeros buenos pensamientos que había tenido en relación con él. La saco justo antes de correrme, y guío a Sharon hacia la posición del perrito. Le levanto el vestido y le bajo las bragas. Su pesada barriga se comba hacia el suelo. Intento metérsela por el ojo del culo primero pero es demasiado estrecho y me hace daño forzar la punta del capullo.

«Así no, así no», dice ella, así que dejo de revolver en busca de alguna crema y le encajo los dedos en el coño. Tiene un poderoso olor a hiedra. Ya puestos, mi nabo también huele bastante a corrupción y pueden verse los copos de requesón de polla en el casco. Nunca he estado demasiado metido en eso de la higiene personal; probablemente sea la parte de esquivajabones que llevo dentro, o el yonqui.

Concurro con los deseos de Sharon y la folló por el coño. Es un poco como meter la proverbial salchicha en un callejón, pero encuentro mi cadencia y ella se estrecha. Pienso en lo poco que le queda para petar y lo adentro que estoy yo, y ya me veo metiéndola en la boca del feto. Vaya concepto, una follada y una mamada simultáneas. Me atormenta. Dicen que una follada es buena para un infante nonato, les hace circular la sangre o alguna mierda de ésas. Lo menos que puedo hacer es interesarme por el bienestar del bebé.

Llamada a la puerta, seguida por la voz nasal de Eme.

«¿Qué estáis haciendo ahí dentro?»

«No pasa nada, Sharon está vomitando. Demasiada priva en su estado», gruño yo.

«¿Te estás encargando de ella, hijo?»

«Sí… me estoy encargando…», jadeé mientras los gemidos de Sharon se hacían más estruendosos.

«Muy bien, pues.»

Suelto mi chorromoco y la saco. La empujo suavemente hasta postrarla y le saco del vestido sus enormes tetas lechosas. Me acurruco entre ellas como un bebé. Ella empieza a acariciarme la cabeza. Me siento maravillosamente, tan en paz.

«Eso ha estado chachi», boqueo satisfecho.

«¿Seguiremos viéndonos ahora?», dice ella, «¿eh?» Hay en su voz un deje

desesperado, suplicante. Pero qué desgraciada.

Me levanté y le besé la cara, que estaba como una pieza de fruta hinchada y pasada. No quería ponerme duro en ese momento. Lo cierto era que ahora Sharon me producía repulsión. Esta mema se cree que con un polvo puede sustituir a un hermano por el otro. El caso es que probablemente no anda muy desencaminada.

«Tenemos que levantarnos, Sharon, limpiarnos, ¿sabes? No lo entenderían si nos pillaran. No saben nada. Yo sé que eres buena chica, Sharon, pero ellos no tienen ni puta idea.»

«Sé que tú eres buen chaval», dijo respaldándome, pero sin demasiada convicción. Desde luego que era con mucho demasiado buena para Billy, pero bien mirado Myra Hindley o Margaret Thatcher eran con mucho demasiado buenas para Billy. Estaba pillada por esa mierda de hazte-con-un-hombre, hazte-con-un-bebé, hazte-con-una-casa con la que machacan a las chicas, y carecía de opciones reales de definirse fuera de esos términos papafritas de referencia. Hubo otra llamada a la puerta.

«Si no abrís esa puerta, voy a echarla abajo.» Era el hijo de Charlie, Cammy. Un puto policía joven que se parecía a la Copa de Escocia; grandes orejas de soplillo, sin barbilla, cuello fino. Evidentemente, el capullo pensaba que me estaba metiendo. Bueno, lo estaba, pero no en el sentido que él imaginaba.

«Estoy bien… saldremos enseguida.» Sharon se limpia y se sube las bragas de golpe y deja las cosas arregladas. Me fascina la velocidad con la que se mueve para una chavala altamente encinta. No podía creer que acababa de tirármela. Me arrepentiría por la mañana, pero, como Sick Boy acostumbra a decir, la mañana se cuida de sí misma. No hay vergüenza en el mundo que no pueda borrar un poco de palique y algo de priva.

Abro la puerta.

«Calma, Don Gil de las Calzas Verdes. ¿Nunca has visto antes a una dama en apuros?» Su expresión necia y boquiabierta me inspiró un desprecio instantáneo.

No me gustaban las vibraciones, así que me llevé a Sharon a mi piso. Sólo hablamos. Me contó un montón de cosas que yo quería oír, cosas que mi madre y mi padre nunca supieron, y que odiarían saber. Lo cabrón que era Billy con ella. Cómo en ocasiones la golpeaba, la humillaba, y la trataba en general como un trozo de mierda excepcionalmente corrompida.

«¿Por qué te quedaste con él?»

«Era mi chico. Siempre piensas que será diferente, que puedes hacerle cambiar, que tú puedes suponer la diferencia.»

Eso lo entendía. Pero es un error. Los únicos hijoputas que supusieron alguna vez una diferencia para Billy fueron los Provisionales, y ellos también eran unos cabrones. No tengo ninguna ilusión sobre ellos como luchadores de la libertad. Los

muy hijoputas convirtieron a mi hermano en un montón de comida para gatos. Pero ellos sólo tiraron de la palanca. Su muerte fue concebida por esos cabrones anaranjaos que venían por aquí todos los meses de julio con sus fajines y sus flautas, llenando la estúpida cabeza de Billy con insensateces acerca de la corona y la nación y toda esa mierda. Ellos se irán a casa felices por el día de hoy. Pueden contarles a todos sus colegas cómo murió asesinado por el IRA uno de la familia mientras defendía el Ulster. Eso alimentará su ira sin objeto, hará que les inviten a copas en los pubs, y consolidará su credibilidad memo-bastarda entre otros tontolabas sectarios.

No quiero que ningún cabrón le venga tocando los huevos a mi hermano. Eso fue lo que Billy les dijo a Pops Graham y Dougie Hood cuando entraron en el pub a darme la tabarra, convencidos de que yo tenía que pagar por la droga. El aserto de Billy. Oh, sí. Pronunciado con tal claridad y confianza que iba más allá de la amenaza. Mis acosadores se limitaron a mirarse el uno al otro y se najaron del pub con gran discreción. Yo hice una mueca despectiva. Spud hizo lo mismo. Estábamos colgados y nos importaba todo un huevo. Billy Boy nos miró con desprecio, diciendo algo así como: Eres un puto imbécil, y se juntó con un par de sus colegas, que parecían decepcionados porque Pops y Dougie se habían ido a tomar por culo, privándoles de una excusa para una bronca. Yo seguía riéndome. Gracias, tíos, ha estado.

Billy Boy me dijo que estaba arruinando mi vida con esa mierda. Me dijo eso en numerosas ocasiones. Ha sido real.

Joder. Joder. Joder. ¿De qué va todo? Ay, Billy. Ay, cago en la puta. Yo no.

Sharon tenía razón. Es difícil cambiar a la gente.

Toda causa necesita sus mártires, no obstante. Así que ahora estoy deseando que se vaya a tomar por culo para poder acercarme a mi alijo, prepararme un pico y cogerme un colocón, para poder olvidar.

Dilemas yonquis n.° 67

La privación es algo relativo. Hay bebés muriendo de hambre, muriendo como moscas cada segundo. El hecho de que esto ocurra en otro lugar no anula esa verdad fundamental. Durante el tiempo que me lleva machacar estas pastillas, cocinarlas e inyectarlas, miles de bebés en otros países, y quizá unos cuantos en éste, estarán muertos. Durante el tiempo que me cuesta hacer esto, miles de ricos hijos de puta serán miles de libras más ricos, al ir madurando las inversiones.

Machacar pastillas: vaya un puto primo. De verdad que debería dejar las pirulas para el estómago. El cerebro y la vena son demasiado frágiles para transportar eso por vía directa.

Como Dennis Ross.

A Dennis le dio un gran colocón el whisky que se inyectó. Después sus ojos

empezaron a girar, la sangre le inundó las narices, y fin de Denny. Una vez que ves la sangre de la nariz ir a parar al suelo a ese ritmo… se acabó la función. Machismo yonqui… nah. Exigencia yonqui.

Desde luego que estoy asustado, cagándome en los gallumbos, pero el que se está cagando es otro que el que machaca las pastillas. El que está machacando las pastillas dice que la muerte no puede ser peor que no hacer nada para detener este consistente declive. Ese es el yo que siempre gana las discusiones.

Nunca hay ningún verdadero dilema con el jaco. Sólo los hay cuando se acaba.

Exilio

Nada. ¿Dónde coño están estos cabrones? La puta culpa es mía. Tendría que haber telefoneado para decir que iba a bajar. Pues la sorpresa es mía. No hay ni dios. La puerta negra posee una frialdad, un aspecto austero y mortecino, que parece decirme que llevan mucho tiempo fuera y que no volverán durante mucho más tiempo aún, si es que vuelven. Echo una ojeada por el buzón de la puerta, pero no veo si hay algún sobre en el suelo.

Frustrado, pateo la puerta. La mujer de enfrente de la escalera, una puta malhumorada tal como la recuerdo yo, abre la puerta y asoma la cabeza. Se me queda mirando como si fuese a hacerme una pregunta. La ignoro.

«No están. Hace un par de días que no están», me cuenta, mirando suspicazmente mi bolsa de deportes como si tuviera explosivos ocultos en el interior.

«Estupendo», musito malhumorado volviendo exasperadamente la cabeza hacia el techo, esperando que esa muestra de desesperación anime a la mujer a decir algo así como: Te conozco. Solías quedarte aquí. Debes estar agotado después de haber viajado todo el camino desde Escocia. Pasa, tómate una buena taza de té y espera a tus amigos.

Lo que dice de hecho es: «Nah… no les he visto en al menos dos días.»

Capulla. Joder. Hija de puta. Mierda.

Podrían estar en cualquier parte. Podrían no estar en ninguna parte. Podrían volver en cualquier momento. Podrían no volver nunca.

Bajo caminando por Hammersmith Broadway, y Londres me resulta extraño y ajeno, después de una ausencia de sólo tres meses, como ocurre con los lugares familiares cuando has estado fuera. Es como si todo fuese una copia de lo que conocías antes, similar, pero que carece al mismo tiempo de sus cualidades habituales, un poco a la manera como son las cosas en un sueño. Dicen que hay que vivir en un sitio para conocerlo, pero tienes que estar recién llegado para verlo de verdad. Recuerdo haber caminado a lo largo de Princes Street con Spud, los dos odiamos andar por esa espantosa calle, amortecida por los turistas y los consumidores, las plagas gemelas del capitalismo moderno. Miré hacia el castillo y pensé: Para nosotros es sólo un edificio más. Queda inscrito en nuestras cabezas de la misma forma que British Home Stores o Virgin Records. Nos dirigíamos a esos sitios en una expedición de mangoneo. Pero cuando sales otra vez de Waverley Station después de haber estado fuera durante un tiempo, piensas: Eh, esto no está mal.

Todo lo que hay hoy en la calle parece de enfoque suave. Probablemente se deba a la falta de sueño y de drogas.

La señal del pub es nueva, pero su mensaje es viejo. El Britannia. Salve Britannia. Jamás me he sentido británico, porque no lo soy. Es feo y artificial. Sin embargo, tampoco me he sentido realmente escocés jamás. *La gallarda Escocia*[57], una mierda. Escocia la capulla acojonada. Nos estrangularíamos a muerte unos a otros por el privilegio de lamerle las almorranas a algún aristócrata inglés. Jamás he sentido otra puta cosa acerca de los países salvo el asco total. Deberían abolir todo el puto mogollón que hay y matar a todos los putos parásitos políticos que jamás hayan salido a soltar mentiras y perogrulladas fascistas con traje y sonrisa de sabelotodo.

El tablero me dice que en la barra del interior es noche de skinheads gays. En un sitio como éste los cultos y las subculturas se segmentan y se cruzan. Aquí puedes ser más libre, no porque sea Londres, sino porque no es Leith. Somos todos guarras de vacaciones.

Busco un rostro familiar en la barra principal. La disposición y la decoración de este sitio han cambiado radicalmente para peor. Lo que fue en tiempos un buen local guarro en el que podías echarles cerveza por encima a tus colegas y que te hicieran una mamada en los retretes de las mujeres o de los hombres, es ahora un agujero tan saneado que asusta. Unos pocos vecinos con rostros duros y aturdidos y ropa barata se aferran a un rincón de la barra como los supervivientes de un naufragio a un madero mientras los yuppies se ríen en voz alta. Todavía trabajando, siempre en la oficina, pero con alcohol en vez de teléfonos. Ahora este sitio está preparado para suministrar comidas durante todo el día a los empleados de las oficinas que continúan invadiendo el barrio. Davo y Suzy no beberían en semejante retrete sin alma.

Uno de los camareros, no obstante, me resulta vagamente familiar.

«¿Sigue bebiendo aquí Paul Davis?», le pregunto.

«¿Quién, *Jock*[58], el tío de color que juega para el Arsenal?», se ríe.

«No, éste es un gigantón *scouser*[59]. Pelo oscuro y en punta, nariz como una puta pista de esquí. No puede pasar desapercibido ese tío.»

«Ya… sí, conozco a ese tío. Davo. Va por ahí con esa periquita, una chavalilla de pelo negro corto. Nah, hace siglos que no he visto a esa peña aquí dentro. Ni siquiera sé si siguen por el barrio.»

Me bebo una pinta de pis con burbujas y largo con el tío sobre sus nuevos clientes.

«El caso es, Jock, que la mayoría de estos tíos ni siquiera son auténticos yuppies», señalando con desdén a un grupo de trajes en la esquina. «La mayoría son jodidos empleados de culo lustroso o vendedores de seguros a comisión que reciben un puto puñado de arroz como sueldo semanal. Es todo puta imagen, ¿o no? Estos primos están todos endeudados hasta las cejas. Pasean por la puta ciudad en trajes caros haciendo como que cobran cincuenta de los grandes al año. La mayoría no tiene ni un sueldo de cinco cifras, ¿o no?»

Había mucho de cierto en lo que decía el tío, por amargado que estuviera. Desde luego que había más guita por estos lares que más arriba de la calle, pero una cosa que los capullos de aquí abajo se habían tragado era la idea de que lo único que tenías que hacer era tener el aspecto requerido por el papel y todo llegaría por sí solo, lo cual era mierda pura. He conocido a yonquis que hacían trapicheos con la seguridad social que tenían una relación más saludable de ingresos-deudas que algunas parejas con dos sueldos y muchas hipotecas aquí abajo. Algún día todo petará. En el correo hay sacas llenas de órdenes de desahucio.

Vuelvo al piso. Sigue sin haber ni rastro de esos capullos.

La mujer de enfrente vuelve a salir. «No les encontrarás en casa.» Pone voz presumida y burlona. Vaya una cabrona de primera que está hecha esta vieja guarra. Un gato negro se cuela tras ella, saliendo a la escalera.

«¡Choatah! ¡Choatah! Ven aquí, puñetero…» Recoge al gato y se lo aprieta protectoramente contra el pecho como si fuera un bebé, mirándome amargamente como si de algún modo yo tuviese intención de hacerle daño al sacomierda.

Odio a los putos gatos casi tanto como a los perros. Estoy a favor de la prohibición del uso de los animales como acompañantes domésticos y del exterminio de todos los perros, salvo unos pocos, que podrían exhibirse en un zoo. Ésa es una de las pocas cosas en las que yo y Sick Boy estamos siempre de acuerdo.

Cabrones. ¿Dónde cojones están?

Vuelvo otra vez al pub y me tomo otro par de pintas. Es tremendo que te cagas, lo que le han hecho a este sitio los muy hijoputas. Las noches que solíamos pasar aquí. Es como si el pasado hubiese sido erradicado junto con el viejo decorado.

Sin pensarlo conscientemente, salgo del pub, y ahora vuelvo por donde vine, hacia Victoria. Me paro en una cabina telefónica, saco algo de suelto y mi desgastado bloc de direcciones. Es el momento de buscar alojamiento alternativo. Podría ser problemático. La he cagado con Stevie y Stella, ni de potra me van a dar la bienvenida por ahí. Andreas ha vuelto a Grecia, Caroline está de vacaciones en España, Tony, el puto julandrón de Tony, está allá en el Edimburgo de los cojones con Sick Boy, que ha vuelto de Francia. Me olvidé de pillarle al capullo las llaves, y el hijoputa de él se olvidó de recordármelo.

Charlene Hill. Vive en Brixton. Primera opción. Igual hasta consigo echar un polvo si juego bien mis cartas. Desde luego me vendría bien… eso es lo que te hace el andar por el buen camino, bueno, el camino regular…

«¿Diga?» La voz de otra mujer.

«Hola. ¿Podría hablar con Charlene?»

«Charlene… ya no vive aquí. No sé dónde está ahora, Stockwell, me parece… no tengo la dirección… espera un momento… ¡MICK! ¡MICK! ¿TIENES LA DIRECCIÓN DE CHARLENE?… CHARLEEENE Nah. Lo siento. No la tiene.»

Hoy no es mi puto día. Tendrá que ser Nicksy.

«No. No. Ningún Brian Nixon. Marchado. Marchado»; una voz asiática.

«¿Tienes una dirección donde pueda localizarle, amigo?»

«No. Marchado. Marchado. No Brian Nixon.»

«Pero ¿dónde está?»

«¿Qué? ¿Qué? No le entiendo…»

«¿Dón-de-es-tá-mi-a-mi-go-Bri-an-Ni-xon?»

«No Brian Nixon. No drogas. Váyase. Váyase.» El capullo me cuelga.

Está haciéndose tarde, y esta ciudad me ha dejado en la calle. Un borrachín con acento de Glasgow me sablea veinte peniques.

«Eres un chico jodidamente bueno, te lo digo en serio, hijo…», gruñe.

«Tú tampoco eres mal tipo, Jock», le digo en mi mejor cockney. En Londres otros escoceses son un coñazo. Sobre todo los *weedjies*, que en el mejor de los casos me irritan con esa cháchara de capullo entrometido que pretenden hacer pasar por afabilidad. Llevar un jodido esquivajabones pegado al culo es lo último que quiero en este momento.

Me planteo si coger el 38 o el 55 hasta Hackney, y visitar a Mel en Dafston. Si Mel no está, y el cabrón no tiene teléfono, entonces mis barcos están quemaos pero bien.

En vez de eso, me encuentro pagando para entrar en el cine all-night de Victoria. Exhibe películas porno toda la noche, hasta las cinco de la madrugada. Es una madriguera para todas las formas inferiores de vida bajo el sol. Borrachos, yonquis, vagabundos, maníacos sexuales, psychos, todos convergen aquí por la noche. Me juré a mí mismo que jamás volvería a pasar una noche aquí, después de lo que pasó la última vez.

Unos años atrás estuve aquí dentro con Nicksy y a un chaval lo apuñalaron. Vino la policía y se llevó a todos los capullos a los que pudieron echar el guante incluyéndonos a nosotros. Teníamos un cuarto de hachís encima y nos lo tuvimos que tragar todo. No podíamos ni hablar para cuando llegó el momento de interrogarnos en la comisaría. Nos hicieron pasar la noche en las celdas. Al día siguiente nos llevaron a los juzgados de Bow Street, justo al lado del trullo, y multaron a todos los cabrones que estaban demasiado zumbados para testificar por perturbar el orden público. Nicksy y yo nos llevamos una mordida de treinta libras cada uno; eso era en los tiempos en que treinta libras eran treinta *libras*.

Sin embargo aquí estoy otra vez. Si acaso, el sitio ha ido cuesta abajo desde mi última visita. Todas las películas son pornográficas, salvo un documental insufriblemente violento, en el que varios animales se despedazan unos a otros en escenarios exóticos. Su carácter explícito lo sitúa a un millón de kilómetros de los trabajos de David Attenborough.

«¡Negros hijos de puta! ¡Jodidos negros hijos de puta!», ruge una voz escocesa mientras un grupo de nativos arroja lanzas al costado de una gran criatura con aspecto de bisonte.

Un escocés amante de los animales y racista. Apuesto a que es un huno.

«Cochinos monos de la jungla», añade una sicofántica voz cockney.

Vaya un puto sitio en el que estar. Intento concentrarme en las películas para dejar de reparar en los gritos y jadeos que se oyen a mi alrededor.

La mejor película es una alemana doblada al inglés americano. El argumento no es muy problemático. Va de una chica joven en traje bávaro que casi todos los machos y algunas de las hembras que hay en la granja se follan de varias maneras y en varios lugares. Los escenarios son bastante imaginativos, sin embargo, y empieza a enrollarme. Estas imágenes son evidentemente lo más cerca que la mayoría de los capullos de este antro llega a estar del sexo, aunque, una vez dicho eso, puedo adivinar por los sonidos que algunos hombres y mujeres y algunos hombres y hombres están follando. Me encuentro con que estoy empalmado y hasta me siento tentado de meneármela, pero la siguiente película me chafa la erección.

Se trata, cómo no, de una peli británica. Se sitúa en una oficina de Londres durante la temporada de las fiestas y se titula imaginativamente: *La fiesta de la oficina*. Tiene por estrella a Mike Baldwin, o el actor Johnny Briggs, el que hace el capullo en *Coronation Street*. Es como una película cómica pero sin humor y con sexo. Finalmente a Mike se lo follan, pero sin merecérselo, pues durante la mayor parte de la película lleva puesta una cara de escoria irritante.

Caigo continuamente en un delirante dormitar y me despierto sobresaltado, la cabeza cayéndoseme hacia atrás como si fuese a salírseme de los hombros.

Veo por el rabillo del ojo a un tío cambiándose de asiento para ponerse a mi lado. Me pone la mano sobre el muslo. Yo se la quito.

«Vete a la mierda. ¿Quieres que te toque yo a ti la cara, so capullo?»

«Lo siento. Lo siento», dice con acento europeo. Es un capullo viejo y tal. Suena realmente patético, y tiene cara de espabiladillo. Curiosamente, empiezo a tenerle lástima.

«No soy maricón, amigo», le digo. Parece confundido. «No homosexual», digo, señalándome, sintiéndome levemente ridículo. Vaya una gilipollez he dicho.

«Lo siento. Lo siento.»

Eso me da que pensar. ¿Cómo coño sé que no soy homosexual si nunca he estado con otro tío? Siempre he pensado que debería llegar hasta el final con otro tío para ver cómo resulta. Quiero decir, hay que probarlo todo al menos una vez. Dicho eso, yo tendría que estar en el asiento del conductor. No podría llevar lo de tener la cola de algún cabrón metida en *mi* culo. Una vez ligué con una preciosa reina de la noche en el London Apprentice. Me la llevé al viejo piso de Poplar. Tony y Caroline entraron y

me pillaron dándole al chico con las encías. Fue un corte total. Hacerle una mamada a un tío que llevaba puesto un condón. Era como chupar un consolador de plástico. Estaba aburrido de cojones, pero el chico me la había chupado a mí primero, así que me sentí obligado a hacer lo propio. La mamaba bien, técnicamente hablando. Sin embargo, no paraba de deshincharme y de morirme de risa con la expresión de su cara. Se parecía a una chica que me gustaba hace siglos, así que con un poco de imaginación y concentración logré, para sorpresa mía, soltar mi carga dentro de la goma.

Me llevé todo un repaso de Tony por este incidente, pero a Caroline le pareció bien y me confesó que me envidiaba de la hostia. Pensaba que el tío era una monada.

De todos modos, no me importaría llegar hasta el final con un tío si me sintiera a gusto. Por la experiencia nada más. El problema es que en realidad sólo me gustan las tías. Los tíos sencillamente no resultan sexys. Es todo una cuestión de estética, sin una mierda que ver con la moral.

El viejo capullo no aparenta precisamente estar muy arriba en la lista de candidatos con los que uno estaría dispuesto a perder su virginidad homosexual. Me dice, no obstante, que tiene un piso en Stoke Newington y me pregunta si quiero quedarme a dormir. Bueno, Stokie no está lejos del queo de Mel en Dalston, así que pensé: Qué coño.

El viejo capullo es italiano, y se llama Gi, el diminutivo de Giovanni, supongo. Me cuenta que trabaja en un restaurante y que tiene mujer e hijos en Italia. Me da en la nariz que eso no es del todo cierto. Una de las cosas estupendas de estar metido en el jaco es que conoces a mogollón de embusteros. Acabas adquiriendo tú mismo una cierta habilidad en ese terreno, y un fino olfato para detectar la basura.

Cogemos el autobús nocturno desde Victoria hasta Stokie. Hay mogollón de peña joven en el bus; fumaos, pedos, yendo a fiestas, volviendo de fiestas. Cómo quisiera ir en una de esas pandas en vez de con este viejo capullo. Pero bueno.

El piso de entresuelo de Gi está en alguna parte cerca de Church Street. Después de eso, me pierdo, pero sé que no estaba tan adentro como Newington Green. Es extremadamente deslucido por dentro. Hay una estantería vieja, una cómoda y una gran cama de latón en medio de esta habitación con olor a mustio, que tiene adosada una cocina y un retrete.

Dadas mis anteriores vibraciones acerca de este tipo, me sorprende ver fotos de una mujer y críos por todas partes.

«¿Tu familia, colega?»

«Sí, ésta es mi familia. Pronto se reunirán conmigo.»

Eso seguía sin sonarme verosímil. Quizá me haya acostumbrado tanto a las mentiras, que la verdad me suena indecentemente falsa. Pero bueno.

«Debes echarlos de menos.»

«Sí. Oh, sí», le sale, y entonces dice: «Échate en la cama, amigo mío. Puedes dormir. Me gustas. Puedes quedarte unos días.»

Le lanzo al capullo una mirada dura. No suponía amenaza física alguna, así que pensé: A la mierda, estoy reventado, y me eché en la cama. Dudé un instante al acordarme de Dennis Nielsen. Apuesto a que algunos primos pensaron que él no era amenaza física alguna; antes de que los estrangulase, los decapitase y les hirviera las cabezas en una gran olla. Nielsen trabajaba en la misma oficina de paro de Cricklewood que este tío de Greenock al que conocí. El tío de Greenock me dijo que una Navidad Nielsen trajo un curry que había hecho para la plantilla de la oficina. Puede que fuera un vacile, pero nunca se sabe. De todas formas, estoy tan follao que cierro los ojos, sucumbiendo a mi cansancio. Me contraje ligeramente cuando le sentí echarse en la cama a mi lado, pero pronto me relajé pues no hizo ningún intento de tocarme y ambos estábamos completamente vestidos. Me sentí caer en un sueño enfermizo y desorientado.

Me desperté sin tener idea de cuánto tiempo había estado dormido; tenía la boca reseca y una extraña sensación de mojado en la cara. Me toqué el lado de la mejilla. Churretones de fluido espeso y pegajoso de color blanco huevo me caían de la mano. Me volví y vi al viejo capullo echado a mi lado, ahora desnudo, el semen goteándole de su pequeña y gruesa polla.

«¡Sucio y viejo cabrón!… hacérseme una paja encima mientras dormía… ¡puto cabrón asqueroso!» Me sentí como un kleenex sucio, una cosa de usar y tirar. Me entró rabia y le sacudí al capullín en la boca y le arrojé de la cama. Con su estómago hinchado y cabeza redonda, parecía un gnomo obeso y repulsivo. Le pateé unas cuantas veces mientras se acurrucaba en el suelo, y entonces me detuve al darme cuenta de que estaba llorando.

«Joder. Sucio capullín. Jodido…» Caminé arriba y abajo por la habitación. Sus lloriqueos me trastornaban. Quité un albornoz de uno de los pomos de latón de la esquina de la cama y lo coloqué sobre su fea desnudez.

«María. Antonio», lloriquea. Me doy cuenta de que tengo el brazo alrededor del pequeño bastardo y de que le estoy consolando.

«Tranquilo, colega. Tranquilo. Lo siento. No quería hacerte daño, es que nunca se me había hecho ningún capullo una paja encima, digamos.»

Eso era cierto, desde luego.

«Eres amable… ¿qué puedo hacer? María. Mi María…» Estaba aullando. Su boca dominaba su rostro, un enorme agujero negro en el crepúsculo. Olía a bebida rancia, sudor y semen.

«Mira, venga, vámonos a un café. A charlar un poquito. Te conseguiré algo para desayunar. Invito yo. Hay un buen sitio cerca de Ridley Road, junto al mercado, ¿sabes? Estará abierto a estas horas.»

Mi sugerencia estaba tan motivada por el propio interés como por el altruismo. Me aproximaba más a casa de Mel en Dalston, y quería salir de aquella deprimente habitación de entresuelo.

Se vistió y nos marchamos. Nos pateamos Stokie High Street y Kingsland Road, hasta llegar al mercado. El café estaba sorprendentemente lleno, pero conseguimos una mesa. Yo me tomé un *bagel*[60] de queso y tomate y el viejo capullo se pidió esa horrible carne negra hervida, esa que parece molarles tanto a la peña judía de Stamford Hill.

El capullo empieza a largar sobre Italia. Estuvo casado con esa tal Maria durante años. La familia descubrió que él y Antonio, el hermano pequeño de Maria, estaban follándose el uno al otro. En realidad no debería expresarlo así, es más como que eran amantes. Creo que él quería al tío, pero también quería a Maria. Yo pensaba que yo era un desastre con las drogas, pero vaya lío que algunos capullos hacen de sus vidas con el amor. No soporto pensar en ello.

De todas formas, había otros dos hermanos, machotes, católicos y, según Gi, involucrados en la Camorra napolitana. Esos cabrones no podían tolerar aquello. Cogieron a Gi fuera del restaurante familiar. Le sacaron al pobre cabrito hasta la última papilla a hostias. Antonio recibió el mismo tratamiento más tarde.

Después de eso, Antonio se quitó de en medio. Significa mucho en esa cultura, me dijo Gi, ser deshonrado de esa forma. Yo pensé: Significa mucho en cualquier jodida cultura. Entonces Gi me cuenta que Antonio se tiró delante de un tren. Pensé: Quizá signifique más en esa cultura después de todo. Gi huyó a Inglaterra, donde ha estado trabajando en diversos restaurantes italianos; viviendo en sórdidos cuchitriles, bebiendo demasiado, explotando o siendo explotado por los jovencitos o las marujas con los que liga. Suena como si fuera una vida bastante miserable.

Mis ánimos alzaron el vuelo cuando llegamos al final de la calle hasta casa de Mel y oí música reggae sonando a todo trapo desde la calle y vi las luces encendidas. Aún coleaban los restos de lo que debía haber sido una fiesta considerable.

Era agradable estar entre caras conocidas. Estaban todos allí, toda la peña, Davo, Suzy, Nicksy (completamente ido del tarro) y Charlene. Había cuerpos dormitando por todas partes. Dos chicas bailaban juntas y Char bailaba con un tipo. Paul y Nicksy estaban fumando; opio, no hachís. La mayoría de los yonquis ingleses que conozco fuman caballo en vez de chutárselo. Las agujas parecen ser una cosa más escocesa, más de Edimburgo. De todos modos les cojo a los mendas una calada.

«¡De puta madre verte de nuevo, hijo mío!» Nicksy me da una palmada en la espalda. Junando a Gi, susurra: «¿Quién es el viejales, eh?» Me había traído al pequeño bastardo coleando a mis espaldas. No tuve arrestos para dejar solo al capullo después de escuchar todos sus tristes relatos.

«Estupendo, colega. Me alegro de verte. Éste es Gi. Buen colega mío. Vive en

Stokie.» Le doy una palmada en la espalda al viejo Gi. El pobre hijo de puta lleva una cara como la que tendría un conejo agarrado a los barrotes de su jaula pidiendo un trozo de lechuga.

Me doy un garbeo, dejando a Gi hablando con Paul y Nicksy sobre el Napoli, el Liverpool y el West Ham, el lenguaje masculino internacional del fútbol. A veces me encanta ese tipo de cháchara, otras veces su tedio sin sentido me deprime que te cagas.

En la cocina hay dos tipos discutiendo sobre la poli tax. Uno sabe lo que se dice, el otro es un servil y pusilánime gilipollas tory/laborista.

«Eres un puto tontolculo por cuenta doble. Primero, si crees que el Partido Laborista tiene una puta oportunidad de volver a gobernar en este siglo, y segundo, si crees que eso supondría la más mínima diferencia», tercio y le digo al capullo. Se queda ahí boquiabierto, mientras el otro tío sonríe.

«Eso es justo lo que trataba de decirle al muy cabrón», dice con acento *brummie*[61].

Yo me piro, dejando al capullo servil todavía estupefacto. Entro en un dormitorio donde un tío está dándole de lametones a una chica, a un metro de donde unos yonquis están metiéndose. Me quedo mirando a los yonquis. Que me jodan, están usando arpones, chutándose y eso. He ahí lo que valen mis teorías.

«¿Quieres una fotografía, colega?», pregunta el flacucho bandarra «siniestro» que está con la cucharilla.

«¿Quieres que te parta la puta boca, capullo?» Contesto a su pregunta con una pregunta. Mira para otro lado y sigue cocinando. Yo me quedo mirándole la coronilla un rato. Satisfecho de que el cabrón se ha cagao encima, me suelto. Siempre que bajo al sur, parece que tenga esa actitud. Se me pasa después de un par de días. Creo que sé por qué la tengo, pero llevaría demasiado tiempo explicarlo, y sonaría demasiado lamentable. Al salir del cuarto, oigo a la chica gemir sobre la cama y al tío diciendo: «Qué coño más dulce tienes, cariño…»

Atravieso la puerta tambaleándome, con esa voz suave y lenta resonándome en la oreja: «Pero qué coño más jodidamente dulce tienes, cariño…», y me queda rigurosamente claro exactamente qué es lo que andaba buscando.

Aquí no estoy precisamente sin saber a qué carta quedarme. El lugar está por los suelos en lo que a posibilidades potenciales de rollo se refiere. A esta hora de la mañana, las mujeres más deseables o ya se han enrollado o se han ido a tomar por el culo. Charlene está pillada, y también la mujer a la que se folló Sick Boy el día de su veintiún cumpleaños. Incluso la chica con ojos a lo Marty Feldman y el pelocojonera tiene quien le ladre.

Es la historia de mi puta vida. Llegar demasiado pronto, ponerme demasiado pedo o fumao de puro aburrimiento y cagarla, o llegar demasiado jodidamente tarde.

El pequeño Gi está de pie junto al fuego, dándole sorbos a una lata de lager. Parece asustado y estupefacto. Pienso para mis adentros: Aún acabaré metiéndola en la bombonera de ese pequeño capullo.

Sólo de pensarlo me deprimo de la hostia. Con todo, somos todas guarras de vacaciones.

Conocí a Alan Venters a través del grupo de autoayuda VIH y Positivos, aunque él no perteneció al grupo mucho tiempo. Venters no se cuidaba demasiado bien, y pronto desarrolló una de las muchas infecciones oportunistas a las que somos proclives. Siempre encontré divertido el término «infección oportunista». En nuestra cultura, parece evocar alguna cualidad admirable. Pienso en el «oportunismo» del empresario que localiza un hueco en el mercado, o la del delantero en el área de penalti. Unas mierdas muy tramposas, esas infecciones oportunistas.

Los miembros del grupo estábamos más o menos en las mismas condiciones médicas. Todos teníamos anticuerpos del sida, pero la mayoría no presentábamos síntomas. La paranoia nunca andaba muy lejos de la superficie durante nuestras reuniones; todo el mundo parecía estar investigando furtivamente las glándulas linfáticas de los demás para detectar señales de hinchazón. Era desconcertante sentir cómo se desplazaban los ojos de la gente a un lado de tu cara durante una conversación.

Este tipo de comportamiento incrementaba el sentido de irrealidad que pendía sobre mí en aquel momento. Realmente no podía concebir lo que me había pasado. Al principio los resultados de la prueba me parecían sencillamente increíbles, tan incongruentes con lo sano que yo me sentía y aparentaba estar. Una parte de mí seguía convencida de que tenía que haber algún error, a pesar de haberme hecho la prueba tres veces. Mi autoengaño debería haberse hecho añicos cuando Donna se negó a verme, pero siempre siguió aferrándose a mí en el fondo con macabra resolución. Siempre parece que creemos lo que queremos creer.

Dejé de ir a las reuniones del grupo después de que metieran a Alan Venters en la unidad de terminales. Me deprimía sin más y, de todos modos, quería pasar el tiempo visitándole. Tom, mi encargado y uno de los consejeros del grupo, aceptó a regañadientes mi decisión.

«Mira, Dave, pienso que el que vayas a ver a Alan al hospital es estupendo; para él. Sin embargo, estoy más preocupado por ti en este momento. Estás muy bien de salud, y el propósito del grupo es animarnos a vivir al máximo. No dejamos de vivir sólo porque seamos seropositivos…»

Pobre Tom. Su primer traspié del día. «¿Ha sido ése el "nos" mayestático, Tom? Cuando seas seropositivo, no dejes de contármelo todo.»

Las sanas y rosadas mejillas de Tom se ruborizaron. No podía remediarlo. Años de práctica en habilidades interpersonales intensivas le habían enseñado a ocultar las pistas visuales y verbales producto de los nervios. Nada de contacto visual vacilante o

voz temblorosa frente a una situación embarazosa. El viejo Tom, no. Por desgracia, Tom no puede hacer nada en lo referente al tizne rojizo que le sube por los laterales de la cara en tales ocasiones.

«Lo siento», se disculpó Tom de forma escueta. Tenía derecho a cometer errores. Siempre decía que la gente tiene ese derecho. Intenta contárselo a mi sistema inmunológico averiado.

«Simplemente me preocupa que escojas pasar tu tiempo con Alan. Ver cómo se descompone no es bueno para ti, y, además, Alan no era precisamente el miembro más positivo del grupo.»

«Desde luego era el más seropositivo.»

Tom decidió ignorar mi observación. Tenía derecho a no responder al comportamiento negativo de otros. Todos teníamos ese derecho, nos había dicho. Tom me gustaba; el suyo era un camino solitario, tratando siempre de ser positivo. Yo pensaba que mi empleo, que suponía ver cómo el cruel bisturí de Howison abría cuerpos inertes, era deprimente y alienante. Es un auténtico picnic sin embargo, comparado con ver cómo descuajaringan las almas. Eso es lo que Tom tenía que aguantar en las reuniones del grupo.

La mayoría de los miembros de VIH y Positivos eran drogotas intravenosos. Pillaron el virus en los chutódromos que habían florecido en la ciudad a mediados de los ochenta, después de que cerraran los suministros quirúrgicos de Bread Street. Eso detuvo el flujo de agujas y jeringuillas nuevas. Después de eso, el rollo fueron las grandes agujas comunitarias y todos a compartirlas por igual. Tengo un colega llamado Tommy que empezó a meterse caballo yendo por ahí con unos tíos de Leith. Conozco a uno de ellos, un tío llamado Mark Renton, con el que trabajé hace muchísimo, en mis días de aprendiz. Tiene ironía que Mark haya estado chutándose caballo durante años, y aún, por lo que yo sé, no está infectado por el virus, en tanto que yo jamás he tocado ese tema en mi vida. Había, sin embargo, suficientes picotas presentes en el grupo como para hacerle caer a uno en que podría ser la excepción y no la regla.

Las reuniones del grupo eran un asunto tenso por lo general. Los yonquis no podían ver a los dos homosexuales del grupo. Creían que el virus había llegado a la comunidad de drogotas de la ciudad a través de un casero maricón, que se follaba a sus inquilinos yonquis cuando tenían el monazo a cambio de perdonarles parte del alquiler. Yo y dos mujeres, una de ellas la compañera no picota de un adicto al jaco, no podíamos ver a nadie puesto que no éramos ni homosexuales ni yonquis. Al principio yo, como todos los demás, creía que había sido «inocentemente» contagiado. Era con mucho demasiado fácil echar la culpa a los picotas o los maricones en aquel entonces. Sin embargo, había visto los pósters y leído los folletos. Recuerdo que en la época punk los Sex Pistols decían «nadie es inocente». Muy

cierto. Lo que hay que añadir, sin embargo, es que algunos son más culpables que otros. Lo que me lleva de vuelta a Venters.

Le di una oportunidad; una oportunidad de mostrarse arrepentido. Era un poco más de lo que el hijoputa se merecía. En una sesión del grupo, conté la primera de varias mentiras, la pista de las cuales me llevaría a hacer mella en el alma de Alan Venters.

Le conté al grupo que había tenido relaciones sexuales con penetración sin tomar precauciones, sabiendo muy bien que era seropositivo, y que ahora lamentaba haberlo hecho. En la habitación se hizo un silencio de muerte.

La gente se revolvía nerviosa en sus asientos. Entonces una mujer llamada Linda empezó a llorar, sacudiendo la cabeza. Tom le preguntó si quería abandonar la reunión. Ella dijo que no, que esperaría a ver qué tenía que decir la gente, dirigiendo su respuesta venenosamente en mi dirección. Yo me hallaba ajeno a su ira en gran medida, sin embargo; nunca le quité los ojos de encima a Venters. Tenía esa característica expresión de perpetuo aburrimiento en la cara. Estaba seguro de haber vislumbrado brevemente la aparición de una ligera sonrisa en sus labios.

«Es muy valiente por tu parte haber dicho eso, Davie. Estoy seguro de que te ha hecho falta mucho coraje», dijo Tom solemnemente.

No creas, julandrón, es una jodida mentira. Me encogí de hombros.

«Estoy seguro de que te has quitado de encima una sensación de culpa tremenda», continuó Tom, levantando las cejas, invitándome a entrar en danza. Esta vez acepté la oportunidad.

«Sí, Tom. Sólo por el hecho de poder compartirlo con todos vosotros. Es terrible… No espero que la gente lo disculpe…»

La otra mujer del grupo, Marjory, me dirigió un insulto despreciativo, que no capté del todo, mientras Linda seguía llorando. No hubo reacción alguna procedente del capullo de la silla de enfrente. Su egoísmo y su falta de moral me ponían enfermo. Quería despedazarle con mis propias manos, allí mismo. Luché para controlarme, saboreando la riqueza de mi plan para destruirle. La enfermedad se podía llevar su cuerpo; ésa sería su victoria, cualquiera que fuese su maligna fuerza. La mía sería mayor, más aplastante. Quería su espíritu. Planeaba grabar heridas mortales en su alma supuestamente eterna. Amén.

Tom miró a su alrededor: «¿Hay alguien que simpatice con Davie? ¿Cómo os sentís ante esto?»

Después de una ronda de silencio, durante la cual mis ojos permanecieron fijos sobre la figura impasible de Venters, el pequeño Goagsie, un yonqui del grupo, empezó a croar nerviosamente. A continuación soltó de golpe y porrazo, desvariando terriblemente, lo que yo esperaba de Venters.

«Me alegro de que Davie haya dicho eso… yo hice lo mismo… joder, hice lo

mismo… una chica inocente que nunca le hizo nada a nadie… sencillamente odiaba al mundo… quiero decir… pensé: ¿Por qué cojones tiene que importarme? Qué tengo yo en la vida… con veintitrés años y no tengo nada, ni siquiera un puto curro… por qué debe importarme… cuando se lo conté a la chica, sencillamente flipó…», lloraba como un niño. Entonces nos miró y mostró, por encima de las lágrimas, la sonrisa más hermosa que jamás le he visto a nadie en mi vida. «… pero no pasó nada. Se hizo la prueba. Tres veces a lo largo de un periodo de seis meses. Nada. No estaba contagiada…»

Marjory, que *sí* resultó contagiada bajo las mismas circunstancias, estaba que trinaba. Entonces sucedió. A aquel cabrón de Venters le hicieron chiribitas los ojos y me sonrió. Ahí estaba. Ése era el momento. La ira seguía allí, pero mezclada con una gran calma, una poderosa claridad. Le devolví la sonrisa, sintiéndome como un cocodrilo semisumergido que contempla cómo bebe un animal suave y lanudo en la orilla del río.

«Nah…», protestaba lastimeramente el pequeño Goagsie ante Marjory, «no fue así… esperar los resultados de su test fue peor que esperar los míos… no lo comprendéis… yo no… quiero decir que yo no… no es como…»

Tom vino a socorrer a la masa temblorosa e incapaz de articular en la que se había convertido.

«No olvidemos la tremenda ira, el resentimiento y la amargura que todos sentisteis cuando supisteis que teníais anticuerpos.»

Ésa era la señal para que una de nuestras consuetudinarias y duraderas discusiones se pusiera a todo gas. Tom lo consideraba «una confrontación con nuestra ira» a través del «enfrentamiento con la realidad». Se suponía que era un proceso terapéutico, y desde luego parecía serlo para muchos de aquel grupo, pero yo lo encontraba agotador y deprimente. Quizá esto se debiese a que, en aquel entonces, mi agenda personal era diferente.

A lo largo de este debate sobre la responsabilidad personal, Venters, como siempre hacía en tales ocasiones, aportó su acostumbrada contribución provechosa e iluminadora. «Mierda», exclamaba, siempre que alguien expresaba una opinión con pasión. Tom le preguntaba, indefectiblemente, por qué se sentía así.

«Simplemente es así», respondía Venters encogiéndose de hombros. Tom le preguntaba si podía explicar el porqué.

«No es más que el punto de vista de una persona contra el de otra.»

Tom respondía preguntándole a Alan cuál era el suyo. Alan decía: «No me importa», o: «Me importa un carajo». No recuerdo sus palabras exactas.

Entonces Tom le preguntaba por qué estaba allí. Venters decía: «Entonces me iré.» Se marchaba, y el ambiente mejoraba instantáneamente. Era como si alguien que hubiese soltado un pedo vil y odioso lo hubiese de algún modo absorbido de nuevo

por el ojete.

Sin embargo volvió, como siempre hacía, con su expresión de burla y de maligna satisfacción. Era como si Venters creyese que sólo él era inmortal. Disfrutaba viendo a los demás tratando de ser positivos, para desinflarlos a continuación. Nunca lo bastante descaradamente como para que le expulsaran del grupo, pero sí lo bastante como para rebajar manifiestamente su moral. La enfermedad que corroía su cuerpo era un encanto comparada con aquella, más oscura, que dominaba su mente enferma.

Era irónico que Venters me viera como un espíritu afín, sin ser consciente de que el único propósito de mi asistencia a las reuniones era escrutarle. En el grupo yo nunca hablaba, y perfeccioné una expresión cínica que exhibía siempre que lo hacía algún otro. Semejante comportamiento suministró la base sobre la cual fui capaz de hacerme colega de Alan Venters.

Fue fácil hacerse amigo de ese tío. Nadie más quería conocerle; simplemente me convertí en su amigo por defecto. Empezamos a beber juntos; él de manera temeraria, yo cuidadosamente. Empecé a saberlo todo de su vida, acumulando conocimientos regularmente, a conciencia y sistemáticamente. Me había licenciado en Química por la Universidad de Strathclyde, pero jamás me dediqué a mis estudios de aquella materia con nada semejante al rigor o el entusiasmo con que emprendí el estudio de Venters.

Venters había contraído el virus, como la mayoría de gente en Edimburgo, compartiendo agujas al consumir heroína. Por una ironía del destino, se había desenganchado del jaco antes de ser diagnosticado de seropositivo, pero ahora era un privoso irreversible. La indiscriminada forma de beber que tenía, llenándose de vez en cuando la boca con un bocadillo o un pastel de pub durante una sesión de priva maratoniana, significaba que su debilitado organismo era presa fácil para todo tipo de infecciones potencialmente asesinas. Durante el periodo en que hizo vida social conmigo, pronostiqué confiadamente que no duraría nada.

Así resultó ser; un montón de infecciones invadieron enseguida su cuerpo. Para él eso no supuso ninguna diferencia. Venters siguió comportándose como siempre. Empezó a asistir a la unidad de terminales; primero como paciente externo, luego con su propia plaza de cama.

Siempre llovía cuando yo emprendía el viaje a la unidad de terminales; una lluvia persistente, húmeda y helada, acompañada de vientos que cortaban a través de las capas de mi ropa como los rayos. El frío equivale a resfriados y los resfriados pueden equivaler a la muerte, pero eso significaba poco para mí en aquel entonces. Ahora, por supuesto, me cuido. Entonces, sin embargo, tenía una misión prioritaria: había un trabajo que hacer.

El edificio del hospital no carece de atractivo. Han recubierto los bloques grises con un bonito enladrillado amarillo. Sin embargo, no es un camino de ladrillo

amarillo lo que te lleva allí.

Cada visita que le hacía a Alan Venters hacía que la última, y mi venganza final, estuviesen más cerca. Pronto llegué al punto en que ya no quedaba tiempo de intentar recabar sentidas disculpas. Hubo un momento en que pensé que quería el arrepentimiento de Venters más que mi venganza. Si lo hubiese obtenido, habría muerto con fe en la bondad fundamental del espíritu humano.

La ajada vasija de piel y huesos que contenía la fuerza vital de Venters parecía un hogar poco adecuado para cualquier tipo de espíritu, y mucho menos para un espíritu en el que invertir las esperanzas que uno tuviese para la humanidad. No obstante, se supone que un cuerpo debilitado y en declive aproxima el espíritu a la superficie, y lo hace más aparente para nosotros los mortales. Me lo dijo Gillian, del hospital donde trabajaba antes. Gillian es muy religiosa, y le conviene creerse eso. Todos vemos lo que queremos ver.

¿Qué era lo que yo de verdad quería? Quizá siempre fue la venganza, antes que el arrepentimiento. Venters podría haber balbuceado pidiendo perdón como un crío lloriqueante. Pero eso podría no haber sido suficiente para impedir que hiciera lo que tenía planeado hacer.

Este discurseo interno; es un subproducto de toda esa terapia que he recibido de Tom. Insistía en las verdades elementales: aún no estás muriéndote, tienes que vivir la vida hasta que lo estés. Por debajo de esto se hallaba la creencia de que la macabra realidad de la muerte inminente puede ser exorcizada de boquilla si uno se esfuerza por invertir en la presente realidad de la vida. No creía en ello en ese momento, pero ahora sí. Por definición, tienes que vivir hasta que te mueres. Mejor hacer que esa vida sea una experiencia tan completa y gozosa como sea posible, por si la muerte es una mierda, lo cual sospecho que es el caso.

La enfermera del hospital se parecía un poco a Gail, una mujer con la que salí, se da el caso que bastante desastrosamente. Tenía en el rostro la misma expresión de frialdad. En su caso tenía buenas razones, pues la reconocí como una expresión de preocupación profesional. En el caso de Gail, semejante distancia era, creo yo, incorrecta. Esta enfermera me miraba de un modo forzado, serio y condescendiente.

«Alan está muy débil. Por favor, no se quede demasiado rato.»

«Comprendo», sonreí, benigno y sombrío. Puesto que ella interpretaba a la profesional preocupada, pensé que yo debía interpretar al amigo inquieto. Al parecer interpretaba ese papel bastante bien.

«Es muy afortunado al tener un amigo tan bueno», dijo ella, evidentemente perpleja de que semejante abominación bastarda pudiese tener amigo alguno. Gruñí algo poco comprometido y me moví hacia la pequeña habitación. Alan tenía un aspecto terrible. Yo estaba preocupadísimo; preocupadísimo por que aquel bastardo no aguantara toda la semana, por que pudiera escapar del terrible destino que yo le

tenía preparado. El cálculo tenía que ser perfecto.

Me proporcionó gran placer, al principio, ser testigo de la gran agonía física de Venters. Nunca me permitiré a mí mismo llegar a un estado semejante cuando enferme; a la mierda. Dejaré el motor encendido en el garaje. Venters, como mierda que es, no tenía agallas para abandonar la función por propia voluntad. Se agarraría hasta el macabro final, aunque sólo fuera para crear el mayor número de inconvenientes a todos.

«¿Qué tal, Al?», le pregunté. Una pregunta realmente estúpida. Las convenciones siempre nos imponen su locura en los momentos menos apropiados.

«No estoy mal…», dijo jadeando.

¿Estás del todo seguro, Alan querido? ¿Nada mal? Pareces un poco pachucho. Probablemente ese virus que anda por ahí haciendo la ronda. Derechito a la cama con un par de aspirinas y mañana estarás como nuevo.

«¿Algún dolor?», pregunté esperanzado.

«Nah… tienen drogas… es sólo la respiración…» Le cogí de la mano y sentí un espasmo de entretenimiento cuando sus dedos patéticos y huesudos apretaron con fuerza. Pensé que iba a reírme en su cara esquelética mientras veía sus ojos cansados abrirse y cerrarse continuamente.

Ay, pobre Alan, yo le conocía, enfermera. Era un gilipollas, un coñazo infinito. Le miré, ahogando mis risas, mientras él luchaba para respirar.

«Tranquilo, colega. Estoy aquí», dije.

«Eres buen tío, Davie…», balbuceó. «… Lástima que no nos conociéramos antes de esto…» Abrió los ojos y los cerró otra vez.

«Desde luego que fue una puta lástima, pedazo de basura…», le espeté a sus ojos cerrados.

«¿Qué?… qué era eso…», deliraba debido a la fatiga y las drogas.

Capullo perezoso. Pasa demasiado tiempo en esa cama. Debería mover el culo y hacer un poquitín de ejercicio. Una vuelta rápida al parque. Cincuenta flexiones. Dos docenas de sentadillas.

«Decía que es una pena que hayamos tenido que conocernos bajo estas circunstancias.»

Gruñó con satisfacción y cayó dormido. Extraje sus esqueléticos dedos de mi mano.

Infelices sueños, cabrón.

La enfermera vino a comprobar el estado de mi hombre. «Qué antisocial. Vaya una manera de tratar a los huéspedes», sonreí, mirando hacia el cuasicadáver inerte que era Venters. Ella forzó una risa nerviosa, pensando probablemente que se trataba del humor negro del homosexual o el yonqui, o el hemofílico o lo que sea que se imagine que soy. Me importa un carajo la imagen que tenga de mí. Yo me veo como

el ángel vengador.

Matar a este sacomierda sólo sería hacerle un gran favor. Ése era el problema, pero un problema que conseguí resolver. ¿Cómo le haces daño a un hombre que va a morir pronto, que lo sabe, y al que le importa un carajo? Hablando con Venters, pero sobre todo al escucharle, descubrí cómo. *Se le hace daño a través de los vivos, a través de la gente que le importa*.

La canción dice que «todo el mundo quiere alguna vez a alguien», pero Venters parecía desafiar semejante generalización. Al hombre sencillamente no le gustaba la gente, y el sentimiento era más que recíproco. Frente a otros hombres, Venters se veía en el rol de adversario. A los conocidos del pasado los describía con amargura: «un especialista del palo», o con desprecio: «un puto primo». La descripción empleada dependía de quién había insultado, explotado o manipulado a quién en aquella ocasión en particular.

Las mujeres caían en dos categorías indistintas: o tenían «un chocho como una cena de *fish & chips*», o «un chocho como un cojín reventado». Era evidente que Venters veía en una mujer poco más allá del «agujero peludo», como lo llamaba él. Hasta algunos comentarios despectivos hacia sus tetas o sus culos habrían supuesto una ampliación considerable de su perspectiva. Empecé a encontrarme abatido. ¿Cómo podría este hijo de puta haber querido alguna vez a alguien? Me tomé mi tiempo, no obstante, y mi paciencia acabó cosechando su recompensa.

Con todo lo mierda despreciable que era, a Venters sí le importaba una persona. Era imposible confundir el cambio de tono de su conversación cuando utilizaba la frase: «el pequeño». Le sondeé discretamente en busca de información acerca del hijo de cinco años que había tenido con una mujer de Wester Hailes, una «vaca» que no le dejaba ver al niño, que se llamaba Kevin. Una parte de mí ya amaba a esa mujer.

El niño me enseñó el modo de hacerle daño a Venters. En contraste con su conducta normal, se mostraba sobrecogido de dolor y confuso por la emoción cuando hablaba de cómo nunca vería crecer a *su* hijo, y de cuánto quería al «enanito». Por eso Venters no temía a la muerte. Realmente creía que seguiría viviendo, de algún modo u otro, a través de su hijo.

No resultó difícil introducirme en la vida de Frances, la ex novia de Venters. Odiaba a Venters tan minuciosamente que me encariñé con ella aunque no me atrajese en ningún otro sentido.

Después de enterarme de sus señas le entré por-accidente-a-propósito en una discoteca trapera, donde hice el papel de pretendiente encantador y atento. Por supuesto, el dinero no supuso obstáculo alguno. Pronto empezó a gustarle, pues era obvio que nunca un hombre la había tratado decentemente en su vida y no estaba acostumbrada al metálico, al haber vivido con lo justo y con un niño al que criar.

Lo peor fue cuando llegó el momento del sexo. Yo insistí, por supuesto, en

ponerme un condón. Ella me había hablado de Venters antes de llegar a ese punto. Dije noblemente que confiaba en ella y que estaría dispuesto a hacer el amor sin condón, pero quería eliminar el elemento de incertidumbre de su mente y, tenía que ser sincero con ella, había estado con unas cuantas personas diferentes. Dada su experiencia pasada con Venters, era seguro que tales dudas estarían presentes. Cuando empezó a llorar, pensé que la había cagado. Sin embargo, sus lágrimas se debían a la gratitud.

«Eres muy buena persona, Davie, ¿lo sabías?», dijo. De haber sabido lo que iba a hacer, no habría tenido de mí una opinión tan sublime. Me sentía mal, pero cada vez que pensaba en Venters, ese sentimiento se evaporaba. Pensaba llegar hasta el final, ya lo creo.

Hice que mi cortejo de Frances coincidiera con la caída de Venters en estado grave y su subsiguiente incapacidad en el hospital. Había buen número de enfermedades haciendo cola para acabar con Venters, con la neumonía en cabeza. Venters, como mucha de la peña infectada por el virus de inmunodeficiencia por la vía del jaco, se libró de los horribles cánceres de piel preponderantes entre los gays. El principal rival de su neumonía era la prolífica candidiasis que tenía en la garganta y el estómago. La candidiasis no era la primera cosa de este mundo en querer sacarle al hijo de puta hasta el último aliento, pero podría ser la última si no me movía con rapidez. Su declive fue muy rápido, en un momento dado demasiado rápido para mi gusto. Pensé que el cabrón se quedaría tieso antes de que yo pudiera ejecutar mi plan.

Mi oportunidad llegó, en todo caso, justo a tiempo; al final probablemente fuera mitad suerte y mitad planificación. Venters luchaba, ya no era más que un arrugado paquete de piel y hueso. El médico dijo: Cualquier día de éstos.

Había logrado que Frances me confiara las labores de canguro. Yo la animaba a salir con sus amistades. Pensaba salir a tomar un curry el sábado por la noche, dejándome solo en su piso con el chico. Pensaba aprovechar la oportunidad que se me presentaba. El miércoles antes del gran día, decidí visitar a mis padres. Había pensado en hablarles de mi estado de salud, y sabía que probablemente sería mi última visita.

El hogar paterno estaba en Oxgangs. El sitio siempre me había parecido modernísimo cuando era un crío. Ahora parecía extraño, una reliquia chabolística de una era pasada. La vieja contestó a la puerta. Durante un segundo pareció dudar. Entonces se dio cuenta de que era yo y no mi hermano menor, y que por tanto ya podía guardar el bolso entre las bolas de naftalina. Me dio la bienvenida, con un entusiasmo generado por el alivio. «Ho-la, forastero», canturreó, haciéndome pasar apresuradamente.

Me di cuenta de la razón de las prisas, estaban dando *Coronation Street*. Al parecer Mike Baldwin había llegado al punto en que tenía que enfrentarse a su

amante y compañera de piso Alma Sedgewick y decirle que en realidad la que le iba era la rica viuda Jackie Ingram. Mike no lo podía remediar. Era un prisionero del amor, una fuerza exterior a él, que le obligaba a comportarse del modo en que lo hacía. Podía comprenderle, como habría dicho Tom. Yo era prisionero del odio, una fuerza que era un capataz igual de exigente. Me senté en el sofá.

«Hola, forastero», repitió mi viejo, sin levantar la vista de detrás de su copia del *Evening News*. «¿Qué has estado haciendo?», preguntó perezosamente.

«Poca cosa.»

En realidad no es nada, pater. Ah, ¿te había mencionado que soy seropositivo? Como sabrás, está muy de moda en estos momentos. Hoy en día es sencillamente obligado tener un sistema inmunológico averiado.

«Dos millones de *chinkies*[62]. Dos millones de esos cabritos. Eso es lo que vamos a tener por aquí cuando Hong Kong pertenezca otra vez a China.» Dejó escapar una larga exhalación. «Dos millones de Wee Willie Winkies[63].»

Yo no dije palabra, negándome a morder el cebo. Desde que fui a la universidad, mandando a la porra lo que mis padres describían habitualmente como «un buen oficio», el viejo había adoptado el papel de reaccionario empedernido en contraposición al mío de estudiante revolucionario. Al principio todo había sido una broma, pero con el paso de los años yo dejé mi rol a un lado mientras él empezó a abrazar el suyo con más firmeza.

«Eres un fascista. Ya sabes que es todo una cuestión de tamaño insuficiente del pene», le dije alegremente. La férrea presa que *Coronation Street* tenía sobre mi madre se rompió brevemente y se volvió hacia mí con una maliciosa sonrisa de entendida.

«No digas idioteces. Yo he probado *mi* hombría, hijo», me contestó belicosamente, hurgando en el hecho de que había conseguido llegar a los veinticinco años sin conseguir una esposa o tener niños. Hasta pensé por un segundo que se iba a sacar la polla para intentar demostrarme lo equivocado que estaba. En vez de eso, decidió hacer caso omiso de mi observación y volver al tema escogido por él. «¿Qué te parecería tener a dos millones de chinkies en tu calle?» Pensé en la palabra «chinky» y visualicé mogollón de cartones de aluminio de comidas a medio terminar tirados en mi calle. Era una imagen fácil de evocar, pues era un espectáculo que podía presenciar todos los domingos por la mañana.

«Es como si ya lo hubiera visto», dije pensando en voz alta.

«Ahí lo tienes entonces», dijo, como si yo le hubiese dado la razón en algo. «Hay dos millones más en camino. ¿Qué te parece?»

«Cabe suponer que la totalidad de esos dos millones no va a instalarse en Caledonian Place. Quiero decir, el gueto de Dalry está bastante abarrotado tal y como está.»

«Ríete si quieres. ¿Y del empleo qué? Ya hay dos millones de parados. ¿Y la vivienda? Todos esos pobres cabritos que viven en casas de cartón.» Dios, menuda cabeza me estaba poniendo. Afortunadamente, supermamá, guardiana del culebrón, intervino:

«¡¿Os queréis callar?! ¡Estoy intentando ver la tele!»

Lo siento, mater. Sé que es una pizca egoísta por mi parte, tu descendencia seropositiva, solicitar tu atención cuando Mike Baldwin está tomando una importante decisión que determinará su futuro. ¿Cuál será la grotesca y salida vieja a la que querrá follarse el arrugado guarro posmenopáusico? Permanezcan atentos a sus pantallas.

Decido no mentar lo del virus. Mis padres no tienen puntos de vista muy progresistas sobre estas cosas. O quizá sí. ¿Quién sabe? En cualquier caso, no parecía apropiado. Tom siempre nos dice que estemos en contacto con nuestros sentimientos. Mis sentimientos eran que mis padres se casaron con dieciocho años y a mi edad ya tenían cuatro críos gritones. Pensaban que yo era «marica». Meter el sida en el cuadro sólo serviría para confirmar sus sospechas.

En vez de eso me bebo una lata de Export y hablo de fútbol con el viejo. No ha ido a un partido desde 1970. La televisión en color le atacó las piernas. Veinte años más tarde, llegó la televisión por cable y las jodió del todo. Sin embargo, seguía considerándose un experto en el tema. Las opiniones de los demás no tenían valor alguno. En todo caso, era una pérdida de tiempo intentar expresarlas. Como en política, acababa llegando al punto de vista opuesto al que había defendido previamente y expresándolo con la misma estridencia. Lo único que tenías que hacer era no llevarle la contraria para no darle nada contra lo cual discutir y él mismo llegaría gradualmente hasta tu manera de pensar.

Estuve sentado un rato, asintiendo de vez en cuando. Después busqué una excusa banal y me marché.

Volví a casa y comprobé mi caja de herramientas. La colección de objetos afilados varios de un ex aprendiz de carpintero. El sábado me la llevé al piso de Frances en Wester Hailes. Tenía algunas chapucillas que hacer. De una de ellas Fran no sabía nada.

La perspectiva de comer con sus amigas emocionaba a Fran. Hablaba sin cesar mientras se arreglaba. Yo intentaba dar respuestas que fueran más allá de gruñidos en voz baja que sonaban como «sí» y «de acuerdo», pero por mi cabeza daban vueltas las imágenes de lo que tenía que hacer. Me senté sobre la cama, encorvado y tenso, levantándome frecuentemente para echar una ojeada por la ventana mientras ella se ponía la «careta».

Tras lo que pareció toda una vida, oí el sonido de un motor entrando en el desvencijado y desierto aparcamiento. Salté hacia la ventana, anunciando

alegremente: «¡Aquí está el taxi!»

Frances me dejó la custodia de su niño durmiente.

Toda la operación salió bastante bien. Después me sentí fatal. ¿Acaso era yo mejor que Venters? El pequeño Kevin. Pasamos algunos buenos ratos juntos. Le llevé a los espectáculos del festival de los Meadows, a Kirkaldy para un partido de la Copa de la Liga, y al Museo de la Infancia. Aunque no parezca gran cosa, es bastante más de lo que su viejo hizo jamás por el pobre bastardín. Eso mismo vino a decirme Frances.

Por mal que yo me sintiera entonces, sólo era un anticipo del horror que me sacudió cuando revelé las fotografías. Mientras las copias se aclaraban, temblé de miedo y remordimiento. Las puse a secar y me hice un café, que utilicé para bajar dos valiums. Entonces cogí las copias y me fui al hospital a visitar a Venters.

Físicamente no quedaba gran cosa de él. Me temí lo peor cuando me asomé a sus ojos vidriosos. Alguna gente con sida había desarrollado demencia presenil. La enfermedad podía quedarse con su cuerpo. Si también se quedaba con su mente, me habría privado de mi venganza.

Afortunadamente, Venters pronto advirtió mi presencia, pues su falta de respuesta inicial era probablemente un efecto colateral de la medicación que le suministraban. Sus ojos me enfocaron pronto, adquiriendo el aspecto escurridizo y furtivo que asociaba con él. Sentía su desprecio por mí rezumando debajo de su enfermiza sonrisa. Él creía que había hallado un primo al que exprimir hasta el final. Me senté con él, cogiéndole de la mano. Tenía ganas de quebrarle los esqueléticos dedos y metérselos en sus orificios. Le culpaba por lo que tuve que hacerle a Kevin, aparte de todo lo demás.

«Eres un buen tío, Davie. Lástima que no nos conociéramos en circunstancias distintas», jadeó, repitiendo la desgastada frase que utilizaba en cada visita mía. Intensifiqué mi presa sobre su mano. Me miró desconcertado. Muy bien. El hijoputa aún podía sentir dolor físico. No iba a ser ese tipo de dolor el que iba a dañarle, pero sería un plus agradable. Hablé en tono claro y medido.

«Te dije que me contagié chutándome, Al. Pues bien, te mentí. Te mentí sobre mogollón de cosas.»

«Davie…, ¿qué es todo esto?»

«Escucha un poco, Al. A mí me contagió una periquita con la que me veía. Ella no sabía que tenía el virus. A ella la infectó un trozo de mierda al que conoció una noche en un pub. Iba un poco pedo y era un poco ingenua, la periquitilla esa. ¿Sabes? Ese cabrón le dijo que tenía un poco de costo en su queo. Así que se fue con él. A su piso. El muy hijo de puta la violó. ¿Sabes lo que le hizo, Al?»

«Davie…, qué es esto…»

«Te lo diré, ¡joder! La amenazó con una puta navaja. La ató. La folló por el coño,

la folló por el culo, le hizo chupársela. La chica estaba aterrada, además de herida. ¿Te resulta familiar, pues, cabrón?»

«Yo no…, no sé de qué coño estás hablando, Davie…»

«No empieces a joder. Te acuerdas de Donna. Te acuerdas del Southern Bar.»

«Estaba hecho polvo, tío… acuérdate de lo que dijiste…»

«Eso era mentira. Basura. A *mí* ni se me habría levantado de haber sabido que tenía esa mierda en *mi* leche. No se me habría levantado ni el ánimo.»

«El pequeño Goagsie…, ¿te acuerdas de él?»

«Cierra la puta boca. El pequeño Goagsie se arriesgó. Tú te sentaste ahí como si fuera una puta pantomima cuando tuviste tu oportunidad», carraspeé, viendo cómo se diseminaban gotas de mi saliva entre la película de sudor que cubría su menguado careto. Me recompuse, siguiendo con mi relato.

«La chica lo pasó muy mal. Pero tenía fuerza de voluntad. Aquello hubiera hecho polvo a muchas mujeres, pero Donna trató de sacudírselo de encima. ¿Por qué dejar que un cabrón carapolla te arruine la vida? Es más fácil decirlo que hacerlo, pero ella lo hizo. Lo que ella no sabía es que la escoria en cuestión era seropositiva. Entonces conoce a este otro tío. Conectan. A él le gusta ella, pero se da cuenta de que tiene problemas con los hombres y con el sexo. ¿No es de extrañar, eh?» Quería estrangularle hasta sacar del cuerpo de aquel cabrón aquella perversa fuerza que pasaba por vida. Aún no, me dije a mí mismo. Aún no, primo hijo de puta. Respiré hondo, y continué con mi relato, reviviendo su horror.

«Se lo curraron, esa chica y el otro tío. Las cosas fueron de puta madre durante un tiempo. Entonces ella descubrió que la escoria violadora era seropositiva. Después descubrió que ella también. Pero lo peor para ella, una persona *de verdad*, una persona *ética* que te cagas, fue cuando descubrió que su nuevo tío también lo era. *Yo*. Aquí un gran puto primo», dije, señalándome a mí mismo.

«Davie… lo siento, tío… ¿qué puedo decir? Has sido un buen colega… es esa enfermedad… es una enfermedad jodidamente horrible, Davie. Mata a los inocentes, Davie… mata a los inocentes…»

«Ahora es demasiado tarde para esa mierda. Tuviste tu oportunidad en su momento. Como el pequeño Goagsie.»

Se rió en mi cara. Era un sonido profundo y jadeante.

«¿Y qué vas…?, ¿qué vas a hacer al respecto?… ¿Matarme? Adelante… me estarías haciendo un favor… me importa un carajo.» Su deforme máscara mortuoria pareció animarse, llenarse de una energía extraña y fea. Aquello no era un ser humano. Evidentemente, me convenía creerlo, hacía que fuera más fácil hacer lo que tenía que hacer, pero a la fría luz del día aún lo creo así. Era el momento de jugar mi baza. Saqué tranquilamente las fotografías de mi bolsillo interior.

«No se trata tanto de lo que voy a hacer como de lo que ya he hecho», sonreí,

bebiéndome la expresión de perplejo temor.

«¿Qué es eso?…, ¿qué quieres decir?» Me sentía de maravilla. Le recorrían olas de escalofríos, su esquelética cabeza oscilaba mientras su mente luchaba con sus mayores temores. Miró aterrorizado las fotografías, incapaz de descifrarlas, preguntándose qué espantosos secretos contenían.

«Piensa en la peor cosa posible que podría hacer para joderte, Al. Después multiplícala por mil… y ni siquiera andarás cerca.» Sacudí fúnebremente la cabeza.

Le mostré una fotografía de mí mismo y de Frances. Posábamos llenos de confianza, mostrando con naturalidad la arrogancia de unos amantes en sus primeros arrebatos.

«Qué cojones», balbuceó, intentando patéticamente incorporar su esquelético cuerpo de la cama. Le lancé la mano al pecho y sin esfuerzo alguno le devolví a su lugar de residencia. Lo hice lentamente, saboreando mi poder y su impotencia en aquel movimiento único y precioso.

«Relájate, Al, relájate. Tranquilízate. Suéltate un poco. Tómatelo con calma. Recuerda lo que dicen los médicos y las enfermeras. Necesitas descansar.» Pasé la primera foto, mostrándolé así la siguiente. «Fue Kevin el que tomó la foto de antes. No lo hace mal para un crío tan pequeño, ¿eh? Ahí está el muchachito.» La siguiente fotografía mostraba a Kevin, vestido con los colores futboleros de Escocia, sobre mis hombros.

«Qué cojones has hecho…» Era un sonido, más que un voz. Más que de su boca, parecía proceder de una parte no específica de su cuerpo en descomposición. Su sobrenaturalidad me sobrecogía, pero me esforcé en seguir hablando de modo indiferente.

«Básicamente esto.» Saqué la tercera foto. Mostraba a Kevin atado a una silla de cocina. Su cabeza pendía pesadamente a un lado y tenía los ojos cerrados. De haberse fijado en detalle, Venters habría notado un tinte azulado en los párpados labios de su hijo, y la palidez casi como de payaso de su rostro. Es casi seguro que lo único que notó Venters fueron las oscuras heridas en la cabeza, pecho y rodillas, y la sangre que rezumaban cubriendo su cuerpo y haciendo difícil en un principio distinguir que estaba desnudo.

Había sangre por doquier. Cubría el linóleo en un charco oscuro debajo de la silla de Kevin. Una parte de ella se extendía a churretones por el suelo de la cocina. A los pies del enhiesto cuerpo se hallaba desplegado un surtido de herramientas eléctricas, incluyendo un taladro Bosch y una lijadora Black and Decker, además de varios afilados cuchillos y destornilladores.

«No… no… Kevin… por amor de Dios, no… él no hizo nada… no le hizo daño a nadie… no…», continuó gimiendo, un sonido atroz y quejumbroso carente de esperanza o humanidad. Le cogí rudamente por su espeso pelo y le levanté la cabeza

de la almohada. Le miré con perversa fascinación mientras el huesudo cráneo parecía hundirse hasta el fondo de la piel fláccida. Le metí la foto en las narices.

«Pensé que el joven Kev tenía que ser igual que su papá. Así que cuando me aburrí de follarme a tu antigua novia, decidí meterle uno a Kev por su… eh… orificio de entrada. Pensé: Si el virus es lo bastante bueno para papá, es lo bastante bueno para su mocoso.»

«Kevin… Kevin…», siguió gimiendo.

«Por desgracia, su ojete era un pelín demasiado estrecho para mí, así que tuve que ampliarlo un poco con el taladro de albañilería. Por desgracia, me emocioné un poco y empecé a hacer agujeros por todas partes. Es que me recordaba tanto a ti, Al. Me encantaría poder decir que fue indoloro, pero no puedo. Al menos fue relativamente rápido. Más rápido que pudrirse en una cama. Le costó unos veinte minutos morir. Veinte miserables y gritones minutos. Pobre Kev. Como decías, Al, es una enfermedad que mata a los inocentes.»

Las lágrimas rodaban por sus mejillas. No paraba de decir «no» una y otra vez en sollozos bajos y asfixiados. Su cabeza se agitaba en mi presa. Preocupado por que viniera la enfermera, saqué una de las almohadas que había detrás de él.

«La última palabra que dijo el pequeño Kevin fue "papá". Ésas fueron las últimas palabras de tu crío, Al. Lo siento socio. Papá no está. Eso es lo que le dije: Papá no está.» Le miré directo a los ojos, todo pupilas, sólo un negro vacío de terror y derrota total.

Le bajé la cabeza otra vez y puse la almohada sobre su cara, ahogando los enfermizos gemidos. La sujeté con firmeza y apreté mi cabeza contra ella, medio boqueando, medio cantando las palabras parafraseadas de una vieja canción de Boney M: *«Daddy, Daddy Cool, Daddy, Daddy Cool… you been a fuckin fool, bye bye Daddy Cool…»*

Canté alegremente hasta que se hubo apaciguado la endeble resistencia de Venters.

Sujetando la almohada firmemente sobre su rostro, saqué un ejemplar de *Penthouse* de su taquilla. El hijoputa estaba demasiado débil para pasar las páginas siquiera, no digamos hacerse una paja. Sin embargo, su homofobia era tan fuerte que probablemente la tenía expuesta en un lugar prominente para hacer algún tipo de absurda manifestación sobre su sexualidad. Pudriéndose en vida, y su mayor preocupación es que nadie piense que es maricón. Dejo la revista sobre la almohada y paso las páginas pausadamente antes de tomarle el pulso a Venters. Nada. Había causado baja. Aún más importante, lo había hecho en un estado de miseria torturado y agonizante.

Tras quitar la almohada de encima del cadáver, llevé la fea y frágil cabeza hacia adelante, y después la dejé caer hacia atrás. Durante unos instantes, contemplé lo que

veía ante mí. Los ojos estaban abiertos, así como la boca. Parecía estúpido, una enfermiza caricatura de un ser humano. Supongo que eso es lo que son los cadáveres. Eso sí, Venters lo había sido siempre. Mi ardiente desprecio dio paso rápidamente a un acceso de tristeza. No pude determinar precisamente por qué me sucedía aquello. Aparté la mirada del cuerpo. Después de permanecer sentado durante un par de minutos más, fui a decirle a la enfermera que Venters había estirado la pata.

Asistí al funeral de Venters en el crematorio de Seafield con Frances. Era un momento emotivo para ella, y me sentía obligado a darle mi apoyo. Jamás fue un acontecimiento destinado a batir récords de asistencia. Su madre y su hermana aparecieron por allí, como lo hizo Tom, con un par de elementos de VIH y Positivos.

El reverendo no pudo hallar muchas cosas decentes que decir de Venters y, con buen criterio, no intentó quedarse con nadie. Alan había cometido muchos errores en su vida, dijo. Nadie le iba a contradecir. Alan sería, como todos nosotros, juzgado por Dios, que le concedería la salvación. Se trata de una idea interesante, pero pienso que al jefe del cielo le espera bastante barrila si ese hijo de puta ha firmado en el registro de allí arriba. Si lo ha hecho, creo que probaré suerte en el otro lado, gracias de todos modos.

Fuera, eché un vistazo a las coronas. Venters sólo tenía una. «Alan. Con Amor, mamá y Sylvia.» Que yo sepa jamás le visitaron en el hospital. Muy sabio por su parte. Es más fácil querer a alguna gente a distancia. Estreché las manos de Tom y de los otros, y después me llevé a Fran y Kev a tomar unos helados de lujo en Lucas, allá en Musselburgh.

Evidentemente, engañé a Venters sobre lo que le hice a Kevin. Yo, a diferencia de él, no soy un puto animal. Estoy lejos de estar orgulloso de aquello que *sí* hice. Corrí grandes riesgos con el bienestar del crío. Habiendo trabajado en el quirófano de un hospital, lo sé todo acerca del crucial papel del anestesista. Ellos son los tipos que te mantienen con vida, no los putos cerdos sádicos como Howison. Después de que el pinchazo te manda a dormir, la anestesia te mantiene inconsciente y te conectan a un monitor. Todas tus constantes vitales son vigiladas bajo condiciones de alto control. Se andan con cuidado.

El cloroformo es un instrumento mucho más contundente, y muy peligroso. Aún me estremezco cuando pienso en el riesgo que corrí con el hombrecito. Afortunadamente, Kevin se despertó sólo con un dolor de cabeza y algunas pesadillas como remanente de su viaje a la cocina.

La tienda de artículos de broma y las pinturas de esmalte Humbrol me suministraron las heridas. Hice maravillas con el maquillaje y el talco de Fran para la máscara mortuoria de Kevin. Mi mejor golpe, sin embargo, fueron las tres bolsas de plástico de una pinta de sangre que me llevé de la nevera del laboratorio del hospital. Me puse paranoico cuando ese hijoputa de Howison me echó el mal de ojo cuando

me lo crucé en el pasillo. Siempre lo hace de todos modos. Creo que es porque una vez me dirigí a él como «doctor» en vez de «señor». Es un menda raro. La mayoría de cirujanos lo son. Hay que serlo para hacer ese trabajo. Como para hacer el trabajo de Tom, supongo.

Dejar dormido a Kevin resultó fácil. El mayor problema fue disponer y desmantelar todo el escenario en menos de media hora. Lo más difícil resultó lavarle antes de volver a meterle en la cama. Tuve que usar esencia de trementina además de agua. Me pasé el resto de la noche limpiando la cocina antes de que Frances volviese. Sin embargo, el esfuerzo mereció la pena. Las fotos parecían auténticas. Lo bastante auténticas para dejar hecho mierda a Venters.

Desde que ayudé a Al a llegar a la gran movida celestial, la vida no ha estado mal. Francés y yo nos fuimos cada uno por su lado. Nunca fuimos realmente compatibles. En realidad ella sólo me veía como un canguro y una cartera. Para mí, obviamente, la relación se convirtió en superflua tras la muerte de Venters. Echo más de menos a Kev. Me hace desear haber tenido un chaval. Ahora eso nunca ocurrirá. Una cosa que Fran me dijo es que le había devuelto la fe en los hombres después de Venters. Parece que por una ironía del destino he encontrado mi papel en la vida: limpiar la basura emocional de aquel soplapollas.

Mi salud, toca madera, ha sido buena. Aún sigo asintomático. Me atemorizan los resfriados y me obsesiono de vez en cuando, pero me cuido. Aparte de una lata de cerveza de uvas a peras, jamás bebo. Vigilo lo que como, y tengo un programa diario de ejercicio ligero. Me hago pruebas de sangre regularmente y presto atención a mi recuento de T4. Está aún muy por encima de la marca crucial del 800; de hecho, no ha descendido en absoluto.

He vuelto con Donna, que hizo inadvertidamente de conducto para el virus entre Venters y yo. Hallamos algo que probablemente no habríamos obtenido el uno del otro en circunstancias diferentes. O puede que sí. De todos modos, no lo analizamos, ya que no disponemos del lujo del tiempo. No obstante, tengo que darle al viejo Tom, allá en el grupo, el crédito que merece. Me dijo que tendría que currar para superar mi ira, y tenía razón. Sin embargo, tomé el atajo, sumiendo a Venters en el olvido. Ahora sólo me siento un poco culpable, pero lo llevo bien.

Acabé por contarles a mis padres lo de mi condición seropositiva. Mi madre se limitó a llorar y abrazarme. El viejo no dijo nada. El color había desaparecido de su rostro cuando se sentó a ver *A Question of Sport*. Cuando su llorosa esposa le presionó para que hablara, se limitó a decir: «Bueno, no hay nada que decir.» No dejó de repetir esa frase. No me miró a los ojos en ningún momento.

Aquella noche, de vuelta en mi piso, oí sonar el timbre. Creyendo que sería Donna, que había salido, abrí la puerta de la escalera y de casa. Unos minutos más tarde, vi a mi viejo en el recibidor con lágrimas en los ojos. Era la primera vez que

venía a mi piso. Se me acercó y me dio un abrazo aplastante, llorando y repitiendo: «Mi chiquillo.» Sentaba uno o dos millones de veces mejor que: «Bueno, no hay nada que decir.»

Lloré sin vergüenza y en alto. Como con Donna, así con mi familia. Hemos hallado una intimidad que quizá de otro modo nos hubiese eludido. Ojalá no hubiese esperado tanto para convertirme en ser humano. No obstante, mejor tarde que nunca, créeme.

Hay unos chavales jugando en el patio trasero, y el césped está de un verde eléctrico bajo la brillante luz del sol. El cielo tiene un delicioso azul claro. La vida es hermosa. Voy a disfrutar de ella, y voy a tener una larga vida. Seré eso que el personal médico llama un superviviente a largo plazo. Sencillamente *sé* que así será.

Hay una luz que nunca se apaga

Emergen de la escalera hasta la oscuridad de la calle desierta. Algunos se mueven de un modo espasmódico y maníaco; exuberantes y ruidosos. Otros avanzan silenciosamente, como espectros; dolidos por dentro, pero temiendo la inminencia de dolores y molestias aún mayores.

Su destino es un pub que parece servir de cimiento a un bloque de viviendas en ruinas sito en una bocacalle entre Easter Road y Leith Walk. Esta calle se ha perdido el proceso de limpieza de piedra del que se han beneficiado sus vecinas y el edificio es del color negro hollín de los pulmones de un fumador de dos paquetes diarios. La noche es tan oscura que es difícil determinar la silueta del bloque contra el cielo. Sólo se define mediante una luz aislada que asoma desde una ventana del último piso, o la luminosa farola que le asoma por el costado.

La fachada del pub está pintada de un azul oscuro espeso y satinado y la señal es del diseño que preferían los patrocinadores de la fábrica de cerveza en los primeros setenta, cuando el paradigma era que todos los bares tenían que tener un aspecto estándar, y disimular cualquier característica individual que pudieran tener. Como el bloque que está encima, el pub no ha gozado sino del mantenimiento más superficial durante casi veinte años.

Son las 5.06 de la mañana y las luces amarillas del establecimiento están encendidas, un refugio en las calles oscuras, húmedas y sin vida. Hacía días, reflexionaba Spud, que no veía la luz del día. Eran como vampiros, con su existencia nocturna, sin ninguna sincronía con la mayoría de la gente que habitaba los bloques y vivía según un ciclo de sueño y trabajo. Estaba bien ser diferentes.

El pub está lleno a pesar de llevar abierto sólo un par de minutos. Dentro hay una larga barra de fórmica con varios grifos y palancas. Sobre el sucio linóleo se sostienen temblorosamente mesas desvencijadas en el mismo estilo de fórmica. Detrás de la barra un aparador finamente tallado mira hacia abajo con incongruente soberbia. La enfermiza luz amarilla de las bombillas sin pantalla rebota ásperamente contra las paredes manchadas de nicotina.

En el pub hay verdaderos trabajadores de turno de la fábrica de cerveza y el hospital, y así debe ser, dado el propósito teórico de la licencia de apertura temprana. También hay una delegación de los más desesperados: aquellos que están allí porque necesitan estarlo.

El grupo que entra en el pub también está impulsado por la necesidad. La necesidad de más alcohol para conservar el punto, o recuperarlo, y luchar contra el avance de tétricas y deprimentes resacas. También han sido atraídos por una

necesidad más imperiosa, la necesidad de pertenecerse mutuamente para aferrarse a la fuerza que les ha fusionado durante los últimos días de fiestas.

Un borracho apoyado contra la barra, de edad avanzada pero difícil de determinar, les observa cuando entran. Su cara ha sido destruida por el consumo de licores baratos y la excesiva exposición a las crueles ráfagas de los helados vientos del Mar del Norte. Parece como si todos y cada uno de los capilares que hay en ella hubiesen reventado bajo la piel, dejándola con el aspecto de las salchichas cuadradas poco hechas que sirven en los cafés locales. Sus ojos son de un contrastado color azul, aunque sus yemas sean del mismo color que las paredes del pub. Su cara hace un esfuerzo al reconocer algo cuando el grupo ruidoso se acerca hasta la barra. Uno de los jóvenes, quizá más de uno, piensa sarcásticamente, es su hijo. Había sido el responsable de traer al mundo a unos cuantos en tiempos, cuando cierto tipo de mujer le encontraba atractivo. Eso fue antes de que la bebida destruyera su faz y distorsionara el fruto de su lengua afilada y cruel hasta reducirlo a un gruñido incomprensible. Mira al joven en cuestión y piensa qué decir, antes de decidir que no tiene nada que decirle. Nunca lo ha tenido. El joven ni siquiera le ve, pues su atención está centrada en llevar las bebidas. El viejo borracho ve que el joven disfruta de sus acompañantes y de sus bebidas. Recuerda cuando él hacía lo mismo. El disfrute y la compañía se desvanecieron, pero la bebida no. De hecho, se amplió para llenar el hueco dejado por su marcha.

Lo último que querría Spud es otra pinta. Antes de salir, se había examinado la cara en el espejo del cuarto de baño en el piso de Dawsy. Estaba pálida pero marcada por sarpullidos, y sus pesados párpados intentaban cerrar las persianas sobre la realidad. Aquella cara estaba rematada con mechones de cabello en punta color arena. Podría ser buena idea, considera, tomarse un zumo de tomate para sus doloridas entrañas o una naranjada o limón frescos para combatir la deshidratación, antes de volver a beber más alcohol.

Lo desesperado de la situación se confirma cuando acepta mansamente la pinta de lager que Frank Begbie, primero en llegar a la barra, le había traído.

«Gracias, Franco.»

«Una Guinness para mí, Franco», solicita Renton. Acaba de volver de Londres. Está tan contento de estar de vuelta como lo estuvo de marcharse.

«Aquí la Guinness es una mierda», le dice Gav Temperley.

«Aun así.»

Dawsy levanta las cejas y le canta a la camarera.

«Yeah, yeah, you're a beautiful lover.»[64]

Habían hecho una competición para ver quién conocía la canción más mierdera, y Dawsy no había parado de cantar su número de la victoria.

«Cierra la puta boca, Dawsy.» Alison le pega un codazo en las costillas.

«¿Quieres que nos echen?»

De todos modos, la camarera no le hace caso. Entonces se vuelve para cantarle a Renton. Renton se limita a sonreír fatigosamente. Considera que el problema de Dawsy es que si le das cuerda, la estira hasta que se rompe. Resultó levemente divertido hacía un par de días, y en cualquier caso, en su opinión, no había sido tan graciosa como su propia versión del «Escape (The Piña Colada Song)» de Rupert Holmes.

«Ah kin remember the night that we met down in Rio[65]… esa Guinness está que salta. Estás loco tomándote una Guinness aquí dentro, Mark.»

«Se lo he dicho», dice Gav con expresión triunfal.

«Con todo, pero oye», replica Renton, con una perezosa sonrisa todavía en la cara. Se siente borracho. Siente la mano de Kelly dentro de su camisa, pellizcándole el pezón. Le había estado haciendo eso toda la noche, diciéndole lo que le gustaban los pechos planos y sin pelo. Sienta bien que le toquen a uno los pezones. Si es Kelly quien lo hace, sienta más que bien.

«Vodka con tónica», le dice a Begbie, que le hace un gesto desde la barra. «Ginebra con limonada para Ali. Es que se ha ido al baño.»

Spud y Gav siguen hablando en la barra mientras el resto se hace con unos asientos en el rincón.

«¿Qué tal está June?», le pregunta Kelly a Franco Begbie, refiriéndose a su novia, de quien se sospecha que está embarazada de nuevo después de dar recientemente a luz una criatura.

«¿Quién?», se encoge agresivamente de hombros Franco. Fin de la conversación.

Renton mira hacia arriba para ver el programa de primera hora en la televisión.

«Esa Anne Diamond.»

«¿Eh?» Kelly se le queda mirando.

«Yo me la follaba», dice Begbie.

Alison y Kelly levantan las cejas y miran al techo.

«No, pero su cría sufrió la muerte súbita esa. Igual que la cría de Lesley. La pequeña Dawn.»

«Eso fue una verdadera pena», dice Kelly.

«Pero en realidad fue algo bueno. La chiquilla habría muerto del puto sida si no hubiese muerto de muerte súbita. Una puta muerte más fácil para un crío», afirma Begbie.

«¡Lesley no tenía el virus! ¡Dawn era un bebé perfectamente sano!», le espetó Alison, enfurecida. Pese a sentirse molesto también, Renton no puede dejar de notar que Alison siempre habla pijo cuando se enfada. Experimenta una leve oleada de culpabilidad por ser tan superficial. Begbie sonrió haciendo una mueca.

«¿Quién puede decirlo de todos modos?», dijo Dawsy servilmente. Renton le

echó una mirada fija, dura y desafiante, cosa que nunca se atrevería a hacer con Begbie. Agresividad desviada a donde no será devuelta.

«Lo único que estoy diciendo es que nadie lo sabe de verdad», se encoge Dawsy dócilmente.

En la barra, Spud y Gav balbucean a dúo.

«¿Crees que Rents se follará a Kelly?», pregunta Gav.

«No sé. Ha terminado con ese tipo, Des, digamos, y Rents ya no se ve con Hazel. Sin compromiso y tal, ya sabes.»

«Ese cabrón de Des. Odio a ese gilipollas.»

«… no conozco al tipo, digamos… sabes.»

«¡Sí que lo conoces! Es tu puto primo, Spud. ¡Des! ¡Des Feeney!»

«… ah, sí… *ese* Des. Sigo sin conocer realmente al chico. Sólo me he encontrado un par de veces con el tipo desde que éramos enanos, ¿sabes? Es heavy sin embargo, Hazel en la fiesta con ese otro tío, y Rents con Kelly, sabes… heavy.»

«De todas formas, esa Hazel es una vaca amargada. Nunca he visto a esa chica con una sonrisa en la cara. Eso sí, tampoco es de extrañar, saliendo con Rents. No debe ser muy divertido andar por ahí con un capullo que siempre está completamente colgado.»

«Sí, es lo que digo yo… es demasiado heavy…» Spud se pregunta brevemente si Gav estará soltándole una indirecta o no al darle la vara acerca de la gente que siempre está colgada, antes de decidir que es un comentario inocente. Gav era legal.

El embrollado cerebro de Spud se vuelve hacia el sexo. Todos los que estaban en la fiesta parecían haberse enrollado, todos menos él. Realmente le apetece echar un polvo. Su problema es que es demasiado tímido para impresionar a las mujeres cuando no va de nada o está sobrio, y demasiado incoherente cuando va fumado o bebido. Últimamente se interesa por Nicola Hanlon, que él cree que se parece un poco a Kylie Minogue.

Hacía unos meses, Nicola le había hablado mientras se iban de una fiesta en Sighthill a otra en Wester Hailes. Se habían enrollado bien, acabando por despegarse del resto del grupo. Ella se mostró muy receptiva y Spud había hablado libremente, colocado por el speed. De hecho, parecía pendiente de todas y cada una de sus palabras. Spud no quería llegar a aquella fiesta, simplemente deseaba que pudieran seguir caminando y hablando. Se metieron por el pasadizo subterráneo y Spud pensó que debería intentar rodear a Nicola con el brazo. Entonces se le vino a la cabeza un pasaje de una canción de los Smiths, una que siempre le había gustado titulada: «Hay una luz que nunca se apaga.»

and in the darkened underpass
I thought Oh God my chance has come at last
but then a strange fear gripped me

and I just couldn't ask[66]

La triste voz de Morrisey resumía cómo se sentía. No rodeó el hombro de Nicola, y sus intentos de ligársela después resultaron lamentables. En vez de eso, fue a chutarse a un dormitorio con Rents y Matty, deleitándose en la gozosa libertad de preguntarse ansiosamente si se lo haría con ella o no.

Si el sexo y Spud coincidían, era por lo general cuando quedaba poseído por una voluntad más fuerte. Aun así, el desastre nunca parecía andar muy lejos. Una noche Laura McEwan, una chica con una impresionante reputación sexual, lo agarró en un pub del Grassmarket y se lo llevó a casa.

«Quiero entregarte mi virginidad culera», le había dicho.

«¿Eh?» Spud no se lo podía creer.

«Que me folles el culo. Nunca lo he hecho así antes.»

«Eh, sí, eso suena… chachi, eh, digamos, eh, de acuerdo…»

Spud se sentía como un elegido. Sabía que Sick Boy, Renton y Matty habían estado con Laura, que tenía tendencia a unirse a una pandilla, follarse a todos los tíos que hubiese en ella y entonces buscar otra. La cuestión era que ellos nunca habían hecho lo que él estaba a punto de hacer.

Sin embargo, Laura quería hacer algunas cosas con Spud antes. Le ató las muñecas y después le pegó los tobillos con celofán.

«Hago esto porque no quiero que me hagas daño. ¿Entiendes? Lo haremos de costado. En cuanto empiece a sentir dolor se acabó. ¿De acuerdo? Porque a mí nadie me hace daño. Ningún puto tío me hace daño jamás. ¿Me has entendido?» Hablaba ásperamente y con amargura.

«Sí… perfecto y tal, perfecto…», dijo Spud. No quería hacerle daño a nadie. Se quedó atónito ante semejante imputación.

Laura dio un paso atrás y admiró su obra de artesanía.

«Que me jodan, pero qué hermoso», dijo, frotándose la entrepierna mientras el desnudo y maniatado Spud se hallaba tendido sobre la cama. Spud se sentía vulnerable y extrañamente mimoso. Nunca le habían atado y nunca le habían dicho que era hermoso. Entonces Laura se metió la larga y delgada polla de Spud en la boca y empezó a chupársela.

Se detuvo, con una maestría en parte intuitiva, y en parte aprendida, justo antes de que un extático Spud se corriese.

Entonces abandonó la habitación. Spud empezó a ponerse paranoico con lo de las ligaduras. Todo el mundo decía que Laura era una majarona. Había estado follándose a todo el que podía desde que logró internar a su pareja estable, un tío llamado Roy, en un hospital psiquiátrico, harta de su impotencia, su incontinencia y sus depresiones. Pero sobre todo lo primero.

«Se pasaba siglos sin follarme correctamente», le había dicho Laura a Spud,

como si eso fuera justificación suficiente para que le encerraran en la casa de los locos. No obstante, razonó Spud, su crueldad y falta de escrúpulos eran parte de su atractivo. Sick Boy se refería a ella como la «Diosa del Sexo».

Volvió al dormitorio, y le miró, atado y a su merced.

«Ahora quiero que me la metas por el culo. Pero primero voy a ponerte un montón de vaselina en el pito, para que no me haga daño cuando me la metas. Tendré los músculos apretados, porque esto es nuevo para mí, pero intentaré relajarme.» Le dio una fuerte calada a un porro.

A Laura no le estaba saliendo todo bien. No encontró vaselina en el armario del cuarto de baño. Sin embargo, encontró otra cosa que podía emplearse como lubricante. Era pegajoso y pringoso. Se lo aplicó generosamente al pito de Spud. Era Vick.

Le quemaba y Spud chilló agonizante. Luchó entre espasmos con sus ligaduras, sintiéndose como si le hubiesen guillotinado la punta del pene.

«Joder. Lo siento, Spud», dijo Laura, boquiabierta.

Le ayudó a salir de la cama y llegar hasta el cuarto de baño. Llegó dando saltitos, cegado por lágrimas de dolor. Ella llenó la pila de agua, y después abandonó el cuarto en busca de un cuchillo para cortar las ataduras que había en sus tobillos y muñecas.

Haciendo equilibrios, Spud metió la polla en el agua. Picaba aún más violentamente, y reculó bajo el efecto del shock. Al caer hacia atrás, la cabeza le chocó contra la taza del water y se abrió la ceja. Cuando Laura regresó, Spud estaba inconsciente y una sangre espesa y oscura rezumaba sobre el linóleo.

Laura llamó a una ambulancia y Spud se despertó en el hospital con seis puntos en el ojo y una fuerte contusión.

Nunca llegó a follársela por el ojete. Corría el rumor de que una frustrada Laura llamó poco después a Sick Boy, que acudió a ocupar el lugar de su amigo.

Muy poco después de este desastre Spud volvió su atención hacia Nicola Hanlon.

«Eh, me sorprendió no ver a Nicky en la fiesta, digamos… la pequeña Nicky, ¿sabes cómo te digo?», le dijo a Gav.

«Sí. Es una pequeña zorra. Le gusta de todas las maneras», dijo Gav como quien no quiere la cosa.

«¿Sí?»

Notando y saboreando la trepidación y preocupación mal disimuladas en la cara de Spud, Gav continúa, regocijado por dentro, pero hablando de un modo inflexible, vigoroso y serio. «Uy, sí. Se la he metido unas cuantas veces. No tenía mal polvete y tal. Sick Boy se la ha cepillado. Rents también. Creo que Tommy también. Desde luego anduvo detrás de ella un tiempo.»

«¿Sí?… eh, vale…» Spud se siente desinflado y optimista al mismo tiempo. Decide firmemente quedarse algún tiempo más desenganchado, pensando en que por

lo visto se pierde todo lo que ocurre delante de sus narices.

En la mesa Begbie indica que tiene necesidad de una nutrición algo más sólida: «Estoy muerto de hambre que te cagas. Vamos a por algo de papeo, y después a algún garito decente.» Mira amargamente en torno al cavernoso bar manchado de nicotina como un aristócrata arrogante venido a menos. De hecho, acaba de ver al viejo borrachín de la barra.

Aún es de noche cuando abandonan el pub, y van a un café de Portland Street.

«Desayuno completo para todos», dice Begbie mirando con entusiasmo a los demás.

Todos asienten aprobando, salvo Renton.

«Nah. Yo no quiero carne», dice.

«Entonces yo me tomo tu puto beicon y las salchichas», sugiere Begbie.

«Sí, claro», dice Renton con sarcasmo.

«¡Pues te las cambio por mi puto huevo, judías y tomate, cabrón!»

«Vale», empieza Renton, volviéndose hacia la camarera. «¿Utilizáis aceite vegetal para freír o grasa?»

«Nah, grasa», dice la camarera mirándole como si fuera imbécil.

«Vete a la mierda, Rents. Es lo mismo», dice Gav.

«Lo que coma Mark es cosa suya», dice Kelly en su apoyo. Alison asiente. Renton se siente como un proxeneta pagado de sí mismo.

«Lo estás jodiendo para todos los demás, Rents», gruñe Begbie.

«¿Cómo lo estoy jodiendo? Un sandwich de queso y lechuga», dice volviéndose hacia la camarera.

«Estábamos todos de puto acuerdo. Putos desayunos completos para todos», afirma Begbie.

Renton no puede creerlo. Quiere decirle a Begbie que se vaya a tomar por culo. En vez de eso, lucha contra tal impulso y sacude lentamente la cabeza. «No como carne, Franco.»

«El vegetarianismo de los cojones. Un montón de puta mierda. La carne es necesaria. ¡Un puto yonqui preocupándose de lo que se mete en el cuerpo! ¡Ésa sí que es buena!»

«Sencillamente no como carne», dice Renton, sintiéndose ridículo mientras todos se cachondeaban.

«No nos vengas contando que odias matar a los putos animales. ¡Acuérdate de los putos perros y gatos a los que pegábamos tiros con las escopetas de aire comprimido! Y las putas palomas a las que les pegábamos fuego. Les metía petardos en plan fuegos artificiales a los ratones de laboratorio, este cabrón.»

«No me importa que maten a los animales. Sencillamente no me gusta comérmelos», se encoge de hombros Renton, avergonzado de ver sus crueldades

adolescentes expuestas ante Kelly.

«Jodidos hijoputas sin alma. No entiendo cómo nadie puede pegarle un tiro a un perro», dijo Alison con escarnio, sacudiendo la cabeza.

«Bueno, yo no entiendo cómo alguien puede matar y comerse a un cerdo», dice Renton señalando al beicon y la salchicha de su plato.

«No es lo mismo.»

Spud mira su alrededor: «Es, eh, digamos… Rents está haciendo lo debido, pero como por los motivos equivocados. Nunca aprenderemos a querernos a nosotros mismos, digamos, hasta que podamos cuidar de las cosas más débiles, como los animales y eso… pero está bien que Rents sea vegetariano… quiero decir, si puedes seguir así… y tal…»

Begbie hace vibrar su cuerpo de un modo etéreo y le hace a Spud el signo de la paz. Los demás se ríen. Renton, agradecido por los intentos de Spud por respaldarle, irrumpe para desviar de su aliado las burlas.

«Seguir así no es problema. Simplemente odio la carne. Me hace vomitar. Punto final.»

«Pues yo sigo diciendo que lo estás jodiendo para todos los demás.»

«¿Cómo?»

«¡Por qué lo digo yo, joder, así es como!», le espeta Begbie, señalándose a sí mismo.

Renton se encoge otra vez de hombros. Tenía poco sentido prolongar la discusión.

Se dan prisa en bajar el papeo, todos menos Kelly, que juega con su comida, ajena a las miradas ávidas de los demás. Finalmente, empuja algunos trozos sobre los platos de Franco y Gav.

Les piden que se vayan después de cantar: *Oooh, ooh, to be, ooh to be a Hibby*! cuando un tío de aspecto nervioso e incómodo en un acetato de los Hearts entra a por comida para llevar. Esto desencadena un popurrí de canciones futboleras y de pop mierdero. La mujer del mostrador amenaza con llamar a la policía, pero abandonan el local con buen estilo.

Se detienen en otro pub. Renton y Kelly se quedan a tomar una y después se marchan juntos. Gav, Dawsy, Begbie, Spud y Alison continúan bebiendo en abundancia. Dawsy, que lleva un rato tambaleándose, se desvanece. Begbie se pone a largar con un par de psychos que conoce en la barra, y Gav tiene un brazo posesivo alrededor de Alison.

Spud oye el comienzo de «China In Your Hand» de T’Pau y se da cuenta de inmediato de que Begbie está en la máquina de discos. Siempre parecía estar poniendo ésa, el «Take My Breath Away» de Berlin, «Don’t You Want Me» de los Human League o una canción de Rod Stewart.

Cuando Gav se va dando tumbos hasta el retrete, Alison se vuelve hacia Spud.

«Spu… Danny. Vámonos de aquí. Quiero irme a casa.»

«Eh… sí… vale.»

«No quiero ir a casa sola, Danny. Ven conmigo.»

«Eh, sí… a casa, vale… eh… vale.»

Se escurren del bar inundado de humo tan subrepticiamente como lo permiten sus cuerpos hechos polvo.

«Ven a casa y quédate conmigo un rato, Danny. Nada de drogas o eso. No quiero estar sola ahora mismo, Danny. ¿Sabes lo que quiero decir?» Alison le mira tensamente, lacrimosamente, mientras van dando bandazos por la calle.

Spud asiente. Piensa que sabe lo que le está diciendo, porque él tampoco quiere estar solo. Pero nunca puede estar seguro, nunca jamás puede estar seguro del todo.

Alison se está poniendo pero horrorosa. Estoy sentada aquí con ella en este café, intentando encontrarle el sentido a toda la basura que está soltando. Está poniendo a parir a Mark, pero empieza a tocarme las tetas. Sé que sus intenciones son buenas, pero ¿qué hay de ella y Simon, que simplemente aparece y la utiliza cuando no tiene a nadie más a quien follarse? Ella no está precisamente en la mejor posición para hablar.

«No me entiendas mal, Kelly. Mark me cae bien. Es sólo que tiene montones de problemas. No es lo que necesitas en este momento.»

Ali se muestra protectora porque acabé fatal después de lo de Des y el aborto y todo eso. Sin embargo, es un puto dolor.

Debería oírse a sí misma. Intenta dejar la heroína y se siente en situación de decirles a todos los demás cómo vivir sus vidas.

«Ah sí, ¿y Simon es lo que necesitas tú?»

«No estoy diciendo eso, Kelly. Eso no tiene nada que ver. Al menos Simon intenta no tocar el jaco, a Mark se la trae floja.»

«Mark no es un yonqui, sólo se pica de vez en cuando.»

«Sí, claro. ¿En qué planeta vives, Kelly? Así es como esa Hazel cortó con él. No puede dejar el tema en paz. Hasta tú estás empezando a hablar como una yonqui. Sigue pensando así y tú también estarás enganchada, y si no, al tiempo.»

No voy a discutir con ella. De todas formas es la hora de su cita con el Departamento de la Vivienda.

Ali ha venido a ver qué pasa con sus atrasos en el pago del alquiler. Está bastante alterada y tal; hecha polvo y en tensión; pero el tío de detrás de la mesa es legal. Ali le explica que ya no se pica y que ha ido a algunas entrevistas de trabajo. Todo va bastante bien. Le fijan una determinada cantidad que tiene que pagar cada semana.

Me doy cuenta de que Ali aún está inquieta, sin embargo, por el modo en que reacciona cuando estos tíos, unos curriquis, nos silban cuando salimos de la Oficina Central de Correos.

«¿Va todo bien, muñeca?», grita uno.

Ali, con lo jodida cabra loca que está hecha, se rebota con el tío.

«¿Tú tienes novia? Lo dudo, porque eres un gilipollas gordo y feo. ¿Por qué no te vas a los lavabos con un libro guarro y te lo haces con la única persona lo bastante enloquecida como para tocarte: tú mismo?»

El tío la mira con auténtico odio, pero de todos modos ya la miraba así. Es sólo que ahora tiene una razón para odiarla, en vez de sólo el hecho de ser mujer.

Los colegas del tío dicen: «¡Uaahh! ¡Uaahh!», como pinchando al tío, y él se queda ahí temblando de ira. Uno de los curriquis se está colgando ahora del andamio como un simio. Eso es lo que son, primates inferiores. ¡Demasiado!

«¡Vete a tomar por culo, puto cardo!», le ruge.

No obstante, Ali no cede terreno. Me avergüenza pero es como divertido y eso, porque alguna gente se ha parado a ver de qué va el follón. Otras dos mujeres, tipo estudiantes con mochilas, se han detenido junto a nosotras. Me hace sentir como muy bien. ¡De locura!

Ali, Dios, qué loca está esa mujer, dice: «Así que hace un momento cuando nos estabas dando la vara era una muñeca. Ahora que te digo que te vayas a tomar por culo soy un cardo. Pues tú aún eres un gilipollas gordo y feo, hijo, y siempre lo serás.»

«Y lo mismo decimos nosotras», dice una de las mujeres con mochila, con acento australiano.

«¡Putas lesbianas!», grita otro tío. Eso sí que me toca las tetas, que me llamen lesbiana sólo porque me opongo a que me agobien unos memos vomitivos e ignorantes.

«¡Si todos los tíos fueran tan repugnantes como tú, estaría jodidamente orgullosa de ser lesbiana, hijo!», le contesto. ¿De verdad he dicho yo eso? ¡Demasiado!

«Es evidente que tenéis un problema, tíos. ¿Por qué no vais y os folláis los unos a los otros?», dice la otra australiana.

Se ha reunido una multitud considerable y hay dos viejas manijas escuchando.

«Eso es horrible. Chicas hablándoles así a los chicos», dice una.

«De horrible no tiene nada. Son unos animales. Es bueno ver a las chicas jóvenes dar la cara. Ojalá hubiera sucedido en mis tiempos.»

«Pero su lenguaje, Hilda, su lenguaje.» La primera manija aprieta los labios y se estremece.

«Sí, ¿pues qué me dices del lenguaje *de ellos*?», le digo yo.

Los tíos están avergonzados, realmente desconcertados por la multitud que se ha formado. Es como si se alimentara sola. ¡De locura! Entonces aparece ese capataz jugando a ser el puto Rambo.

«¿No puedes controlar a estos animales?», dice una de las australianas. «¿No tienen nada que hacer más que acosar a la gente?»

«¡Eh, vosotros, venga, para dentro!», salta el capataz, haciéndoles seña a los tíos de que salgan de ahí. Nosotras damos una especie de hurra. Fue de puta madre. ¡De locura!

Ali y yo cruzamos la calle hasta el Cafe Rio con las australianas y las dos manijas también se vinieron. Las «australianas» resultaron ser unas chicas de Nueva Zelanda que *eran* lesbianas, pero eso qué coño tiene que ver con nada. Simplemente estaban

viajando juntas alrededor del mundo. ¡Es demasiada locura! Me encantaría probar a hacer eso. Yo y Ali; sería total. Pero imagínate regresar a Escocia en noviembre. Es demasiada locura fundamental. Estuvimos de palique sobre todo lo imaginable durante siglos y ni siquiera Ali parecía tan jodida con sus cosas.

Después de un rato decidimos volver a mi queo para fumar un poco de hachís y tomar un poco más de té. Intentamos conseguir que las marujitas vinieran, pero tenían que volver a casa y ponerles la cena a sus hombres, a pesar de que les dijimos que dejaran que los hijoputas se las arreglaran solitos con su comida.

Una de ellas se sentía realmente tentada: «Ojalá tuviera otra vez tu edad, cariño, lo haría todo de otra forma, te lo aseguro.»

Yo me siento de puta madre, de verdad y tal, libre. Todas lo estamos. ¡Magia! Ali, Verónica y Jane (las neozelandesas) y yo nos pusimos superciegas en mi queo. Pusimos de vuelta y media a los hombres, estábamos de acuerdo en que eran criaturas estúpidas, inútiles e inferiores. Jamás me había sentido tan cercana a otras mujeres, y realmente deseé ser homosexual. A veces pienso que lo único para lo que valen los tíos es para un polvo de vez en cuando. Aparte de eso, pueden ser una auténtica lata. Quizá sea de locos decirlo, pero cuando lo piensas es verdad. Nuestro problema es que no nos lo miramos con suficiente frecuencia y simplemente aceptamos la basura que esos cabrones nos echan encima.

Ahí va la puerta, y es Mark. No puedo evitar reírme en su cara. Entra con una mirada totalmente atolondrada mientras nos caemos de la risa que nos da, totalmente ciegas e idas del bolo. Puede que sea el chocolate, pero es que el tío tiene un aspecto tan extraño; los *hombres* tienen un aspecto tan extraño, con esos cuerpos planos y raros y esas cabezas tan insólitas. Es como dijo Jane, son cosas de aspecto freaky que llevan los órganos reproductores colgando por fuera. ¡Qué mamoneo!

«¿Todo bien, muñeco?», grita Ali, poniendo voz de curriqui.

«¡Quítatelos!», se ríe Verónica.

«Yo me lo he follao. Por lo que recuerdo, no tenía mal polvo. ¡Quizá tirando un poco a pequeña y tal!», digo señalándole con el dedo, e imitando la voz de Franco. Franco Begbie, el sueño de toda mujer —no creo— ha sido objeto de una buena puesta en solfa por parte mía y de Ali.

El pobre Mark lo lleva bien, sin embargo, diré eso en su favor. Se limita a sacudir la cabeza y reírse.

«Es evidente que he venido en mal momento. Te llamaré por la mañana», me dice.

«Ay… pobre Mark… sólo estábamos cascando entre mujeres… ya sabes cómo es…», dice Ali con remordimiento. Yo me río en alta voz ante lo que ha dicho.

«¿A qué mujer se la estábamos cascando?», digo yo. Estamos todas que nos caemos al suelo de risa salvaje. Quizá Ali y yo deberíamos haber nacido hombres,

vemos el sexo en todo. Especialmente cuando vamos ciegas.

«Está bien. Nos vemos», se vuelve Mark y se marcha, guiñándome un ojo.

«Supongo que algunos no están mal», dice Jane, después de que nos hayamos repuesto.

«Sí, cuando están en puta minoría no están mal», digo, preguntándome de dónde venía el filo que tenía en la voz, y sin querer hacerme demasiadas preguntas después.

El esquivo señor Ogno

Kelly está trabajando detrás de la barra en un pub local en el South Side. Está bastante ocupada, pues es un sitio popular.

Está especialmente abarrotado en esta tarde del sábado, cuando Renton, Spud y Gav entran a tomar una copa.

Sick Boy, situado junto al teléfono en otro pub al otro lado de la calle, llama a la barra.

«Estaré contigo en un minuto, Mark», dice Kelly, mientras Renton va a llevar las bebidas. Coge el teléfono. «El Bar de Rutherford», canturrea.

«Hola», dice Sick Boy, disfrazando la voz al estilo Malcolm Rifkind-escuela de comercio. «¿Hay un tal Mick Ogno en el bar?»

«Hay un Mark Renton», le dice Kelly. Sick Boy piensa por un instante que le han descubierto. Sin embargo, insiste.

«No, es Mick Ogno a quien busco», insiste la melosa voz.

«¡MICK OGNO!», grita Kelly por todo el bar. Los bebedores, casi exclusivamente varones, se vuelven para mirarla; los rostros estallan en sonrisas. «¿ALGUIEN HA VISTO A MICK OGNO?» Algunos tíos de la barra se desploman entre estridentes risotadas.

«¡No, pero me gustaría!», dice uno.

Kelly aún no cae. Con una cara confusa ante la reacción que está recibiendo, dice: «Ese tío del teléfono iba detrás de Mick Ogno…», entonces el hilo de su voz se desvanece, se le ensanchan los ojos y se tapa la boca con la mano, comprendiendo al fin.

«No es el único», sonríe Renton, mientras Sick Boy entra en el pub.

Prácticamente tienen que sostenerse unos a otros, tal es el ataque de risa que les ha dado.

Kelly les arroja el contenido de una jarra de agua medio vacía, pero apenas se percatan. Aunque para ellos sea todo una broma, ella se siente humillada. Se siente mal por sentirse mal, por no ser capaz de aguantar una broma.

Hasta que se da cuenta de que no es la broma lo que le molesta, sino la reacción de los hombres que hay en el bar. Detrás de la barra, se siente como un animal enjaulado en un zoo que ha hecho algo gracioso. Mira sus caras, distorsionadas hasta la más desagradable vulgaridad. De nuevo es la chica la que paga la gracia, piensa, la tonta chica de detrás de la barra.

Renton la mira y ve confusión e ira. Le corta. Le confunde.

Kelly tiene un gran sentido del humor. ¿Qué le pasará? El pensamiento

involuntario: *el peor momento del mes* se forma en su cabeza cuando mira a su alrededor y capta el tono de la risas que hay en el bar. No son risas divertidas.

Son las risas de un pelotón de linchamiento.

Cómo iba yo a saberlo, piensa. Cómo coño iba yo a saberlo.

En casa

Dinero fácil para los profesionales

Estuvo tirado, totalmente tirado, pero ya te digo, Begbie se enrolla de mal que te cagas; como te lo digo, eh.

«Ni puta palabra ni a Dios, acuérdate. Nada a nadie», me dice.

«Eh, digamos, te oigo alto y claro, tío, claro como el agua. Tranqui, Franco, tío, tranqui. Lo hemos hecho muy bien digamos, sabes.»

«Sí, pero ni puta palabra a nadie. Ni siquiera a Rents y tal. Acuérdate.»

No se puede razonar con algunos tipos. Tú dices «razón», ellos dicen «traición». ¿Sabes?

«Y nada de putas drogas. Pon el dinero a la sombra durante un tiempo», añade. Ahora el tío me está diciendo cómo gastar el metálico y tal.

Esto es un mal rollo. Tenemos un par de los grandes por barba, una vez que paguemos al jovencito y eso, y este tío aún tiene los pelos de punta. El Pordiosero es un felino que es sencillamente incapaz de hacerse una bola en un cesto calentito y maullaaaaarr…

Nos metemos otra pinta, y después llamamos a un taxi. Las bolsas de deporte que llevamos, tío, deberían llevar BOTÍN escrito a los lados en vez de ADIDAS y HEAD, ya te digo. Dos de los putos grandes y tal. ¡Ostis! *Don't you-ho be te-heh-heh-rified, it's just a token of my extreme*… como habría dicho el otro Franco, un tal Mister Zappa.

El taxi nos lleva a casa de Begbie. June está en casa y tiene al pequeño Begbie levantado, sobre su regazo.

«Se ha despertado el crío», le dice a Franco, como dando explicaciones. Franco la mira como si quisiera matarlos a los dos.

«Joder. Venga, Spud, al puto dormitorio. ¡No puede uno tener un poco de tranquilidad ni en su puta casa!» Señala hacia la puerta y tal.

«¿Qué es todo esto?», pregunta June.

«No preguntes. ¡Tú ocúpate de tu jodido crío!», salta Begbie. Por el modo en que lo dice, es como si no fuera su crío ni nada, ¿sabes? Supongo que en cierto modo tiene razón y tal; Franco no da lo que se diría el tipo paternal en realidad, sabes… eh, ¿qué tipo será el que da Franco?

Fue precioso no obstante, tío. Nada de violencia, ningún follón, sabes. Un juego de llaves copiadas, y como te digo, simplemente pasamos adentro. Era el falso panel en el suelo detrás del mostrador, debajo de la caja, y ahí estaba ese enorme saco de lona lleno de esa preciosa guita. ¡Redondo! Todos esos hermosos billetes y monedas. Mi pasaporte hacia tiempos mejores, tío, mi pasaporte hacia tiempos mejores.

Suena el timbre. Yo y Franco estamos un poco cagaos por si son los monos, pero resulta ser el chavalín, que viene a por su parte. Muy oportuno, ya te digo, porque Franco y yo tenemos monedas y billetes tirados por toda la cama; de reparto, ¿sabes?

«¿Lo tenéis?», dice el tipo, con ojos incrédulos abiertos de par en par al ver el botín sobre la cama.

«¡Siéntate de una puta vez! Tú mantén el puto pico cerrado sobre esto, ¿estamos?», gruñe Franco. El chavalín se está jiñando, digamos.

Quería decirle a Franco que no fuera tan duro con el muchachote, ¿sabes? Es él, digamos, el que nos dio el santo para hacernos con esta pasta. El chico nos contó la historia, incluso nos pasó las llaves para que las copiáramos, digamos. Aunque yo no dijera nada y tal, el hermano Begbie podía leer la expresión de mi cara.

«Este capullín irá de cabeza al puto colegio a enseñar su guita por ahí para impresionar a sus putos colegas, y a todas las periquitillas.»

«No lo haré», dice el chaval.

«¡Cierra la puta boca!», dice con desprecio Begbie. El tío se jiña otra vez. Begbie se vuelve hacia mí. «Si fuera yo, vaya si lo haría.»

Se levanta y arroja tres dardos al tablero que hay en la pared con verdadera furia, con verdadera violencia, tío. El chavalín parece preocupado.

«Sólo hay una puta cosa peor que ser un soplón», dice, sacando los dardos del tablero y volviéndolos a clavar con la misma fuerza maligna. «Y es ser un bocazas. El capullo que se va del pico siempre hace más daño que el soplón. Ése es el capullo que le da de comer al soplón. El soplón da de comer a la puta policía. Y entonces se nos follan a todos.»

Lanza un dardo directo a la cara del chavalín. Yo salto y el chiquillo grita, y empieza a llorar histéricamente, temblando, como si le hubiera dado un ataque y tal.

Veo que Begbie sólo ha lanzado el plástico, pues ha destornillado disimuladamente la punta metálica antes de lanzarlo. El chavalín aún está llorando y tal, del shock y eso.

«¡El plástico, tontito del culo! ¡Un trocito de puto plástico!» Franco se ríe desdeñosamente y hace el recuento de un fajo de billetes, pero mayormente sólo de monedas, para el hombrecito. «Si te para la policía, lo has ganado en las ferias de Porty, o en una puta sala de juegos recreativos. Como le digas una sola palabra de esto a cualquiera, más vale que reces para que la puta policía te coja y te mande al Polmont de los huevos antes de que dé contigo yo, ¿me oyes?»

«Sí…» El chiquillo aún está temblando y eso.

«Ahora vete a tomar por culo, de vuelta a tu jodido curro de los sábados en la tienda de bricolaje. Recuerda, si me entero de que andas enseñando esa puta guita por ahí, estaré en tu casa antes de que sepas lo que te ha caído encima.»

El chavalín coge su pasta y se marcha. El pobre capullín no se llevó nada en

realidad, como unas doscientas libras de un total de casi cinco mil, digamos. Con todo, mogollón de botín para un cachorro de esa edad, si me captas. Eso sí, sigo diciendo que Franco ha sido un poco duro con el crío.

«Eh, tío, ese chaval nos ha hecho ganar un par de los grandes a cada uno… eh, sólo quería decir, Franco, que a lo mejor has sido un poco duro con el tipillo, ¿sabes?»

«No quiero que el capullín vaya por ahí tirándose el moco o abanicándose con un puto fajo. Hacer lo que sea con capullines como ése es el negocio más arriesgado que hay. No tienen puta la discreción, ¿sabes? Por eso me gusta ir a dar el palo en las putas tiendas y casas contigo, Spud. Eres un auténtico profesional, como yo, y nunca le dices nada a nadie. Tengo respeto por la puta profesionalidad, Spud. Cuando haces un trabajo con verdaderos profesionales, no hay ningún problema, cabronazo.»

«Sí… cierto, tío», digo yo. ¿Qué otra cosa *podía* decir, digamos, sabes? Verdaderos profesionales. A mí no me suena mal; suena redondo.

Un regalo

Decidí que no soportaría quedarme en casa de mi vieja; demasiada comida de tarro. De modo que voy a alojarme con Gav mientras dure el funeral de Matty. El viaje en tren hasta aquí transcurrió sin incidencias; exactamente como yo quería. Unas cintas de Fall en el walkman, cuatro latas de lager y mi libro de H. P. Lovecraft. Un nazi cabrón, el viejo H. P., pero sabe urdir un buen relato. Pongo mi careto en la modalidad de no-molestes-si-no-quieres-problemas-capullo cada vez que un borrico sonriente pasa rozándome y disculpándose para poder sentarse en el asiento de enfrente. Resulta un viaje agradable y, por tanto, breve.

El queo nuevo de Gav está en McDonald Road; decido ir a pata. Cuando llego, no está de muy buen humor. A punto estoy de ponerme un poco paraca; tiene pinta de que todo le molesta y me cuenta la causa de su desgracia.

«Te lo juro, Rents, ese cabrón de Segundo Premio», dice, sacudiendo amargamente la cabeza y señalando hacia un cuarto de estar vacío, «le di la tela para arreglar esto; un poco de yeso y una mano de pintura. Me voy al B & Q[67], me dice esta mañana. No he visto a ese capullo desde entonces.»

Mi primera reacción fue decirle a Gav que, para empezar, estaba loco por encargarle el trabajo a Segundo Premio; y un jodido majarón al darle al capullo la tela por adelantado. Sospecho, no obstante, que eso no es lo que quiere oír en este preciso momento, y yo soy su huésped. En vez de eso, echo mi bolsa en la habitación libre y me lo llevo al pub.

Quiero que me cuente lo de Matty; qué le pasó al menda. Obviamente la noticia me dejó atónito, aunque, todo hay que decirlo, lejos de sorprendido.

«Matty nunca supo que era seropositivo», dijo Gav. «Probablemente llevaba algún tiempo así.»

«¿Fue neumonía o cáncer?», pregunto.

«No, eh, toxoplasmosis. Una apoplejía, ¿sabes?»

«¿Eh? Ahí sí que me has despistado.»

«Triste que te cagas. Sólo le podía haber pasado a Matty», dijo Gav sacudiendo la cabeza. «Quería ver a su hijita, la pequeña Lisa, la cría de Shirley, ¿sabes? Shirley no le dejaba ni acercarse a la casa. No es de extrañar, con el estado en que se hallaba en aquel entonces. De todos modos, ¿conoces a la pequeña Nicola Hanlon?»

«Sí, la pequeña Nicky, sí.»

«Su gata tuvo una camada, así que Matty le pilló uno. La idea era que el menda se lo iba a llevar a casa de Shirley para dárselo a la cría, ¿sabes? Así que se lo lleva a Wester Hailes para que se lo diera a la pequeña Lisa; como regalo para ella, ¿sabes?»

En realidad no veo la conexión entre el gatito y que Matty tuviera una apoplejía, pero parece una típica historia de Matty. Sacudo la cabeza. «A Matty le pega eso. Consigue un gatito como detalle y lo deja para que lo cuide algún otro capullo. Apuesto a que Shirley le echó con viento fresco.»

«Exactamente, si es que el cabrón no tenía ni zorra», sonrió Gav, asintiendo tétricamente. «Ella dijo: No quiero tener que cuidar a un gato, llévatelo, vete a tomar por culo. Así que ahí tenías a Matty colgado con su gatito. Puedes imaginarte lo que pasó. No cuidaba del bicho; la caja estaba hasta los topes de pis; mierda por toda la casa. Matty no hace más que estar tirado, completamente ido por el caballo o los barbitúricos; o simplemente deprimido, ya sabes cómo se ponía. Como decía, no sabía que era seropositivo. No sabía que puedes coger la toxoplasmosis esa de la mierda de gato.»

«Yo tampoco lo sabía», digo. «¿Qué cojones es?»

«Ah, es horrible que te cagas, tío. Son como abscesos cerebrales, ¿sabes?»

Temblé y sentí un peso aplastante sobre el pecho pensando en el pobre Matty. Tuve un absceso en la polla una vez. Imagínate tener uno en el puto cerebro, por dentro, con la puta cabeza llena de pus. Hostia puta. Matty. Me cago en la hostia. «¿Qué pasó entonces?»

«Empezó a tener dolores de cabeza, así que simplemente se picaba más; para ahogar el dolor, ¿sabes? Entonces tuvo como una apoplejía. Un chico de veinticinco; una jodida apoplejía, es increíble. Después de que pasara, yo no le reconocía. Casi pasé de largo al verle en la calle; hablo del Walk, ¿sabes? Parecía viejísimo. Estaba completamente doblado hacia un lado, cojeaba como un lisiado, con la cara toda retorcida. Sólo estuvo así unas tres semanas; entonces tuvo una segunda apoplejía y murió. Murió en casa. El pobre cabrón llevaba allí siglos antes de que los vecinos se quejaran de los maullidos del gatito y del pestazo que salía del sitio. La policía echó la puerta abajo. Matty estaba muerto, bocabajo cuan largo era en un charco de vomitina seca. El gatito estaba perfectamente.»

Pensé en el squat que Matty y yo compartimos en Sheperd's Bush; fue su época más feliz. Le encantó todo el rollo punk. Le adoraban allí abajo. Se folló a todas las periquitas de ese squat, incluyendo a la chica de Manchester a la que yo me había estado intentando hacer durante mogollón de tiempo, el afortunado capullín. Todo empezó a irle mal al pobre capullo cuando volvimos aquí. Después de eso nunca dejó de ir mal. Pobre Matty.

«Hostia puta», murmuró Gav, «ese capullo de Perfume James. Lo que nos faltaba.»

Me volví y vi la abierta y sonriente cara de Perfume James avanzando hacia mí. Llevaba el maletín y todo.

«¿Va todo bien, James?»

«No va mal, chicos, no va mal. ¿Dónde te has estado escondiendo, Mark?»

«Londres», salgo yo. Perfume James era un puto dolor; siempre estaba tratando de colocarte perfumes.

«¿Algún asuntillo romántico estos días, Mark?»

«Nah», me di el gran placer de informarle.

Perfume James frunció el ceño y apretó los labios: «Gav, ¿cómo está tu señora?»

«Muy bien», murmura Gav.

«Si no me equivoco, la última vez que te vi por aquí con tu señora, ella llevaba Nina Ricci, ¿eh?»

«No quiero ningún perfume», afirma Gav de modo frío y fulminante.

Perfume James tuerce la cabeza a un lado y extiende sus palmas.

«Tú te lo pierdes. Pero puedo decirte que no hay mejor modo de impresionar a una chica que el perfume. Las flores son demasiado pasajeras y en estos tiempos tan pendientes de la figura ya puedes olvidarte de los bombones. Con todo, a mí ni me va ni me viene», sonríe Perfume James, abriendo su maletín de todas formas, como si nada más ver esos frascos de pis fuéramos a cambiar de parecer. «De todos modos hoy me ha ido bien, no puedo quejarme. Vuestro colega, Segundo Premio, por cierto. Me lo he encontrado en el Shrub hará cosa de una hora. Estaba bastante bebido. Me dice: Dame algo de perfume, me voy a casa de Carol. La he tratado como una mierda, es el momento de mimarla un poco.» Me ha comprado un montón, por éstas.

El mentón de Gav desciende sensiblemente. Aprieta los puños y sacude la cabeza con iracunda resignación. Perfume James se va al salón-bar en busca de otra víctima.

Remato mi pinta. «Vamos a ver si encontramos a Segundo Premio, antes de que el capullo se haya bebido hasta la última gota de tu dinero. ¿Cuánto le diste?»

«Doscientos pepinos», dice Gav.

«Primo», digo yo, riéndome en voz baja. No podía remediarlo, eran los nervios.

«Debería ir a que me miraran la puta cabeza», admite Gav, pero no logra forzar una sonrisa. Supongo, bien mirado, que tampoco hay razones para sonreír.

Recuerdos de Matty

1

«¿Qué tal, Nelly? Mucho jodido tiempo sin verte, pedazo cabrón estás hecho», le sonrió Franco a Nelly, cuyo traje cantaba al lado de la serpiente tatuada que rodeaba su cuello y la isla desierta con palmera en mitad del mar grabada en su frente.

«Lástima que tenga que ser bajo estas circunstancias y tal», respondió sobriamente Nelly. Renton, que estaba hablando con Spud, Alison y Stevie, se permitió una sonrisa al oír el primer cliché funerario del día.

Recogiendo el testigo, Spud dijo: «Pobre Matty. Una noticia mala de cojones, digamos, sabes.»

«Para mí se ha acabado. Voy a seguir limpia», dijo Alison, estremeciéndose, pese a tener los brazos cruzados sobre sí misma.

«Si no nos ponemos las pilas desapareceremos del mapa todos. Eso es más seguro que la hostia», reconoció Renton. «¿Tú ya te has hecho la prueba, Spud?», preguntó.

«Eh… venga, tío, éste no es momento de hablar de eso… es el funeral de Matty y tal.»

«¿Cuándo es el momento?», preguntó Renton.

«De verdad deberías hacerlo, Danny, de verdad que deberías», imploró Alison.

«Quizá sea mejor no saber. Digamos y tal, ¿qué clase de vida llevó Matty cuando supo que era seropositivo?»

«Así era Matty. ¿Qué clase de vida llevaba *antes* de saber que era seropositivo?», dijo Alison. Spud y Renton sacudieron la cabeza asintiendo.

Dentro de la pequeña capilla adosada al crematorio, el sacerdote dio una pequeña perorata sobre Matty. Aquella mañana tenía muchos asados que hacer y no podía permitirse el lujo de perder tiempo. Unos cuantos comentarios rápidos, un par de himnos, uno o dos rezos y el clic de un interruptor que envía el cadáver al incinerador. Unos cuantos más, y habría terminado su turno.

«Para quienes estamos reunidos hoy aquí, Matthew Connell desempeñó distintos papeles en nuestras vidas. Matthew fue hijo, hermano, padre y amigo. Los últimos días de la joven vida de Matthew fueron crudos y dolorosos. No obstante, debemos recordar al verdadero Matthew, un joven afectuoso con grandes deseos de vivir. Músico entusiasta, Matthew gustaba de entretener a los amigos con su guitarra…»

Renton no pudo encontrarse con los ojos de Spud, que estaba de pie junto a él en el banco, mientras le entraba una risa nerviosa. Matty era el guitarrista más mierdero

que jamás conoció, y sólo podía tocar el «Roadhouse Blues» de los Doors y algunos temas de los Clash y Status Quo con cierta maestría. Se esforzó mucho para aprenderse el riff de «Clash City Rockers», pero nunca pudo dominarlo del todo. Y sin embargo, Matty adoraba aquella Fender Strat. Fue la última cosa que vendió, aferrándose a ella después de colocar el amplificador a fin de llenarse las venas de mierda. Pobre Matty, pensó Renton. ¿Hasta qué punto le conoció de verdad cualquiera de nosotros? ¿Hasta qué punto puede alguien conocer de verdad a cualquier otra persona?

Stevie estaba deseando estar a quinientos kilómetros de distancia, en su piso de Holloway, con Stella. Era la primera vez que se separaban desde que se habían ido a vivir juntos. No podía dejar de sentirse inquieto. Por mucho que lo intentara, no podía mantener la imagen de Matty en su cabeza. No paraba de convertirse en Stella.

Spud pensaba que debía de ser una verdadera mierda vivir en Australia. El calor, los insectos, y todos esos aburridos parajes suburbanos que se ven en los culebrones australianos. Parecía que no hubiese verdaderos pubs en Australia, y que el sitio era como una versión cálida de Baberton Mains, Buckstone o East Craigs. Sencillamente parecía tan aburrido, tan mierdero. Se preguntó qué tal serían las partes más antiguas de Melbourne y Sydney y si allí tenían barriadas, como en Edimburgo, o Glasgow o incluso Nueva York, y si era así, por qué no las sacaban nunca en la tele. También se preguntó por qué pensaba en Australia en relación con Matty. Probablemente porque siempre que iban a verle estaba colocado, viendo un culebrón australiano tendido sobre el colchón.

Alison recordaba la vez que se acostó con Matty. Ahora hacía siglos, antes que empezara a picarse. Ella tendría entonces unos dieciocho años. Intentó recordar la polla de Matty, sus dimensiones, pero no podía visualizarla. El cuerpo de Matty sí le vino a la mente, sin embargo. Era magro y firme, aunque no particularmente musculoso. Era bien parecido, delgado, con ojos hiperactivos y penetrantes, que ponían en evidencia lo inquieto de su carácter. Lo que más recordaba sin embargo fue lo que Matty le dijo cuando se metió en la cama aquella vez. Le dijo: «Te voy a follar como nunca te han follado en la vida.» Tenía razón. Jamás se la follaron tan mal, ni antes ni después. Matty se corrió en cosa de segundos, depositando en ella su carga y quitándose de encima rodando, jadeando sin aliento.

Ella no hizo intento alguno de ocultar su displacer. «Ha sido una puta mierda», le dijo, levantándose de la cama, toda ansiosa y tensa, excitada pero insatisfecha, queriendo gritar de frustración. Se puso la ropa. Él no dijo nada y no se movió, pero estaba segura de haber visto lágrimas cayendo de sus ojos cuando se marchó. Esta imagen se quedó con ella mientras miraba la caja de madera, y deseó haber sido un poco más comprensiva.

Franco Begbie se sentía enfadado y confuso. Cualquier daño hecho a un amigo se

lo tomaba como un insulto personal. Se enorgullecía de cuidar de sus colegas. La muerte de uno de ellos le enfrentaba a su propia impotencia. Franco resolvía este problema volviendo su ira contra Matty. Se acordaba de la vez que Matty les dio el palo a Gypo y Mikey Forrester en Lothian Road, y los dos capullos se le echaron encima. No es que supusiera ninguna dificultad para él. No obstante, se trataba del principio de la cosa. Había que respaldar a los colegas. A Matty le había hecho pagar por su cobardía: físicamente, con palizas, y socialmente, con montones de humillantes pullas. Ahora se daba cuenta de que al muy capullo no le había hecho pagar lo bastante.

La señora Connell recordaba a Matty de chiquillo. Todos los chicos son sucios, pero Matty había sido especialmente malo. Era una fiera con los zapatos, reducía la ropa al estatus de hebra raída en un abrir y cerrar de ojos. Por tanto no se preocupó cuando se hizo punk al crecer y hacerse adolescente. Simplemente parecía estar haciendo de la necesidad virtud. Matty siempre había sido un punk. Se le vino a la cabeza un incidente en particular. Cuando niño, la había acompañado a ponerse dentadura postiza. No pudo evitar sentirse cohibida en el autobús de vuelta a casa. Matty insistió en contarle a todos los que iban en el autobús que a su madre le habían puesto dentadura postiza. Era un niño especialmente cariñoso. Los pierdes, pensó. Después de que llegan a los siete años, ya no son tuyos. Entonces, cuando te adaptas, a los catorce vuelve a ocurrir. Algo ocurre. Entonces, cuando le añades heroína al cuadro, ya no se pertenecen a sí mismos. Menos Matty, más heroína.

Sollozó suave y rítmicamente, el valium acompasando su dolor en brisas enfermizas, tratando de disipar el rugiente huracán de cruda ansiedad y miseria que había en su interior, que simultáneamente luchaba por mantenerse bajo control.

Anthony, el hermano pequeño de Matty, pensaba en vengarse. Vengarse de toda la escoria que había hundido a su hermano. Los conocía, algunos tenían los putos huevos de estar allí en ese momento. Murphy, Renton y Williamson. Esos lamentables gilipollas que iban por ahí como si de su culo saliesen barquillos de helado, como si supieran algo que nadie más sabía, cuando no eran todos más que basura yonqui. Ellos y las figuras más siniestras que había detrás de ellos. Su hermano, su puto, débil y estúpido hermano, había ido a remolque de esa escoria.

La memoria de Anthony volvió atrás hasta la ocasión en que Derek Sutherland le dio una buena paliza en la estación de tren abandonada. Matty lo descubrió, y fue a zurrar a Deek Sutherland, que tenía la misma edad que Anthony y dos años menos que él. Anthony recordaba la ansiosa espera de la completa humillación de Deek Sutherland a manos de su hermano. Al final, fue Anthony el que resultó humillado nuevamente, esta vez por poderes. Fue casi tan intensa como la que le había propinado Derek Sutherland a él, al ver cómo su viejo adversario abrumaba a su hermano y le pateaba el culo casi sin esfuerzo. Matty le había decepcionado en

aquella ocasión. A partir de entonces decepcionó a todo el mundo.

A la pequeña Lisa Connell le entristecía que su papá estuviese en aquella caja, pero tendría alas como un ángel y subiría al cielo volando. Su abuela había llorado cuando Lisa dijo que sucedería eso. Era como si estuviese durmiendo en esa caja. Su abuela dijo que la caja se iba volando al cielo. Lisa pensaba que a los ángeles les salían alas y volaban hasta el cielo. Le preocupaba levemente que no fuera capaz de volar si no le dejaban salir de la caja. Con todo, probablemente sabían lo que hacían. El cielo parecía buen sitio. Algún día ella iría allí, y vería a su papá. Cuando él venía a verla en Wester Hailes no solía encontrarse bien así que no le dejaban hablar con él. Sería bueno ir al cielo, a jugar con él, como hacían cuando ella era muy pequeña. En el cielo se pondría bueno otra vez. El cielo sería distinto de Wester Hailes.

Shirley cogió con fuerza la mano de su hija y acarició sus rizos. Lisa parecía ser la única prueba de que la vida de Matty no había sido baldía. Pese a todo, mirando a la niña, pocos podrían sostener que no era prueba suficiente. Matty, sin embargo, había sido padre sólo nominalmente. El sacerdote irritó a Shirley al describirle como tal. Ella era el padre, además de la madre. Matty había suministrado el esperma, y había ido a casa y jugado con Lisa unas cuantas veces antes de que el jaco le enganchase de verdad. Ésa había sido su única contribución.

Siempre había habido en él cierta debilidad, una incapacidad para afrontar sus responsabilidades, y también para afrontar la fuerza de sus emociones. La mayoría de los yonquis que ella había conocido eran románticos de tapadillo. Matty lo había sido. Shirley había amado eso en él, le encantaba cuando se sentía abierto, tierno, amante y pleno de vida. Nunca duraba. Incluso antes del jaco, descendía periódicamente sobre él cierta aspereza y amargura. Le escribía poemas de amor.

Eran hermosos, no en un sentido literario quizá, pero sí en la maravillosa pureza de las admirables emociones que a ella le transmitían. Una vez leyó y quemó a continuación una poesía particularmente encantadora que le había escrito. Entre lágrimas, ella le preguntó por qué lo había hecho, tan simbólicas le parecían las llamas. Fue la cosa más dolorosa que Shirley había experimentado en toda su vida.

Él se dio la vuelta e inspeccionó la desolación del piso. «Mira esto. No se debería soñar cuando se vive así. Sólo te engañas, te torturas.»

Sus ojos eran negros e impenetrables. Su contagioso cinismo y su desesperación le arrebataron a Shirley la esperanza de una vida mejor. Una vez amenazó con sacarle la vida misma, antes de que ella dijera valientemente: Basta.

2

«Bajen la voz, por favor, caballeros», suplicó el agobiado camarero al núcleo de bebedores endurecidos al que había quedado reducido el grupo de invitados al funeral. Horas de beber estoicamente y de triste nostalgia habían dado paso finalmente al canto. Cantando se encontraban estupendamente. Liberaban tensión a raudales. Al camarero lo ignoraron.

Shame on ye, Seamus O'Brien,
All the young girls in Dublin are cryin,
They're tired o' your cheatin and lyin,
So shame on ye, Seamus O'Brien![68]

«¡POR FAVOR! ¡Hagan el favor de estar callados!», gritó. El pequeño hotel del lado pijo de Leith Links no solía albergar esta clase de comportamiento, sobre todo entre semana.

«¿Qué cojones está diciendo ese puto cabrón? ¡Tenemos derecho a darle una puta despedida al jodido colega!» Begbie lanzó una mirada de depredador sobre el camarero.

«Eh, Franco.» Renton agarró por el hombro a Begbie, dándose cuenta del peligro, y tratando de conducirle rápidamente hacia un estado de ánimo menos agresivo. «¿Te acuerdas de aquella vez cuando tú, yo y Matty nos bajamos a Aintree para el National?»

«¡Sí! ¡Joder si me acuerdo! Joder si le dije al capullo ese que sale en la puta tele que se fuera a tomar por culo. ¿Cómo se llamaba el cabrón?»

«Keith Chegwin[69]. Cheggers.»

«Eso es. Cheggers.»

«¿El tío de la tele y tal? ¿El de *Cheggers Plays Pop*? ¿Te acuerdas de eso?», preguntó Gav.

«Ese mismísimo cabrón», dijo Renton, mientras Franco sonrió afectada e indulgentemente hacia él, animándole a seguir con el relato. «Estábamos en el National, ¿de acuerdo? Ese cabrón de Cheggers está haciendo entrevistas para City Radio Liverpool, venga a dar la barrila a la peña entre el público, ¿sabes? Bueno, pues viene a donde estamos nosotros, y nosotros no queríamos hablar con él, pero Matty, ya lo conocéis, pensaba: Esto es el puto estrellato, y se pone dale que te pego acerca de lo estupendo que es estar aquí en Liverpool, Keith, y nos lo estamos pasando cañón, y toda esa mierda. Entonces el julandrón, el joputa del Cheggers ese, o como se llame el cabrón, pone el micrófono delante de las narices de Franco.»

Renton señaló a Begbie. «Este cabrón va y dice: "¡Vete a tomar por culo de aquí, so primo capullo!" Cheggers se puso de color cangrejo. Tienen esa demora de tres segundos en la llamada radio en directo para eliminar ese tipo de cosas.»

Mientras se reían, Begbie justificó sus actos.

«Estábamos allí abajo por las putas carreras, no para hablar con un puto julandrón por la puta radio.» Su expresión era la de un hombre de negocios, aburrido con el acoso de los medios para conseguir entrevistas.

Sin embargo, Franco siempre encontraba algo por lo que enfurecerse.

«El puto Sick Boy debería haber estado aquí. Matty era su jodido colega», proclamó.

«Eh, está en Francia pero… con esa periquita y tal. Probablemente no podía dejarlo, ya sabes… digamos… Francia y tal», hizo notar ebriamente Spud.

«Eso no cambia nada. Rents y Stevie han subido de Londres para esto. Si Rents y Stevie han subido del Londres de los cojones, Sick Boy puede subir de la puta Francia.»

Los sentidos de Spud estaban peligrosamente embotados por el alcohol. Estúpidamente, mantuvo viva la discusión. «Sí, pero, eh… Francia está más lejos… estamos hablando aquí del sur de Francia, digamos. ¿Sabes?»

Begbie miró con incredulidad a Spud. Era evidente que el mensaje no le había llegado. Habló más despacio, más alto y con un gruñido que hizo retorcer su boca cruel hasta alcanzar una extraña forma debajo de su abrasadora mirada.

«¡SI RENTS Y STEVIE PUEDEN SUBIR DEL LONDRES DE LOS COJONES, SICK BOY PUEDE SUBIR DE LA PUTA FRANCIA!»

«Sí… desde luego. Deberían haber hecho un esfuerzo. El funeral de un colega, digamos, sabes.» Spud pensaba que al Partido Conservador en Escocia le vendrían bien algunos Begbies. No se trata del mensaje, el único problema es la comunicación. A Begbie se le da bien la transmisión del mensaje.

Stevie estaba acusando el bebercio de mala manera. Había perdido la práctica para este tipo de cosas. Franco le rodeó con un brazo y con el otro estrechó a Renton.

«Es cojonudamente bueno veros otra vez, capullos. A los dos. Stevie, quiero que cuides a este cabrón allá en Londres.» Se volvió hacia Renton. «Si vas por el mismo jodido camino que Matty, te arreglaré pero que bien, cacho cabrón. Escucha cuando te habla aquí el Franco de los cojones.»

«Si voy por el mismo camino que Matty no quedará de mí nada que arreglar.»

«No estés tan jodidamente seguro. Desenterraré tu puto cuerpo y lo patearé arriba y abajo de Leith Walk. ¿Me captas?»

«Es agradable saber que te importa, Franco.»

«Claro que me importa, joder. Hay que respaldar a los colegas. ¿No es así, Nelly?»

«¿Eh?» Nelly se volvió lentamente, borracho.

«Sólo estaba diciéndole a este cabrón de aquí que hay que respaldar a los putos colegas.»

«Joder, ya lo creo que sí.»

Spud y Alison estaban hablando. Renton le dio esquinazo a Franco para unirse a ellos. Franco llevaba a Stevie en volandas, exhibiéndole ante Nelly como un trofeo y diciéndole lo gran menda que era.

Spud se volvió hacia Renton: «Le estaba diciendo a Ali que esta mierda es muy fuerte, todo esto y tal, tío. He estado en demasiados funerales para un tipo de mi edad, digamos. Me pregunto quién será el siguiente.»

Renton se encogió de hombros. «Al menos estaremos preparados, sea quien coño sea. Si diesen titulación en pérdida de allegados, a estas alturas yo tendría un jodido doctorado.»

Desfilaron para la fría noche a la hora del cierre, dirigiéndose a casa de Begbie con un lote de priva. Ya llevaban doce horas bebiendo y pontificando sobre la vida de Matty y sus motivaciones. En verdad, como se percataron los más reflexivos, todos sus discernimientos reunidos y procesados valían de poco para iluminar el cruel rompecabezas de todo el asunto.

No eran más sabios ahora que al principio.

Dilemas de desenganchado n.° 1

«Venga, toma un poquito, no pasa nada», dice ella, tendiéndome el canuto. ¿Cómo coño llegué hasta aquí? Debería haberme ido a casa a cambiarme, y después puesto la tele o bajado al Princess Diana. Es culpa de Mick, de él y de su una-rápida-después-de-trabajar.

Ahora estoy fuera de lugar aquí, todavía en traje y corbata, sentado en este cómodo piso entre una peña en vaqueros y camiseta que piensan que son unos golfos más grandes de lo que en realidad son. Los payasetes de fin de semana son unos peñazos.

«Déjale en paz, Paula», dice la mujer a la que conocí en el pub. Está tratando de verdad de llevarme al huerto con esa desesperación tan frenéticamente obvia que uno tiende a encontrarse en este tipo de rollo londinense. Probablemente lo consiga, a pesar del hecho de que siempre que voy al retrete e intento pensar en la pinta que tiene, no soy capaz siquiera de producir una imagen aproximada. Esta gente son payasos irritantes; bastardos de plástico. Lo único que puedes hacer es follártelos, quitarles algo y después marcharte. Hasta te dan la impresión de que les decepcionarías si hicieras cualquier otra cosa. Ahora me parezco a Sick Boy, pero su actitud tiene su lugar, que es aquí y ahora.

«Nah, venga, señor Traje y Corbata. Apuesto a que no has probado nada

semejante en tu vida.»

Le doy un sorbo a mi vodka y estudio a esa chica. Tiene un buen moreno, y lleva el pelo bien arreglado, pero eso sólo parece realzar en vez de disimular un aspecto poco saludable, ligeramente resabiado. Veo, veo: otra julandrona en busca de credibilidad callejera. Los cementerios están llenos de ellas.

Cojo el porro, lo olisqueo, y lo devuelvo. «Hierba con algo de opio, ¿verdad?», pregunto. De hecho, por el olor parece buena mandanga.

«Sí…», dice, un poquitín desconcertada.

Miro otra vez hacia el porro que está consumiéndose en su mano. Intento sentir algo. Cualquier cosa. Lo que de verdad estoy buscando es el demonio, el malo hijoputa, el mamón que llevo dentro que clausura mi cerebro e impulsa la mano hasta el porro y el porro hasta los labios y chupa y chupa como una aspiradora. No quiere salir a jugar. A lo mejor ya no vive aquí. Lo único que queda es el gilipollas de nueve-a-cinco.

«Creo que pasaré de tu amable oferta. Llámame tontolculo si quieres, pero las drogas siempre me han puesto un poco nervioso. Conozco alguna gente que ha estado metida en ellas y ha tenido problemas.»

Me mira resueltamente, como si calara que lo importante es lo que no estoy diciendo. Evidentemente se siente un poco payasa y se levanta y se marcha.

«Estás loco tú», se ríe estrepitosamente la mujer a la que conocí en el pub, cómo coño decía que se llamaba otra vez. Echo de menos a Kelly, que está otra vez en Escocia. Kelly tenía una risa agradable.

La verdad del asunto es que el tema de las drogas simplemente parece ahora un tostón; aunque de hecho ahora sea mucho más aburrido que cuando estaba enganchado. La cuestión es que este tipo de aburrimiento es nuevo para mí, y por tanto no del todo tan tedioso como parece ser. Simplemente le seguiré la corriente un ratito. Un ratito.

Ay Dios, se nota; va a ser una de esas noches. Lo prefiero cuando está ocupado, pero cuando está muerto como ahora, el tiempo se arrastra. Tampoco hay posibilidad de propinas. ¡Mierda!

En el bar no hay casi nadie. Andy está sentado con cara de aburrimiento, leyendo el *Evening News*. Graham está en la cocina, preparando comida que espera que se consuma. Yo estoy apoyada contra la barra, cansadísima. Tengo que entregar un trabajo mañana para la clase de filosofía. Va sobre la moral: de si es relativa o absoluta, y en qué circunstancias, etcétera, etcétera. Me deprime pensarlo. En cuanto termine este turno estaré toda la noche despierta redactándolo. Es de locos.

No echo Londres de menos, pero a Mark sí… un poquitín. Bueno, puede que algo más que un poquitín, pero no tanto como pensé. Dijo que si quería ir a la universidad podía hacerlo en Londres igual de fácilmente que en casa. Cuando yo le dije que no era fácil vivir con una beca en ninguna parte, pero que en Londres era imposible, simplemente imposible aritméticamente, él dijo que estaba ganando bastante dinero, y que nos las apañaríamos bien. Cuando yo le dije que no quería que me mantuvieran, como si él fuera el chulazo y yo la puta intelectual, él dijo que no sería así. De todas formas, yo volví, él se quedó, y no creo que ninguno de los dos esté realmente arrepentido. Mark puede ser afectuoso, pero realmente no parece necesitar a la gente. Yo viví seis meses con él y aún no creo que le conozca de verdad. A veces pienso que yo buscaba demasiado y que tiene mucha menos miga de lo que parece a primera vista.

Entran cuatro tíos en el restaurante, evidentemente borrachos. De locura. Uno me resulta vagamente familiar. Creo que puede que le haya visto por la universidad.

«¿Qué quieren tomar?», pregunta Andy.

«Un par de botellas de tu mejor pis… y una mesa para cuatro…», dice balbuceando. Me doy cuenta por su acento, vestimenta y comportamiento de que son ingleses de clase media o media alta. La ciudad está llena de ese tipo de colonizadores blancos, dice ella, ¡que acaba de volver de Londres! Solíamos tener a *geordies*[70] y scousers y brummies y cockneys en la uni, ahora es un recreo para tipos de los condados del sur que no consiguen entrar en Oxbridge, con alguna gente de Edimburgo en plan escuela de comercio representando a Escocia.

Les sonrío. Tengo que dejar de tener estas ideas preconcebidas, y aprender a tratar a las personas como personas. Es la influencia de Mark, sus prejuicios son contagiosos, loco gilipollas. Toman asiento.

Uno dice: «¿Cómo se la llama a una chica guapa en Escocia?»

Otro salta: «¡Turista!» Hablan muy alto. Capullos descarados.

Entonces dice uno, señalando hacia donde estoy yo: «No estoy tan seguro. A eso no lo echaba yo de la cama.»

Gilipollas. Jodido imbécil gilipollas.

Estoy hirviendo por dentro, intentando hacer como que no he oído ese comentario. No puedo permitirme el lujo de perder este empleo. Necesito el dinero. Si no hay pasta, no hay uni, no hay licenciatura. Quiero esa licenciatura. De verdad la quiero más que nada.

Mientras estudian el menú, uno de los tíos, un gilipollas flacucho de pelo oscuro con un flequillo largo, me sonríe lujuriosamente. «¿Va todo bien, cariño?», dice, en un falso acento cockney. Es algo vistoso que los ricos lo hagan en ocasiones, eso tengo entendido. Dios, cómo quiero decirle al imbécil que se vaya a tomar por culo. No necesito esta mierda… sí la necesito.

«¡Dame una sonrisa, guapa!», dice un tío más gordo entrometiéndose con una voz atronadora. La voz de la riqueza arrogante e ignorante, no contaminada por la sensibilidad o el intelecto. Intento sonreír de forma condescendiente, pero mis músculos faciales están congelados. Y gracias al copón.

Tomar el encargo es una pesadilla. Están inmersos en conversaciones sobre carreras; la bolsa, las relaciones públicas y el derecho mercantil parecen ser las más populares, entre los intentos de mostrarse sutilmente condescendientes y humillantes hacia mí. El imbécil flacucho no duda en preguntarme a qué hora termino, y yo le ignoro, mientras los demás hacen ruidos animales y tocan un redoble sobre la mesa. Termino el pedido, sintiéndome rota y degradada, y enfilo a la cocina.

Verdaderamente tiemblo de rabia preguntándome cuánto tiempo podré controlar esto y deseando que Louise o María estuviesen aquí esta noche para tener otra mujer con quien hablar.

«¿No puedes sacar de aquí a estos jodidos imbéciles?», le salto a Graham.

«Así es el negocio. El cliente siempre tiene razón, aunque sea un jodido soplapollas.»

Me acuerdo de cuando Mark me contó lo de la vez que trabajó en el Show del Caballo del Año en Wembley, dedicándose al servicio de cocina con Sick Boy, un verano hace años. Siempre decía que los camareros tienen poder; nunca te pongas a enredar con un camarero. Tiene razón, por supuesto. Ahora es el momento de utilizar ese poder.

Estoy justamente en medio de una fuerte regla y me siento derrengada y agotada. Voy al retrete y me cambio de tampón, envolviendo el usado, que está empapado de flujo, en papel de water.

Un par de estos ricos hijos de puta imperialistas han pedido sopa; nuestra popular tomate y naranja. Mientras Graham está ocupado preparando los platos principales,

cojo el tampón ensangrentado y lo sumerjo, como si fuera una bolsa de té, en el primer plato de sopa. A continuación escurro su mugriento contenido con un tenedor. Un par de filamentos de negra mucosa uterina flotan en la sopa antes de ser disueltos removiendo vigorosamente.

Pongo en la mesa los dos entrantes de paté y las dos sopas, asegurándome de que el desgraciao flacucho y engominado recibe la especial. Uno de los comensales, un tío de barba marrón y dientes salidos fenomenalmente feos, está contando en la mesa, de nuevo en voz muy alta, lo terrible que es Hawai.

«Demasiado puñeteramente caluroso. No es que me importe el calor, es sólo que no es como el rico e intenso calor del sur de California. Ese sitio es tan puñeteramente húmedo, que no haces más que sudar como un cerdo todo el rato. Además, la chusma campesina le acosa a uno continuamente intentando venderle todas sus ridículas chucherías.»

«¡Más vino!», retumba petulantemente el gordo gilipollas del pelo claro.

Vuelvo al servicio y lleno una salsera con mi orina. La cistitis es un problema para mí, en particular durante la regla. Mi pis tiene ese aspecto opaco que hace pensar en una infección del tracto urinario.

Diluyo la garrafa de vino con mi pis; parece un poco opaco, pero están tan colocaos que no lo notarán. Echo un cuarto de vino por el lavabo, rellenando la garrafa con mi pis de resistance.

Vierto un poco más de mi pis sobre el pescado. Es del mismo color y consistencia que las salsas en que está marinado. ¡De locura!

Estos gilipollas se lo comen y beben todo sin darse cuenta siquiera.

Es difícil cagar sobre una hoja de periódico en el retrete; el cagadero es pequeño y es difícil ponerse en cuclillas. Logro un pequeño zurullo más bien líquido que llevo a la cocina y mezclo con un poco de nata en la batidora, y combino la guarrada resultante con la salsa de chocolate, que está calentándose en un cazo. Lo vierto sobre los profiteroles. Está para comérselo. ¡Qué pasada!

Me siento cargada de un gran poder, y hasta disfruto de los insultos. Es mucho más fácil seguir sonriendo ahora. El gordo hijo de puta ha sacado la pajita más corta, sin embargo; su helado está sazonado con restos molidos de matarratas. Espero no causar a Graham problemas. Espero que no cierren el restaurante.

En mi trabajo escrito, ahora pienso que estaría obligada a poner que, en algunas circunstancias, la moral es relativa. Eso si fuera honrada conmigo misma. Éste no es el punto de vista del doctor Lamont, sin embargo, así que es posible que me quede con los absolutos a fin de caer bien y sacar buena nota.

Es todo demasiada locura.

Trainspotting[71] en Leith Central Station

El centro me resulta siniestro y ajeno cuando emprendo el pateo desde Waverley. Hay dos tíos gritándose debajo del pasaje en Calton Road, al lado de la oficina de correos. O eso, o los capullos me están gritando a mí. Vaya un sitio y un lugar para una zurra. ¿Pero es que acaso hay alguno bueno? Aprieto el paso —cosa que no resulta fácil con esta pesada bolsa de deporte— y llego a Leith Street. ¿De qué cojones va todo esto? Jodidos bandarras. A que…

A que sigo sin detenerme. Raudo. Para cuando llego al Playhouse, el ruido procedente de los dos tontos del culo queda reemplazado por el elogioso parloteo de unos capullos pijos que salen de la ópera: *Carmen*. Algunos están tirando para los restaurantes que hay en la cima del Walk, donde habrán reservado mesas. Yo sigo pateando. A partir de aquí es todo cuesta abajo.

Paso delante de mi antiguo queo de Montgomery Street, y después la vieja zona del jaco de Albert Street, ahora remozada y limpiada con arena a presión. Un coche de policía rompe frenéticamente a pegar sirenazos mientras se lanza abajo por el Walk. Tres tipos salen haciendo eses de un pub y entran a un chino. Uno de los capullos me reta a sostenerle la mirada. Algunos bandarras cogerán a dos manos cualquier pretexto traído por los pelos con tal de inflar a algún menda. De nuevo el viejo discreto acelerón en el paso.

En términos de probabilidad, cuanto más abajo del Walk vayas a esta hora de la noche tantas más posibilidades tienes de que te partan la boca. Perversamente, yo me siento más seguro cuanto más abajo estoy. Es Leith. Supongo que eso quiere decir mi casa.

Oigo ruidos de pota y miro por un callejón que lleva al patio de un aparejador. Presencio a Segundo Premio devolviendo un montón de bilis. Espero discretamente a que se recomponga, antes de hablarle.

«Rab, ¿estás bien, tío?»

Se da la vuelta y se tambalea en el sitio, intentando enfocarme, cuando lo único que quieren hacer sus pesados párpados es venirse abajo, como la persiana metálica de una tienda asiática al otro lado de la calle.

Segundo Premio dice algo que suena un poco como: «Eh, Rents, más sano que una manzana… cacho capullo…» Entonces la cara le cambia un poco y dice: «… puto cabrón… te voy a meter una, cacho cabrón…» Se tambalea hacia adelante y trata de golpearme. Incluso con la bolsa de deporte, aún puedo echarme atrás con

suficiente rapidez y el capullo empanao choca contra la pared, para después tambalearse hacia atrás y caerse de culo.

Le ayudo a levantarse y suelta un montón de mierda que no alcanzo a descifrar, pero al menos ahora está más tranquilo.

En cuanto le rodeo con el brazo para ayudarle por el camino, el mamón se derrumba como un castillo de naipes, con ese estudiado desamparo que tienen los borrachos crónicos, mientras se me entrega por completo. Tengo que soltar mi bolsa de viaje para poder aguantar al hijoputa, para que no se caiga y se lleve otro segundo premio de manos del pavimento. Esto es inútil.

Un taxi sube por el Walk y le hago bajar bandera, metiendo a Segundo Premio en la parte de atrás. El conductor no parece demasiado satisfecho, pero le doy un billete de cinco y digo: «Déjalo en el Bowtow, socio. Hawthornvale. Sabrá llegar a casa desde allí.» Después de todo, son fiestas. Los capullos como Segundo Premio pasan desapercibidos en esta época del año.

Me tentaba meterme en el taxi con Secks y bajarme en casa de mamá, pero Tommy Younger's me resulta un pub demasiado tentador. Begbie está allí, en presencia de una corte de bandarras, uno de los cuales me resulta familiar.

«¡Rents! ¡Qué tal te va, cabronazo! ¿Acabas de subir de Londres?»

«Sí.» Le estreché la mano y él tiró de ella para abrazarme, dándome fuertes palmadas en la espalda. «Acabo de depositar a Segundo Premio en un taxi», dije.

«Ese capullo. Le mandé a tomar por culo. Ya era la segunda amonestación de la noche. El cabrón es un jodido estorbo. Ése es peor que un puto yonqui. Si no hubiera sido Navidad y eso, yo mismo lo habría forrao al cabrón. Yo y él hemos terminado. Puto punto final.»

Begbie me presenta a los capullos que se hallan en su compañía. Lo que Segundo Premio hubiera hecho para que le expulsaran de aquel grupito era algo que prefería no saber. Uno de los mendas era ese tío, Donnelly, el Niño de Saughton, un mangui al que solía lamerle el culo Mikey Forrester. Parece que el cabrón se cansó un día de Forrester y le dio una buena tunda. Tuvieron que hospitalizarlo. No podría haberle pasado a nadie mejor.

Begbie me aparta a un lado y baja la voz.

«¿Sabes que Tommy está chungo?»

«Sí. Lo había oído.»

«Vete a ver al menda cuando te levantes.»

«Sí. Eso pienso hacer.»

«Ya lo creo. De todos sus jodidos amigos, tú eres el primero que debería ir a verle. No te estoy echando la puta culpa a ti, Rents, se lo he dicho al puto Segundo Premio, no le echo la puta culpa a Rents por lo de Tommy. La vida de cada menda es suya. Joder si se lo he dicho a Segundo Premio.»

Entonces Begbie sigue y me cuenta lo gran menda que soy, esperando que yo haga lo propio, cosa que hago cumplidamente.

Actúo como soporte del habitual inflamiento del ego de Begbie durante un rato, dándomelas de hombre directo y contando a los consortes algunas clásicas historias de Begbie que pintan al cabrón como un tipo duro y un semental de primera categoría. Siempre resulta más auténtico cuando es otro el que lo cuenta. A continuación ambos abandonamos el pub y bajamos por el Walk. Lo único que yo quiero es irme a dormir a casa de mi madre, pero el Pordiosero insiste en que vayamos a su queo a privar.

Marchar por el Walk abajo con Begbie me hace sentirme como un depredador en vez de como una víctima, y empiezo a buscar capullos a los que mirar de mala manera hasta que me doy cuenta de lo lamentablemente gilipollas que soy.

Vamos a echar una meada en la vieja Central Station al Pie del Walk, que ahora es un hangar desierto y desolador, que pronto será arrasado y reemplazado por un supermercado y una piscina. De algún modo eso me entristece, a pesar de que siempre fui demasiado joven para acordarme de que allí había habido trenes.

«Menudo pedazo de estación era esto. Se podía coger un tren a cualquier parte desde aquí en tiempos, o eso dicen», digo yo, contemplando el chapoteo de mi vaporoso pis sobre la fría piedra.

«Si aún quedaran putos trenes, me subiría a uno para salir de esta ratonera», dijo Begbie. Era raro que hablara así de Leith. Tenía tendencia a mitificar el lugar.

Un viejo borrachín al que Begbie se había quedado mirando se tambaleó hasta nosotros, botella de vino en mano. Montones de ellos usaban este sitio para privar y quedarse a dormir.

«¿Qué hacéis, muchachos? ¿Esperando al tren, eh?», dice riéndose incontrolablemente ante su propio jodido ingenio.

«Sí. Eso es», dice Begbie. Después en voz baja: «Puto capullo de viejo.»

«Ah, bueno, os dejaré seguir con lo vuestro. ¡Pero que no decaiga lo de esperar al tren!» Se alejó tambaleándose y sus ásperas carcajadas de borracho llenaron aquella cuadra desolada. Noté que Begbie parecía extrañamente sumiso e incómodo. Me estaba dando la espalda.

Fue entonces cuando caí en que el viejo bolinga era el padre de Begbie.

Estuvimos en silencio durante el trayecto hasta casa de Begbie, hasta que nos topamos con un tío en Duke Street. Begbie le golpeó en la cara y cayó. El tío miró brevemente para arriba antes de intentar recogerse en posición fetal. Lo único que dijo Begbie al darle de patadas al cuerpo postrado un par de veces fue «listillo». La cara que tenía el tío al mirar a Begbie era más de resignación que de temor. El chico lo entendía todo.

Yo ni siquiera me sentía con ganas de intervenir, ni siquiera de forma testimonial.

Finalmente Begbie se volvió hacia mí y cabeceó en la dirección en la que íbamos. Dejamos al tío amontonado en el pavimento mientras continuamos andando en silencio, sin que ninguno de los dos mirase atrás ni una sola vez.

De piernas abiertas

Era la primera vez que veía a Johnny desde su amputación. No sabía en qué estado iba a encontrarme al menda. La última vez que le había visto estaba cubierto de abscesos y todavía soltaba mierda a propósito de irse a Bangkok.

Para sorpresa mía, el capullo tenía un aspecto exuberante para alguien que acababa de perder recientemente una pierna. «¡Rents! ¡Hombre! ¿Cómo te va?»

«No me va mal, Johnny. Mira, siento de verdad lo de la pierna, tío.»

Se rió de mi interés. «Una prometedora carrera de futbolista a la mierda. Aun así, eso nunca detuvo a Gary Mackay, ¿a que no?»

Me limité a sonreír.

«El Cisne Blanco no estará mucho tiempo en puerto. En cuanto le coja el tranquillo a esa puta muleta, volveré a estar en la calle. A este pájaro no se le pueden cortar las alas. Podrán quitarme las piernas pero nunca estas alas.» Se pasó un brazo alrededor del hombro para darse una palmadita donde habrían estado las alas si el capullo hubiese tenido. Me parece que él cree que sí tiene. *«En this bord you kenot chay-ay-ay-ay-aynge…»*, cantó. Me preguntaba de qué iría el cabrón.

Como si me hubiera leído el pensamiento dice: «Tienes que probar el cyclozine ese. Solo es una mierda, pero mira, cuando lo mezclas con metadona; ¡hostia puta, cabrón!, el mejor cuelgue que he tenido en mi vida. Eso va también por esa mierda colombiana que nos metimos allá en el ochenta y cuatro. Ya sé que ahora estás desenganchado, pero si no pruebas nada más, prueba ese cóctel.»

«¿Sí, tú crees?»

«Es lo mejor. Ya conoces a la Madre Superiora, Rents. Creo en el libre mercado cuando se trata de drogas. Eso sí, tengo que darle a la Seguridad Social el crédito que merece. Desde que perdí la pata y me metí en la terapia de mantenimiento empiezo a creer que el Estado puede competir con la empresa privada en nuestra industria y producir un producto satisfactorio a bajo coste para el consumidor. La metadona y el cyclozine combinados; ya te digo, tío, ¡joder! Me limito a bajar, coger mis gelatinas de la clínica, y después ir a ver a alguno de los chicos que reciben prescripción de cyclozine. Se lo dan a los pobres cabrones que tienen cáncer, a causa del sida y tal. Un truequecillo, y todos los mendas absolutamente encantados.»

A Johnny se le acabaron las venas y empezó a chutarse en las arterias. Sólo hicieron falta unos pocos chutes para que le diera la gangrena. Entonces hubo que decirle adiós a la pierna. Me coge mirando el muñón vendado; no puedo evitarlo.

«Sé lo que estás pensando, cacho capullo. ¡Pues no se han llevado la pierna de en medio del Cisne Blanco!»

«No estaba», protesto, pero está sacándose la polla por encima de los calzoncillos.

«No es que me sirva de mucho», se ríe.

Me doy cuenta de que tiene la polla cubierta de postillas secas, lo cual indica que está curándose. «Sin embargo, parece que se secan, Johnny, esos abscesos y tal.»

«Sí. He tratado de quedarme con la metadona y el cyclozine y dejar de inyectarme. Cuando vi el muñón pensé que era una oportunidad, otra vía de acceso, pero el capullo del hospital dijo: Olvídalo. Como metas una aguja ahí ya la has cagao pero bien. La terapia de mantenimiento no está mal de todos modos. La estrategia del Cisne Blanco es recuperar la movilidad, desengancharse y ponerse a trapichear como es debido, sólo por los beneficios y no para picarme.» Tira del elástico de sus calzones y se guarda otra vez su herramienta llena de postillas.

«Lo que tendrías que hacer es decirle adiós de una puta vez, tío», sugiero. El capullo no oye una sola palabra de lo que he dicho.

«Nah, mi objetivo es reunir un puto fajo, y de ahí a Bangkok.»

Puede que se haya quedado sin pierna, pero su fantasía de escapar a Thailandia sigue intacta.

«Eso sí», dice, «no quiero esperar a llegar a Thailandia para echar un puto polvo. Eso es lo que hace por ti esta mierda de las dosis reducidas. Menudo empalme llevaba el otro día cuando vino la enfermera a cambiarme el vendaje. Y eso que era una bota vieja, pero ahí estaba yo sentado con el brazo de niño y la manzana en la punta.»

«Una vez que hayas recuperado la movilidad», tanteo para animarle.

«Y una mierda. ¿Quién quiere follarse a un capullo con una sola pierna? Tendré que pagar; un gran bajón para el Cisne Blanco. Aun así, con las periquitas se está mejor pagando. Mantiene la puta relación sobre un terreno estrictamente comercial.» Parecía amargado. «¿Sigues follándote a Kelly?»

«Nah, está otra vez aquí arriba.» No me gustó la manera en que dijo eso, y no me gustó el modo en que le contesté.

«Esa capulla de Alison vino por aquí el otro día», dijo, revelando la fuente de su despecho. Ali y Kelly son las mejores amigas.

«¿Ah, sí?»

«Para ver el puto espectáculo de deformidades», dijo señalando con la cabeza su muñón vendado.

«Venga, Johnny, Ali no tendría esa actitud.»

Se ríe otra vez, estirándose para coger una Coca-Cola Light; arranca la anilla y echa un traguito. «Hay una en la nevera», me ofrece, apuntando hacia la cocina. Niego con la cabeza.

«Sí, estuvo por aquí el otro día. Bueno, ahora hará unas semanas, supongo. Le digo: ¿Qué tal una mamadita, muñeca? Por aquello de los viejos tiempos y tal. Quiero

decir, era lo menos que podía hacer por la Madre Superiora, el Cisne Blanco, que le ha echado una mano un montón de veces. Esa fría zorra pasó de mí», dijo sacudiendo disgustado la cabeza. «Nunca me follé a esa putilla, ¿sabes? Nunca en la vida. Ni siquiera cuando estaba deseándolo. Hubo un momento en que me habría dejado follarla de todas las maneras por un pico.»

«Ya lo creo», concedí. Era verdad, ¿o no? Siempre hubo un poco de antagonismo silencioso entre Ali y yo. En realidad no sé por qué. Sea cual sea el motivo, hace que sea más fácil creerme lo peor de ella.

«Sin embargo, el Cisne Blanco jamás se aprovecharía de una damisela en apuros», sonríe.

«Sí, seguro», digo yo, para nada convencido.

«Ya lo creo que no», opuso estrepitosamente. «No lo hice, ¿no es así? La prueba del puto budín está en comérselo.»

«Sí, sólo porque estabas hasta los cojones de jaco.»

«Uh, uh, uh», va y dice, tocándose el pecho con la lata de cocacola. «El Cisne Blanco no encula a sus colegas. Regla dorada número uno. Ni por caballo, ni por nada. Nunca cuestiones la integridad del Cisne Blanco en ese tema, Rents. No estaba hasta los cojones de jaco todo el tiempo. Podría haberme comido su coño con tostadas si hubiera querido. Incluso cuando estaba hasta los cojones de jaco; podría haberla chuleado. Chupado. Podría haber mandado a esa zorra por Easter Road con una falda corta y sin bragas; haberle dado un pico para tenerla calladita, y tirado en el suelo del meadero detrás del cobertizo. Podría haber tenido a toda la afición del equipo de casa haciendo cola, y el Cisne Blanco de pie a la salida cobrando cinco libras por cráneo. Incluso con un gorila añadido, los márgenes habrían sido astronómicos que te cagas. Después a Tyney la semana siguiente, y a dejar metérsela a todos esos infecciosos hijos de puta Jambos después de que los chicos se hubieran puesto las botas.»

Increíblemente, Johnny sigue dando negativo, pese a haber estado envuelto en la fundación de más chutódromos que el señor Cadona. Tiene una rocambolesca teoría según la cual sólo los Jambos pillan el virus y los Hibbies son inmunes. «Estaría montado. Listo para el retiro. Unas semanas en ese plan y podría haberme marchado a Thailandia con un pelotón de nalgas orientales aparcado en mi careto. Sin embargo no lo hice; porque no puedes ir por ahí jodiendo a tus colegas.»

«Es duro ser un hombre de principios, Johnny», sonrío. Quiero marcharme. No podría soportar un asalto de las fantásticas aventuras orientales de Johnny.

«Joder que si lo es. Mi problema es que olvidé los que no debía. No hay simpatías en los negocios, y todos somos conocidos cuando se trata de la ley del dragón. Pero no, el Cisne Blanco es un hijo de puta sentimental, y deja que la amistad se meta por medio. ¿Y cómo me recompensa ese pendón egoísta? Le pedí una mamadita, eso es

todo. Iba a hacerlo y todo, porque me tenía lástima por lo de la pierna, ya sabes. Incluso conseguí que se pusiera más maquillaje y lápiz de labios, en plan heavy, ¿sabes? Así que zas, me la saco. Le echó una sola mirada a las cicatrices frescas y se cagó. Le digo: No te preocupes, la saliva es un antiséptico natural.»

«Eso dicen, desde luego», reconozco. Se está haciendo tarde.

«Sí. Y te diré otra cosa, Rents, estuvimos acertados allá en el setenta y siete. Todos esos japos que echamos. Ahogar el mundo entero en saliva.»

«Lástima que nos quedáramos todos resecos», digo yo, levantándome para ponerme en marcha.

«Sí, desde luego», dice Johnny Swan, ahora más callado.

Va siendo hora de que no esté aquí.

Tommy tiene buen aspecto. Es aterrador. Va a morir. En algún momento entre las próximas semanas y los próximos quince años, Tommy dejará de existir. Lo más seguro es que yo esté exactamente igual. La diferencia es que en el caso de Tommy lo sabemos.

«Todo bien, Tommy», digo. Tiene muy buen aspecto.

«Sí», dice. Tommy está sentado en un sillón destrozado. El aire huele a humedad y a basura que debería haber sido sacada hace siglos.

«¿Cómo te encuentras?»

«No estoy mal.»

«¿Quieres que hablemos del tema?» Tengo que preguntarle.

«La verdad es que no», dice, como suele hacerlo.

Tomo asiento torpemente en una silla idéntica. Está dura, y se notan los muelles en la superficie. Hace muchos años ésta era la silla de un capullo rico. Sin embargo, lleva un par de décadas en hogares pobres. Ahora ha acabado junto a Tommy.

Ahora veo que Tommy no tiene tan buen aspecto. Hay algo que falta, alguna parte de él; como si fuese un rompecabezas sin completar. Es más que el shock o la depresión. Es como si una parte de Tommy ya hubiese muerto y yo estuviese buscándola. Ahora me doy cuenta de que por lo general la muerte es un proceso, más que un suceso. Generalmente la gente se muere poco a poco, acumulativamente. Se pudren lentamente en residencias u hospitales, o sitios como éste.

Tommy no puede salir de West Granton. Ha cagado las cosas con su madre. Éste es uno de los pisos con venas varicosas, así llamados a causa de las grietas enyesadas que cubren su fachada. Tommy lo consiguió a través de la línea telefónica de emergencia del Ayuntamiento. Quince mil personas en la lista de espera y nadie quería éste. Es una prisión. En realidad no es culpa del Ayuntamiento; el gobierno les obligó a vender todas las casas buenas, dejando la escoria para los tipos como Tommy. En términos políticos encaja a la perfección. Aquí no hay votos para el gobierno, así que ¿por qué te vas a molestar en hacer algo por gente que no te va a apoyar? Moralmente, es otra cosa. Pero ¿qué tiene que ver la moral con la política? Tiene que ver sólo con la pasta.

«¿Qué tal está Londres?», pregunta.

«No está mal, Tommy. Más o menos como aquí, ¿sabes?»

«Sí, seguro», dice sarcásticamente.

Sobre la pesada puerta reforzada con contrachapado habían pintado APESTADO en grandes letras negras. SIDOSO y YONQUI también. Los niños piraos acosan a

cualquiera. Nadie le ha dicho nada a la cara a Tommy aún. Tommy es un hijoputa que está cachas, y cree en lo que Begbie llama la disciplina del bate de béisbol. También tiene colegas duros, como Begbie, y colegas no tan duros, como yo. A pesar de esto, Tommy se volverá más vulnerable a la persecución. Sus amigos se reducirán en número al ir aumentando sus necesidades. Las matemáticas invertidas, o pervertidas, de la vida.

«Tú te hiciste la prueba», dice.

«Sí.»

«¿Limpio?»

«Sí.»

Tommy me mira como si estuviera enfadado y suplicando, ambas cosas a la vez.

«Tú te picaste más que yo. Y compartías herramientas. Las de Sick Boy, Keezbo, Raymie, Spud, Swanney… empleaste las de Matty, me cago en todo. ¡Dime que nunca empleaste las herramientas de Matty!»

«Nunca compartí, Tommy. Todo el mundo lo dice, pero nunca compartí, en todo caso, no en los chutódromos», le dije. Es curioso, me había olvidado por completo de Keezbo. Lleva un par de años encerrado. Hace siglos que tenía intención de ir a visitar al capullo. Sé no obstante que ese momento nunca llegará.

«¡Mierda pura! ¡Cabrón! ¡Tú compartiste, cojones!» Tommy se inclina hacia adelante. Está empezando a llorar. Recuerdo haber pensado que si él lo hacía quizá yo también lo hiciera y eso. Todo lo que siento, sin embargo, es una ira horrible y asfixiante.

«Nunca compartí», sacudo la cabeza.

Se sienta otra vez y sonríe para sí, sin mirarme siquiera, mientras habla reflexivamente, ahora sin ninguna amargura.

«Es curioso cómo resulta todo, ¿eh? Fuisteis tú y Spud y Sick Boy y Swanney los que me metisteis en esto de la heroína. Yo solía sentarme y privar con Segundo Premio y Franco y reírme de vosotros, y llamaros los primos más pringaos del mundo. Entonces corté con Lizzy, ¿te acuerdas? Fui a tu queo. Te pedí un pico. Pensé: A la mierda, probaré lo que sea una vez. No he parado de probarlo una vez desde entonces.»

Me acuerdo. Cristo, sólo hace unos pocos meses. Algunos pobres cabrones simplemente están mucho más predispuestos hacia la adicción a ciertas drogas que otros. Como Segundo Premio con la priva. Tommy se metió en el jaco con pasión. En realidad nadie puede controlarlo, pero he conocido a algunos hijos de puta, entre ellos yo, que se defienden. Lo he dejado varias veces. Dejarlo y volver a picarse es como ir a la cárcel. Cada vez que vas a la cárcel, disminuye la probabilidad de que alguna vez estés libre de ese tipo de vida. Es igual cada vez que vuelves al caballo. Disminuyes tus posibilidades de ser capaz de prescindir de él algún día. ¿Fui yo el que animó a

Tommy a meterse el primer pico simplemente por tener las herramientas por ahí fuera? Es posible. Es probable. ¿Cómo de culpable me hace eso? Bastante.

«De verdad que lo siento, Tommy.»

«No sé qué cojones hacer, Mark. ¿Qué voy a hacer?»

Me limito a sentarme con la cabeza algo inclinada. Quería decirle a Tommy: Sigue con tu vida. Es todo lo que puedes hacer. Cuídate. Quizá no enfermes. Fíjate en Davie Mitchell. Davie es uno de los mejores colegas de Tommy. Es seropositivo y nunca ha tomado jaco en la vida. Sin embargo, Davie está bien. Lleva una vida normal, bueno, una vida tan normal como la de cualquier capullo que yo conozca.

Pero sé que Tommy no puede permitirse los gastos de calefacción de este cuchitril. No es Davie Mitchell, ya no digamos Derek Jarman. Tommy no puede meterse en una burbuja, vivir al sol, comer buena comida fresca, mantener estimulada su mente con nuevos desafíos. No vivirá ni cinco, diez o quince años antes dé ser triturado por la neumonía o el cáncer.

Tommy no sobrevivirá al invierno en West Granton.

«Lo siento, colega. De verdad que lo siento», me limito a repetir.

«¿Tienes algo de tema?», pregunta, levantando la cabeza y mirándome directamente a los ojos.

«Ahora estoy desenganchado, Tommy.» Cuando se lo digo, ni siquiera me mira con escarnio.

«Subvencióname, pues, colega. Estoy esperando el cheque del alquiler.»

Revuelvo en mis bolsillos y saco dos billetes de cinco arrugados. Estoy pensando en el funeral de Matty. Todo apunta a que el de Tommy será el siguiente y no hay una puta mierda que nadie pueda hacer al respecto. Sobre todo yo.

Coge el dinero. Nuestros ojos se encuentran y entre nosotros sucede algo. No lo puedo definir, pero es algo realmente bueno. Está ahí durante un segundo; y después desaparece.

Un soldado escocés

Johnny Swan examina su cabeza afeitada en el espejo del cuarto de baño. Se había esquilado el pelo largo y mugriento unas semanas atrás. Ahora tenía que deshacerse de aquella barba de tres días que le cubría el mentón. Afeitarse es un coñazo cuando sólo tienes una pierna, y Johnny aún no tiene resuelto el tema del equilibrio. Sin embargo, después de algunos sustos, ha logrado algo pasable. Estaba decidido a no volver a esa silla de ruedas, eso seguro.

«Otra vez en circulación», se dice a sí mismo, mientras se estudia la cara en el espejo. Johnny tenía aspecto de limpio. No era una sensación agradable y el proceso le había causado gran incomodidad; pero la gente espera ciertas pautas de un viejo soldado. Empieza a silbar *Un soldado escocés*; animándose más aún le suelta a su reflejo un rígido saludo cuartelero.

El vendaje de su muñón le da a Johnny motivos de preocupación. Parece mugriento. La señora Harvey, la enfermera que le han asignado, viene hoy a cambiarlo, sin duda acompañada de unas pocas palabras escogidas sobre la higiene personal.

Examina la pierna que le queda. Nunca fue la mejor de las dos. Esa rodilla no era de fiar; el remanente de un incidente futbolístico hace muchas lunas. Será aún menos fiable como única portadora de su peso. Johnny cree que debería haberse inyectado en la arteria de esa pierna; que ésa hubiese sido la cabrona que se gangrenara y hubiera tenido que ser tajada por el cirujano. La maldición de ser diestro, medita.

Fuera en las frías calles gira y da bandazos en dirección a Waverley Station. Cada paso es cruel. El dolor no procede de la extremidad de su muñón, sino que parece recorrer todo su cuerpo; sin embargo, las dos gelatinas de metadona y los barbitúricos que se ha tragado le quitan el mordiente. Johnny monta su puestecito en la salida de Market Street. Su gran pedazo de cartón dice, en letras negras:

VETERANO DE LAS MALVINAS - PERDÍ LA PIERNA POR MI PAÍS. UNA AYUDA POR FAVOR.

Un picota llamado Silver, Johnny desconoce su nombre real, se le acerca en imágenes congeladas.

«¿Tienes algo de jaco, Swanney?», pregunta.

«No hay nada, colega. Raymie tendrá para el sábado, o eso he oído.»

«El sábado no vale», jadea Silver. «Hay un puto mono sobre mi chepa que quiere comer.»

«El Cisne Blanco es hombre de negocios, Silver», dice Johnny señalándose a sí mismo. «Si tuviera mercancía que vender, eso haría.»

Silver parece abatido. Un abrigo negro y mugriento cuelga holgado sobre su carne gris y demacrada. «He agotado toda mi receta de metadona», manifiesta, ni buscando simpatía ni esperándola. Entonces una ligera chispa aparece en sus ojos muertos. «Eh, Swanney, ¿ganas algún dinero con eso?»

«Cuando una puerta se cierra, otra se abre», sonríe Johnny, sus dientes una masa putrefacta dentro de la boca. «Gano más guita haciendo esto que trapicheando. Ahora, si me perdonas, Silver, tengo que ganarme la puta vida aquí. Un honrado soldado como yo no puede ser visto hablando con yonquis. Ya nos veremos.»

Silver apenas toma nota de sus comentarios, y mucho menos se ofende. «Me voy para la clínica, pues. Puede que algún capullo me venda una gelatina.»

«Au revoir», grita Johnny a sus espaldas.

Hace negocio de forma continuada. Alguna gente deja caer monedas furtivamente dentro de su sombrero. Otros, ofendidos ante la intrusión de la miseria en sus vidas, se vuelven para otro lado o miran resueltamente hacia adelante. Las mujeres dan más que los hombres; los jóvenes más que los mayores; la gente que aparenta ser de las clases más modestas parece más generosa que la de aspecto acomodado.

Un billete de cinco aterriza en el sombrero. «Dios le bendiga, señor», dice reconocidamente Johnny.

«En absoluto», dice un hombre de mediana edad, «estamos en deuda con vosotros, muchachos. Debe ser terrible sufrir esa pérdida tan joven.»

«No tengo resentimiento. No puedes permitirte ser un amargado, amigo. Ésa es mi filosofía de todas formas. Amo a mi país; volvería a hacerlo todo otra vez. Además, yo me veo como uno de los afortunados; yo regresé. Perdí a algunos buenos colegas en esa bulla de Goose Green, ya lo creo.» Johnny dejó que sus ojos adoptaran una mirada fija y lejana; casi se creía a sí mismo. Se volvió de nuevo hacia el hombre. «Aun así, conocer a gente como usted, de los que no olvidan, a los que les importa; eso hace que todo haya merecido la pena.»

«Buena suerte», dice el hombre suavemente, antes de volverse para subir las escaleras hasta Market Street.

«Puto capullo desgraciao», murmura Johnny para sí, sacudiendo su cabeza doblada mientras leves espasmos de risa le suben por los costados.

Gana 26,78 libras después de un par de horas. No va nada mal y es trabajo fácil. A Johnny se le da bien esperar; ni siquiera British Rail en un mal día podría estropear su karma yonqui. Sin embargo, la abstinencia advierte por adelantado de sus crueles intenciones con un helado ardor que hace que se le acelere el pulso y que sus poros excreten un sudor rico y tóxico. Está a punto de recoger e irse cuando se le aproxima una mujer delgada y frágil.

«¿Eras un Royal Scot, hijo? Mi Brian era un Royal Scot, Brian Laidlaw.»

«Eh, marines, señora.» Johnny se encoge de hombros.

«Brian no volvió, Dios le tenga en su gloria. Veintiún años tenía. Mi chiquito. Un chico estupendo.» Los ojos de la mujer se están llenando de lágrimas. Su voz se reduce a un siseo concentrado, tanto más digno de lástima por su impotencia. «Sabes, hijo, odiaré a esa Thatcher hasta el día de mi muerte. No pasa un día en que no la maldiga.»

Saca su bolso y muestra un billete de veinte libras que le incrusta en la mano a Johnny. «Toma, hijo, toma. Es todo lo que tengo, pero quiero dártelo a ti.» Rompe a sollozar y casi se aleja tambaleándose de él, como si la hubieran apuñalado.

«Dios la bendiga», grita detrás de ella Johnny Swan. «Dios bendiga a los Royal Jocks.» Entonces sacude las manos ante la perspectiva de añadir algo de cyclozine a la metadona que ya tiene. Coctel psico-methy: su billete hacia tiempos mejores, ese pequeño cielo privado sobre el cual los no iniciados vierten su desprecio, pero nunca podrían imaginar su dicha. Albo tiene un montón de cyclozine, que le han recetado para el cáncer. Johnny visitará a su amigo enfermo esta tarde. Albo necesita las gelatinas de Johnny tanto como Johnny necesita sus psychos. Una coincidencia mutua de necesidades. Sí, Dios bendiga a los Royal Jocks, y Dios bendiga a la Seguridad Social.

Salida

Station to station

Era una noche monótona y repugnante. Mugrientas nubes pendían desde lo alto, esperando para vomitar su oscura carga sobre los ciudadanos que desfilaban bajo ellas, por enésima vez desde el amanecer. La sala de espera de la estación de autobuses es como una oficina de la Seguridad Social vuelta del revés y rociada con aceite. Un montón de gente joven que vive de grandes sueños y pequeños presupuestos hace cola sombríamente en la fila para Londres. La única forma más barata de bajar es a dedo.

El autobús ha llegado de Aberdeen haciendo una parada en Dundee. Begbie comprueba estoicamente las reservas de los asientos, y a continuación mira fija y malévolamente a la gente que ya está en el autobús. Dándose la vuelta, vuelve a mirar la bolsa de deporte Adidas que tiene a los pies.

Renton, fuera del alcance del oído de Begbie, se vuelve hacia Spud y señala con la cabeza a su irascible amigo. «El cabrón está deseando que algún hijo de puta haya cogido nuestros asientos; para tener un pretexto para armar follón.»

Spud sonríe y levanta las cejas. Mirándole, Renton piensa: Nunca adivinarías lo mucho que hay en juego. Ésta es la grande, no hay duda. Le hacía falta ese chute, para mantener los nervios bajo control. Había sido el primero en meses.

Begbie se vuelve, con los nervios crispados, y les hace una mueca furiosa, casi como si hubiera captado su irreverencia. «¿Dónde cojones está Sick Boy?»

«Eh, a mí que me registren, digamos», se encoge de hombros Spud.

«Estará aquí», dice Renton, señalando la bolsa de Adidas con la cabeza. «Tienes ahí un veinte por ciento de su mandanga.»

Esto desencadena un ataque de paranoia. «¡No hables tan jodidamente alto, puto desgraciao!», le espeta Begbie. Mira fijamente a los demás pasajeros a su alrededor, sintiendo desesperadamente la necesidad de que uno, al menos uno, le sostenga la mirada, para proporcionarle un blanco sobre el que desencadenar la furia que lleva dentro y que amenaza con desbordarle, y a la mierda las consecuencias.

No. Tenía que controlarse. Había demasiado en juego. Todo estaba en juego.

Pero nadie mira a Begbie. Los que son afines a él perciben las vibraciones que emite. Emplean ese talento especial que tiene la gente: hacer como que los majarones son invisibles. Ni siquiera sus compañeros quieren cruzarse con su mirada. Renton se ha echado su gorra de béisbol verde sobre los ojos. Spud, que lleva una camiseta de fútbol de la República de Irlanda, le está echando el ojo a una mochilera rubia que acaba de quitarse la mochila para ofrecerle una perspectiva de sus ajustados vaqueros. Segundo Premio, que está un poco apartado de los demás, se limita a beber sin parar,

en actitud protectora hacia el lote de considerable tamaño que descansa a sus pies en dos bolsas de plástico blanco.

En la sala de espera, detrás del quiosco que se hace llamar pub, Sick Boy habla con una chica llamada Molly. Es prostituta y seropositiva. A veces merodea por la estación en busca de clientes. Molly está enamorada de Sick Boy desde que él se morreó un día con ella en un cochambroso disco-bar de Leith hace unas semanas. Sick Boy había hecho un aseveración acerca de la transmisión del virus en estado de ebriedad y para ejemplificarla había pasado la mayor parte de la noche dándole besos con lengua. Más tarde, tuvo un ataque de nervios malísimo y se cepilló los dientes media docena de veces antes de disponerse a pasar una noche de insomnio llena de ansiedad.

Sick Boy ha estado espiando a sus amigos desde detrás del pub. Ha dejado a los capullos esperando. Quiere asegurarse de que ningún guripa se les eche encima antes de que suban al autobús. Si eso ocurre, que se coman el marrón esos capullos.

«¡Déjame uno de diez, muñeca!», le pide a Molly, sin olvidar que tiene una participación de tres y medio de los grandes en el contenido de la bolsa de Adidas. Esto son pluses, no obstante. Esto es flujo de efectivo, que siempre resulta un problema.

«¡Aquí tienes!» El modo incondicional con que Molly echa mano del monedero casi enternece a Sick Boy. Después, con cierta amargura, se da cuenta de lo grueso que es el fajo, y maldice interiormente por no haberle pedido veinte.

«¡Gracias, nena!… bueno, será mejor que te deje con tus clientes. Londres me llama.» Le despeina el cabello rizado y la besa; esta vez, sin embargo, un irrisorio roce en la mejilla.

«Llámame cuando vuelvas, Simon», le grita ella a sus espaldas, mirando cómo su cuerpo magro pero firme se aleja de ella brincando. Él se vuelve.

«Tú intenta impedirlo, nena, tú intenta impedirlo. Ahora cuídate.» Le guiña un ojo y le muestra una sonrisa abierta y cordial antes de volverle la espalda.

«Zorrilla hecha polvo», murmura en voz baja, con una gélida expresión de enojo y desprecio. Molly era una aficionada, ni de lejos lo bastante cínica para el juego en el que estaba metida. Una víctima total, piensa, con una extraña mezcla de compasión y desdén. Dobla la esquina y brinca hasta los otros, con la cabeza girando de un lado a otro, tratando de detectar la presencia de la policía.

No le agrada lo que ve mientras se preparan para fletar el autobús. Begbie le maldice por su retraso. Siempre tenías que tener un ojo atento a ese desgraciao, pero con lo alta que era la apuesta, se suponía que estaría aún más irascible de lo habitual. Se acordaba de los rocambolescos planes de violencia por si había problemas que Begbie había parido durante la repentina fiesta que habían montado la noche anterior. Su genio podría mandarles a todos a prisión de por vida. Segundo Premio se hallaba

en un avanzado estado de embriaguez; era de suponer. Por otra parte, ¿con qué clase de charla de borracho parlanchín habrá salido el capullo antes de llegar allí? Si no sabe dónde está, ¿cómo coño puede esperarse que sepa lo que dice? Este trapicheo es chunguísimo, reflexiona, dejando que un escalofrío ansioso le recorra.

Lo que más le jode a Sick Boy, sin embargo, es el estado de Spud y Renton. Era obvio que iban hasta las orejas de jaco. Era muy propio de aquellos hijoputas cagarla. Renton, que llevaba siglos desenganchado, desde mucho antes de mandar a hacer puñetas su empleo de Londres y volver a subir, no pudo resistir ese jaco colombiano sin cortar que les había suministrado Seeker. Era auténtico, había sostenido, una oportunidad única en la vida para un yonqui de Edimburgo acostumbrado a la heroína barata del Pakistán. Spud, como siempre, se apuntó al carro.

Así era Spud. Su capacidad para transformar sin esfuerzo el más inocente de los pasatiempos en actividad delictiva siempre había asombrado a Sick Boy. Ya en las entrañas de su madre, uno habría tenido que calificar a Spud menos de feto que de conjunto aletargado de problemas de drogas y personalidad. Probablemente llamaría la atención de la policía derribando un salero en el Little Chef. Olvidémonos de Begbie, reflexiona amargamente, si hay un capullo que va a estropear la movida, será Spud.

Sick Boy mira de forma arisca a Segundo Premio, apodo procedente de su fantasía alcohólica de que sabía boxear, y los desastrosos resultados con que tropezó. El deporte de Segundo Premio no había sido el boxeo sino el fútbol. Fue de colegial una estrella internacional escocesa de notable habilidad que se fue al Manchester United con dieciséis años. En aquel entonces ya tenía un embrionario problema con la bebida. Uno de los milagros desconocidos del fútbol era cómo Segundo Premio había conseguido arrancarle dos años al club antes de ser devuelto a patadas a Escocia. La sabiduría popular decía que Segundo Premio había desperdiciado un gran talento. Sin embargo, Sick Boy comprendía cuál era la dura verdad. Segundo Premio era una amalgama de desesperación; en términos de su vida en conjunto, la capacidad futbolística era una desviación accidental más que el alcoholismo una cruel maldición.

Suben al autobús, Renton y Spud al estilo imagen congelada del picota. Están tan desorientados por la sucesión de los acontecimientos como por el jaco. Allí estaban, dando el gran golpe y largándose de vacaciones a París. Lo único que tenían que hacer era convertir el caballo en metálico, lo cual ya había sido preparado por Andreas en Londres. Sick Boy, no obstante, les había recibido como una pila llena de cacharros sucios. Estaba evidentemente de mal humor y Sick Boy creía que las cosas desagradables de la vida había que compartirlas.

Cuando sube al autobús, Sick Boy oye una voz que le llama por su nombre.

«Simon.»

«Otra vez esa zorra no», maldice en voz baja, antes de reparar en una chica más joven. Grita: «Coge mi asiento, Franco, sólo será un momento.»

Cogiendo su asiento, Franco siente odio mezclado con más de una punzada de celos al ver a una chica joven envuelta en un impermeable azul cogida de la mano de Sick Boy.

«¡Ese capullo y sus líos de chochos acabarán jodiéndonos a todos!», le gruñe a Renton, que parece atolondrado.

Begbie intenta adivinar la figura de la muchacha a través del impermeable. Ya la había admirado con anterioridad. Piensa en lo que le gustaría hacer con ella. Toma nota de que su cara es aún más bonita sin maquillar. Le cuesta fijarse en Sick Boy, pero Begbie ve su expresión de morritos y los ojos abiertos con fingida sinceridad. Begbie se pone cada vez más ansioso hasta que está a punto de levantarse y arrastrar a Sick Boy hasta el autobús. Cuando ya ha empezado a moverse del asiento, ve a Sick Boy regresar al vehículo, mirando afligidamente por la ventana.

Están sentados al fondo del autobús, junto al retrete químico, que ya huele a pis derramado. Segundo Premio se ha adjudicado el asiento de atrás para él y su lote. Spud y Renton están sentados enfrente de él, con Begbie y Sick Boy delante de ellos.

«¿No era ésa la hija de Tam McGregor, eh, Sick Boy?», dijo Renton sonriéndole estúpidamente a través del hueco de los respaldos.

«Sí.»

«¿Aún te sigue agobiando?», pregunta Begbie.

«El capullo está mosqueado porque se la he estado metiendo a la guarra de su hija. Entretanto, él juega a estuprar a todas las pavitas que beben en su mierdoso club. Puto hipócrita.»

«Te paró en mitad de la calle al lado del Fiddlers, me dijeron. Nos contaron que te cagaste encima», se burla Begbie.

«¡Y una puta mierda! ¿Quién te ha contado eso? El capullo me dice: Si le pones un dedo encima… yo voy y le digo: ¿Ponerle un dedo encima? ¡Pero si llevo meses chuleándola, cacho cabrón!»

Renton sonrió burlonamente ante esto y Segundo Premio, que en realidad no lo ha oído, se ríe en voz alta. Todavía no está lo bastante mamao como para sentirse cómodo del todo prescindiendo completamente del más mínimo contacto social. Spud no dice nada, pero hace una mueca mientras la férrea presa del síndrome de abstinencia aprieta sus quebradizos huesos un poco más.

Begbie sigue sin estar convencido de que Sick Boy tenga las narices de plantarle cara a McGregor.

«Y una mierda. No eres capaz de meterte con ese cabrón.»

«Vete a la mierda. Jimmy Busby estaba conmigo. Ese capullo de McGregor se caga delante de Buzz-Bomb. Todos los *cashies*[72] le tienen acojonao. Lo último que

querría es un pelotón de Casuals destrozándole el local.»

«Jimmy Busby… ése no es un tipo duro. Un cagao es lo que es. Yo le metí a ese desgraciao en el Dean. ¿Te acuerdas de aquella vez, Rents, eh? ¿Te acuerdas de la vez que inflé al capullo de Busby?» Begbie echa un vistazo por encima de su asiento en busca de apoyo pero Renton empieza a sentirse como Spud. Un espasmo le atraviesa el cuerpo y le sacude una tétrica náusea. Sólo puede asentir con la cabeza de forma poco convincente, en vez de suministrar los detalles que busca Begbie.

«Eso fue hace años. Ahora no lo harías», le opuso Sick Boy.

«¡Quién cojones no lo haría! ¿Eh? ¿Crees que yo no lo haría? ¡Puto desgraciao!», desafía agresivamente Begbie.

«Es un montón de mierda de todos modos», contraataca humildemente Sick Boy, empleando una de sus tácticas clásicas. Si no puedes ganar la discusión en sus pequeños detalles, enmierda el contexto.

«Ese capullo sabe que no le conviene meterse conmigo», dice Begbie, gruñendo en voz baja. Sick Boy no responde, sabiendo que se trata de una advertencia por poderes, dirigida a él, por vía del ausente Busby. Se da cuenta de que ha estado tentando a la suerte.

La cara de Spud Murphy está aplastada contra la ventana. Sufre su desgracia en silencio, chorreando sudor y con los huesos molidos. Sick Boy se vuelve hacia Begbie, aprovechando la oportunidad de hacer causa común.

«Estos capullos, Franco», dice cabeceando hacia atrás, «dijeron que seguirían desenganchados. Hijos de puta mentirosos. Nos joderán a todos.» Su tono es una mezcla de asco y auto-compasión, como si se resignase a que su suerte en esta vida fuera que todos sus pasos fuesen saboteados por los débiles necios que tenía la desgracia de tener que llamar amigos.

No obstante, Sick Boy no logra captar las simpatías de Begbie, a quien le disgusta su actitud aún más de lo que desaprueba el comportamiento de Spud y Renton.

«Déjate ya de putos lamentos. Tú has pasado por eso bastantes veces.»

«Hace siglos que no. Estos capullos empanaos nunca crecerán.»

«¿Así que no querrás nada de este puto speed, pues?», le provocó Begbie, picoteando algunos granos salados en papel de plata.

A Sick Boy le apetecería de verdad un poco de speed, para hacer más corto el viaje. Que le follen, sin embargo, si piensa suplicarle a Begbie. Se sienta, mirando al frente, sacudiendo suavemente la cabeza y murmurando en voz baja, con una tortuosa ansiedad en las entrañas que le impele a repasar agravio irresuelto tras agravio irresuelto. Entonces se levanta de golpe y va a hacerse con una lata de McEwan’s Export de la pila de Segundo Premio.

«¡Te he dicho que tenías que haber pillado tu propio lote!» La cara de Segundo Premio se asemejaba a la de un feo pajarraco cuyos huevos estuvieran amenazados

por un depredador al acecho.

«¡Venga una lata pues, capullo agarrao! ¡Joder!» Exasperado, Sick Boy se golpea la frente con la palma. Segundo Premio le entrega una lata a regañadientes, que a fin de cuentas Sick Boy no puede beberse. Lleva algún tiempo sin comer y el fluido resulta pesado y desagradable al contacto con sus tripas vacías.

Detrás de él, el deslizamiento de Renton hacia la miseria de la abstinencia sigue su curso. Sabe que tiene que actuar. Eso significa dejar tirado a Spud. Sin embargo, no hay simpatía en los negocios, y mucho menos en éste que en ningún otro. Volviéndose hacia su compañero dice: «Tío, vaya un tapón más malo tengo en el culo. Tengo que pasar un rato en el cagadero.»

Por un segundo Spud vuelve a la vida. «¿No irás a pasar de mí, eh?»

«Vete a tomar por culo», salta Renton convincentemente. Spud se vuelve y se funde miserablemente con la ventana otra vez.

Renton entra en el retrete y cierra la puerta. Limpia de pis el bordillo de la taza de aluminio. No es la higiene lo que le preocupa, sólo evitar una sensación húmeda sobre su piel hipersensible.

Coloca sobre la minúscula pila su cucharilla de cocinar, la aguja y las bolas de algodón. Sacando un pequeño paquete de polvo blanco amarronado del bolsillo, vierte diligentemente el contenido en su preciada pieza de cubertería. Absorbe 5 ml de agua con la jeringa y la echa lentamente en la cucharilla, cuidando de no tirar ningún grano. Su mano temblorosa se endereza con esa concentración que sólo la preparación del jaco puede facilitar. Paseando la llama del mechero de plástico de Benidorm bajo la cucharilla, remueve los tercos posos con la punta de la aguja hasta obtener una solución inyectable.

El autobús da violentos bandazos, pero él se mueve al compás; con el sentido vestibular del yonqui sintonizado, como el radar, con todos los obstáculos y curvas de la A1. No se derrama ni una preciosa gota cuando deposita la bola de algodón sobre la cucharilla.

Introduciendo la aguja en la bola, absorbe el herrumbroso líquido dentro de la cámara. Se arranca el cinturón, maldiciendo cuando el pasador queda enganchado en las trabillas de sus vaqueros. Lo libera a base de violentos tirones, que le provocan la sensación de que van a plegarse sobre sí mismas. Apretando el cinturón alrededor de su brazo justo por debajo de un bíceps enclenque, tensa con sus dientes amarillentos el cuero para mantenerlo afianzado. Los tendones de su cuello se ponen tirantes mientras mantiene la posición, hasta que aparece, a base de pacientes y estimulantes golpecitos, una renuente vena sana.

Un breve destello de indecisión resplandece en un rincón de su mente, únicamente para verse cruelmente ahogado por un espasmo retorcido que provoca convulsiones en su cuerpo chungo. Enfila diana, contemplando cómo cede la tierna

carne ante el acero penetrante. Impulsa el émbolo parte de su recorrido, durante una fracción de segundo, antes de volver a retirarlo para llenar la cámara de sangre. Entonces afloja el cinturón y lo impulsa todo dentro de su vena. Levanta la cabeza y saborea el colocón. Se queda sentado durante un periodo que podría ser de minutos o de horas, antes de levantarse y mirarse en el espejo.

«Pero qué guapo eres, jodido», observa, besando su reflejo, sintiendo el frío vidrio contra sus cálidos labios. Se vuelve y coloca la mejilla contra el vidrio, para lamerlo a continuación. Entonces da un paso atrás y amolda sus rasgos hasta obtener una máscara de miseria forzada. Los ojos de Spud estarían sobre él en cuanto abriese la puerta. Tenía que arreglárselas para aparentar el mono, lo cual no iba a ser fácil.

Segundo Premio ha bebido lo suficiente para remontar una resaca paralizante y experimenta lo que podría describirse como fuerzas de flaqueza si su constante estado de embriaguez y abstinencia no hubiesen hecho superfluo tal término. Begbie, reparando en que ya están cada vez más cerca y no han sido detenidos por la Lothian and Borders Constabulary[73], la pasma, se halla más relajado. La victoria está al alcance de la mano. Spud concilia el difícil sueño del yonqui. Renton se siente un poco más animado. Hasta a Sick Boy le parece que las cosas van bien, y se suelta.

Esta frágil unidad resulta quebrada cuando Sick Boy y Renton inician una discusión sobre los méritos del Lou Reed pre y post Velvet Underground. Sick Boy se encuentra insólitamente trabado de lengua bajo el asalto de Renton.

«Nah, nah…», dice sacudiendo débilmente la cabeza y sin inspiración para contrarrestar los argumentos de Renton. Renton había robado el manto de la indignación que a Sick Boy le gustaba vestir en tales ocasiones.

Saboreando la capitulación de su adversario, Renton echa la cabeza atrás de forma ostentosa, doblando los brazos en un gesto de beligerancia triunfal, como había visto hacer una vez a Mussolini en un viejo reportaje.

Sick Boy se consuela husmeando entre los demás pasajeros. Hay dos viejas maris delante de él que miran de forma intermitente a su alrededor con cara de desaprobación y hacen referencias gallináceas al «lenguaje». Tienen, se da cuenta, el olor a pis y sudor de las viejas, parcialmente oscurecido por capas de talco rancio.

Frente a él se sienta una obesa pareja vestida con chandals de acetato. Los hijoputas de acetato son otra raza aparte, piensa cáusticamente. Habría que exterminarlos, joder. A Sick Boy le sorprendía que Begbie no tuviese un acetato en su vestuario. Una vez que recojan la pasta, piensa que le regalará uno al muy hijoputa, sólo para reírse un rato. Además, se promete a sí mismo obsequiar a Begbie con un cachorro de Pit Bull americano. Aunque Begbie no lo cuide, con el crío en casa no pasará hambre.

Había no obstante una rosa entre las espinas. Los ojos de Sick Boy cejan su escrutinio crítico de sus compañeros de viaje cuando enfocan a la mochilera teñida de

rubio. Está completamente sola, delante de la pareja de los acetatos.

Renton se siente muy travieso y saca el mechero de Benidorm y empieza a quemar la coleta de Sick Boy. Se oye el crepitar del pelo, y otro desagradable olor más se mezcla con los demás al fondo del autobús. Sick Boy, percatándose de lo que sucede, se da la vuelta de un salto. «¡Vete a la mierda!», gruñe, azotando las muñecas alzadas de Renton. «¡Capullos infantiles!», resopla mientras las risas de Begbie, Segundo Premio y Renton se mofan de él, rebotando por el autobús.

Sin embargo, la intervención de Renton le proporciona a Sick Boy la excusa que apenas necesita para abandonarles y unirse a la mochilera. Se quita su camiseta «Los italianos lo hacen mejor», exhibiendo un torso fibroso y moreno. La madre de Sick Boy es italiana, pero lleva la camiseta no tanto para mostrarse orgulloso de sus orígenes como para incordiar a los demás con sus pretensiones. Se baja la bolsa y rebusca entre su contenido. Hay una camiseta de «Mandela Day», que era políticamente solvente y lo bastante rockera, pero demasiado machacada, demasiado publicitada. Peor aún, estaba fechada. Tenía la sensación de que Mandela demostraría ser solamente otro capullo viejo y tedioso una vez que todo el mundo se acostumbrase a que estuviera fuera de la cárcel. Sólo le echó una rápida mirada a «Hibernian F.C. - European Campaigners» antes de rechazarla de inmediato. Los sandinistas también estaban pasados de moda. Se conformó con una camiseta de Fall que al menos tenía la virtud de ser blanca y realzaría su moreno de Córcega de la mejor manera. Poniéndosela, se puso en movimiento y se deslizó en el asiento de al lado de la mujer.

«Disculpa. Lo siento, voy a tener que unirme a ti. El comportamiento de mis compañeros de viaje es un poquitín inmaduro para mi gusto.»

Renton observa, con una mezcla de admiración y disgusto, la metamorfosis de Sick Boy desde despojo humano hasta hombre ideal de esa mujer. La modulación de la voz y el acento cambian de modo sutil. Una expresión de interés y sinceridad se dibuja en su cara mientras dispara preguntas seductoramente inquisitivas a su nueva acompañante. Renton se estremece al oír decir a Sick Boy: «Sí, yo también soy más bien purista en lo que atañe al jazz.»

«Sick Boy lo ha conseguido», observa, volviéndose hacia Begbie.

«Me alegro mucho por ese jodido cabrón», dice Begbie con amargura. «Al menos así el capullo caralarga estará lejos de mí. El puto capullo empanao no ha hecho otra puta cosa que quejarse desde que le he visto… el muy cabrón.»

«Todo dios está un poco tenso, Franco. Hay mucho en juego. Todo ese speed que nos metimos anoche. Es imposible que no estemos todos un poco paracas.»

«Deja de dar la cara por ese cabrón. A ese jodido vivales le hace falta una puta lección de modales. Puede que reciba una pronto y todo. Tener modales no cuesta una mierda.»

Renton, dándose cuenta de que la discusión no podía proseguir de manera fructífera, se acomoda de nuevo en su asiento, dejando que la mandanga le masajee, desmadejándole y deshaciendo los pliegues. Ciertamente era mercancía de calidad.

La amargura de Begbie para con Sick Boy no viene dada tanto por los celos como por el resentimiento porque le ha dejado solo; echa de menos estar sentado al lado de alguien. Tiene un gran puntazo de speed encima en estos momentos. Su mente se ilumina con una revelación tras otra, que considera demasiado buenas como para no compartirlas. Necesita alguien a quien hablarle. Renton percibe las señales de peligro. Detrás de él, Segundo Premio ronca estruendosamente. Poco partido le podía sacar Begbie a ése.

Renton se echa la gorra de béisbol sobre los ojos, al tiempo que despierta a Spud con el codo.

«¿Estás dormido, Rents?», pregunta Begbie.

«Mmmmm…», murmura Renton.

«¿Spud?»

«¿Qué?», dice Spud con irritación.

Era un error. Bebgie se revuelve en el asiento; apoyándose en las rodillas, se inclina sobre Spud y empieza a repetir una historia muy machacada.

«… así que estoy encima de ella, entiendes, como inmovilizándola y tal, y le da la burra, venga a chillar y tal y yo pensando joder, a esta guarra le mola cantidad, no te digo, pero me aparta, sabes, y sangraba por el coño como si fuese la semana del tapajuntas y a punto estaba yo de decir que a mí no me molesta, sobre todo con el puto rabo que se me había puesto, te lo juro. De todos modos, resulta que la capulla estaba abortando ahí mismo en ese momento.»

«Ya.»

«Sí, y te diré algo más de propina; ¿te he contado la vez que Shaun y yo nos enrollamos con aquel par de guarras en el Oblomov?»

«Sí…», gime Spud raquíticamente, mientras le parece que su cara es un tubo de rayos catódicos que está haciendo implosión lentamente.

El autobús se desvía para entrar en la estación de servicio. Aunque a Spud le proporciona un muy necesitado descanso, Segundo Premio no está contento. Acababa de conciliar el sueño, pero han encendido las desagradables luces del autobús, arrancándole cruelmente de su reconfortante sopor. Se levanta desorientado, en un estupor alcohólico; ojos aturdidos, incapaces de enfocar, zumbantes orejas asaltadas por una cacofonía de voces indiscernibles, boca reseca incapaz de cerrar. Alarga instintivamente la mano para coger una lata morada de Tennent’s Super Lager, dejando que el brebaje haga las veces de saliva.

Cruzan encorvados el puente de la autopista, perseguidos por el frío, además de la fatiga y las drogas que llevan en el cuerpo. La excepción es Sick Boy, que camina

confiadamente a unos pasos por delante con la mochilera.

En la chillona cafetería Trust House Fort, Begbie agarra a Sick Boy del brazo y lo saca de la cola.

«No se te ocurra darle el palo a esa periquita. No queremos tener a la puta policía pululando a nuestro alrededor por unos pocos cientos de libras de la guita de vacaciones de una puta estudiante. No cuando llevamos jaco por valor de dieciocho de los grandes encima.»

«¿Me tomas por imbécil?», salta Sick Boy, indignado, pero confesándose simultáneamente a sí mismo que Begbie le había provisto de una oportuna llamada de atención. Había estado morreándose con la mujer, pero sus saltones ojos de camaleón escudriñaban frenéticamente en todo momento, intentando averiguar dónde escondía el dinero. La visita al café era su oportunidad. Begbie tenía razón, sin embargo, no era momento para nada semejante. No siempre puedes fiarte de tus instintos, reflexionó Sick Boy.

Se aparta de Begbie con cara ofendida y de morritos, y se reúne en la cola con su nueva amiguita.

Tras esto, Sick Boy empieza a perder el interés por ella. Encuentra difícil mantener un nivel de concentración aceptable ante sus excitados relatos de una estancia de ocho meses en España, antes de matricularse en un curso de posgraduada en Derecho en la Universidad de Southampton. Coge la dirección del hotel londinense donde va a quedarse, notando con cierto disgusto que es uno de esos hoteles baratos de Kings Cross, en vez de uno de esos sitios más salubres del West End, en los que disfrutaría estando un par de días. Tenía absoluta confianza en que le sacaría un polvo a esa tipa una vez que hubieran arreglado el negocio con Andreas.

Por fin el autobús empieza a atravesar los suburbios de ladrillo del norte de Londres. Sick Boy mira nostálgicamente por la ventana cuando pasan el Swiss Cottage, preguntándose si una mujer a la que conocía aún trabajaría detrás de la barra. Seguro que no, razona. Seis meses es mucho tiempo detrás de la barra de un pub londinense. Aun siendo muy de madrugada, el autobús se ve obligado a ir a paso de tortuga al llegar al centro, y le lleva un tiempo deprimentemente largo arribar a la estación de autobuses de Victoria.

Desembarcan como si fuesen trozos de loza rotos vertidos de una maleta. Se monta una discusión sobre si deberían ir a la estación de ferrocarril y coger un metro de la línea Victoria hasta Finsbury Park o pillar un taxi. Deciden que es mejor coger un taxi que andar enredando por Londres con mogollón de caballo.

Se apiñan en el taxi diciéndole al conductor parlanchín que han bajado a ver el concierto de los Pogues, que iba a tener lugar en un pabellón en Finsbury Park. Era una coartada ideal, puesto que todos pensaban ir al concierto, mezclando así el placer con los negocios, antes de irse a París a descansar. El taxi casi recorrió el camino de

vuelta del autobús, antes de detenerse en el hotel de Andreas, que tenía vistas al parque.

Andreas, que provenía de una familia de griegos londinenses, había heredado el hotel a la muerte de su padre. Con el viejo, el hotel había hospedado sobre todo a familias sin hogar en situación desesperada. Los ayuntamientos tenían la responsabilidad de encontrar alojamientos de corta duración para la gente en esas circunstancias, y como el distrito de Finsbury Park estaba repartido entre tres barrios distintos, Hackney, Harringey e Islington, el negocio había ido bien. Al hacerse cargo del hotel, sin embargo, Andreas vio que podía ser todavía más lucrativo como casa de citas para hombres de negocios londinenses. Aunque en realidad nunca llegó a la cumbre del mercado al que apuntaba, proporcionaba un santuario para un reducido número de prostitutas. Los clientes de ingresos medios de la City admiraban su discreción y la limpieza y seguridad de su establecimiento.

Sick Boy y Andreas se conocieron por haber salido con la misma mujer, que había quedado hechizada por ambos. Conectaron de inmediato y montaron algunos chanchullos juntos, básicamente pequeñas estafas de seguros y fraudes con tarjetas de crédito. Al hacerse cargo del hotel, Andreas empezó a distanciarse de Sick Boy, decidiendo que ahora estaba en otro nivel. No obstante, Sick Boy le entró con la historia de una partida de heroína de calidad a la que le había echado el guante. Andreas cargaba con la maldición de una peligrosa fantasía, vieja como la humanidad además: la de que podía codearse con malhechores para inflarse el ego sin pagar el precio correspondiente. El precio pagado por Andreas era reunir a Pete Gilbert con el consorcio de Edimburgo.

Gilbert era un profesional que llevaba mucho tiempo dedicándose al tráfico de drogas. Era capaz de comprar y vender cualquier cosa. Para él, era un asunto estrictamente de negocios, y se negaba a diferenciarlo de cualquier otra actividad empresarial. La intervención estatal bajo la forma de la policía y los tribunales constituía únicamente otro riesgo comercial. Era, no obstante, un riesgo que merecía la pena correr, teniendo en cuenta los extraordinarios beneficios. Un clásico intermediario, Gilbert era, por la naturaleza de sus contactos y su capital-riesgo, capaz de procurar drogas, almacenarlas, cortarlas y venderlas a distribuidores menores.

Desde el primer momento, Gilbert cala a los escoceses como fracasados de poca monta que se han tropezado con un gran negocio. Queda impresionado, no obstante, por la calidad de su mercancía. Les ofrece 15.000 libras, dispuesto a subir hasta las 17.000 libras. Ellos quieren 20.000 libras, y están dispuestos a bajar hasta las 18.000 libras. El trato se cierra en las 16.000 libras. Gilbert ganará un mínimo de 60.000 libras una vez que la mercancía haya sido cortada y distribuida.

Le resulta tedioso negociar con una pandilla de perdedores hechos polvo del lado

equivocado de la frontera. Preferiría tratar con la persona que les hizo la venta. Si su proveedor estaba lo bastante desesperado como para venderles una mercancía tan buena a semejante pelotón de gambas, entonces es que en realidad no entendía del negocio. Gilbert podría haberle hecho ganar dinero de verdad.

Además de aburrido, era peligroso. Pese a sus aseveraciones en sentido contrario, sería imposible, decidió, que esa pandilla de Jocks hechos polvo fuera discreta *nunca*. Era más que posible que la unidad antidroga hubiese hecho que les siguieran. Por ese motivo, había colocado a dos tipos experimentados fuera, en el coche, con los ojos bien abiertos. Pese a sus reservas, cultivó a sus nuevos socios. Cualquiera que estuviese lo bastante desesperado como para venderles esa mandanga una vez, podría ser lo bastante imbécil como para volverlo a hacer.

Una vez concluido el trato, Spud y Segundo Premio se abalanzaron sobre el Soho para celebrarlo. Son los típicos chicos nuevos en la ciudad, atraídos por esa famosa milla cuadrada como los niños por una tienda de juguetes. Sick Boy y Begbie van a echar lo que resulta ser una disputada partida de billar en el Sir George Robey con un par de tíos irlandeses. Viejos zorros de Londres, se muestran despectivos ante la fascinación de sus amigos por el Soho.

«Lo único que van a conseguir allí son gorras de policía, unión jacks, señales de Carnaby Street y prohibitivas pintas de pis», se mofó Sick Boy.

«Conseguirían echar un puto polvo más barato en el hotel de tu colega, ¿cómo coño se llama?, ese capullo griego.»

«Andreas. Pero eso es lo último que quieren esos capullos», dice Sick Boy, ordenando las bolas. «Y ese cabrón de Rents. Es la enésima vez que intenta desengancharse. El muy imbécil mandó a tomar por culo un buen curro y un piso chachi aquí abajo y todo. Creo que nos iremos cada uno por nuestro lado después de esto.»

«Menos mal que él se ha quedado, de todos modos. Algún menda tiene que quedarse a vigilar el puto botín. Yo no le confiaría esa tarea a Segundo Premio o a Spud.»

«Ya», dice Sick Boy, preguntándose cómo podría dejar tirado a Begbie y marcharse en busca de compañía femenina. Se pregunta a quién llamar, o si ir a ver qué tal se le da la mochilera. Fuese lo que fuese, iba a moverse pronto.

De vuelta en el garito de Andreas, Renton está chungo, pero no tan chungo como les había hecho creer. Echa un vistazo al jardín trasero y ve a Andreas tonteando con Sarah, su amiguita.

Mira atrás hacia la bolsa Adidas atiborrada de pasta; es la primera vez que Begbie la pierde de vista. Desparrama su contenido sobre la cama. Renton jamás ha visto tanto dinero junto. Casi sin pensarlo, vacía el contenido de la bolsa Head de Begbie, introduciéndolo en la bolsa Adidas vacía. Entonces mete el dinero en la bolsa Head, y

mete su propia ropa dentro, encima del dinero.

Echa una rápida mirada por la ventana. Andreas tiene la mano metida dentro de la braga del bikini de Sarah y ella está riéndose y chillando: «Andreas, no… no…» Con la bolsa Head agarrada con firmeza, Renton se vuelve y sale corriendo sigilosamente de la habitación, bajando las escaleras que dan al corredor. Mira brevemente atrás antes de desfilar por la puerta. Si se encontraba con Begbie, era hombre muerto. En cuanto deja que esa idea tome forma en su cabeza, casi se desploma de miedo. No hay nadie en la calle, sin embargo. Cruza la calzada.

Oye ruidos y gritos y se para en seco. Un grupo de tíos jóvenes con camisetas de los Celtics, que evidentemente han venido a ver el concierto de los Pogues por la tarde, van dando tumbos en su dirección, totalmente hasta el culo de alcohol. Camina tenso hasta dejarlos atrás, pese a que ellos le ignoran; y, para alivio suyo, ve venir un autobús 253. Se sube y deja Finsbury Park atrás.

Renton lleva puesto el piloto automático cuando se baja en Hackney para coger un autobús hasta Liverpool Street. No obstante, sufre cierta paranoia con esa bolsa llena de dinero. Para él, todo el mundo es un atracador o tironeador en potencia. Cada vez que ve una chupa de cuero negro semejante a la de Begbie, la sangre se le hiela. Incluso piensa en regresar cuando está montado en el autobús que lo lleva a Liverpool Street, pero mete la mano en la bolsa y palpa los fajos de billetes. Ya en su lugar de destino, entra en una oficina del Abbey National y añade 9.000 libras a las 27,32 que había en su cuenta. El cajero ni siquiera pestañea. Después de todo, esto es la City.

Sintiéndose mejor con sólo 7.000 libras encima, Renton baja a la estación de Liverpool Street y compra un billete de ida y vuelta para Amsterdam, únicamente con intención de ir. Observa la transmutación del condado de Essex desde el cemento y el ladrillo hasta el exuberante verdor mientras rulan hacia Harwich. Hay una espera de una hora en Parkston Quay, antes de que el barco zarpe para Hook of Holland. Eso no es problema. A los yonquis se les da bien esperar. Hace unos pocos años, trabajó en ese ferry como camarero. Espera que no le reconozca nadie de aquella época.

La paranoia de Renton se apacigua en el barco, pero queda reemplazada por sus primeros sentimientos verdaderos de culpa. Piensa en Sick Boy, y en todas las cosas por las que habían pasado juntos. Habían compartido algunos buenos ratos, y algunos horrendos, pero los habían compartido. Sick Boy recuperaría la pasta; era un explotador nato. Era lo de la traición. Ya podía ver la expresión más-dolida-que-furiosa de Sick Boy. Sin embargo, ya llevaban años distanciándose cada vez más. Su antagonismo, en tiempos un juego, una actuación a beneficio de los demás, se había convertido lentamente, a través de ese modo de ritualizarse, en una trivialidad. Era mejor así, pensó Renton. En cierto modo, Sick Boy le comprendería, e incluso le admiraría a contrapelo por su acción. Su mayor ira se dirigiría contra sí mismo por no

haber tenido los huevos de hacerlo él primero.

No hacía falta un gran esfuerzo para concluir que a Segundo Premio le había hecho un favor. Sentía lástima al pensar que Segundo Premio había empleado su dinero del consejo de compensación por daños criminales para respaldar su participación. Sin embargo, Segundo Premio estaba tan ocupado destruyéndose a sí mismo que apenas reparaba en que alguien le echase una mano. Igual daba que le dieses a beber una botella de herbicida que tres de los grandes para que se los gastara. Era una forma más rápida y en última instancia más indolora de matarle. Algunos considerarían que esa decisión incumbía a Segundo Premio, ¿pero acaso la naturaleza de su enfermedad no destruía su capacidad de optar con conocimiento de causa? Sonrió despectivamente ante la ironía de un yonqui como él, que acababa de darles el palo a sus mejores colegas, pontificando de ese modo. ¿Pero acaso era él un yonqui? Cierto, acababa de picarse otra vez, pero las lagunas entre sus temporadas de picota eran cada vez más grandes. Sin embargo, realmente no podía contestar ahora a esa pregunta. Sólo el tiempo podría hacerlo.

El auténtico sentido de culpa de Renton se centraba en torno a Spud. Quería a Spud. Spud jamás había hecho daño a nadie, si se exceptúa quizá un poco de angustia psíquica por culpa de su tendencia a liberar el contenido de los bolsillos, monederos y hogares de la gente. Pero la gente se calienta demasiado los cascos con esas cosas. Invierte demasiada emoción en los objetos. A Spud no se le podía hacer responsable del materialismo y el fetichismo mercantil de la sociedad. A Spud nada le había salido bien. El mundo se le había cagado encima, y ahora su colega se había unido a él. Si había una persona a quien Renton intentaría compensar, ése era Spud.

Eso dejaba a Begbie. No podía sentir simpatía alguna por aquel cabrón. Un psycho que empleaba agujas de tricotar afiladas cuando iba a ajustarle las cuentas a algún pobre cabrón. Había menos posibilidades de chocar con la caja torácica que con un cuchillo, se jactaba. Renton se acordaba de la vez que Begbie rajó a Roy Sneddon con un vaso, en The Vine, absolutamente sin motivo. Nada aparte de que el tío tuviera una voz irritante y que Begbie tenía resaca. Fue atroz, repugnante y carente de sentido. Aún más feo que el acto en sí, era el modo en que todos, Renton incluido, se confabularon con él, incluso hasta el punto de crear escenarios ficticios para justificarlo. Era sólo otra forma de incrementar el estatus de Begbie como alguien al que no convenía buscarle las cosquillas, y el de todos ellos, indirectamente, por su relación con él. Lo veía como la representación de la máxima cobardía moral. Comparado con eso, su delito al darle el palo a Begbie era casi virtuoso.

Por una ironía del destino, Begbie resultó ser la clave. Darle el palo a los colegas era la ofensa más grave de su código, y solicitaría la pena más severa. Renton había usado a Begbie, le había usado para quemar sus naves completa e irremisiblemente. Era Begbie el que aseguraba que jamás podría volver. Había hecho lo que quería

hacer. Ahora nunca podría volver jamás a Leith, a Edimburgo; ni siquiera a Escocia. Allí no podía ser otra cosa que lo que era. Ahora, libre de todos ellos, de una vez por todas, podía ser lo que quisiera. Se sostendría o caería él solo. Esta idea le aterrorizaba y le excitaba al mismo tiempo mientras contemplaba la idea de vivir en Amsterdam.

Notas

[1] *Sick*, en inglés «enfermo». (*N. del T.*)

[2] Las *shooting galleries* (chutódromos) aparecieron con el cese de los suministros quirúrgicos de Bread Street a mediados de los ochenta, lo que fomentó el empleo de grandes jeringuillas comunitarias y la consiguiente expansión del sida en Edimburgo. (*N. del T.*)

[3] Eres tan vanidoso, te crees que este cuelgue va por ti…

[4] Swanney, cuánto te quiero, cuánto te quiero, mi querido Swanney…

[5] Chico de Alquiler. (*N. del T.*)

[6] No me dejes oírte decir que la vida no te esté llevando a ninguna parte / Ángel… / Mira ese cielo, la vida ha comenzado, las noches son cálidas y / los días son jóvenes…

[7] Relación de diversas cárceles escocesas. (*N. del T.*)

[8] Los «Hibs» (Hibernian F. C.) son uno de los equipos de fútbol (el de hinchada católica) de Edimburgo. (*N. del T.*)

[9] Porque nací para amarte, muñeca, y tú para amarme a mí…

[10] Ooh, ooh la la, vamos a bailar, ooh, ooh la la, Simon a bailar…

[11] Simon dice: Poned las manos sobre los pies…

[12] Insufrible teleconcurso británico «para toda la familia». (*N. del T.*)

[13] Examen final de la EGB británica. (*N. del T.*)

[14] El nivel avanzado del *Scottish Certifícate of Education*. (*N. del T.*)

[15] Sir Harry Lauder (Hugh MacLennan), 1870-1950, humorista de music-hall y baladista escocés. (*N. del T.*)

[16] Mote despectivo para con los seguidores de Hearts, uno de los equipos de fútbol de Edimburgo, de hinchada protestante. Viene de *jam* («mermelada»), por los colores rojos del equipo. (*N. del T.*)

[17] Nombre de una cadena de droguerías británica. (*N. del T.*)

[18] Dícese en Escocia del primer visitante en atravesar la puerta de una casa en la

noche de Año Nuevo. (*N. del T.*)

[19] Así que nos vamos a Dublín vestidos de verde - ¡a joder a la reina! / donde los cascos resplandecen al sol - ¡a joder a los hunos! / y las bayonetas desgarran el fajín naranja / al eco de la metralleta Thompson.

[20] James Connolly (1868-1916). Líder del movimiento obrero irlandés, ejecutado por los británicos a raíz de su participación en el levantamiento de Pascua de 1916. (*N. del T.*)

[21] Padre, por qué estás tan triste / en esta maravillosa mañana de Pascua / en la que los hombres irlandeses se sienten felices y orgullosos / de la tierra en que nacieron. / Cuando yo era sólo un muchacho como tú / me uní al IRA - ala provisional.

[22] Canción escocesa de fama universal, cuya letra fue escrita por el poeta Robert Burns (1759-1796) y que tiene por tema la nostalgia por las personas y lugares que no se han visto o no se volverán a ver en mucho tiempo. (*N. del T.*)

[23] Feniano: miembro de una organización revolucionaria fundada en los Estados Unidos durante el siglo XIX para luchar por una Irlanda independiente; en sentido despectivo, un católico irlandés o cualquier persona descendiente de católicos irlandeses. (*N. del T.*)

[24] Mote despectivo hacia las personas de ascendencia india o paquistaní. (*N. del T.*)

[25] *Eighty shillings* («ochenta chelines»): variedad de cerveza así llamada por el número de chelines por barril que pagaba en impuestos. Hoy indica sólo el tipo de cerveza, en este caso Export. (*N. del T.*)

[26] *Rock n roll*, argot rimado. Sustituye a *dolé*, «subsidio de paro». (*N. del T.*)

[27] *Hun/huno*: mote despectivo para designar a los protestantes. Procede del mote germanófobo acuñado durante la Primera Guerra Mundial. (*N. del T.*)

[28] Variedad de sidra. (*N. del T.*)

[29] Variedad de cerveza algo más floja y clara que la Export. (*N. del T.*)

[30] Young Leith Team: equipo de fútbol. Por extensión, la «división juvenil de Leith» o «la peña de Leith». (*N. del T.*)

[31] *Casual*: denominación de los jóvenes informalmente vestidos que van a montar bronca a los partidos de fútbol. (*N. del T.*)

[32] Reformatorio próximo a Edimburgo. (*N. del T.*)

[33] Se refiere a las plataformas petrolíferas del Mar del Norte. (*N. del T.*)

[34] Variedad de cerveza de barril semejante a la *heavy* pero más dulce y muy

gasificada. De aparición bastante reciente. (*N. del T.*)

[35] Juego de palabras entre *casual acquaintance* («un conocido») y *casual*, que designa a los jóvenes que van a montar bronca a los partidos de fútbol. (*N. del T.*)

[36] *Spud*: «papa, patata». Mote despectivo hacia las personas de ascendencia irlandesa. (*N. del T.*)

[37] Alusión a la costa oeste de Escocia, donde se encuentra Glasgow. (*N. del T.*)

[38] *Soapdodger* («esquivajabones») es un término despectivo para con los habitantes de Glasgow. (*N. del T.*)

[39] Orange: orden secreta fundada en Irlanda en 1795 para sostener la fe, la dinastía y la supremacía protestante frente a los nacionalistas irlandeses y los católicos. Celebran todos los 12 de julio el aniversario de la Batalla de Boyne (1690) en las marchas conmemorativas denominadas *Orange Walks*. (*N. del T.*)

[40] Diputado británico y miembro del IRA provisional que murió en 1981 en la cárcel de Maze, tras sesenta y seis días de huelga de hambre. (*N. del T.*)

[41] «En la Union Jack (la bandera británica) no hay negro.» Ripioeslogan racista británico. (*N. del T.*)

[42] En el escudo de armas del Ulster hay una mano abierta de color rojo, que probablemente gusten de lucir los extremistas unionistas. (*N. del T.*)

[43] «*Mantovani*» y su apócope «*manto*» aparecen empleados en el original varias veces como sinónimo de «hembras». (*N. del T.*)

[44] *Bailiffs*: alguaciles encargados de embargar los bienes de quienes se niegan a pagar la *poll-tax*. (*N. del T.*)

[45] The Meadows es una gran zona verde situada en el corazón de Edimburgo. (*N. del T.*)

[46] Tú y yo éramos como un par de críos / paseando por los Meadows / recogiendo montones de nomeolvides.

[47] Juego de palabras intraducible entre «*the crack of dawn*» («la primera brecha del amanecer») y la «brecha» de Dawn, la hija de Lesley y Sick Boy.

[48] El culebrón de más larga duración de la televisión británica; lleva emitiéndose desde 1965. (*N. del T.*)

[49] Célebre arrabal de Glasgow. (*N. del T.*)

[50] Mote despectivo hacia los habitantes de Glasgow. (*N. del T.*)

[51] Personaje de cómic encarnado por un niño travieso pero bienintencionado, una

especie de Jaimito a la escocesa. (*N. del T.*)

[52] Billy Boy: denominación genérica de los protestantes; procede probablemente del nombre del rey Guillermo III, que derrotó al depuesto rey católico Jaime II, a finales del siglo XVII. (*N. del T.*)

[53] Canción rebelde irlandesa. (*N. del T.*)

[54] Ver nota de página 119. (*N. del T.*)

[55] En inglés, *ayesur*, mote despectivo hacia los católicos de ascendencia irlandesa que constituyen tradicionalmente la capa más baja de la clase obrera en muchas urbes británicas. (*N. del T.*)

[56] Juego de palabras tomando como referencia el título del elepé de The Clash *London Calling*, y que podría traducirse por «Arrastrándose en Londres». (*N. del T.*)

[57] Nombre del himno nacional escocés. (*N. del T.*)

[58] *Jock*: mote genérico usado por los ingleses para designar informalmente a los escoceses tanto en general como en particular. (*N. del T.*)

[59] Mote genérico para designar a los naturales de Liverpool. (*N. del T.*)

[60] Pieza de bollería judía. (*N. del T.*)

[61] Mote genérico para designar a los naturales de Birmingham. (*N. del T.*)

[62] Mote despectivo para con las personas de ascendencia china, que también designa informalmente a los restaurantes chinos. (*N. del T.*)

[63] Personaje de un relato de Rudyard Kipling, de reducidas dimensiones físicas. (*N. del T.*)

[64] Sí, sí, eres un/a amante maravilloso/a.

[65] Recuerdo la noche en que nos conocimos allá en Río.

[66] y en el oscuro pasadizo subterráneo / pensé Dios mío al fin ha llegado mi oportunidad / pero entonces un extraño temor se apoderó de mí / y sencillamente no pude pedírtelo.

[67] Conocida cadena de bricolaje británica. (*N. del T.*)

[68] Avergüénzate, Seamus O’Brien, / todas las jóvenes de Dublín están llorando, / están cansadas de que les engañes y les mientas, / así que ¡avergüénzate, Seamus O’Brien!

[69] Popular presentador, «simpático y juvenil», de la televisión británica. (*N. del T.*)

[70] Mote genérico para designar informalmente a los naturales de Newcastle. (*N. del*

T.)

[71] *Trainspotting*: hobby consistente en observar compulsivamente los trenes y anotar su número y características para luego darse importancia entre otros aficionados. Es objeto de ridículo generalizado en Gran Bretaña, como grado cero de los hobbies o la forma más fútil de pasar un tiempo con el que no se sabe qué hacer. (*N. del T.*)

[72] Diminutivo de *casual. (N. del T.*)

[73] La gendarmería de Lothian (Edimburgo y alrededores) y los Borders (región fronteriza con Inglaterra). (*N. del T.*)